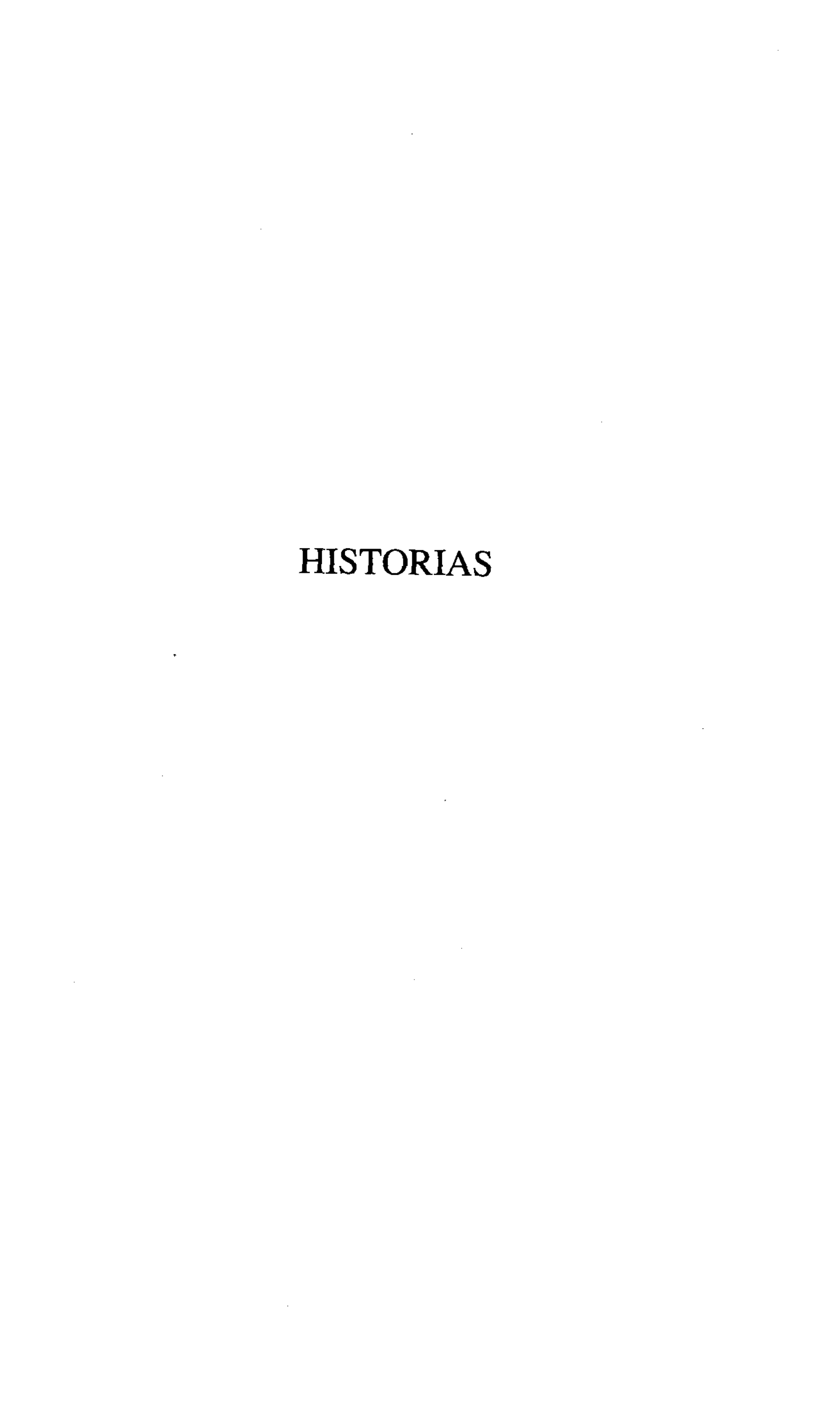
AMIANO MARCELINO

HISTORIAS

I

LIBROS XIV-XIX

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS



HISTORIAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 385

AMIANO MARCELINO

HISTORIAS

I

LIBROS XIV-XIX

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

CARMEN CASTILLO GARCÍA,
CONCEPCIÓN ALONSO DEL REAL MONTES
y ÁLVARO SÁNCHEZ-OSTIZ GUTIÉRREZ

EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ISABEL MORENO FERRERO.

López de Hoyos, 141, 28002 Madrid.
www.rbalibros.com

Primera edición: abril de 2010.

Depósito legal: M-13769-2010.

ISBN 978-84-249-0631-3.

Impreso en España. Printed in Spain.
Impreso en Top Printer Plus.

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *Amiano Marcelino: el personaje*

Un sirio de origen, cuya lengua de cultura es el griego, que escribe en latín una Historia de Roma, pretendiendo enlazar su obra con la historia de Tácito a más de dos siglos de distancia, es un fenómeno que suscita una inevitable curiosidad. Se explica la aguda afirmación de Sir Ronald Syme: «no hay quien se resista a Amiano Marcelino»[1]. Los casi cuatrocientos títulos que reseñó Rosen en 1982, hoy están más que superados en las más de mil entradas que ofrece la bibliografía de G. Viansino en el primer volumen de la edición bilingüe iniciada el año 2000[2].

Sin embargo, la natural curiosidad acerca de la vida del personaje se ve frustrada ante la ausencia de datos acerca de su nacimiento y su muerte, la forma en que publicó su obra, las fechas de inicio y cierre de su actividad literaria y tantos otros vacíos.

---

[1] R. SYME, *Journal of Roman Studies* 58 (1968), pág. 215 (reseña a A. DEMANDT, *Zeitkritik und Geschichtbild im Werk Ammians* [dis. Hamburg], Bonn, 1965).

[2] G. VIANSINO, *Ammiano Marcellino. Storia*, Milán, vol. I (libros XIV-XVII), 2001; vol. II (libros XVIII-XXII), 2002; vol. III (libros XXIII-XXVIII), 2003.

En los últimos años se ha suscitado una discusión acerca de la tradicional identificación del historiador con el *Ammianus* al que dirige Libanio la carta 1063 de su epistolario: el amigo de Libanio había nacido en Antioquía de Siria. Al descartarse la identificación, se ha llegado a pensar en Tesalónica o en Alejandría como patria del historiador. Hoy se ha reconsiderado la cuestión y puede afirmarse con T. D. Barnes el origen sirio de Amiano, aunque queda una sombra de duda acerca de su procedencia antioquena, bastante probable sin embargo[3], según se deduce de la lectura de algunos pasajes como el relato del «inesperado regreso» a esta ciudad, tras la fuga de Amida (cf. XIX 8, 11), o la afirmación de que es ciudad mundialmente conocida con la que ninguna otra podría rivalizar (cf. XIV 8, 8)[4].

El conocimiento de los datos biográficos de Amiano depende, casi en exclusiva, de las referencias que hace el propio historiador en su relato; dice que en el año 357 era un *adulescens* (cf. XVI 10, 21), lo que hace pensar que nacería en los años treinta: es estrictamente coetáneo del emperador Juliano.

Sirvió en el ejército como *protector domesticus* (cf. XIV 9, 1 y XVIII 8, 11), es decir, en un cuerpo especializado —las llamadas *scholae palatinae*, nombre que se daba a las unidades que formaban la guardia imperial, por referencia a los edificios que ocupaban en torno al palacio imperial. Ello da a entender que sería hijo de un militar de alto rango. Aducen algunos como prueba de su alta condición el hecho de que no estuviera acostumbrado al ejercicio físico[5]. Estuvo bajo el mando del jefe

[3] Pueden verse más detalles sobre este punto en T. D. BARNES, *Ammianus Marcellinus and the Representation of Historical Reality*, Ithaca-Londres, 1998, cap. VI; parece demostrado que Amiano hablaba siriaco.

[4] En el orden de las ciudades nobles escrito por su contemporáneo Ausonio, Antioquía figura en cuarto lugar, detrás de Roma, Constantinopla y Cartago, y seguida de Alejandría.

[5] Cf. el comentario de VIANSINO en XIX 8, 6.

de caballería Ursicino, al que acompañó entre los años 354 y 359; la fidelidad a su jefe explica la favorable imagen que da Amiano de este personaje. Pero quizá lo más trascendente de su servicio militar fue el hecho de haber tomado parte en la desgraciada expedición persa en la que murió el emperador Juliano, en junio del año 363. Tras la muerte del emperador, Amiano regresa a Antioquía con el ejército vencido (cf. XXIII 5, 7-XXV 10, 1) y permanece en Oriente al menos durante quince años. En este período hace viajes a Egipto, Grecia y Tracia como refiere él mismo, con la finalidad de ver personalmente los escenarios de su obra[6]. En fecha desconocida se traslada a Roma, donde redacta, o al menos termina, su obra[7]. Como ha hecho ver Sabbah, los documentos imprescindibles para escribir una Historia de Roma —los archivos imperiales, los del Senado, los de la prefectura de Roma— había que consultarlos en la Urbe, que era la «memoria del Imperio». Nada sabemos sobre la fecha de su muerte, que debió de ocurrir en los últimos años del siglo.

2. *La obra de Amiano: estructura, composición y título*

En el último capítulo de su obra, escribe Amiano: «He expuesto estas cosas, como antiguo soldado y griego, comenzando en el principado de Nerva y llegando hasta la muerte de Valente, en la medida de mis fuerzas». Una declaración final que —a falta del Prefacio inicial perdido— puede servir de pauta para entrar en la intención del autor.

---

[6] Véase XXXI 7, 16 y la nota correspondiente a XIX 6, 12.

[7] Cf. G. Sabbah, «Ammianus Marcellinus», en G. Marasco (ed.), *Greek and Roman Historiography in late Antiquity*, Leiden, 2003, cap. II, págs. 4-83. Este capítulo del estudioso francés constituye una magnífica puesta al día.

La referencia a su identidad como hombre de experiencia militar y cultura griega puede entenderse —como han hecho algunos— como un tópico de modestia, pero también —según piensa Sabbah[8]— como una «declaración de independencia», o quizá, mejor aún, como una autorrecomendación: su experiencia militar le permite escribir sobre las guerras con conocimiento de causa —su texto es creíble por tanto—, y su condición de «griego» le acredita como conocedor de una prestigiosa tradición cultural y literaria. Además, el dominio de las dos lenguas favorecía el ascenso en la escala social (cf. XV 13, 1).

Sea como fuere, el hecho es que el comienzo de su obra en el reinado de Nerva apunta a una intención de continuar la Historia de Roma en el momento en que la dejó Tácito. Abarcaba, por tanto, desde el año 96 d. C. hasta el desastre de Adrianópolis, ocurrido el 9 de agosto del año 378. Del conjunto de 31 libros, se han conservado sólo 18, a partir del XIV, que contienen la historia de veinticinco años; los trece libros perdidos contenían lo ocurrido a lo largo de dos siglos y medio. Es decir, el espacio histórico contemplado en menos de la mitad de la obra es diez veces mayor que narrado en los libros que se conservan, que corresponden en su totalidad a la época en que vivió su autor. No debe de ser casualidad el hecho de que el texto conservado se inicie en el verano del año 353, a raíz del triunfo de Constancio II sobre Magnencio: una victoria que suponía la restauración del Imperio unificado de época constantiniana.

La obra de Amiano constituye la base principal de nuestros conocimientos sobre este período y tiene gran influjo en la interpretación que de él se hace. Con razón se ha dado recientemente el título de «El mundo tardorromano y su historiador» a

[8] Puede verse el cap. I de *La méthode d'Ammien Marcellin*, París, 1978. La hipótesis de este autor acerca de la redacción simultánea de proemio y conclusión por parte de Amiano no parece del todo justificada.

un conjunto de trabajos amianeos realizados por un prestigioso grupo de estudiosos anglosajones y holandeses[9].

El análisis realizado por Barnes distingue en los libros conservados una estructura hexádica, como lo era la de la obra de Tácito[10]. Esta propuesta podría justificar la división de la obra en tres grandes unidades (3 vols.), tal y como nos proponemos hacer en esta edición:

Vol. I	libros XIV-XIX (años 353-359: Galo y Juliano Césares)
Vol. II	libros XX - XXV (años 360-363: Juliano emperador)
Vol. III	libros XXVI - XXXI (años 364-378: Valentiniano en Occidente y Valente en Oriente)

Amiano no es un historiador analístico, aunque se sirve a veces de la datación consular como procedimiento de énfasis[11]. La división en libros sigue, en parte —como ha visto Rosen—, la sucesión de emperadores: el comienzo de un reinado abre los libros XVI, XXII y XXVI (Juliano César, Juliano emperador y Valentiniano); otros, se cierran con elogios fúnebres de los emperadores (Galo en el XIV, Constancio en el XXI, Joviano en el XXV y Valentiniano en el cierre del libro XXX)[12].

---

[9] *The Late Roman World and its Historian*, J. W. DRIJVERS y D. HUNT (eds.), Londres-Nueva York, 1999. El volumen es fruto del coloquio celebrado en la Universidad de Durham en 1997, en el que participaron dieciocho especialistas.

[10] BARNES, *op. cit.*, caps. II y III. No seguimos, sin embargo, la propuesta de que Amiano escribiera originalmente 36 libros; hipótesis que conduciría a una «nueva numeración» de los libros conservados y que es indemostrable.

[11] BARNES, *op. cit.*, pág. 45. Las fechas consulares que se encuentran en Amiano están recogidas en el Apéndice 4 de la obra citada.

[12] K. ROSEN, *Ammianus Marcellinus*, Darmstadt, 1982, pág. 76.

Por otra parte, en la organización del material tiene una cierta relevancia el gusto por las figuras afrontadas: la historia de Constancio y Juliano —tema central de los libros XV a XXV— está construida sobre el contraste de estas dos personalidades; aunque de menor calado, es también notorio el contraste ético entre Galo y Juliano[13]. Otro principio compositivo parece ser el recurso a lo que G. Sabbah ha llamado «composición por ecos»[14]. No debe olvidarse tampoco que los dos prefacios conservados —el del libro XV y el del libro XXVI— parecen señalar la transición de lo escrito sobre fuentes a lo vivido personalmente y a los hechos que no sólo se han oído, sino que Amiano ha visto con sus propios ojos, en una gradación que seguiría una línea ascendente: *lecta, audita, visa.*

Recientemente, Sabbah ha indicado que el contenido se estructura sobre dos polos de interés —Antioquía y Roma— que se van alternando a lo largo de la obra. El juego de contrastes —Oriente, Occidente; asuntos civiles, asuntos militares; virtudes y vicios de los emperadores— contribuye a resaltar el gusto por la alternancia como principio compositivo. A esta línea se une otra que va, en sentido descendente, del triunfo de *Argentoratum* al desastre de Adrianópolis[15]: un movimiento pesimista que recuerda el elegido por Lucrecio para su grandioso poema filosófico[16]. Una tercera línea de composición iría, en cambio, en dirección creciente a la aventura personalmente vi-

---

[13] Cf. ROSEN, *op. cit.*, pág. 78 y M. VON ALBRECHT, *Historia de la Literatura Romana*, trad. esp., vol. II, pág. 1.134.

[14] Cf. SABBAH, *La méthode...*, pág. 13 con n. 12. Podrían aducirse muchos más ejemplos.

[15] SABBAH, *ibid.*, págs. 54-58.

[16] El contraste entre la luminosidad del Himno a Venus con que se inicia la obra de Lucrecio *Sobre la naturaleza de las cosas* y el tenebroso final con el cuadro de la peste que asoló Atenas es un tópico reiteradamente comentado por la crítica.

vida, a la exaltación de Juliano y después a la visión global del Imperio presente en los últimos libros que desemboca, según Sabbah, en una auténtica historia universal en el libro final[17].

En cuanto a las unidades básicas sobre las que se apoya el relato, cabe distinguir varios tipos: asuntos exteriores (actividades del emperador en campaña); asuntos internos, acontecimientos de la corte imperial en invierno, insurrecciones, castigos...; la vida en Roma, con especial atención a los prefectos de la ciudad; acontecimientos en provincias (Oriente y Occidente) y finalmente la inclusión de *excursus*, práctica común en la tradición historiográfica, pero también muy de acuerdo con los gustos de la época. Éstos están por lo general formalmente señalados como tales y su contenido es muy variado[18]. El interés por las disquisiciones etnográfico-geográficas alcanza un alto grado, quizá explicable por un deseo de manifestar la diversidad de pueblos en el Imperio, como un eco literario de la visión universalizante de la Roma imperial. El valor científico de estas digresiones está en estrecha dependencia de las fuentes utilizadas; suele aceptarse que algunas de ellas tienen significado simbólico; su acumulación en los libros XX a XXV parece responder al deseo de proporcionar mayor relevancia al reinado de Juliano[19].

El título que Amiano dio a su obra —*Rerum gestarum libri*—

---

[17] Cf. SABBAH, «Ammianus...».

[18] Seguimos a grandes líneas las categorías de material que distingue BARNES (*op. cit.*, cap. IV). Este autor ofrece en el Apéndice 5 de la obra citada una relación completa de las digresiones: un total de 35, de las que 31 están explícitamente señaladas.

[19] Puede verse a este respecto, D. DEN HENGST, «The Scientific Digressions in Ammianus' Res Gestae», en J. DEN BOEFT, D. DEN HENGST y H. G. TEITLER (eds.), *Cognitio Gestorum*, Ámsterdam, 1992, págs. 39-46 y «Preparing the Reader for War: Ammianus' Digression on Siege Engines», en J. W. DRIJVERS y D. HUNT (eds.), *The Late Roman World...*, págs. 29-39.

llamó ya la atención de Sabbah, que se preguntaba si se debería sólo a un deseo de evitar tanto *Historiae* como *Annales* que hubieran sido títulos previsibles en un proyecto de continuar la obra de Tácito[20]: la condición «mixta» de las *Res gestae*, que no se limitaban a lo contemporáneo *(Historiae)*, sino que arrancaban del pasado *(Annales)*, explicaría la búsqueda de otro título. Entiendo, sin embargo, que no es razón suficiente: ahí está el título de *Historiae* que dio unos años más tarde Orosio a su obra[21]. Por otra parte, Sabbah acepta la hipótesis que relaciona el título genérico de la obra de César —*Commentarii rerum gestarum*— con la moda vigente en la época de Amiano: una literatura en la que habría que incluir las perdidas *Memorias* del emperador Juliano[22]. Es preciso tener en cuenta, además, el precedente de las *Res gestae divi Augusti* grabadas en bronce en forma de *elogium*, ante la tumba monumental que el primer emperador se hizo construir en el Campo de Marte[23]. El carácter propagandístico de este texto se ajusta bien al tinte heroico que Amiano da a la figura del emperador Juliano, a la que dedica aproximadamente un tercio del total de su obra. La distancia viene, en cambio, marcada por el hecho de que no se limita a un relato en primera persona, aunque hay pasajes que sí lo están; el asunto de Amiano no son sus propios hechos sino las *Res gestae imperatorum Romanorum*, género al que pertenecería la obra perdida de Julio Valerio, sobre las *Res gestae* de Alejandro Magno. *Ordo gestorum* es la expresión habitual en Amiano para refe-

---

[20] La distinción, que procede de Verrio Flaco, figura en las *Noches Áticas* del erudito Aulio Gelio (V 18, 1). Cf. Sabbah, *La méthode...*, pág. 1, n. 3.

[21] *Historias contra los paganos*, escrita en los primeros decenios del siglo v.

[22] Cf. Sabbah, *La méthode...*, pág. 2, n. 4.

[23] Tres copias de este texto se han conservado, más o menos completas, en Asia Menor. Una de ellas procede de Antioquía de Pisidia; la más importante es la de Ankara, cuyo texto es bilingüe: griego y latín.

rirse al hilo de su narración[24]. En definitiva, Amiano escribe una «*Historia Augusta*» con incrustaciones autobiográficas a la que llamó «Libros de los hechos». Estas observaciones aconsejarían dar un giro a la traducción que generalmente se propone como título de la obra de Amiano. No obstante, por respeto a la tradición hemos preferido seguir utilizando el habitual de *Historias*.

3. *Realismo. Veracidad y credibilidad de la obra de Amiano*

Hace ya unos años, Austin enjuiciaba a nuestro historiador como «el más importante escritor de asuntos militares después de César», subrayando así la relevancia de la experiencia militar en su obra[25]: un oficial que conocía informaciones, órdenes, secretos de espionaje... No obstante, la veracidad histórica de Amiano es uno de los puntos que más discusiones han suscitado por parte de los críticos, que oscilan entre la consideración de las *Res gestae* como un «documento preciso» y su enjuiciamiento como «una compleja obra de arte»[26], pasando por una amplia gama de posturas intermedias.

A las reiteradas protestas de Amiano sobre la veracidad y credibilidad de sus noticias —afirmación que es herencia de una acendrada tradición de género— ha opuesto la *auctoritas* de Momigliano el apelativo de «historiador solitario» con la intención de destacar la distancia entre la visión de nuestro autor

---

[24] Cf. XIV 8, 15 (cierre de *excursus);* XX 11, 1; XXIX 1, 28; XXIX 3, 1.

[25] N. J. E. AUSTIN, *Ammianus on Warfare*, Bruselas, 1979; cf. véase «In support of Ammian's Veracity», en *Historia* 22, 1973, págs. 331-335. Más recientemente puede verse el perfil de Amiano que traza F. TROMBLEY, «Amianus and fourth century Warfare», en *The Late Roman World...*, págs. 17-20.

[26] Cf. la introducción a J. DEN BOEFT, D. DEN HENGST y H. G. TEITLER (eds.), *Cognitio Gestorum*, Ámsterdam, 1992.

y el mundo real que narra[27]. Más recientemente, Szidat ha planteado la cuestión sobre tres interrogantes: ¿en qué medida respeta Amiano la realidad histórica? ¿Cómo reacciona ante esa realidad? Y ¿qué aspectos de la realidad le interesan y cómo los presenta?

Cuestiones que merecerían una respuesta más completa que la ofrecida por este estudioso que se limita a tres puntos: el consistorio imperial, la figura de Sabiniano y la batalla de Amida[28]. En el capítulo conclusivo de su importante monografía Matthews escribe: «Como Amiano sería el primero en reconocer, escribir historia es una cuestión difícil y muy complicada»; una afirmación a la que sigue un juicio sumario: «Sus intenciones son serias, sus modelos exactos, sus modos de exponer, argumentar y estructurar, complejos y artificiales»[29].

Seguramente la mejor guía para formarse un juicio acerca de la condición de historiador es la conocida frase de Cicerón: «La Historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida del recuerdo, maestra de la vida, mensajero de la antigüedad»[30]. De ella se deduce que, en resumidas cuentas, la calidad del historiador está en función de la autenticidad de sus fuentes, la rectitud de su interpretación y la independencia de su postura: *sine ira et studio,* diría Tácito[31]. La condición de *magistra vitae* es más bien una consecuencia en la que la tendencia moralizante del espíritu romano ponía especial énfasis.

---

27 A. Momigliano, «The Lonely Historian Ammianus Marcellinus», en *Sesto Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico I*, Roma, 1974, págs. 143-157.

28 J. Szidat, «Ammien und die historische Realität», en *Cognitio gestorum*, págs. 107 y ss.

29 J. Matthews, *The Roman Empire of Ammianus*, Londres, 1989, cap. XVIII, pág. 452.

30 Cic., *Acerca del orador* II 26.

31 Tác., *Anales* I 1, 3, cf. *Hist.* I 1, 3: *neque amore* [...] *et sine odio.*

Respecto a las fuentes de inspiración, defiende Sabbah que el punto de referencia de Amiano en materia de metodología y «deontología» históricas es Polibio[32]; opinión que confirma la calificación de *historiarum conditor* que Amiano (XXIV 2, 16) atribuye a este otro griego atraído por la historia de Roma.

La palabra clave con la que Amiano se refiere a la credibilidad de sus escritos es *fides*, en la que se incluyen tanto la precisión cronológica y geográfica como la explicación de los acontecimientos por causas racionales, con exclusión de mitos[33]. A este rasgo se une el afán del historiador por probar lo que dice. La evidencia objetiva la señala Amiano con términos como *constat*, *apparet* y *claret*, aunque es preciso notar que a veces estos indicadores no apuntan tanto a la simple realidad como a lo que el historiador quiere demostrar.

El interés de Amiano por los *facta* —los hechos— ha sido calificado por Viansino de «empirismo historicista»[34]. No obstante, la dignidad del género pide que se preste atención sólo a los hechos que han tenido un resultado digno de consideración. A este respecto, el propio Amiano sale al paso de sus posibles críticos: unos que meticulosamente indicarán que aquello ocurrió antes, no después; otros que observarán omisiones; a estos últimos les hace notar que no todo merece entrar en el relato histórico[35]; y un poco más adelante escribe: «así pues, quien considera lo dicho, tenga también en cuenta lo que se omite»[36]: una observación de la que el lector puede extraer muchas consecuencias.

---

[32] Cf. SABBAH, *La méthode*..., pág. 375.

[33] Cf. los rasgos esenciales de la Historia y sus «leyes» en CIC., *Acerca del orador* II 63.

[34] Cf. VIANSINO, *op. cit.*, Introd., pág. IX.

[35] *Non omnia narratu sunt digna (Historias* XXVIII 1, 15). Cf. las referencias de SABBAH, *La méthode*..., pág. 48, n. 85 y pág. 78.

[36] *Historias* XXIX 3, 1, texto destacado por Viansino como lema al comienzo de su edición.

Amiano llama a las obras históricas *antiquitates,* de las que él se declara buen conocedor, y —como la *antiquitas* conduce al conocimiento— es justo que escriba quien la conoce: «he escrito esto como buen conocedor de las obras históricas»[37]. Hemos aludido ya a su indudable conocimiento de Tácito[38]. No vamos a detenernos aquí en las menciones que Amiano hace de sus fuentes, aunque quizá sí vale la pena señalar la que hace de Timágenes, al que reconoce al inicio del famoso *excursus* sobre la Galia como fuente digna de credibilidad, señalándolo además como *et diligentia Graecus et lingua,* elogio que sin duda enlaza con su profesión de *graecus* a la que ya nos hemos referido[39].

La *Historia Augusta,* asumida por la crítica actual como obra de un único autor, comienza la serie de biografías imperiales donde la dejaba Suetonio; Amiano empieza su Historia donde la dejó Tácito.

La dependencia de las *Res Gestae* respecto de la *Historia Augusta* —idea defendida por Syme, aunque no convenció a todos— señala un importante paso adelante en la comprensión de Amiano. El estudio de Syme es una llamada de atención hacia el carácter «libresco» de la obra de nuestro historiador; un aspecto que debe combinarse con la consideración de Amiano como testigo de las corrientes culturales y religiosas de su tiempo y que explica de algún modo la incoherencia de su ideología en temas como la apreciación de los bárbaros, su concepción de la Fortuna, la sociedad romana y el juicio sobre

---

[37] *Historias* XXIII 5, 21. Cf. Bonfils, *Ammiano Marcellino e l'imperatore,* Bari, 1986, pág. 75, n. 167, en la que se recogen abundantes referencias de Amiano a las *antiquitates.*

[38] Un resumen de las recientes posturas sobre este punto puede verse en Barnes, *op. cit.,* págs. 14 y ss.

[39] *Historias* XV 9, 2; cf. *supra,* el apartado sobre la obra de Amiano y su composición.

los cristianos; punto este en el que nos detendremos más adelante[40].

No está bien aclarada la relación de Amiano con historiadores contemporáneos: la *Historia* de Eunapio o la de Zósimo, cuya descripción de la campaña persa de Juliano es, en opinión de Thompson, excesivamente semejante a la de Amiano[41]. Por lo que respecta a Libanio, Sabbah concluye —tras un detenido análisis— que Amiano es independiente del orador[42]. Por otra parte, nos vemos limitados por la imposibilidad de consultar fuentes literarias persas para ese período que nos ocupa[43]. En cuanto al conocimiento y uso de la literatura romana de época republicana por parte de Amiano, los estudios son escasísimos y prácticamente inasequibles[44].

Cabe señalar por último que la crítica actual reivindica la personalidad de Amiano como hombre de pensamiento frente a la opinión tradicional que le tenía por un autor superficial cuyos conocimientos filosóficos eran siempre de segunda mano[45].

Entre las ideas o principios que determinan sus juicios se han señalado, entre otros, su admiración por las posturas moderadas y el rechazo del exceso, que —según opinión co-

---

[40] Resumimos en este párrafo parte de las apreciaciones de Drijvers y Hunt en la introducción al volumen *The Late Roman World*, n. 6.

[41] Véase E. A. THOMPSON, «Ammianus Marcellinus», en *Latin Historians*, T. DOREY (ed.), págs. 143-157, y la opinión de Sabbah, *La méthode...*, pág. 36.

[42] Véase, SABBAH, *La méthode...*, 3.ª parte, cap. VIII.

[43] B. D. SHAW, «War and Violence», *The Late Roman World*, págs. 130-169.

[44] Así se deduce de la consulta a la amplia información bibliográfica ofrecida en la edición de Viansino, *cit. supra*, n. 2.

[45] Cf. BARNES, *op. cit.*, págs. 166 y ss. Defiende Barnes la opinión de que Amiano leyó a Porfirio directamente. Sobre la influencia del pensamiento platónico, a través de las lecturas de Cicerón, puede verse ahora C. CASTILLO, «Amiano Marcelino, un hombre entre dos mundos: la impronta de Cicerón en las *Res gestae*», en *De Grecia a Roma y de Roma a Grecia, un camino de ida y vuelta*, Pamplona, 2007, págs. 239-251.

mún— determinan sus juicios sobre las personas y su conducta[46]. Otro principio expresamente reconocido por el historiador es su aprecio por la cautela, una cualidad que se une al elogio de la prudencia, ejercida tanto en el ámbito político como en el militar[47]. Puede destacarse también, como tema expresamente declarado, el rechazo de la adulación: el historiador debe escribir de forma que «la posteridad no se resienta de desviaciones debidas al miedo o al feo vicio de la adulación»[48].

4. *Amiano y el emperador*

Las palabras que acabamos de citar, que corresponden al elogio de Valentiniano que hace Amiano en el penúltimo de sus libros, abren paso a uno de los temas principales de la obra amiánea; su concepto del poder imperial y de su ejercicio. Dos obras relativamente recientes se han ocupado del modo en que Amiano enfoca y valora a los emperadores contemporáneos; una de ellas es la de Bonfils, *Ammiano e l'imperatore*[49]; la otra es la disertación que presentó Brandt en la Universidad de Gotinga en 1997[50], que contiene un detenido análisis de

46 «Moderation and Excess» es el título con el que R. SEAGER abre su recopilación de estudios sobre lenguaje y pensamiento en Amiano, con el título de *Ammianus Marcellinus: Seven Studies in his Language and Thought*, Columbia 1986. En apoyo de este juicio, aduce las opiniones de Ensslin, Thompson, Tränkle, Camis, Tassi y Blockley, cf. pág. 1, n. 1.

47 Cf. XVIII 6, 23, donde se declara «cauto o mejor dicho retraído», citado por SEAGER, *Seven Studies...*, pág. 69.

48 Cf. XXX 8, 1, señalado por SEAGER, *Seven Studies...*, pág. 97. Para una información más amplia sobre el carácter de las *Res gestae* puede verse: C. CASTILLO, «Amiano Marcelino historiador», en *Urbs Aeterna*, Pamplona, 2003, págs. 3-20.

49 BONFILS, *op. cit.*

50 A. BRANDT, *Moralische Werte in den «Res gestae» des Ammianus Marcellinus* (reelaboración de la tesis), Gotinga, 1999.

bona y *vitia* (virtudes y vicios) en las necrologías que el historiador presenta de Constancio, Juliano, Valentiniano y Valente[51], siguiendo el esquema trazado ya por Cicerón en el *Brutus:* «un asunto se puede elevar, ensalzándolo, y de nuevo echarlo por tierra, vituperándolo»[52]. Organiza Brandt el material clasificándolo —muy «a lo germánico»— en nueve categorías. Se puede reconocer, sin embargo, el esquema ciceroniano de las cuatro virtudes cardinales como uno de los principales ejes del pensamiento moral y político de Amiano[53]; y —en un segundo plano— las cuatro virtudes esculpidas en el *clipeus* de Augusto: *virtus, clementia, iustitia, pietas*[54]. El modelo del «buen emperador» está en los Antoninos, principalmente Marco Aurelio[55]; los emperadores «malos» son generalmente *invidiosi*: así, Constancio que, a ejemplo de Domiciano, intenta quedar por encima de todos y a toda costa[56], o Valentiniano que —según rumores— sigue el ejemplo de Adriano[57]. La opinión sobre el carácter y conducta de otros personajes aparece también con gran viveza, reforzada por imágenes; cuando el juicio es condenatorio, Amiano emplea con frecuencia imágenes de animales, especialmente serpientes. Debemos a Blockley una lista de 53 pasajes en los que Amiano utiliza este recurso para caracterizar no sólo personas sino también grupos y pueblos, cuyas características se presentan

[51] Constancio: *Bona,* XXI 16, 1-7; *Vitia, ibid.* 8-18. Juliano: *Bona,* XXV 4, 1-15; *Vitia, ibid.* 16-21. Valentiniano: *Bona* XXX 7, 4-11; *Vitia, ibid.* 8, 8. Valente: *Bona,* XXXI 14, 2-4; *Vitia, ibid.* 5-7.

[52] Cic., *Bruto* 47.

[53] Cf. Sabbah, *La méthode...*, pág. 273, n. 103.

[54] *Res gestae divi Augusti* 34, 1-3, cf. Bonfils, *op. cit.*, pág. 100.

[55] Cf. Bonfils, *op. cit.*, pág. 128, que hace notar que es este un rasgo común a la historiografía pagana del siglo IV.

[56] Cf. XV 5, 35.

[57] Cf. XXX 8, 10.

siguiendo los estereotipos culturales —astronomía, fisionomía— de la época[58].

Pero las *Res gestae* tienen ante todo un héroe: el emperador Juliano, al que Barnes ha llamado el Aquiles de Amiano[59]. Su figura tiene en el relato amianeo no sólo la grandeza de un protagonista, como ya hemos señalado más arriba, sino los rasgos de un héroe en el que confluyen —junto a las tradicionales virtudes cardinales y las que figuran en el *clipeus* de Augusto— el conocimiento de la técnica militar, la *auctoritas* (el prestigio) y la *felicitas* (la buena estrella)[60].

Enlaza este último punto con otra de las cuestiones más debatidas por la crítica: el papel que Amiano asigna en su obra a la conjunción entre *virtus* (valía personal) y *Fortuna* (buena suerte)[61].

En el catálogo de valores morales reconocidos por Amiano cabría señalar la *sobrietas*, de la que habla en pocos pasajes, pero significativos; al analizarlos se ve que esta virtud tiene dos vertientes: la militar, conectada con la prudencia, y la meramente personal, conectada con la *temperantia*. Entre los emperadores, Amiano señala como *sobrii* a Juliano y a Marco Aurelio[62]. Llama la atención que esta virtud forme parte del elogio

[58] Véase Barnes, *op. cit.*, cap. X, y R. G. Blockley, *Ammianus Marcellinus. A study of his Historiography and Political Thought*, Bruselas, 1975, pág. 109.

[59] Véase Barnes, *op. cit.*

[60] Véase, por ejemplo, *Historias* XXII 7, 9 y XXV 4, 1. Cf. Bonfils, *Ammiano...*, pág. 128.

[61] Pueden verse *Historias* XV 8, 2; XVI 5, 1 y XXVII 2, 4, mencionados por Viansino en su comentario a XIV 6 junto con pasajes paralelos en Polibio, Tácito, Floro y Plutarco.

[62] Trece ocurrencias en el léxico preparado por Viansino. Las correspondientes a Juliano son: XXII 7, 9; XVII 3, 1 y XIX 2, 2 cf. Viansino, *op. cit.*, Introd., pág. IX. Marco Aurelio XXXI 10, 19. También Valentiniano, con otras palabras, cf. Brandt, *Moralische Werke...*, pág. 6.

que hace Amiano de un historiador contemporáneo suyo, Aurelio Víctor, del que escribe que es un hombre digno de ser imitado por su sobriedad[63]. Aurelio Víctor, nacido en África y de origen humilde, llegó a ser prefecto de la ciudad en el año 389 y había publicado en torno al año 361 una *Historia* abreviada, que empezaba donde terminó Tito Livio, es decir en Augusto, y llegaba al año 360[64].

Sería arriesgado decidir si la visión satírica que ofrece Amiano de la vida en Roma (XIV 6; XXVIII 4) es una simple coincidencia con las críticas que se encuentran en algunos escritos de su contemporáneo san Ambrosio, o una manifestación más del gusto por la sátira en esa generación: los escolios de Juvenal están datados en el siglo IV[65].

5. *Amiano y los cristianos*

Esta cuestión es un punto capital en la debatida polémica sobre la imparcialidad del historiador.

Parece claro que Amiano no era un fanático del paganismo como algunos de sus contemporáneos, Eunapio de Sardes o el propio Libanio[66]. Pero tampoco resulta convincente la opinión hoy comúnmente aceptada de que el historiador toma una actitud neutral frente a la religión cristiana, ni tampoco el adjetivo

---

[63] XXI 10, 6.

[64] Véase A. H. M. JONES, J. R. MARTINDALE y J. MORRIS, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, Cambridge, 1971, *Victor* 13.

[65] Véase SABBAH, *op. cit.*, págs. 76 y ss. para las referencias a San Ambrosio. Para la vena satírica de Amiano puede verse CASTILLO, *Amiano entre historia y sátira (Res gestae* XIV 6), en *Actas del XI Congreso de la Sociedad Española de Estudios Clásicos III*, Madrid, 2006, págs. 87-93.

[66] Cf. MATTHEWS, *op. cit.*, pág. 445. Véase BARNES, *op. cit.*, cap. II, en el que expone claramente la discusión actual sobre la imparcialidad de Amiano.

«tolerante» que generalmente se aplica a su postura frente a los asuntos religiosos[67]; más que «tolerante» o pluralista, la actitud de Amiano resulta difícil de discernir con claridad[68], lo que tampoco significa que fuera indiferente a la controversia religiosa de su tiempo como han dicho otros[69]: para los cristianos reserva Amiano algunas lindezas como la de afirmar que «son peores que bestias»[70]; hemos recogido en otro lugar varios pasajes que muestran claramente la presentación tendenciosa que hace Amiano de algunos sucesos contemporáneos en los que intervienen militares o civiles de profesión cristiana, cuya conducta se tacha de impopular o cruel[71]. Baste aquí recordar un pasaje al que ha prestado especial atención la crítica reciente: nos referimos al comentario de Amiano en la necrología de Constancio en el que califica a la religión cristiana de *absoluta et simplex* (peculiar y sencilla). La expresión tiene, según interpreta V. Neri, lo que hoy llamamos una doble lectura: no molestaría a los cristianos y a la vez sonaría a los oídos paganos como un culto extraño y sin profundidad filosófica[72]; este intento de quedar bien con todos es coherente con la observación, hecha hace ya años por Thompson, de que los seis últimos libros de las *Res gestae*, publicados seguramente en el momento en que Teodosio endureció su política antipagana, Amiano suaviza su postura hasta el

[67] Véase por ejemplo la opinión de A. von Albrecht, *Historia de la Literatura Romana*, vol. II, págs. 1.127-1.138.

[68] Cf. Matthews, *op. cit.*, pág. 451.

[69] Cf. la opinión de D. Hunt recogida en la introducción a *The Late Roman World*.

[70] Cf. XXII 5, 4 y XXVII 3, 12-13.

[71] Véase C. Castillo, «Amiano Marcelino historiador», en *Urbs aeterna*, Pamplona, 2003, págs. 9-12. Por otra parte, cabe tener en cuenta la opinión de Barnes que sugiere que Amiano era un apóstata: véase *op. cit.*, págs. 79-94.

[72] Véase V. Neri, «Ammianus definition of Christianity as *absoluta et simplex religio*, en *Cognitio gestorum*, págs. 59-66.

punto de que —dice Thompson— si se hubieran conservado únicamente estos libros, sería difícil establecer si Amiano era o no era pagano[73]; afirmación exagerada sin duda pero que pone al descubierto una táctica ambigua. Más que un «pragmatista asistemático»[74], Amiano era —al menos en este aspecto— un escritor ambiguo, no «neutral». Esta apreciación se refuerza si se tienen en cuenta las omisiones de episodios relacionados con la conducta de Juliano frente a los cristianos[75] y se aplica la recomendación hecha por el propio Amiano: *quisquis legat... perpendat quae tacentur*, a la que antes nos hemos referido.

6. *Lengua y estilo en las* Res gestae

La idea de que Amiano pensaba en griego la brindó la filología alemana; en esa línea están Wilamowitz, Leo, Norden y Fraenkel, nombres que representan brillantemente toda una época de la Filología Clásica. En la segunda mitad del siglo XX se ha puesto el acento, en cambio, en la apreciación de un Amiano fundamentalmente romano; ésta es la postura que se percibe en la monografía de Matthews; hoy día se tiende a una postura equilibrada, que puede percibirse claramente en las observaciones hechas por Den Boeft: si bien es verdad que se encuentran en Amiano frecuentes grecismos, es preciso también tener en cuenta que algunas de las construcciones preferidas por el historiador —como el amplio uso de giros participiales— están muy extendidas en el latín tardío. A este respecto, es clarificadora la observación de que

[73] Véase E. A. THOMPSON, *The Historical Work of Ammianus Marcellinus*, Cambridge, 1947.

[74] Véase la reseña bibliográfica que introduce la obra *The Late Roman World*, cit. *supra* n. 6.

[75] Véase lo dicho por BARNES, *op. cit.*, pág. 53, con bibliografía en nota.

Amiano es un bilingüe con dominante griega y que el estudio de su lengua debe enfocarse con los métodos propios de lo que hoy llamamos lenguas en contacto; el uso de los tiempos y modos verbales en Amiano está necesitado de un estudio pormenorizado que sería de gran utilidad para traductores y comentaristas de las *Res gestae*[76]; otro campo de interés son los usos de giros preposicionales y desde luego el estudio del léxico; últimamente Viansino ha lanzado la hipótesis de que las imprecisiones léxicas —sobre todo en el terreno de lo militar— no pueden achacarse a desconocimiento de la terminología sino más bien a la obsesión de atraer la atención del público mediante una dicción variada[77].

La expresión «estilo enjoyado», inventada por M. Roberts para singularizar la poesía romana de época tardía, conviene según Barnes, al estilo de Amiano[78]. En efecto, la aproximación de la Historia a la Poesía, admitida ya por Quintiliano, es un fenómeno observable en los historiadores romanos a partir de Quinto Curcio: se ha dicho que, desde él, todos llevan la impronta de Virgilio[79]. En apoyo de esta afirmación podrían citarse bastantes pasajes amianeos, aunque quizá el más llamativo sea la introducción de unos versos de la *Eneida* que Amiano se apropia al inicio del *excursus* sobre la Galia en el libro XV[80].

---

[76] Puntos de vista expresados por BARNES, *op. cit.*, cap. VII, y DEN BOEFT, «Ammianus graecissans?», en *Cognitio Gestorum*, pág. 9. Con posterioridad ha aparecido la contribución de C. KROON y P. ROSE al homenaje a H. Pinkster, *On latin*, Ámsterdam, 1996, titulado «*Atrociter corruptus, narrative tenses in Ammianus*», que representa, según escriben los autores, un *first impetus* en esta esforzada empresa.

[77] Cf. VIANSINO, *op. cit.*, introd., pág. XV.

[78] Cf. BARNES, *op. cit.*, pág. 15, donde se cita la obra de Roberts, *The Jewelled Style: Poetry and Poetics in Late Antiquity*, Ithaca 1989.

[79] Cf. A. FOUCHER, *Historia proxima poetis*, Bruselas, 2000, pág. 28.

[80] *Maius opus moveo maiorque mihi rerum nascitur ordo (Eneida* VII 44-45) en XV 9, 1.

Hemos señalado ya el carácter 'heroico' que la crítica reconoce en la figura de Juliano que presenta nuestro historiador; baste para justificarlo una cita del propio Amiano en el elogio del libro XXV: «hombre que debe contarse ciertamente entre los de natural heroico»[81]; el mismo título de la obra —*Res gestae*— tiene resonancias épicas; por otra parte, un reciente comentario al libro XXIV hace frecuentes alusiones a los fragmentos conservados de Ennio[82].

Tanto en aspectos léxicos como en la sintaxis, su estilo se aproxima la reconocida *gravitas* que continúa la línea iniciada por Salustio, en la estrecha relación que establecen ambos entre epopeya y política; la proximidad al modo de hacer taciteano está avalada por un amplio consenso de estudiosos[83]. Destacaríamos entre esos rasgos la frecuente alusión a los rumores, la técnica de dejar traslucir veladamente algo más de lo que se explicita; el gusto por las fórmulas novedosas y las expresiones que se prestan a un doble sentido[84].

La cercanía al encomio, que es patente, se ve equilibrada por la técnica de contraponer *laudatio* y *vituperatio*, que no es —como piensan algunos— una garantía de imparcialidad sino precisamente un procedimiento retórico[85].

---

[81] XXV 4, 1.

[82] Véase J. den Boeft, J. W. Drijvers, D. den Hengst y H. C. Teitler, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus XXIV*, Leiden, 2002.

[83] Véase la bibliografía mencionada por Foucher, *op. cit.*, pág. 82.

[84] Una muestra de lo que decimos se encuentra ya en el mismo inicio de la obra conservada: la muerte de Cremacio, el llamar *formula letalis* a la condena de muerte y *mors repentina* a la inesperada condena de un inocente.

[85] *Contra*, L. Mary, «'*Non falsitas arguta...*'. Pourquoi l'historien Ammien Marcellin n'a pas écrit de panégyrique», en *Le discours d'éloge entre Antiquité et Moyen Âge*, París, 2001, págs. 33-45. Como ha hecho ver J. Fontaine, «La figura del principe nella poesia latina cristiana», en *Letteratura*

Rasgos propios del estilo amianeo son ante todo los períodos amplios, con frecuencia enrevesados, la afición a la hipérbole y el crudo realismo en las descripciones cruentas. Es innegable la penetración psicológica que reflejan sus retratos y el colorido de las descripciones cuajadas de imágenes. Pueden aplicársele con propiedad las características que señala Classen refiriéndose en general a la literatura postclásica y tardía: es capaz de «exhibir el aspecto completo de la vida real y toda la gama de acciones y sufrimientos humanos, no con sobriedad y brevedad clásicas sino con tal riqueza y penetración en la naturaleza y sentimientos humanos que tales obras no merecerían caer en el olvido»[86]. La razón es que ofrecen problemas de la humanidad siempre vivos.

Historia de la transmisión y traducciones anteriores

Manuscritos

El manuscrito básico para las ediciones de Amiano Marcelino es el *Vaticanus Latinus* 1873, datado en el siglo IX y proveniente del monasterio de Fulda, de donde Poggio Braciolini lo lleva, en 1417, a la Biblioteca Colonna y pasa posteriormente a la Vaticana, su actual destino. Contiene los libros hoy conservados (XIV a XXXI) exceptuando un pasaje entre XXXI 5

tardoantica, págs. 153-175, el esquema *virtutes/vitia* aplicado al «elogio» de Juliano en Prudencio (*Apoteosis*, 450 y ss.) es casi tan positivo como el de Amiano, pero deja escapar una queja final: «traidor a Dios, aunque no traidor al mundo».

[86] J. Classen, «El estudio de la literatura latina», en *Emerita* 45 (1977), pág. 147.

y XXXI 10, 18, que corresponde a un folio extraviado (200-201).

Contamos además con 6 páginas del manuscrito *Hersfeldensis*, anteriores al 850[87], que podría ser el antecedente del *Vaticanus Latinus* antes citado; fue encontrado en el archivo de Marburgo por G. Koennecke y editado por H. Nissen, a finales del siglo XIX[88]; estudiado posteriormente por R. P. Robinson[89] y W. Seyfarth[90], las esperanzas que se abrieron con este hallazgo respecto a posteriores descubrimientos, hoy por hoy, se han visto frustradas.

Estos dos manuscritos son las fuentes principales para las ediciones actuales. Hay, además, una importante cantidad de códices del siglo XV tanto en Italia como en Francia, si bien de menor autoridad y procedentes directa o indirectamente del *Vaticanus latinus* 1873. Se conservan en el Vaticano: *E, D, Y, U, P* y *R*[91]. En Italia: *F, Q, K* y *W*. En París: *C, N, H* y *T*[92]. Otros, utilizados en ediciones antiguas, hoy se encuentran perdidos, como el *Valentinus*, el *Boxhornianus* o el *Fauchetanus*.

---

[87] Se encuentran en la Landesbibliothek de Kassel.

[88] W. SEYFARTH et alii (eds.), *Ammiani Marcellini rerum gestarum libri qui supersunt,* Stuttgart-Leipzig, vol. I, Ed. ster. Ed. 1 (1978)-1999, pág. VIII. Cf. H. NISSEN (ed.), *Ammiani Marcellini fragmenta Hamburgensia,* Berlín, 1876. A. M. CLARK, *The Text tradition of Ammianus Marcellinus,* New Haven, 1904. L. TRAUBE, *Vorlesungen und Abhandlungen* 3, Múnich, 1920.

[89] «The Hersfeldensis and the Fuldensis of Ammianus Macellinus», en *The University of Missouri Studies* XI 3, 1936.

[90] «Der Codex Fuldensis und der Codex E des Ammianus Marcellinus. Zur Frage der handschriflichen Ueberliferung des Werkes des letzten römischen Geschichtschreibers», en *ADAW* 1962, 2.

[91] Véase la relación de manuscritos citados más abajo, donde se reseñan sus denominaciones exactas.

[92] Para la descripción de cada uno, véase J. FONTAINE, E. GALLETIER, G. SABBAH, M. A. MARIÉ (eds.), *Ammien Marcellin, Historie,* París, 1968, vol I, págs. 43-45.

Ediciones

La editio princeps fue publicada por A. Sabino en Roma el año 1474, pero, desafortunadamente, se basa sólo en un códice, el *Reginensis*, que no da una lectura buena ni completa (contiene sólo los libros XIV a XXVI).

Siguen a ésta una edición de Bolonia de 1517 realizada por *Castellus*, no bien considerada, y la primera de Froben de 1518 en Basilea[93], también incompletas. En 1533, en Augsburgo, se da una nueva edición en la imprenta de S. Otmer, preparada por *M. Accursius* y con una extraordinaria cantidad de correcciones sobre la edición de *Castellus*.

A ésta sigue la segunda edición de Basilea, de 1533, también de la imprenta de Froben, con la asistencia de S. Gelenio. Para ella se pudo contar con el códice *Hersfeldensis*, entonces completo y posteriormente desaparecido, —exceptuando los seis folios del archivo de Marburgo.

Como primera edición completa y que cuenta con las lecturas de los dos manuscritos más antiguos se puede dar la de 1546 en Basilea, con la autoría de S. Gelenio, que es la tercera frobbeniana y que publica también la Historia Augusta y la obra de Suetonio. A este texto le falta solamente el libro XXXI y la última página del XXX.

R. Estienne publica en París en 1544 una edición basada en la de Gelenio, y el propio Gelenio hizo una nueva edición en Basilea en 1546, ésta por fin completa.

A lo largo del siglo XVI se producen una segunda de Estienne (París, 1547), una de *Gryphius* en Lyon en 1552, una de Syllburg en Frankfurt en 1588 y una de Le Preux en Lyon en 1591.

Durante los siglos XVII y XVIII se produce un continuado e

[93] Conocida como erasmiana, no consta que el texto haya sido revisado por el humanista; y no ofrece garantías.

importante trabajo, principalmente de exégesis: F. Lindenborg realiza una publicación en Hamburgo en 1609[94], que anota en margen las lecturas de Estienne, del texto comúnmente aceptado y de algunos otros mss. indeterminados, partiendo de la edición geleniana de 1546 y del ms. de Florencia *(F)*. En 1611 da a la luz J. Gruter en Hannover otro texto basado en la edición de Accursius y en otros mss. como el *V* y el *Fauchetanus*, con explicaciónes y corrección de texto.

Pero la edición más notable en la época es la de Enrique de Valois, publicada en París en 1636[95]. Está basada sobre el ms. *R*, otro procedente de Valence, y sobre las ediciones de Lindenborg y de Gruter. Ofrece en la segunda parte del volumen numerosas y ricas anotaciones. El trabajo posterior que realizó este autor durante cuarenta años sobre Amiano fue recogido en la edición de su hermano, Adriano de Valois[96], que tuvo en cuenta también los mss. *C* y *T* .

No son igualmente relevantes los trabajos que aparecieron a

---

[94] *Ammiani Marcellini rerum gestarum qui de XXXI supersunt libri XVIII ad fidem M.S. et veterum codd. recensiti et observationibus illustrati. Ex Bibliotheca Fr. Lindenbrogii, Hamburgi, ex bibliopolio Frobeniano MDCIX.*

[95] *Ammiani Marcelli rerum gestarum qui de XXXI supersunt libri XVIII ex manuscriptis codicibus emendati ab Henrico Valesio et annotationibus illustrati. Adjecta sunt excerpta de gestis Constantini nondum edita. Parisiis apud Ioannem Camusat MDCXXXVI.*

[96] *Ammiani Marcellini rerum gestarum qui de XXXI supersunt libri XVIII ope mss. codicum emendati ab Henrico Valesio, et auctoribus adnotationibus illustrati necnon excerpta ueterea de gestis Constantini et regum Italiae, editio posterior, cui Hadrianus Valesius, historiographus regius, Fr. Lindenbrogii J.C. in eundem historicum ampliores observationes, et collectanea uariarum lectionum adjecit; et beneficio codicis Colbertini Ammianum multis in locis emendauit, notisque explicuit: disceptationem suam de Hebdomo, ac Indicem rerum memorabilium subiunxit. Praefixit et Praefationem suam, ac Vitam Ammiani a Claudio Chiffletio J.C. compositam. Parisiis, ex officina Antonii Dezallier MDCLXXXI.*

lo largo del XVII y primera mitad del XVIII, a excepción del de J. Gronovio, dado a la imprenta en Leyden en 1693, que sigue fundamentalmente la de A. de Valois y los mss. *C, T, F* y la de A. W. Ernesti, Leipzig, Weidmann, 1773[97]. Esta última presenta un *index dignitatum* y un *glossarium latinitatis*, que glosa los principales empleos de términos; la actual numeración de capítulos procede de aquí.

Marca el comienzo del siglo XIX la de I. A. Wagner[98], completada por C. G. A. Erfurt, muy documentada sobre las lecturas de ediciones anteriores; señala la procedencia de las diversas interpretaciones.

El trabajo crítico en el sentido en que lo entendemos hoy, no obstante, comienza con la edición de Eysenhardt, Berlín, 1871, basada en los mss. *V* y *U* y la edición de Gelenio; enseguida superada por la de V. Gardthausen de 1874-1875, en Teubner, Leipizig. Confrontó la edición de Wagner, el ms. *V* y el *P*. A la misma época corresponde la aparición y publicación de los fragmentos de Hersfeld.

Ya entre las más recientes y al uso, la de C. U. CLARK, Berlín, 1910-1915 (reimpr. 1963) tiene especial significación para las lecturas de las ediciones posteriores, a pesar de las numerosas correcciones de cláusulas que introdujo el editor. En 1935 J. C. ROLFE[99] corrige estos extremos en su edición bilingüe de Loeb. Hay que señalar especialmente la Teubneriana de

---

[97] *Ammiani Marcellini rerum gestarum libri qui supersunt ex recensione Valesio-Gronoviana, indicem dignitatum necnon glossarium latinitatis adjecit Augustus Guilelmus Ernesti. Lipsia ex libraria Weid. hered. et Reichii MDCCLXXIII.*

[98] *Ammiani Marcellini quae supersunt cum notis integris Frid. Lindenbrogii, Henr. Et Hadr. Valesiorum et Iac. Gronovii, quibus Thom. Reinesii quasdam et suas adiecit Io. Augustin. Wagner Editionem absoluit Car. Gottlob Aug. Erfurt. Lipsiae MDCCCVIII in Libraria Weidmariana.*

[99] Véase la cita exacta en las traducciones inglesas.

W. SEYFARTH, L. JACOB-KARAU e I. ULMANN, Stutgart-Leipzig, 1999, precedida por otra del mismo autor de 1970[100] y la de *Les Belles Lettres*, publicada por J. FONTAINE, E. GALLETIER, G. SABBAH y M. A. MARIÉ, París, 1968-1999. Asimismo, han hecho aportaciones al estudio del texto eminentes filólogos como Mommsen, Löfstedt, Madvig, Bentley, Dederich, Günther, Langen, Marquart, Müller o Petschenig. En la actualidad, por tanto, contamos con textos bien estudiados y ediciones fiables.

Traducciones

Españolas:

Historia del Imperio Romano desde el año 350 al 378 de la era cristiana en latín por Amiano Marcelino, vertida al castellano por Fr. Norberto CASTILLA y prologada por Francisco J. FORTUNY. 2 vols. Madrid 1895-1896. Reimpr.: Barcelona, Orbis, 1986. Se trata de una edición con una tradición venerable, pero ya antigua, aunque haya sido recientemente reimprimida, casi un siglo después de su publicación.

M.ª LUISA HARTO TRUJILLO, *Amiano Marcelino, Historia*. Tres Cantos, Akal, 2002. Una útil puesta al día del texto.

Inglesa:

J. C. ROLFE, *Ammianus Marcellinus, with a English translation*. 3 vols., Loeb Classical Library, Londres-Cambridge Mass. 1935-1939.

[100] Citada como traducción alemana.

Alemana:

W. SEYFARTH, *Ammianus Marcellinus. Römische Geschichte. Lateinisch und Deutsch und mit einer Kommentar versehen.* 4 vols., Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1970.

Francesa:

J. FONTAINE, E. GALLETIER, G. SABBAH, M. A. MARIÉ, *Ammien Marcellin, Histoire, texte établi, traduit et annoté.* 6 vols., Col. des Universités de France publié sous le patronage de l'Association Guillaume Budé, París, 1968-1996.

Italianas:

M. CALTABIANO, *Ammiano Marcellino. Storie*, Milán, Rusconi, 1989.
A. SELEM, *Le Storie di Ammiano Marcellino. Testo e traduzione*, Turín, Unione Tipografico-Editrice Torinese, 1987.
G. VIANSINO, *Storie. Ammiano Marcellino; testo critico, traduzione e commento.* 3 vols., Milán, Mondadori, 2001-2003.

*Nuestra traducción**

Aunque se han consultado sistemáticamente las ediciones de Clark, Seyfarth, Viansino y Caltabiano Rolfe citadas en la bibliografía, tomamos como texto de referencia la edición de J.

* La introducción es obra conjunta del equipo; la traducción de los libros XIV-XV corrió a cargo de C. Castillo, la de los libros XVI-XVII, a cargo de C. Alonso del Real y la de los libros XVIII-XIX, a cargo de A. Sánchez-Ostiz. Los autores agradecen asimismo la colaboración de Arturo Echavarren en la ordenación del material y en la coordinación de las notas.

FONTAINE, G. SABBAH, E. GALLETIER, M. A. MARIÉ, *Ammien Marcellin, Histoire. Texte établi, traduit et annoté*, 6 vols., cols. des Universités de France publiée sous le patronage de l'Association Guillaume Budé, París, 1968-1996. Señalamos a continuación los textos en que nos apartamos de sus lecturas:

	Sabbah	
XVII 12, 7	*ne*	*nec* (V G: Clark, Seyfarth)
	declinarent	*declinare* (E A G: Clark, Seyfarth)
XVIII 1, 4:	*accusasse succedet*	*accusasse sufficiet* (EBG, V^{m2}: Clark, Seyfarth)
XVIII 4, 7:	*concretis* (BG)	*certis* (Val.: Clark, Seyfarth)
XVIII 4, 7:	*exitus* (VEBG)	*textus* (A: Clark, Seyfarth)
XVIII 6, 5:	*nullam* (SBAG)	*ulla* (E: Clark, Seyfarth)
XVIII 6, 12:	*profectus* (VEBA)	*provectus* (Val.: Clark, Seyfarth)
XVIII 7, 3:	*transire conpelli et* (V)	*transire et* (Clark, Seyfarth)
XVIII 10, 1:	*impetus* (V) *conatibus agitant*	*impetus turbo conatibus agitat* (G: Clark, Seyfarth)
XIX 1, 3:	*dignitate Antonini* (V)	*Antonini* (G: Clark, Seyfarth)
XIX 2, 6:	*belli turba* (E)	*belli turbo* (Val.: Clark, Seyfarth)
XIX 2, 13:	*exurebant enim terrentiumque* (V)	*exurgebant enim terrentium paventiumque* (Her.: Clark, Seyfarth)
XIX 4, 8:	*quos multitudo angebat* (G)	*quos multitudo augebat* (V: Seyfarth)
XIX 5, 2:	*aliquem, studiosius*	*aliquotiens* (Clark, Seyfarth) *stolidius* (G: Clark, Seyfarth)
XIX 5, 8:	*curas* (V)	*iras* (Clark, Seyfarth)
XIX 6, 1:	*ad quem* (HG)	*quem in* (Clark, Seyfarth)
XIX 7, 1:	*cessabant* (V)	*censebant* (G: Clark, Seyfarth)
XIX 7, 3:	*densitate quae* (V)	*densitataeque* (Seyfarth)

XIX 8, 6:	*ostenditur dirum aspectu*	*offendi dirum aspectum* (G: Clark, Seyfarth)
XIX 9, 6:	*pernici itione*	*suspicione* (Clark, Seyfarth)
XIX 11, 9:	*tam praeceps* (G)	*tamen praeter preces* (Val.: Clark, Seyfarth)
XIX 12, 7:	*moeroris* (W^2)	*furoris* (G: Clark, Seyfarth)

Hemos procurado mantener el tono de la redacción original, reproduciendo, en la medida de lo posible, su ritmo narrativo y su estilo, a pesar de la dificultad que ello conlleva. Naturalmente, en lo referente a puntuación han sido numerosos los cambios que hemos debido introducir.

Un problema especial ha presentado la terminología técnica, particularmente en lo relativo a las instituciones de la compleja administración imperial tardoantigua y del ejército. Muchas veces hemos debido mantener la terminología intacta o trasliterada, con una anotación a pie de página, explicando su sentido (es el caso, por ejemplo, del término *notarius*, de significado tan diferente en esta situación histórica con nuestro término 'notario'). Los nombres de ciudades se han expresado de la manera que resulte más comprensible al lector actual, respetando los usos establecidos. Acompañamos en nota las indicaciones pertinentes para la identificación de los lugares originales latinos.

Relación de siglas de manuscritos y ediciones

V *Vaticanus latinus* 1873. Siglo IX
M *Herfeldensis*, fragmentos, Archivo de Kassel. Siglo IX
E *Vaticanus latinus* 2969. Siglo XV
D *Vaticanus latinus* 1874. Siglo XV

Q *Mutinensis, Corvinianus. Bibl. est. latinus* 425 (VI G 21). Siglo XV

Y *Vaticanus latinus* 3341. Siglo XV

U *Vaticanus Latinus Urbinas* 416. Siglo XV

P *Petrinus* E 27, Vaticanos Biblioteca de S. Pedro. Siglo XV

R *Vaticanus Reginensis latinus* 1994. Siglo XV

F *Florentinus Marcianus* I, V, 43. Siglo XV

K *Caesenas Malatestinus* XIV, 4 sin. Siglo XV

W *Venetus Marcianus* 388 Bess. Siglo XV

N *Neapolitanus Parisinus latinus* 6120. Siglo XV

H *Parisinus latinus* 5819. Siglo XV

T *Tolosanus Parisinus latinus* 5820. Siglo XV

C *Colbertinus Parisinus latinus* 5821. Siglo XV

Ediciones antiguas:

B *Petri Castelli editio*, Bononiae, 1517

A *Accursii editio*, Augusta Vindelicorum, 1533

G *S. Gelenii editio frobeniana*, Basilea, 1533

BIBLIOGRAFÍA*

A. COMENTARIOS Y LÉXICOS

Comentarios[101]:

P. DE JONGE, *Sprachlicher und historischer Kommentar zu Ammianus Marcellinus XIV*, Groninga, Bouma, 1972 (reimpr. 1935/1939).

—, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus, XV*, Groninga, Bouma, 1972.

—, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus XVI*, Groninga, Bouma, 1972.

—, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus XVII*, Groninga, Bouma, 1977.

—, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus XVIII*, Groninga, Bouma, 1980.

—, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus XIX*, Groninga, Bouma, 1982.

J. DEN BOEFT, D. DEN HENGST, H. C. TEITLER, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus XXI*, Groninga, Forsten, 1991.

[101] Véase asimismo *supra* el elenco de traducciones.

* Escapa al alcance de este volumen presentar aquí una bibliografía exhaustiva. En este mismo sentido, lamentamos no haber podido tener en cuenta algunos de los títulos publicados en los últimos años.

—, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus XXII*, Groninga, Forsten, 1995.

—, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus XXIII*, Groninga, Forsten, 1998.

J. den Boeft, J. W. Drijvers, D. den Hengst, H. C. Teitler, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus XXIV*, Leiden, Brill, 2002.

—, *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus XXV*, Leiden, Brill, 2005.

J. Szidat, *Historischer Kommentar zu Ammianus Marcellinus Buch XX-XXI. I. Die Erhebung Iulians*, Wiesbaden, Steiner, 1977.

—, *Historischer Kommentar zu Ammianus Marcellinus Buch XX-XXI. II. Die Verhandlungsphase*, Wiesbaden, Steiner, 1981.

—, *Historischer Kommentar zu Ammianus Marcellinus Buch XX-XXI, III. Die Konfrontation*, Stuttgart, Steiner, 1996.

Léxicos y concordancias:

G. J. D. E. Archbold, *A Concordance to the History of Ammianus Marcellinus*, Toronto, University of Toronto Press, 1980.

M. Chiabò, *Index verborum Ammiani Marcellini*, Hildesheim, Olms, 1983.

G. Viansino, *Ammiani Marcellini rerum gestarum lexicon*, Hildesheim, Olms, 1985.

B. Aproximaciones, estudios generales y volúmenes colectivos

C. Alonso del Real, «La Roma que vio Constancio», en C. Santini, L. Zurli, L. Cardinali (eds.), *Concentus ex dissonis. Scritti in onore di Aldo Setaioli*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 2006, págs. 13-24.

J. M. Alonso-Núñez, *La visión historiográfica de Ammiano Marcelino*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1975.

—, «Ammianus Marcellinus in der Forschung von 1970 bis 1980», *AAHG* 36 (1983), págs. 1-18.

T. D. Barnes, *Ammianus Marcellinus and the representation of historical reality*, Ithaca, Cornell University Press, 1998.

K. Bringmann, «Ammianus Marcellinus als spätantiker römischer Historiker», *Antike & Abendland* 19 (1973), págs. 44-60.

J. den Boeft, D. den Hengst, H. C. Teitler, *Cognitio Gestorum. The Historiographic Art of Ammianus Marcellinus (Proceedings of the Colloquium, Amsterdam, 26-28 august 1991)*, Ámsterdam, Royal Netherlands Academy of Arts and Sciences, 1992.

J. den Boeft, H. J. W. Drijvers, D. den Hengst, H. Teitler (eds.), *Ammianus after Julian. The reign of Valentinian and Valens in Books 26-31 of the Res Gestae*, Leiden, Brill, 2007.

G. de Bonfils, *Ammiano Marcellino e l'imperatore*, Bari, F. Laterza, 1986.

H. Drexler, *Ammianstudien*, Hildesheim, Olms, 1974.

J. W. Drijvers, D. Hunt (eds.), *The Late Roman World and its Historian. Interpreting Ammianus Marcellinus*, Londres, Routledge, 1999.

T. G. Elliott, *Ammianus Marcellinus and Fourth Century History*, Sarasota, S. Stevens, 1983.

W. Ensslin, *Zur Geschichtschreibung und Weltanschauung des Ammianus Marcellinus*, Leipzig, Dieterich, 1923.

J. Fontaine, «Ammien Marcellin, historien romantique?», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* 28 (1969), págs. 417-435.

A. H. M. Jones, J. R. Martindale, J. Morris, *The Prosopography of the Later Roman Empire. v. I: A.D. 260-395*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

J. Matthews, *The Roman Empire of Ammianus*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989.

A. Momigliano, «The Lonely Historian Ammianus Marcellinus», en *Sesto Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico. Tomo primo*, Roma, Edizioni di Storia e Letterature, 1974, págs. 143-157.

K. Rosen, *Ammianus Marcellinus*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1982.

G. Sabbah, *La méthode d'Ammien Marcellin. Recherches sur la construction du discours historique dans les Res Gestae*, París, Les Belles Lettres, 1978.

—, «Ammianus Marcellinus», en G. Marasco (ed.), *Greek and Roman Historiography in Late Antiquity. Fourth to Sixth Century A.D.*, Leiden, Brill, 2003, págs. 43-84.

R. Syme, *Ammianus and the Historia Augusta*, Oxford, Clarendon Press, 1968.

E. A. Thompson, *The Historical Work of Ammianus Marcellinus*, Cambridge, Cambridge University Press, 1947.

H. Tränkle, «Ammianus Marcellinus als römischer Geschichtsschreiber», *Antike & Abendland* 11 (1962), págs. 21-33.

C. Estudios particulares

P. Athanassiadi, *Julian: an Intellectual Biography*, Londres-Nueva York, Routledge, 1992.

N. J. E. Austin, «In Support of Ammianus' Veracity», *Historia* 23 (1973), págs. 331-335.

—, *Ammianus on Warfare. An Investigation into Ammianus' Military Knowledge*, Bruselas, Latomus, 1979.

T. D. Barnes, «Literary Convention, Nostalgia and Reality in Ammianus Marcellinus», en G. W. Clarke, B. Croke, A. Nobbs, R. Mortley (eds.), *Reading the Past in Late An-*

tiquity, Rushcutters Bay, Australian National University Press, 1990, págs. 1-8.

N. BITTER, *Kampfschilderungen bei Ammianus Marcellinus*, Bonn, Habelt, 1976.

R. C. BLOCKLEY, *Ammianus Marcellinus. A study of his Historiography and Political Thought*, Bruselas, Latomus, 1975.

—, «Ammianus Marcellinus and the Battle of Strasbourg», *Phoenix* 31 (1977), págs. 218-231.

—, «Ammianus Marcellinus on the Persian Invasion of A.D. 359», *Phoenix* 42 (1988), págs. 245-260.

—, «Ammianus Marcellinus' Use of Exempla», *Florilegium* 13 (1994), págs. 53-64.

—, «Ammianus and Cicero: The Epilogue of the History as a Literary Statement», *Phoenix* 52 (1998), págs. 305-314.

A. BRANDT, *Moralische Werte in den Res gestae des Ammianus Marcellinus*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1999.

M. F. A. BROK, «Die Quellen von Ammians Exkurs über Persien», *Mnemosyne* 38 (1975), págs. 47-56.

—, «Majestätsfrevel durch Mißbrauch des Purpurs (Ammianus Marcellinus, 16,8,8)», *Latomus* 19 (1982), págs. 356-361.

K. BULLA WOLFGANG, *Untersuchungen zu Ammianus Marcellinus*, Múnich, Ludwig-Maximilians-Universität, 1983.

G. CARRASCO, «Tributación y corruptelas en el siglo IV d. C., según Amiano Marcelino», *Hispania antiqua* 24 (2000), págs. 355-368.

—, «El retrato amianeo del emperador Joviano», *Fortunatae* 7 (1995), págs. 177-186.

—, «Justicia y poder en Amiano Marcelino», *Hispania antiqua* 16 (1992), págs. 363-372.

C. CASTILLO, «Amiano Marcelino Historiador», en C. ALONSO DEL REAL, P. GARCÍA RUIZ, Á. SÁNCHEZ-OSTIZ, J. B. TO-

RRES GUERRA (eds.), *Vrbs Aeterna*, Pamplona, EUNSA, 2003, págs. 4-20.

—, «Amiano entre historia y sátira (Res gestae XIV 6)», en A. ALVAR EZQUERRA (ed.), *Actas del XI Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, SEEC, 2005, págs. 87-94.

—, «Amiano Marcelino, un hombre entre dos mundos: la impronta de Cicerón en las *Res Gestae*», en Á. SÁNCHEZ-OSTIZ, J. B. TORRES GUERRA (eds.), *De Grecia a Roma y de Roma a Grecia, un camino de ida y vuelta*, Pamplona, 2007, págs. 239-252.

H. CICHOKA, «Die Konzeption des Exkurses im Geschichtswerk des Ammianus Marcellinus», *Eos* 63 (1975), págs. 329-340.

F. COARELLI (ed.), *Lexicon topographicum urbis Romae: Supplementum*, Roma, Quasar, 2004.

G. A. CRUMP, «Ammianus and the Late Roman Army», *Historia* 23 (1973), págs. 91-103.

—, *Ammianus Marcellinus as a Military Historian*, Wiesbaden, Steiner, 1975.

A. DEMANDT, *Zeitkritik und Geschichtsbild im Werk Ammians*, Bonn, Habelt, 1965.

J. W. DRIJVERS, «Ammianus Marcellinus 15.13.1-2: Some Observations on the Career and Bilingualism of Strategius Musonianus», *Classical Quarterly* 46 (1996), págs. 532-537.

J. F. DRINKWATER, «Silvanus, Ursicinus and Ammianus. Fact or Ficiton?», en C. DEROUX (ed.), *Studies in Latin Literature and Roman History, VII*, Bruselas, 1994, págs. 568-576.

C. W. FORNARA, «Julian's Persian Expedition in Ammianus and Zosimus», *Journal of Hellenistic Studies* 111 (1991), págs. 1-15.

—, «Studies in Ammianus Marcellinus — I: The Letter of Libanius and Ammianus' Connection with Antioch», *Historia* 41 (1992), pág. 328.

—, «Studies in Ammianus Marcellinus — II: Ammianus' Knowledge and Use of Greek and Latin Literature», *Historia* 41 (1992), págs. 420-438.

A. FOUCHER, *Historia proxima poetis. L'influence de la poésie épique sur le style des historiens latins de Salluste à Ammien Marcellin*, Bruselas, Collection Latomus, 2000.

R. M. FRAKES, «Cross-References to the Lost Books of Ammianus Marcellinus», *Phoenix* 49 (1995), págs. 232-246.

R. I. FRANK, *Scholae Palatinae. The Palace Guards in the Later Roman Empire*, Roma, American Academy in Rome, 1969.

F. J. GUZMÁN ARMARIO, «Cultura y romanidad en las Res Gestae de Amiano Marcelino», *Hispania antiqua* 25 (2001), págs. 305-318.

—, «El "historiador cautivo": Amiano Marcelino frente a su auditorio senatorial romano», *Habis* 37 (2006), págs. 427-438.

D. DEN HENGST, «Hidden Polemics. Ammianus' digression on Egypt (Res Gestae 21.15-16)», en R. RISSELADA, J. R. DE JONG, A. MACHTELT-BOLKESTEIN (eds.), *On Latin. Linguistic and Literary Studies in Honour of Harm Pinkster*, Ámsterdam, Gieben, 1996, págs. 45-56.

E. D. HUNT, «Christians and Christianity in Ammianus Marcellinus», *Classical Quarterly* 35 (1985), págs. 186-200.

—, «Christianity in Ammianus Marcellinus Revisited», *Studia Patristica* 24 (1985), págs. 108-113.

G. KELLY, «The New Rome and the Old: Ammianus Marcellinus' Silences on Constantinople», *Classical Quarterly* 53 (2003), págs. 588-607.

—, «Ammianus and the Great Tsunami», *Journal of Roman Studies* 94 (2004), págs. 141-167.

—, «Constantius II, Julian, and the Example of Marcus Aurelius: Ammianus Marcellinus XXI, 16, 11-12», *Latomus* 64 (2005), págs. 409-416.

R. KLEIN, «Der Romenbesuch des Kaisers Konstantius II im Jahre 357», *Athenaeum* 54 (1979), págs. 98-115.

W. KLEIN, *Studien zu Ammianus Marcellinus*, Leipzig, Dieterich, 1914.

H. P. KOHNS, «Die Zeitkritik in den Romexkursen des Ammianus Marcellinus. Zu Amm. Marc. 14,6,3-26; 28,4,6-35», *Chiron* 5 (1975), págs. 485-491.

C. KROON, P. ROSE, «Atrociter corruptus? The Use of Narrative Tenses in Ammianus' Res Gestae», en R. RISSELADA, J. R. DE JONG, A. MACHTELT-BOLKESTEIN (eds.), *On Latin. Linguistic and Literary Studies in Honour of Harm Pinkster*, Ámsterdam, Gieben, 1996, págs. 71-89.

J. H. W. G. LIEBESCHUETZ, «Ammianus, Julian and Divination», en M. WISSEMANN (ed.), *Roma renascens. Festschrift I. Opelt*, Fráncfort, 1988, págs. 198-213.

S. MACCORMACK, *Art and Ceremony in Late Antiquity*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1990.

L. MARY, «*'Non falsitas arguta...'* — pourquoi l'historien Ammien Marcellin n'a pas écrit de panégyrique», en L. MARY, M. SOT (ed.), *Le discours d'éloge entre Antiquité et Moyen Âge*, París, Picard, 2001, págs. 31-45.

J. F. MATTHEWS, «The Origin of Ammianus», *Classical Quarterly* 44 (1994), págs. 252-269.

V. NERI, *Ammiano e il cristianesimo. Religione e politica nelle 'Res gestae' di Ammiano Marcellino*, Bolonia, Clueb, 1985.

R. PACK, «The Roman Digressions of Ammianus Marcellinus», *Transactions of the American Philological Association* 84 (1953), págs. 181-189.

F. PASCHOUD, «"Si non è vero, è ben trovato": tradition littéraire et vérité historique chez Ammien Marcellin», *Chiron* 19 (1989), págs. 37-54.

D. A. PAUW, «Ammianus Marcellinus and Ancient Historio-

graphy, Biography, and Character Portrayal», *Acta Classica* 22 (1979), págs. 115-129.

—, «Methods of Character Portrayal in the Res gestae of Ammianus Marcellinus», *Acta Classica* 20 (1979), págs. 181-198.

G. B. PIGHI, *Ammianea*. Milán, 1936.

R. L. RIKE, *Apex omnium. Religion in the Res gestae of Ammianus*, Berkeley, University of California Press, 1987.

R. ROLLINGER, «Ammianus Marcellinus' Exkurs zu Alpenrhein und Bodensee. Eine Studie zu Amm. 15, 4, 2-6», *Chiron* 31 (2001), págs. 129-152.

K. ROSEN, *Studien zur Darstellungskunst und Glaubwürdigkeit des Ammianus Marcellinus*, Bonn, Habelt, 1970.

G. SABBAH, «La "peste d'Amida" (Ammien Marcellin, 19, 4)», en G. SABBAH (ed.), *Médecins et médecine dans l'Antiquité*, Saint-Etienne, Université de Saint-Etienne, 1982, págs. 131-157.

Á. SANCHEZ-OSTIZ, «*Iulianus Latinus:* la lengua cambiada de los personajes de Amiano Marcelino», en Á. SÁNCHEZ-OSTIZ, J. B. TORRES GUERRA (ed.), *De Grecia a Roma y de Roma a Grecia, un camino de ida y vuelta,* Pamplona, EUNSA, 2007, págs. 292-308.

N. SANTOS YANGUAS, «El pensamiento historiológico de Amiano Marcelino», *Estudios Clásicos* 20 (1976), págs. 103-122.

—, «Presagios, adivinación y magia en Amiano Marcelino», *Helmantica* 30 (1979), págs. 5-49.

—, «La concepción de la historia de Roma como sucesión de edades en los historiadores latinos», *Cuadernos de Filología Clásica* 17 (1981), págs. 173-184.

—, «La crisis del Imperio Romano en Ammiano Marcelino», *Memorias de historia antigua* 8 (1987), págs. 153-176.

—, «Ammiano Marcelino, Teodosio y el cristianismo», *Hispania Antiqua* 20 (1996), págs. 433-446.

R. SEAGER, *Ammianus Marcellinus, Seven Studies in his Language and Thought*, Columbia, University of Missouri Press, 1986.

—, «Perceptions of Eastern Frontier Policy in Ammianus, Libanius, and Julian (337-363)», *Classical Quarterly* 47 (1997), págs. 253-268.

H. S. SIVAN, «Ammianus at Rome: Exile and Redemption?», *Historia* 46 (1997), págs. 116-121.

J. SIGNES, «El excursus de los persas en Amiano Marcelino (XXIII, 6)», *Veleia* 7 (1990), págs. 351-375.

E. M. STEINBY (ed.), *Lexicon topographicum urbis Romae*, Roma, Quasar, 1993-2000.

G. A. SUNDWALL, «Ammianus geographicus», *American Journal of Philology* 117 (1996), págs. 619-643.

E. A. THOMPSON, «Ammianus Marcellinus», en T. A. DOREY (ed.), *Latin Historians*, Londres, Routledge & K. Paul 1966, págs. 143-157.

S. TOUGHER, «Ammianus Marcellinus on the Empress Eusebia: a Split Personality», *Greece & Rome* 47 (2000), págs. 94-101.

F. WITTCHOW, *Exemplarisches Erzählen bei Ammianus Marcellinus: Episode, Exemplum, Anekdote*, Múnich, Saur, 2001.

D. WOODS, «Ammianus and Some *tribuni scholarum palatinarum c.* A.D. 353-64», *Classical Quarterly* 47 (1997), págs. 269-291.

LIBRO XIV*

* Es «el libro de Galo». Su composición tiene cuatro partes en gradación ascendente, marcadas por los caps. 1, 7, 9 y 11. Los *excursus* (caps. 4, 6 y 8) están estratégicamente situados de forma que retardan el «movimiento dramático».

SINOPSIS
(años 353-354)

1 Crímenes de Galo.
2-3 Verano del año 353 (provincias de Oriente).
4 *Excursus* sobre los sarracenos.
5, 1-5 Campaña de Constancio en Arles.
5, 6-9 Episodio de Paulo Cadena.
6 *Excursus* sobre Roma.
7 y 9 Gobierno de Galo.
8 *Excursus* sobre Oriente.
10 Campaña de Constancio en el alto Rin, año 354.
11 Arresto, ejecución y honras fúnebres de Galo.

La crueldad de Galo César

1 Apenas terminadas las insufribles vicisitudes de la expedición[1], los débiles ánimos de los que habían tomado parte, quebrantados por la variedad de riesgos y trabajos soportados, cuando aún no se había acallado el sonido de las trompetas ni los soldados se habían acomodado en los cuarteles de invierno, se vieron invadidos por otras procelosas tempestades de la cruel fortuna en los asuntos públicos, provocadas por los múltiples y crueles crímenes del César Galo, que —promovido desde la más profunda miseria de los comienzos de su adolescencia hasta las más altas cumbres, dando un inesperado salto— sobrepasando los límites del poder que se le había atribuido, lo enfangaba todo con su excesiva severidad. Pues su parentesco con la familia real e incluso su pertenencia a la *gens* del nombre de Constancio[2] se le habían subido a la cabeza, y, según parecía, si hubiera tenido más energías se hubiera atrevido incluso a enfrentarse con el promotor de su buena suerte[3].

2 A su crueldad le había proporcionado un gran incentivo su esposa, desmesuradamente orgullosa de ser hermana del empe-

[1] Se refiere a la guerra entre Constancio II y Magnencio, que acabó en julio del año 353. A lo largo del libro, alude Amiano a algunas de estas vicisitudes.

[2] La *gens Flavia,* a la que pertenecían los descendientes de Constantino.

[3] El emperador Constancio II, que tomó la iniciativa de nombrarle César.

rador; con anterioridad, su padre Constantino la había casado con el rey Anibaliano, hijo de su hermano[4]: una especie de Furia[5] humana, constante incitadora de crueldades y no menos ávida de sangre que su colérico marido. Ambos con el paso del tiempo fueron haciéndose poco a poco más expertos en hacer daño y, sirviéndose de murmuradores clandestinos y sagaces, que tenían la mala costumbre de agrandar sus «descubrimientos», prestando oídos a falsedades y adulaciones, achacaban a personas inocentes calumnias como la de pretender el trono o la de dedicarse a prácticas de magia.

3 Destacó, sin embargo, entre otras cosas de menor importancia, una vez que su insolencia sobrepasó los límites de los delitos menores, la infame «muerte repentina» de un noble alejandrino llamado Clemacio[6]; la suegra de éste, perdidamente enamorada de él, al no lograr seducir a su yerno, según se decía, introducida en palacio por una puerta falsa, después de ofrecer a la reina un precioso collar, consiguió que se le enviara condena de muerte a Honorato, entonces conde de Oriente, de forma que se ejecutó a Clemacio, hombre absolutamente íntegro, sin permitirle abrir la boca ni defenderse[7].

4 Después de haberse perpetrado este crimen impío, cosa que

---

[4] Constancia, la hija de Constantino y Fausta, se había casado en primeras nupcias con su primo Anibaliano, hijo de Dalmacio, hermanastro de Constantino; Anibaliano había sido rey del Ponto entre los años 335 y 337. Tanto él como Dalmacio murieron en la matanza de miembros de la familia imperial a la muerte de Constantino, en el año 337. A Constancia se le llama también Constantina y Constantiniana. Cf. *infra* 7, 4.

[5] El texto dice *Megaera*: es el nombre de una de las Furias, la que representaba la envidia.

[6] Clemacio fue gobernador de Palestina en los años 361-362, como se sabe por las *Epístolas* de Libanio (315 y 693).

[7] El modo en que se relata este crimen, atribuido en último término a Galo, da a entender que las intrigas palaciegas que acabaron con la vida de Clemacio eran conocidas y permitidas por el César. Honorato fue *comes* de Oriente en 353-354.

ya se temía que ocurriera también a otros, como si se le hubiera concedido licencia a la crueldad, algunos —a quienes se consideraba culpables por simples sombras de sospecha— fueron condenados. Parte de ellos fueron ejecutados; otros, castigados a la confiscación de sus bienes y sacados a la fuerza de sus hogares, sin que les quedara nada más que sus quejas y lágrimas, malvivían de limosna; y convertido el poder justo y legítimo en una sangrienta tiranía, se les cerraban las casas ricas e ilustres.
Y ninguna voz acusadora, ni siquiera bajo soborno, se quejaba 5
en medio de esta montaña de males de forma que ni siquiera en apariencia se sometían las acusaciones a las normas legales, como en algunos casos hicieron los gobernantes tiránicos; en cambio, lo que se adecuaba a la impensable rigidez del César se procuraba cumplirlo inmediatamente, considerándolo confor-
me al derecho divino y humano. Por añadidura, se descubrió la 6
manera de que ciertos hombres plebeyos, cuya baja condición les hacía poco peligrosos, se encargaran de recoger los rumores por todos los rincones de Antioquía y contar lo que oían. Éstos, penetrando sucesiva y disimuladamente en los círculos de los poderosos, e invadiendo bajo el aspecto de necesitados las casas de los ricos, comunicaban todo lo que llegaba a su conocimiento o a sus oídos, introduciéndose en palacio a ocultas por puertas falsas; de común acuerdo se obligaban a inventar algunas cosas, a exagerar la maldad de lo que averiguaban y a omitir en cambio los elogios al Cesar que muchos expresaban a pesar suyo y por miedo a lo que les pudiera sobrevenir.

Y entretanto, sucedía que si en la mayor intimidad, sin que es- 7
tuviera presente ningún sirviente más allegado, un padre de familia decía a su mujer al oído alguna cosa, como si se lo hubiera contado Anfiarao o Marcio —famosos adivinos de otro tiempo[8]—, al

[8] Anfiarao es una figura legendaria que se cuenta entre las participantes en el viaje de los Argonautas; tenía un famosísimo oráculo en Oropos y otro de in-

día siguiente lo sabía el emperador. Por lo tanto, se temía inclu-
8 so a las paredes, únicas conocedoras de los secretos[9]. Por otra parte, iba aumentando su obstinada obsesión de averiguar estas cosas y otras muchas similares, estimulado por la reina que irreflexivamente impulsaba la suerte de su marido hacia un desastre irremediable, cuando más bien hubiera debido orientarle con tacto femenino hacia el camino de la verdad y de la humanidad, dándole útiles consejos, como hemos dicho, al hablar de los Gordianos, que hizo una y otra vez la esposa de aquel feroz emperador que fue Maximino[10].

9 Por último, con un nuevo y dañino ejemplo, el propio Galo se atrevió a cometer una grave infamia, la misma que se dice que intentó en Roma una vez Galieno, para deshonra suya[11] y, rodeado de un grupo de adictos que ceñían ocultamente espada, al atardecer iba por tabernas y encrucijadas, preguntando en griego —lengua que conocía muy bien— qué opinión tenía cada cual acerca del César. Y esto lo hacía atrevidamente en una ciudad en la que la claridad de las luces nocturnas suele casi igualar el fulgor del día. Finalmente, fue reconocido más de una vez, y ya considerando que si salía a la calle se pondría en evidencia, no se mostraba en público más que a la luz del día para

terpretación de sueños junto a Tebas. Marcio es seguramente *Marcius vates* (Marcio el profeta), de época arcaica, del que ha conservado noticia S. Isidoro en las *Etimologías* (VI 8, 12) como autor de reglas de vida y aforismos médicos. Livio (XXV 12) recoge algunas «profecías» de los *Carmina Marciana*.

[9] El dicho «las paredes oyen» ha quedado en el habla popular.

[10] Se refiere a Maximino el Tracio, emperador por aclamación del ejército en el año 235, depuesto en el 238 por la rebelión encabezada por Gordiano I. A su muerte, se condenó oficialmente su memoria. Estos hechos se narrarían en los libros perdidos de las *Res gestae*. Su esposa, que se llamaba Caecilia Paulina, fue asesinada por el propio Maximino, según noticia de ZONARAS (XII 16).

[11] Galieno, que ocupó el trono del 253 al 268, fue un emperador tolerante con los cristianos; Amiano no desaprovecha la ocasión de desacreditarlo. Nótese que la noticia se recoge como «rumor» *(dicitur)*.

ocuparse de asuntos que juzgaba serios. Y ciertamente esta conducta producía un profundo disgusto a muchos. Pero Talasio, a 10
la sazón prefecto del pretorio en la corte[12] también él de índole arrogante, viendo que la excitación del César crecía hasta el punto de poner en peligro la vida de muchos, no lo apaciguaba aconsejándole prudentemente, como algunas veces los altos cargos han suavizado las iras de los príncipes, sino que oponiéndose y reprendiéndole cuando no estaba de acuerdo, lo excitaba aún más, poniendo sus acciones en conocimiento del emperador, y con mucha frecuencia exagerándolas; y esto, no se sabe con qué intención, aparentando transparencia. Enseguida el César, más enfurecido aún por esta conducta, como si levantara más en alto la bandera de la obstinación, sin cuidarse de la vida ajena ni de la propia, se dejaba llevar por un ímpetu incontenible lanzándose a derribar todos los obstáculos, como un torrente.

Incursiones de los isaurios

Y ciertamente no era ésta la única 2
plaga que azotaba el Oriente con diferentes calamidades. En efecto, los isaurios[13] que habitualmente viven en paz y con cierta frecuencia provocan un desorden generalizado con incursiones imprevistas y rara vez cometen actos de bandidaje clandestinamente, alentados por la impunidad que hizo crecer su atrevimiento, llegaron a provocar graves incidentes. Cierto que durante mucho tiempo habían mos-

[12] Talasio era cristiano; en el año 345 había actuado probablemente de intermediario en un conflicto de carácter religioso entre Constancio II y Constante. Fue prefecto del pretorio en Oriente entre los años 351 y 353 y, según se lee en el *Códice Teodosiano* (XIV 1, 10 y 7, 9), se opuso a la tiranía de Galo.

[13] Los isaurios eran los indígenas de una zona costera del sur de Asia Menor. La provincia de Isauria formaba parte de la diócesis de Oriente, y estaba gobernada por un conde de rango ecuestre.

trado su agresividad con revueltas; pero, sin embargo, fue el indigno trato recibido el que les excitó vivamente, según declaraban, porque algunos compañeros suyos, apresados en Iconio, ciudad de Pisidia[14], habían sido arrojados a las fieras, en contra
2 de la costumbre, en un espectáculo de anfiteatro. Y, como dice Tulio, del mismo modo que también los animales acosados por el hambre regresan muchas veces al lugar en que alguna vez han pastado[15], así todos —bajando de montes inaccesibles y abruptos como un torbellino— alcanzaron la costa y ocultándose a lo largo de ella en cuevas impracticables y en llanuras encajonadas, al acercarse la noche, cuando todavía la luna estaba en cuarto creciente y, por tanto, no daba aún mucha luz, espiaban a los marineros. Y cuando notaban que les invadía el sueño, trepando por las amarras con pies y manos e introduciéndose de puntillas en las naves, se presentaban ante ellos por sorpresa y con una avidez que incrementaba su crueldad, sin perdonar la vida ni siquiera a los que se rendían, tras dar muerte a todos, se llevaban las mercancías mejores o simplemente útiles sin que nadie les
3 opusiera resistencia. Pero estas fechorías no duraron mucho tiempo, porque cuando se corrió la noticia de las muertes de los saqueados y asesinados, nadie a partir de entonces atracó sus naves en estos puertos, sino que del mismo modo que se evitan los mortales precipicios de Escirón[16], navegaban pegados a la costa de Chipre que está frente a los arrecifes de Isauria.

4 Transcurrido pues un espacio de tiempo en el que no ocurrió nada inesperado, tras abandonar la costa se dirigieron a la Licaonia que está junto a Isauria y allí, interceptando los caminos a

[14] Iconio es una ciudad situada al oriente de Frigia. Encuadrada en un principio en la provincia de Galacia, perteneció más tarde a Licaonia. Tanto Licaonia como Pisidia se encuadraban en la diócesis de Asia.

[15] Se refiere a CICERÓN, *En defensa de Cluencio*, XXV 67.

[16] Las rocas de Estirón en el Ática sirvieron de refugio a este personaje mitológico al que dio muerte Teseo.

base de compactas guarniciones, vivían a costa de los provincia-
les y de los que pasaban por el camino. Este ímpetu provocó a los 5
soldados distribuidos por los muchos municipios colindantes y
las fortalezas, y cada uno buscaba el modo de rechazar, en la me-
dida de sus fuerzas, a los que se iban introduciendo unas veces en
masa y otras veces dispersos; y se veían abatidos por una inmen-
sa multitud que, nacida y crecida entre los elevados y escarpados
recovecos de los montes, los recorrían como si fueran suaves lla-
nuras, lanzando a distancia armas arrojadizas a los que salían al
paso y sembrando el terror con sus feroces alaridos. Y algunas 6
veces, forzada nuestra infantería a escalar elevadas pendientes
para perseguirlos, aunque a pesar de los resbalones conseguían
alcanzar las cimas agarrándose a los matorrales o a las zarzas, no
podían desplegar filas en lugares angostos e impracticables, ni
andar con paso firme; cuando el enemigo les hostigaba haciendo
rodar peñascos desde lo alto, se retiraban arriesgándose a bajar
por las pendientes, o bien obligados a enfrentarse en último ex-
tremo, eran arrollados por el derrumbe de enormes bloques. Por
esta razón, a partir de entonces se actuó con atenta cautela y 7
cuando los salteadores empezaban a escalar las alturas de los
montes, los soldados se retiraban a un terreno accidentado.
Pero cuando era posible sorprenderles en la llanura, cosa que
ocurría con frecuencia, sin oportunidad de dar prueba de sus
músculos ni de lanzar alguna de las dos o tres jabalinas que lle-
vaban, se les sacrificaba como a ganado indefenso.

Así pues, estos mismos salteadores, temerosos de entrar en 8
Licaonia, llana en su mayor parte, conscientes por repetidas ex-
periencias de que serían inferiores a los nuestros en un combate
en regla, se dirigieron por atajos a Panfilia[17], que a pesar de ha-
ber permanecido intacta durante tiempo, ante el temor a de-

[17] La provincia de Panfilia, encuadrada también en la diócesis de Asia, era gobernada por un consular.

vastaciones y matanzas estaba fuertemente protegida por guarniciones, con soldados distribuidos por todas las cercanías.
9 Apresurando a partir de entonces repentinamente la marcha de modo que la enorme rapidez de sus movimientos hacía que se anticiparan a su noticia, fiados en el vigor de sus cuerpos y en su agilidad, iban alcanzando por sinuosos senderos las cimas de las colinas, aunque más lentamente de lo previsto. Y cuando, tras superar arduas dificultades, alcanzaron las riberas más altas del río Melas[18], profundo y con remolinos, que protege a los lugareños rodeándolos a modo de muralla, llenos de un terror que aumentaba por lo avanzado de la noche, se detuvieron por un poco de tiempo, esperando el amanecer. Pues, tras atravesar el río sin ningún obstáculo, pensaban devastar todos los alrededores en una acción por sorpresa, pero tuvieron que soportar pesadísimos
10 esfuerzos sin ningún resultado. Pues, a la salida del sol, se vieron imposibilitados de atravesar el río por la fuerza de un torbellino reducido pero profundo, y mientras buscaban barquichuelas de pescadores o intentaban pasar en balsas improvisadas, saliendo las legiones que invernaban entonces junto a Side[19], les hicieron frente en un ataque rápido. Y, después de colocar las enseñas junto a la orilla, se disponían con gran pericia a entablar combate cuerpo a cuerpo, cubiertos por una densa trabazón de escudos, y liquidaron con gran facilidad a algunos que, confiados en su capacidad de nadar o agarrados a troncos huecos de ár-
11 boles pretendían pasar el río inadvertidamente. Después, tras intentar hasta el final muchas estratagemas, al no conseguir nada,

[18] El Melas es un río de Panfilia, mencionado ya por los geógrafos Estrabón (XIV 4, 2) y Pomponio Mela (I 78), y figura también en el relato del historiador Zósimo (V 16, 4).

[19] En esta ciudad de Panfilia existía un templo dedicado a Atenea (Estrabón, XIV 4); Side, que había desempeñado un papel importante ya en tiempos de Alejandro Magno, fue sede metropolitana.

empujados por el terror y por la fuerza del contrataque y sin saber adónde dirigirse, llegaron a las proximidades de la ciudad de
Laranda[20]. Allí, después de recobrar fuerzas con alimento y des- 12
canso, cuando se les pasó el miedo, asaltaron las florecientes comunidades; pero a causa del auxilio proporcionado por unas cohortes de caballería que casualmente pasaban por las cercanías, sin atreverse a ofrecer resistencia en una extensa llanura, se dispersaron y, al batirse en retirada, se llevaron consigo a los más selectos de sus jóvenes, a los que habían dejado en sus puestos.
Y como estaban abatidos por la grave carencia de víveres, se di- 13
rigieron a un lugar, llamado Páleas[21], asomado al mar y fortificado por una potente muralla, donde hoy día se aprovisionan ordinariamente los soldados que defienden todos los flancos de Isauria. Así pues, cercaron este baluarte durante tres días y tres noches y como ni la pendiente misma del terreno permitía acercarse sin exponerse a un peligro mortal, ni se podía intentar nada mediante galerías subterráneas, ni daba resultado ningún procedimiento de asedio, se retiraron entristecidos obligados por fuerza mayor a enfrentarse con dificultades superiores a sus recur-
sos. Así que, al producirse en su interior una rabia aún más cruel, 14
alimentada por la desesperación y el hambre, se redoblaron sus fuerzas y con un ardor irresistible se lanzaban al saqueo de las ciudades de la metrópolis de Seleucia[22], a la que defendía el conde Castricio con tres legiones endurecidas por las fatigas de

[20] Laranda es una ciudad de Licaonia; también desempeñó la función de metrópolis.

[21] Se refiere a la fortaleza de este nombre que se encontraba en la región de Isauria, no debe confundirse esta ciudad marítima con Palala Isaura, situada en el interior.

[22] Seleucia debe su nombre a su fundador, Seleuco Nicátor, general de Alejandro, fundador de la dinastía de los Seléucidas (años 312-281 a. C.); es una ciudad de Cilicia encuadrada en esta época en la provincia de Isauria. La condición de metrópolis la traduce Amiano con la expresión *mater urbium*.

15 la guerra[23]. Avisados de su llegada por leales espías, los jefes
del ejército, comprometiéndose con solemne juramento, orde-
naron una rápida salida de todos los soldados y, atravesando
ágilmente el puente del río Calicadno[24], cuyas abundantes
aguas bañan las torres de las murallas, se situaron en posición
de batalla. Sin embargo nadie se salió de las filas ni se permitió
trabar combate, porque se temía a un ardoroso ejército, fuera de
sí y superior en número, dispuesto a lanzarse sobre las espadas
16 sin mirar por su propia vida. Así pues, cuando se divisó de lejos
el ejército y se oyó el sonido de las trompetas, los bandoleros
detuvieron su marcha y se pararon un momento; después, de-
senvainando sus espadas en son de amenaza, se iban acercando
17 muy lentamente. Los soldados, tras desplegar filas, se disponían
obstinadamente a hacerles frente, golpeando los escudos con
las lanzas, una actitud que excita la ira y la sensibilidad de los
combatientes, y con sus ademanes producían pavor a los que ya
estaban cercanos. Pero cuando ya se disponían precipitadamen-
te a trabar combate, les hicieron volver los jefes, considerando
poco oportuno entrar en un dudoso combate cuando no estaban
lejos las murallas, cuya protección podía poner a todos a buen
18 seguro. Así, persuadidos los combatientes a entrar dentro de las
murallas, tras asegurar todos los accesos de las puertas, perma-
necían atrincherados en las almenas, después de haberse pertre-
chado de piedras y flechas recogidas de todos lados, de forma
que si alguno se arriesgaba a entrar, quedara batido por una llu-

[23] Castricio es conocido sólo por este pasaje, aunque quizá se identifique con el destinatario de una carta de LIBANIO (*Epístolas* 426). La referencia a tres legiones contrasta con la información proporcionada por el *Elenco de los cargos civiles y militares de la región oriental* (XXIX 5) según el cual había sólo dos legiones bajo su mando.

[24] El río Calicadno, a cuyas orillas estaba la ciudad de Seleucia, era navegable. Cf. XIV 8, 1.

via de proyectiles y piedras. Sin embargo, preocupaba inten- 19
samente a los cercados el hecho de que, capturadas las naves que transportaban los víveres por el río, los isaurios tenían ciertamente abundante alimento, mientras que ellos, después de consumir la ración habitual, temían los mortales sufrimientos del hambre que veían aproximarse. Cuando se extendió 20
esta noticia y los insistentes mensajes llegaron a inquietar a Galo César, como el jefe de la caballería estaba en ese momento muy lejos, Nebridio, conde de Oriente[25], tras recibir órdenes de reclutar fuerzas por todas partes, se aprestaba esforzadamente a liberar del peligro aquella ciudad importante y estratégicamente situada. Al saber esto, los bandoleros se retiraron sin hacer nada digno de memoria y, dispersándose, como es su costumbre, se dirigieron a las zonas inaccesibles de sus altas montañas.

Inútil intento de los Persas

Llegadas a este punto las cosas en 3
Isauria, en tanto que el rey de los persas estaba envuelto en guerras con sus vecinos[26], tratando de alejar de sus fronteras a unos pueblos salvajes que, con una mentalidad inestable, unas veces le atacaban insistentemente y otras le apoyaban en sus ataques contra nosotros, un tal Nohodares que se contaba entre sus líderes[27], con orden de invadir Mesopotamia en la medida en que lo permitieran las circunstancias[28], an-

[25] El jefe de caballería en Oriente era Ursicino (cf. XIV 9, 1). Nebridio fue más tarde prefecto del pretorio en Oriente.

[26] El rey de los persas era Sapor, en guerra con los romanos desde tiempos de Constantino (que murió en el año 337). Sapor vivió hasta el 379.

[27] Es el mismo personaje que aparece en XVIII 6, 16 y 8, 3.

[28] Se refiere a la provincia de Mesopotamia, perteneciente a la diócesis de Oriente, cuya capital era Nísibe; la provincia estaba gobernada por un senador; al frente del ejército estaba un oficial de rango ecuestre.

daba espiando nuestra situación con la intención de hacer una
2 súbita irrupción si encontraba algún punto débil. Y como todas las regiones de Mesopotamia, a causa de las frecuentes incursiones, estaban protegidas por avanzadillas y puestos situados en pleno campo, se había atrincherado torciendo hacia la izquierda, en las zonas más apartadas de la Osroena[29] con el propósito de acometer un plan novedoso, que apenas se había intentado hasta entonces, pensando que si lo conseguía, lo arrasaría todo con la velocidad de un rayo. Su proyecto era el siguiente.

3 El municipio de Batnas[30], fundado en Antemusia por iniciativa de los antiguos macedonios, queda a poca distancia del río Eufrates rebosante de ricos mercaderes al aproximarse el mes de septiembre, en el que celebra anualmente sus fiestas, congrega para las ferias una gran multitud de gentes de todo pelaje dispuesta a comprar las mercancías procedentes de la India y de los seres[31] y otros muchos que suelen llegar por tierra y por mar.
4 Pensaba invadir esta región en los días previstos para las celebraciones el antedicho jefe, atravesando el desierto y las herbosas orillas del río Abora[32], pero traicionado por una delación de los suyos, que acuciados ante el temor al castigo por una fechoría cometida, se habían pasado a la guarnición romana, se abstuvo de acometer ninguna salida y en consecuencia iba languideciendo en la inactividad.

[29] La provincia de Osroena, también en la diócesis de Oriente, tenía como capital la ciudad de Edesa; el gobernador era igualmente de rango senatorial.

[30] Batnas era un municipio de Osroena, que no debe confundirse con la ciudad del mismo nombre en Siria. Antemusia estaba próxima a Edesa.

[31] Une Amiano en la misma referencia el comercio con la India y con China: los seres eran chinos (véase XXIII 6, 64).

[32] El río Abora desemboca en el Eufrates.

Irrupciones y costumbres de los sarracenos

Sin embargo, los sarracenos[33], que 4
nunca habían buscado nuestra amistad
ni nuestra enemistad, devastaban lo que
encontraban a mano en un abrir y cerrar
de ojos, como milanos rapaces que si di-
visan una presa desde la altura, la atrapan en un rápido vuelo, o,
si no la consiguen, no se detienen. Aunque recuerdo haber refe- 2
rido sus costumbres al narrar las acciones del emperador Mar-
co[34], y después en algún otro momento, sin embargo ahora tam-
bién voy a decir algo de ellos, seleccionando.

Estos pueblos, cuyo territorio parte de Asiria y se extiende 3
hasta las cataratas del Nilo y los límites de los blemios, son to-
dos igualmente guerreros, van semidesnudos, cubiertos hasta el
pubis con sayos de colores, se introducen por distintas partes
con ayuda de veloces caballos y de gráciles camellos, tanto en
situación de paz como de confusión; y ninguno de ellos empu-
ña un arado ni cultiva un árbol ni se busca el alimento labrando
el campo, sino que a lo largo y a lo ancho de amplios territorios
andan siempre errantes sin hogar, sin sede estable ni leyes; y no
soportan por mucho tiempo un mismo cielo ni se sienten satis-
fechos con el sol de una sola región. Para ellos la vida es una 4
pura huida y las esposas son mercenarias contratadas temporal-
mente y, para que haya una apariencia de matrimonio, la futura
esposa ofrece a su marido, a modo de dote, una lanza y una tien-
da de campaña, dispuesta a abandonarlo al terminar el plazo es-
tablecido si así lo desea; y es increíble el apasionamiento con

---

[33] Los sarracenos eran árabes escenitas (cf. XXIII 15, 2 y XIII 6, 13) pueblo nómada originario del desierto al noroeste de la península; el nombre de «salacenos» se extiende a partir del siglo III a todos los nómadas del Oriente Medio.

[34] Marco Aurelio, cuyo reinado (años 161-180) corresponde a la parte perdida de las *Res gestae*.

5 que ambos sexos se entregan al amor. Así pues, durante toda la vida son nómadas, de forma que una mujer se casa en un lugar, da a luz en otro y cría a sus hijos lejos de allí, sin que le esté per-
6 mitido un poco de reposo. Todos se alimentan de carne de caza y de abundante cantidad de leche con la que se sustentan, y de variados vegetales y de las aves que consiguen cazar, y hemos visto que la mayoría desconocen el consumo de trigo y de vino.
7 Hasta aquí la descripción de este peligroso pueblo. Ahora, volvamos a nuestro texto.

5

Castigos impuestos a los partidarios de Magnencio

Mientras ocurrían estas cosas en Oriente, Constancio, que pasaba el invierno en Arles[35], después de unas representaciones teatrales y circenses celebradas con excesivo aparato, el día sexto de las idus de octubre, cuando se cumplían treinta años de su reinado[36] haciendo notar más duramente el peso de su arrogancia, acogiendo como real y comprobada cualquier delación dudosa o falsa, entre otros abusos, hizo torturar a Geroncio, que había sido conde del partido de Magnencio[37], y lo condenó a las aflicciones del exilio.

2 Y del mismo modo que un cuerpo enfermo suele quebrantarse incluso con ligeras molestias, así su espíritu estrecho y sensible, pensando que todo lo que rechinaba se había hecho o

---

[35] *Arelate* en la Antigüedad.

[36] La fecha corresponde al 10 de octubre. Constantino había celebrado los *tricennalia* en el año 336; Amiano critica esta costumbre al tiempo que el fausto de los de Constancio II, que había sido nombrado César en el año 323.

[37] El intento usurpador de Magnencio ocurrió en el año 350. Para hacerle frente, Constancio recurrió a la ayuda de los alamanos, imprudentemente. Refiere Amiano a Geroncio el término *comes* (acompañante), sin ninguna determinación; se entiende que no alude a ningún título honorífico ni tampoco a un cargo.

pensado para su perdición, convirtió su victoria en un luto a
causa de las matanzas de inocentes. Pues si algún hombre des- 3
tacado entre sus oficiales o cortesanos había sido tachado por simples rumores de haber favorecido al partido enemigo, cargándole de cadenas lo hacía arrastrar como a un animal e incluso sin que ningún adversario le importunara, como si bastara sólo el haber sido mencionado o delatado o citado, se le condenaba a muerte o se confiscaban sus bienes o se le desterraba a
una isla desierta. Cuando se daba a entender que la grandeza del 4
imperio se había debilitado, se sumaban a su crueldad, a su iracundia y a su susceptibilidad las sanguinarias adulaciones de su entorno que exageraban la realidad y simulaban un inmenso dolor de ver en peligro la vida del emperador, de cuya salud proclamaban hipócritamente que pendía como de un hilo la situación de todo el orbe.

Y así, se dice que no se indultó por orden suya a nadie que 5
hubiera sido alguna vez condenado por estos o similares delitos después de haberse presentado los cargos contra él según costumbre, indulto que solían conceder incluso los emperadores más inexorables. Esta mortífera inclinación que en otros se atempera algunas veces, en él se encendía con el paso de los años, gracias a una corte de aduladores que atizaba sus arraigados planteamientos.

Entre ellos sobresalía el notario Paulo, originario de Hispa- 6
nia, que[38] disimulaba bajo un rostro imberbe su extremada sagacidad para olfatear ocultos vericuetos para perjudicar. Éste,

---

[38] Sobre el origen de Paulo Cadena, véase XV 3, 4. La lectura *glabro* ('imberbe') que seguimos no es segura.

La función de los *notarii* era muy superior a la de un simple secretario: abarcaba cierta responsabilidad en los procesos judiciales y tenían también en ocasiones encargos de carácter diplomático. Hemos evitado por eso la habitual traducción como 'secretario' aunque su cargo tampoco corresponde a lo que hoy entendemos por 'notario'.

enviado a Bretaña para reducir a algunos que se habían atrevido a conspirar contra Magnencio, aunque sin oponer resistencia, sobrepasando ampliamente sus atribuciones, se introdujo de improviso como un torrente en el destino de muchos y se lanzaba a innumerables matanzas y destrucciones, encadenando a hombres libres y maniatando a algunos; en definitiva, urdiendo muchas inculpaciones alejadas de la verdad. De ahí que se hizo responsable de un impío crimen que marcó con una señal definitiva el reinado de Constancio.

7 Martín, que gobernaba aquellas provincias como prefecto vicario[39], lamentaba fuertemente las desgracias de los inocentes y solicitaba insistentemente que se les declarara libres de toda culpa, y al no conseguirlo, amenazaba con marcharse para que, al menos, con este temor, el malévolo perseguidor dejara de po-
8 ner en claro peligro a hombres pacíficos. Considerando Paulo que con esto se ponían trabas a sus afanes, funesto experto como era en complicar las cosas, por lo que se le dio el sobrenombre de Cadena, arrastró al mismo peligro que a los demás al propio vicario que intentaba defender a quienes hasta entonces habían sido sus súbditos. E insistía en conducirlo también a él, junto con los tribunos y otros muchos, encadenado, a la corte del emperador. Al apercibirse de esto, él (Martín), ante la amenaza de una muerte inminente, atacó con la espada al propio Paulo. Y como no pudo herirle mortalmente, al fallarle la mano derecha, se clavó en su propio costado la punta, ya desenvainada. Con este horroroso género de muerte dejó la vida un gobernante justísimo que se había atrevido a aliviar las desgracias de
9 muchos. Tras estos hechos criminales, Paulo volvió cubierto de sangre al campamento del emperador, llevando consigo a muchos prácticamente cargados de cadenas, hundidos en la mi-

[39] Se refiere a las cuatro provincias de *Britannia* agrupadas en una diócesis administrada por un vicario o viceprefecto del pretorio.

seria y en el abatimiento; a su llegada, les esperaban potros de tortura y el verdugo disponía los garfios[40] y las cuerdas. Y a muchos de ellos se les confiscaron los bienes, otros fueron llevados al exilio; algunos fueron ejecutados a golpe de espada. Y nadie puede recordar fácilmente que bajo Constancio, cuando bastaba un murmullo para producir estas consecuencias, alguien fuera absuelto.

Vicios del senado y del pueblo Romano

Entretanto, Órfito estaba al frente de 6
la Ciudad Eterna, extralimitándose arrogantemente en el ejercicio del cargo[41]. Era un hombre ciertamente inteligente y buen conocedor de los asuntos forenses, pero menos instruido de lo que convenía a un noble en el conocimiento de las artes liberales. Bajo su mandato se suscitaron graves incidentes por causa de la escasez de vino, cuyo excesivo consumo incitaba al populacho a violentos y frecuentes tumultos.

Y como considero que algunos forasteros que quizá tengan 2
la oportunidad de leer esto van a preguntarse por qué razón, al tornar mi discurso hacia las cosas que ocurren en Roma, no se habla más que de revueltas, tabernas y otras vilezas semejantes, voy a resumir brevemente las causas con la intención de no apartarme de la realidad en ningún momento por voluntad propia[42].

---

[40] El texto dice *uncos;* se llamaba así desde antiguo a los garfios que se usaban para arrastrar los cadáveres.

[41] *Memmius Vitrasius Orfitus* fue prefecto de la ciudad en dos ocasiones: de diciembre del año 353 al verano del año 355 y desde la primavera del 357 a la del 359. Amiano recoge en su obra los nombres de todos los *praefecti urbi* de Roma entre los años 353 y 372; la presentación que hace de ellos es generalmente favorable. Orfito es una de las pocas excepciones.

[42] Con esta introducción se inicia el famoso *excursus* sobre Roma, al que los estudiosos han prestado especial atención (cf. MATTHEWS, *op. cit.*, págs.

3 En el tiempo en que comenzaba a salir a la luz del mundo Roma, destinada a vivir mientras existan hombres, para que creciera con el más extraordinario desarrollo, la virtud y la Fortuna —tantas veces enfrentadas— hicieron un pacto de paz perpetua: si una de las dos hubiera faltado, Roma no hubiera con-
4 seguido su perfecta grandeza. Su pueblo, desde los primeros años hasta el final de la infancia, época que abarca unos trescientos años, llevó a cabo guerras con los pueblos de su entorno; después, al llegar a la edad adulta, tras muchos azares de guerras, atravesó los Alpes y el mar; cuando se convirtió en un pueblo joven ya en edad viril, consiguió laureles y triunfos sobre todas las regiones que abarca el orbe; y ya, al inclinarse hacia la vejez, vencedor algunas veces sólo por su nombre, se re-
5 tiró a una vida más tranquila. Así, la venerable Urbe, después de pisar la orgullosa cerviz de pueblos salvajes y de promulgar leyes que constituyen los cimientos y la garantía perpetua de la libertad, como un padre bueno, prudente y rico, transmitió a los emperadores, como a hijos suyos, el derecho de administrar
6 su patrimonio[43]. Y, aunque desde tiempo atrás las tribus estaban en paz, las centurias pacificadas, y no había contiendas electorales sino que había vuelto la tranquilidad de la época Pompiliana[44], sin embargo por todos los territorios y regiones de la tierra es reconocida Roma como señora y reina, y por doquier son respetadas las canas y la autoridad de los sena-

456 y 559). A la visión de una Roma idealizada sucede una fuerte sátira de la Roma en la que Amiano vive; pueden verse más detalles en C. CASTILLO, «Amiano Marcelino historiador», en *Urbs aeterna*, Pamplona, 2003, pág. 7, y «Amiano entre sátira e historia», en *Actas del XI Congreso Español de Estudios Clásicos III*, Santiago de Compostela, 2006, págs. 87-93.

[43] Señala Amiano con esta frase el paso de la República al Imperio.

[44] La mención de la *pax Augusta* toma como punto de referencia el pacífico reinado del legendario rey Numa Pompilio, un *exemplum* tradicional en la literatura romana.

dores y el nombre del pueblo Romano es considerado y reverenciado.

Pero este magnífico esplendor de las asambleas se vino abajo por la necia ligereza de unos pocos que, sin tener en cuenta dónde habían nacido, actuaron como si se hubiera concedido licencia total a los vicios, a los malos pasos y a la disolución. Pues como dice el lírico Simónides, al que pretende vivir felizmente según la recta razón, le corresponde ante todo tener una patria gloriosa[45]. Algunos de ellos, en la idea de que pueden eternizarse por medio de estatuas, se apasionan por conseguirlas, como si de una imagen insensible de bronce pudieran alcanzar más provecho que de la conciencia de haber actuado con rectitud y honradez, y se preocupan de chaparlas en oro, cosa que por vez primera se concedió a Acilio Glabrión cuando venció a Antíoco con su sagacidad y con las armas[46]. En cambio, Catón el Censor[47] puso de manifiesto la hermosura de intentar el largo y arduo ascenso a la verdadera gloria, despreciando estas insignificantes pequeñeces, como recuerda el poeta ascreo[48];

[45] Simónides de Ceos, nacido a mediados del siglo VI a. C., cuya obra se ha perdido casi por entero, figuraba en el *canon* de los poetas líricos. En el siglo IV a. C. se tuvo interés por sus dichos y anécdotas. Sin embargo, la cita de Amiano no procede de Simónides sino de Eurípides (cf. DE JONGE, *ad loc.)*. Amiano vuelve a mencionar al poeta lírico en XVI 5, 8, haciéndose eco de la prodigiosa memoria que le atribuía la tradición.

[46] Se refiere a la segunda batalla de las Termópilas *(circa* 191 a. C.) en la que el cónsul Manio Acilio Glabrión venció al rey Antíoco III de Siria y lo expulsó de Grecia.

[47] Porcio Catón, el censor (234-149 a. C.), dirigió, como tribuno militar, la estratégica operación de las Termópilas a la que se acaba de hacer referencia. Por otra parte su figura es un *exemplum* emblemático en la literatura latina, al que Cicerón elige como principal personaje en su diálogo *Sobre la vejez*. Han llegado hasta nosotros las biografías de Catón escritas por Plutarco *(circa* 45-125 d. C.) y antes por Cornelio Nepote *(circa* 100-24 a. C.).

[48] El término «ascreo» designa al poeta Hesiodo por su lugar de nacimiento.

interrogado aquél sobre la causa de que no tuviera ninguna estatua, respondió: «Prefiero que los hombres de bien se pregunten por qué no me la han concedido en vez de que —lo que es más grave— anden rumoreando por qué la he conseguido».

9 Otros, considerando el más alto honor el ir en carrozas más altas de lo corriente y en el excesivo cuidado del vestido, sudan bajo el peso de las capas que, anudadas al cuello, les ahogan: como son de tejido sumamente ligero, las despliegan con frecuentes movimientos, sobre todo de la mano izquierda, para mejor lucir las orlas excesivamente largas y las túnicas bordadas con gran colorido de hilos en forma de distintas especies de
10 animales. Otros, sin que nadie se lo pregunte, fingiendo un rostro severo, presumen desmesuradamente de su patrimonio, multiplicando a su antojo las cosechas anuales de las feraces tierras que se jactan de poseer en abundancia desde donde sale el sol hasta el ocaso, sin caer en la cuenta, por cierto, de que sus antepasados, que consiguieron esta grandeza de Roma, no brillaron por sus riquezas sino por muy crueles guerras y no se distinguían de los simples soldados ni por sus recursos, ni por su forma de vida ni por la calidad de su indumentaria, y vencieron
11 todas las dificultades a fuerza de valor. Por esta razón, el entierro de aquel famoso Valerio Publícola se hizo con los fondos de una colecta y la indigente viuda de Régulo se alimentó, con sus hijos, gracias a la ayuda de los amigos de su marido, y la hija de Escipión recibió su dote del erario público porque la nobleza se avergonzaba de ver que se iba marchitando la juventud de la doncella en la ausencia de su padre, sin fortuna[49].

[49] De Valerio Publícola dice Livio (II 16, 7) que era «unánimemente reconocido como el primero en las artes militares y políticas» y murió «en plena gloria y con un patrimonio familiar tan exiguo que no bastaba para los funerales; se pagaron del tesoro» (trad. A. Fontán, col. Alma Mater, Madrid 1987). Los ejemplos de M. Artilio Régulo y de la hija de C. Escipión Calvo (cónsul en 222 a. C.) están en Valerio Máximo (cf. respectivamente IV 46 y 10), aunque

En cambio ahora si, como educado forastero, entras a saludar por primera vez a alguno bien adinerado y engreído por tanto, serás recibido como si se te esperara ansiosamente y después de hacerte muchas preguntas y obligarte a mentir, te quedarás asombrado de que, sin haberte visto nunca, un hombre tan bien situado te reciba a ti, un pobre hombre, con tantos halagos que, a causa de estos favores que te parecen tan importantes, te arrepientas de no haber ido a Roma diez años antes. Y cuando, con- 13
fiado en esta amabilidad, al día siguiente hagas lo mismo, te quedarás plantado como un desconocido inesperado, mientras aquel hombre acogedor del día anterior, al hacer la cuenta de los suyos, te pregunta largamente quién eres y de dónde sales. Pero, reconocido al fin y admitido como amigo, si te dedicas a ir a saludarle con asiduidad e ininterrumpidamente a lo largo de tres años, como si faltas durante el mismo espacio de tiempo, conseguirás el mismo resultado, y ni se te preguntará dónde estabas y si, pobre hombre, no te apartas de allí, consumirás toda tu vida contribuyendo en vano. Pero cuando, pasado un apro- 14
piado espacio de tiempo, comiencen a hacerse preparativos de largos y nocivos banquetes o corresponda hacer una distribución de esportillas[50], con cuidadosa deliberación se discute si, a excepción de aquellos a quienes se debe correspondencia, conviene que se invite a un forastero; y si, terminada la deliberación, se decide hacerlo, se admite al que vigila ante las casas de los aurigas o se dedica al juego[51] o finge conocer algún arte se-

con alguna variante. Es probable que esta serie de *exempla* proceda de algún breviario de uso común en época de Amiano.

[50] *Sportulae* se llamaban las distribuciones de víveres o de dinero que hacían los notables entre los ciudadanos o entre sus clientes, como muestra de generosidad (evergetismo). El término se refiere a los capazos que contenían estos donativos.

[51] Parece que se refiere a gentes ociosas que viven de las apuestas en las carreras, cuyo resultado esperan ansiosos; Amiano se refiere a esto mismo en XIV 6, 25 y XXXVIII 4, 29.

15 creto[52]. Pues huyen de los hombres cultos y moderados como si
fueran funestos y peligrosos, con el agravante de que también
los encargados de recordar los nombres[53], acostumbrados a tra-
ficar con esto y con cosas parecidas, mediante una propina, in-
cluyen en las distribuciones y banquetes a algunos intrusos des-
conocidos y de baja estofa.
16 Paso por alto los excesos de las mesas y los variados atrac-
tivos de los espectáculos para no alargarme demasiado y paso a
decir cómo algunos se lanzan por las anchas avenidas de la ciu-
dad, levantando el empedrado, y sin miedo al peligro como si
fueran caballos de posta con espuelas de fuego[54], como vulgar-
mente se dice, arrastrando tras sí ejércitos de esclavos a modo
de bandas de ladrones sin dejar en casa ni siquiera a Sanión,
como dice el cómico[55]. A imitación suya, una multitud de ma-
tronas circulan por todos los costados de la Urbe en literas cu-
17 biertas y con la cabeza velada. Y del mismo modo que los ex-
pertos jefes de combate sacan al frente primero las tropas densas
y fuertes y después las de armamento ligero, más tarde los sae-
teros y por último las tropas auxiliares, destinadas a prestar
ayuda si la ocasión lo requiere, así los que están al frente de una
familia urbana, que se distinguen por las varas que llevan en su
diestra, distribuyen cuidadosamente las funciones, como si se
les hubiera dado una contraseña militar, avanzan junto al vehícu-
lo con todo el arsenal; a él le sigue el tiznado oficio de la coci-
na, después todo el servicio mezclado, junto con ociosos ple-
beyos reclutados de la vecindad; por último, una multitud de

[52] Las artes mágicas, prohibidas por la ley, cf. XXVI 3, 3.

[53] *Nomenclatores* se llamaba a los esclavos cuyo cometido era recordar al patrono los nombres de los clientes que acudían a la *salutatio*.

[54] La expresión parece equivalente a la nuestra «picar espuelas».

[55] Nótese la acumulación de imágenes, comparaciones y alusiones para reforzar la expresión, como una caricatura.

eunucos en orden descendente, de los viejos a los niños, pálidos y deformes por la distorsionada disposición de sus miembros, de forma que, por dondequiera que alguno se los tropiece, al ver un ejército de hombres castrados maldecirá el recuerdo de aquella antigua reina Semíramis[56] que fue la primera que castró a varones jóvenes como violentando y desviando la naturaleza, que ya desde el mismo inicio de la vida, por medio de las fuentes primigenias del semen, abre —según una ley de algún modo tácita— los caminos de la propagación de la especie.

Siendo esto así, las pocas casas que antes se dedicaban al cultivo serio de los estudios ahora rebosan de los deleites propios de una holgazanería entumecedora y retumban con cánticos y con el sonido de instrumentos de viento y cuerda[57]. En definitiva, en lugar de un filósofo se hace venir a un cantante y en vez de un orador, a un experto en artes lúdicas y, cerradas las bibliotecas a perpetuidad como sepulcros, se fabrican órganos hidráulicos y enormes liras que parecen carruajes, y flautas y accesorios no ligeros para la mímica puesta en escena de los actores. 18

Por último, se ha llegado a tal punto de falta de dignidad que cuando, no hace mucho, los forasteros fueron forzados a abandonar precipitadamente la Urbe por miedo a que faltasen alimentos, y los muy escasos partidarios de las disciplinas liberales expulsados sin tiempo para respirar[58], se mantuvo temporalmen- 19

[56] Más adelante (XXIII 6, 22). Amiano vuelve a referirse a esta reina a la que se ha atribuido la fundación de Babilonia y según los relatos griegos la construcción de los famosos jardines colgantes que son, sin embargo, de la época de Nabucodonosor (siglo VI a. C.).

[57] Es frecuente en la Antigüedad la mención conjunta de música vocal e instrumental.

[58] La expulsión de los *peregrini* de la ciudad de Roma está atestiguada en el año 384; se hizo por orden de Símaco, que era entonces prefecto de la ciudad. Véase SÍMACO, *Epístolas* II 7, 3, donde trata de justificar la medida. Es po-

te el séquito de los comediantes, los auténticos y los que fingían serlo, y permanecieron, sin que nadie les molestara, tres mil bailarinas con sus coros y sus correspondientes directores.
20 Y adondequiera que se vuelva la vista, es posible ver una multitud de mujeres con el cabello muy rizado, que si se hubieran casado, podrían ya haber dado a luz tres hijos, puliendo con los pies el pavimento hasta la saciedad, lanzándose a girar velozmente, mientras representan las incontables figuras inventadas de las obras de teatro.

21 Lo que está fuera de duda es que cuando Roma era en otro tiempo el asiento de todas las virtudes, la mayor parte de los nobles retenían a los forasteros de nacimiento libre, con variadas manifestaciones de humanidad, igual que hacían los lotófagos
22 homéricos mediante el atractivo de sus frutos[59]. Ahora, en cambio, los vanidosos aires de algunos consideran que es despreciable todo lo que nace fuera del pomerio de la Urbe[60], a excepción de los sin descendencia y de los solteros, y es increíble la variedad de atenciones de las que son objeto en Roma los hombres sin hijos.

23 Y como entre ellos, como capital del mundo, se dejan sentir más extensamente los rigores de las enfermedades para cuya curación es impotente la profesión de la medicina, se ha tomado como medida de precaución que nadie visite a un amigo que padece males semejantes y se ha añadido otro remedio bastante eficaz para los pocos que son más cautelosos: que los sirvientes

sible que el propio Amiano fuera uno de los afectados, alude a ella de nuevo en XXII 8, 33 y XXVIII 4, 32.

[59] Los lotófagos, que habitaban una isla próxima a las costas de África, aparecen en un pasaje de la *Odisea* (IX 84-97).

[60] El término técnico *pomoerium* señala el espacio consagrado *fuera de las murallas* de Roma, en el que no se permitía ni cultivar el campo ni edificar. Aquí, la palabra ha perdido ya su primitivo significado y se usa, sin más, como sinónimo de «límites».

enviados a preguntar cómo se encuentran los conocidos afectados por esta enfermedad, no vuelvan a entrar en casa sin haberse limpiado el cuerpo con un baño. Hasta tal punto se teme el contagio incluso a través de terceros. Pero sin embargo, a pesar 24
de tan rigurosas medidas, algunos —aun menguadas las fuerzas físicas—, cuando son invitados a una boda en la que se ofrece oro a manos llenas[61], no tienen inconveniente en ponerse en camino aunque sea hasta Espoleto[62]. Éstas son las costumbres de la nobleza.

Por otro lado, los que pertenecen a la masa de condición 25
baja y pobre, algunos pernoctan en las tabernas, algunos se ocultan bajo los toldos de las sombrillas de los teatros que Cátulo, a imitación de la frivolidad capuana, fue el primero que instaló cuando fue edil[63], o bien se enfrentan jugando a los dados, o hacen sonar con un ruido desagradable sus narices estruendosas, sorbiendo el aire hacia adentro; o, lo que es el máximo de todas las aficiones: desde que amanece hasta el atardecer, con sol o con lluvia, se agotan analizando minuciosamente los méritos o los defectos de aurigas y caballos. Y es 26
en gran medida admirable el ver a una plebe incontable, como si un cierto ardor penetrara en sus mentes, pendiente del resultado de una carrera de carros. Estas cosas y otras similares no permiten que en Roma se haga nada serio ni digno de memoria. Pero hay que volver a la trama.

---

[61] La expresión usada por Amiano se acerca más a la que entre nosotros resulta excesivamente popular: «con un agujero en las manos», que suele aplicarse a personas derrochadoras.

[62] Espoleto está situado en la región de Umbría.

[63] Q. Lutacio Cátulo Capitolino fue cónsul en el año 78 a. C. VALERIO MÁXIMO (II 4, 6) recoge este mismo dato, prácticamente con las mismas palabras. Los ediles eran los encargados de organizar los juegos públicos; ya LIVIO (XXIII 45, 2) achaca a la vida libertina propia de la Campania el debilitamiento de la tropa de Aníbal, que le acarreó la derrota.

Barbarie y crueldad de Galo César

7 Extendido ya muy ampliamente su libertinaje, el César resultaba odioso a todos los buenos: sin poner a partir de entonces freno alguno, sometía a vejación a todas las regiones de Oriente sin excepción: a los ex magistrados, a los notables de las ciudades y a los
2 plebeyos. Finalmente, hizo ejecutar a los principales del senado antioqueno, en un solo sumario, enfurecido porque, en un momento de carestía, cuando él les había urgido inoportunamente a bajar rápidamente los precios, le respondieron de un modo más violento de lo adecuado. Y hubiera sucumbido hasta el último si no le hubiera hecho frente con firme entereza el conde de Orien-
3 te, que era entonces Honorato[64]. Por otra parte era también señal clara y patente de su crueldad el hecho de que se complacía con juegos sangrientos y que en el circo, atento a la vez a seis o siete luchas, a la vista de los púgiles que se mataban unos a otros chorreando sangre, se gozaba como si hubiera conseguido algo enor-
4 me. Y además había encendido su ya impetuosa tendencia a hacer daño una vil mujer, que, introducida en palacio a petición propia, había delatado que unos soldados desconocidos tramaban ocultamente asechanzas contra él. Constantina, exultante como si con eso se hubiera puesto ya sobre seguro la vida de su marido[65], después de remunerarla, la sacó subida en un carro, por las puertas del palacio, a la vista del público, para animar con estos agasajos a que otros también hicieran delaciones semejantes o más
5 graves. Tras esto, Galo, cuando se disponía a salir hacia Hierápolis para participar en la expedición al menos en apariencia[66], a la

[64] Cf. *supra*, *ad* 1, 2.

[65] Cf. *supra*, *ad* 1, 2.

[66] Se trata de la ciudad de Bambice, antigua Nino, perteneciente a la provincia Eufratense a la que Seleuco dio el nombre de *Hierapolis*. No debe confundirse con la *Hierapolis* de Frigia.

plebe antioquena que le suplicaba insistentemente que alejase de ellos el temor a la hambruna que se veía venir por muchas y complicadas razones, no dio ninguna orden como suelen hacer los príncipes cuyo amplio poder acude en socorro de las desdichas locales, ni tampoco ordenó que se transportaran alimentos de las provincias limítrofes, sino que a una multitud que temía lo peor, les ofreció al consular de Siria[67], que estaba en pie a su lado, diciendo una y otra vez que no sería posible que alguien
careciese de alimento si no lo quería el gobernador. Estos he- 6
chos hicieron crecer la osadía del populacho; y al hacerse más grave la escasez de víveres, bajo el impulso del hambre y de la rabia, prendió fuego a la lujosa casa de un tal Eubulo, personaje destacado de la localidad[68], y al gobernador, como si se les hubiera entregado por decisión imperial, agrediéndole a patadas y puñetazos lo dejó medio muerto, en un estado lamentable. Tras su triste final, cada cual, viendo en la perdición de uno la imagen de su propio riesgo, ante el reciente ejemplo temía que
le ocurriera algo semejante. Por este mismo tiempo, el antiguo 7
jefe del ejército, Sereniano, por cuya cobardía dijimos antes que en Fenicia[69] había sido devastada Celse, acusado y perse-

[67] El gobernador de Siria tenía rango consular. Fue linchado más tarde, cf. XV 13, 2 y el patético relato de LIBANIO, *Discursos* I 102.

[68] No se conoce ningún otro dato de este personaje; quizá sea el maestro de retórica rival de LIBANIO, al que éste menciona *(Discursos* I 103).

[69] La carrera anterior de Sereniano debía de estar en los libros perdidos. Su carrera posterior y los episodios con ella relacionados se narran en el libro XXVI.

Hay dos provincias con el nombre Fenicia en la diócesis de Oriente: la que llama simplemente *Phoenice,* gobernada por un consular, y *Phenice* del Líbano, gobernada por un *praeses:* los consulares tienen título de *clarissimi* y gobiernan provincias de cierta importancia; los *praesides* tienen título de *perfectissimi,* de menor categoría, y gobiernan provincias de menor extensión.

No es segura la identificación de *Celse:* puede tratarse de un fuerte llamado *Thelseae* —hoy Doumeir— donde había un destacamento de caballería sarra-

guido justa y legalmente por delito de lesa majestad del Imperio, consiguió no se sabe por qué recomendación que se le absolviera, cuando había sido claramente convicto de haber enviado a consultar un oráculo a un hombre de su confianza, con la cabeza cubierta con un bonete encantado por artes prohibidas, para pedir un pronóstico acerca de la obtención firme y
8 segura del Imperio, según ambicionaba. Un doble mal había acontecido en los mismos días: que a Teófilo, que era inocente, le había sobrevenido una muerte atroz y que Sereniano, digno de la maldición de todos, salió libre de culpa sin que hubiera ni siquiera una protesta pública.

9 Informado Constancio enseguida de estos asuntos y enterado de algunos otros por informes de Talasio, de cuya muerte natural acababa de tener noticia[70], escribió muy amablemente al César y poco a poco le sustrajo recursos, simulando que estaba inquieto por el temor de que, como la falta de quehacer en el ejército se presta a revueltas, se hiciera una conspiración para derrocarle, y ordenó que se conformara con tener solamente las tropas palatinas y los protectores, con escutarios y gentiles[71], y ordenó a Domiciano, antiguo conde del tesoro ascendido a prefecto[72], que, cuando llegara a Siria, con amabilidad y respeto,

---

cena, en el camino entre Palmira y Damasco. Cf. *Itinerario Antoniniano,* 196. Allí se conservan las ruinas de un fuerte construido en época de Marco Aurelio y reconstruido en el reinado de Valeriano, a mediados del siglo III.

[70] Para Talasio, cf. *ad* I, 10.

[71] La guardia imperial estaba constituida por las llamadas *scholae palatinae*, que habían sustituido a la guardia pretoriana bajo Constantino (año 312). Consistían en cinco cuerpos de 500 hombres cada uno, en Roma y en Constantinopla, bajo el mando del *magister officiorum.* Además de éstos, estaban los *protectores domestici*, que tenían mayor rango y estaban bajo el mando del *comes domesticorum.*

[72] El cargo de *comes largitionum* corresponde al encargado de las oficinas del tesoro. Domiciano fue ascendido a prefecto de Italia: esta prefectura, con capital en Milán, comprendía las diócesis de Italia, África y el Ilírico.

animase a Galo, a quien había mandado llamar ya varias veces, a marchar rápidamente a Italia. Después de llegar Domiciano a 10 Antioquía, a marchas forzadas por razón de esta orden, pasando de largo por las puertas de palacio y haciendo un desprecio al César a quien debía haber saludado, se dirigió al pretorio con el ceremonial acostumbrado y durante largo tiempo, con pretexto de enfermedades, ni entró en la residencia real, ni apareció en público, sino que a ocultas tramaba muchas asechanzas para perderle, y añadía a los informes algunos datos innecesarios que, uno tras otro, iba enviando al emperador. Tras reci- 11 bir un ultimátum y ser introducido en el consistorio[73], sin ningún preámbulo, de manera desconsiderada y con ligereza, dijo: «Ponte en camino, César, como se te ha ordenado, y sábete que si te retrasas, dentro de poco daré orden de que se suspenda tu avituallamiento y el de tu palacio». Tras decir sólo esto arrogantemente, se marchó con aire enojado, y no volvió a comparecer más en su presencia, aunque se le hizo llamar repetidas veces. Profundamente afectado por esto, Galo, considerando la 12 situación injusta e indigna, confió a sus fieles *protectores* el arresto del prefecto. Descubierto este propósito, Moncio, entonces cuestor, hombre ciertamente duro pero algo inclinado a la moderación[74], mirando por el bien común, hizo una suave advertencia a los más destacados representantes de la guardia imperial, mostrándoles que ni convenía ni era provechoso hacer tal cosa, añadiendo en tono de censura que, si se decidía eso, lo adecuado sería primero derribar las estatuas de Constancio, y luego pensar con más tranquilidad acerca de la conveniencia de

---

[73] El consistorio es el consejo del emperador, que hasta Diocleciano se había llamado *consilium principis*. Tenía actividad normativa y estaba presidido por el emperador.

[74] Traducimos *acer* ('duro') siguiendo la enmienda de Seyfarth que aceptan por lo general los editores.

13 quitar la vida al prefecto. Al tener conocimiento de esto, Galo,
como una serpiente amenazada por un dardo o una piedra[75], aga-
rrándose a la última esperanza y buscando su salvación a cual-
quier precio, dio orden de que se reuniera todo el ejército y
cuando los tuvo delante atónitos, rechinando los dientes les dijo:
14 «Socorredme, mis valientes, en el peligro que corro junto con
vosotros; Moncio, con una arrogancia inusitada e inaudita, es-
trepitosamente nos acusa de rebelarnos y de pisotear la majestad
Augusta, enormemente enfurecido por el hecho de que he orde-
nado arrestar a un prefecto contumaz y que parece ignorar las exi-
15 gencias del buen orden, solamente por intimidarlo». Tras estas
palabras, sin demora los soldados —tantas veces deseosos de des-
órdenes— arremetieron primero contra Moncio, que habitaba
cerca, un anciano débil de cuerpo y enfermo, y después de atarle
las piernas por separado con rudas cuerdas, sin darle tiempo a res-
16 pirar, lo arrastraron hasta el palacio del prefecto. Y con el mismo
ímpetu echaron a Domiciano escalera abajo y le ataron igualmen-
te con cuerdas y los arrastraron a los dos juntos a través de la ciu-
dad recorriendo una gran distancia en una carrera desenfrenada.
Y ya, después de dislocarles las articulaciones y los miembros, pi-
sotearon los cuerpos de los muertos mutilados y deformados has-
ta el extremo, y a continuación, como satisfechos, los arrojaron al
17 río. Había aguijoneado hasta la locura a estos hombres que se
atrevieron a ejecutar propósitos criminales, la súbita presencia de
un cierto Lusco, intendente de la ciudad[76] que gritando como si
fuera el director de un coro de mozos de cuerda, los incitaba a
acabar lo empezado con reiteradas voces. Éste, no mucho des-
pués, fue quemado vivo por esta causa.

---

[75] Nótese el símil, de tono épico.

[76] Lusco no figura en la *Prosopografía* de JONES. El *curator civitatis* era el encargado del abastecimiento de la ciudad; era el puesto más alto que podía alcanzar un miembro del senado local (un decurión).

Y como Moncio, a punto de expirar entre las manos de sus verdugos, de vez en cuando lanzaba reproches a un Epígono y a un Eusebio, sin aclarar ni su profesión ni su dignidad, se buscaba con gran empeño a quien tuviera estos nombres y, para que el asunto no se enfriara, se apresó a Epígono, un filósofo de Cilicia[77], y a Eusebio, por sobrenombre Pittacas[78], oriundo de Emesa, elocuente orador, cuando el cuestor no se había referido a ellos sino a unos jefes de fábricas de armamento que le habían prometido armas si empezaban a producirse revueltas. 18

Por aquellos mismos días, Apolinar —yerno de Domiciano, que poco antes había desempeñado el cargo de intendente de palacio—, enviado por su suegro a Mesopotamia, andaba indagando sin mesura, entre los soldados, si habían recibido algún escrito de Galo que ya delatara sus secretas ambiciones. Cuando éste supo lo ocurrido en Antioquía, deslizándose por Armenia Menor[79], se dirigió a Constantinopla; desde allí le hicieron volver los protectores y estaba sometido a severa vigilancia. 19

Mientras se procedía a estas averiguaciones, se recibió noticia de que en Tiro se había tejido a ocultas un manto real sin que se supiera quién lo había encargado ni para qué uso. Así pues, el gobernador de la provincia, que era entonces el padre de Apolinar y que tenía el mismo nombre, fue arrestado como cómplice y se congregaron muchos procedentes de diversas ciudades, a quienes se apremiaba bajo el peso de atroces acusaciones. 20

---

[77] Personaje que conocemos sólo por Amiano.

[78] Eusebio Pittacas: Celso utiliza el griego *pittacium* para designar la cataplasma; quizá habría que traducir «cataplasma» el apodo de Eusebio, teniendo en cuenta que era un elocuente orador.

[79] Armenia está al noreste de Mesopotamia. Armenia Menor pertenecía a la diócesis *Poética*.

21 Y, mientras sonaban ya los clarines de conflictos internos, se iba deshumanizando su violento temperamento, no a escondidas como antes, apartándose de la consideración de la verdad y sin que nadie averiguara, como era de rigor, la fiabilidad de acusaciones postizas o amañadas, ni distinguiera en la sociedad a los inocentes de los culpables, como expulsada de los tribunales se alejó toda Justicia[80] y, a falta de una legítima defensa de las causas, el verdugo que colaboraba en las rapiñas se desplazaba por las provincias orientales, sembrando por doquier el luto[81] y la confiscación de bienes. Pienso que es oportuno dar cuenta de ellas ahora, a excepción de Mesopotamia, de la que ya se trató al narrar las guerras párticas[82], y de Egipto, que necesariamente lo dejamos para otro momento[83].

Descripción de las provincias de Oriente

8 Cuando se alcanzan las cimas del monte Tauro[84], que se elevan más hacia el oriente, se ofrece a la vista Cilicia en llanuras ampliamente extendidas. Tierra rica en toda clase de bienes, y flanqueando su derecha verdea Isauria, igualmente fértil en viñedos y en gran variedad de cereales, a la que atraviesa el Calicadno, un
2 río navegable. A ésta la adornan, además de muchas plazas fuertes, dos ciudades: Seleucia, obra del rey Seleuco, y Claudiópolis, una colonia que fundó el emperador Claudio[85]. Pues Isau-

[80] Nótese la personificación de la justicia como procedimiento enfático.

[81] *Obductio capitum*: «cubrir la cabeza en señal de luto era una ofensa que no podía hacerse a los ciudadanos», cf. CICERÓN, *En defensa de Rabirio*, 16.

[82] Probablemente tras la muerte de Constantino.

[83] Cf. XXII 15-16.

[84] Tauro es un nombre que se da a varios montes en Asia Menor. Este que se menciona aquí no debe confundirse con el que forma parte del monte Amano (en Siria). Véase nota 90, en XIV 8, 4.

[85] Era tradicional el uso de poner a las ciudades el nombre de su fundador.

ria, en otro tiempo muy poderosa, destruida tiempo ha, como peligrosa rebelde, apenas si presenta alguna huella de su antiguo esplendor. Por su parte, a Cilicia, que se gloria del río Cidno, 3
la ennoblece Tarso —ciudad muy destacada, de la que se dice que fue fundada por Perseo, hijo de Júpiter y Dánae[86], o con más seguridad, por un cierto Sandan, hombre opulento y noble llegado de Etiopía[87]—, en Anazarbo, palabra que se refiere a su fundador, y Mopsuestia, patria de aquel Mopso, adivino, que habiéndose separado por error de la expedición de los Argonautas cuando volvían después de apoderarse del vellocino de oro, y arrojado a las costas de África, murió de muerte repentina y, desde entonces, los manes del héroe, cubiertos de hierba púnica, procuran un saludable remedio a diversos males[88]. Estas dos provincias, que en otro tiempo, durante la gue- 4
rra de los piratas, se unieron a las cuadrillas de bandoleros, sometidas por el procónsul Servilio[89], quedaron como tributarias. Y estas regiones, situadas como en una prominente lengua de tierra, están separadas del mundo oriental por el monte Amano[90]. Por otra parte, la frontera de Oriente, alargada en línea rec- 5
ta, se extiende desde las orillas del río Eufrates hasta las riberas

[86] Dice la leyenda que cuando Zeus fulminó al caballo Pegaso —nacido de Poseidón y Medusa al ser ésta decapitada por Perseo— su caída fue similar a la de un pájaro que hubiese perdido un ala.

[87] Sandan es un personaje mitológico asimilado a Hércules en Asia Menor.

[88] Utiliza Amiano la palabra *manes* —divinidades protectoras de los muertos— por metonimia, para atribuir las propiedades curativas de ciertas hierbas al influjo benéfico de los restos de Mopso.

[89] Se refiere a *P. Servilius Vatia*, que recibió el sobrenombre de Isáurico por sus campañas en los años 78-74 a. C.

[90] En el monte Amano, en la frontera entre Siria y Cilicia, se elevó un arco en honor de Germánico, según se sabe por el senadoconsulto inciso en la *Tabula Siarensis* descubierta en la provincia de Sevilla. Sobre este documento puede verse en A. SÁNCHEZ-OSTIZ, *Tabula Siarensis*, Pamplona, EUNSA, 1999.

más altas del Nilo, limitando por la izquierda con los pueblos Sarracenos y abierta por la derecha a los embates del mar. Ocupada esta región por Nicátor Seleuco[91] la engrandeció enormemente cuando, tras la muerte de Alejandro de Macedonia, ocupó el trono de Persia por derecho sucesorio; un rey que
6 consiguió gran eficacia, según indica su sobrenombre. Pues sirviéndose de una multitud de hombres a la que gobernó en paz durante largo tiempo, convirtió los parajes agrestes en ciudades fortificadas con muchos recursos y fuerzas militares; la mayor parte de ellas, hoy día, aunque tengan los nombres griegos que les fueron impuestos por voluntad de su fundador, no han perdido sin embargo sus nombres originarios que les impusieron en lengua asiria sus antiguos fundadores.

7 La primera provincia, después de la Osroena, que —como se ha dicho— hemos excluido de esta descripción, la Comagena, hoy Eufratense, se eleva en suave pendiente, ilustre por sus importantes ciudades: Hierápolis[92], la antigua Nino, y Samósata.
8 Después se extiende ampliamente Siria, que ocupa una magnífica planicie. A ésta le da renombre Antioquía, ciudad mundialmente conocida, con la que ninguna otra podría rivalizar: hasta tal punto afluyen allí recursos propios e importados; y también Laodicea y Apamea e igualmente Seleucia, muy floreciente ya desde sus inicios[93].

9 Tras ésta, adosada al monte Líbano, Fenicia, región colmada de encanto y belleza, adornada con ciudades grandes y hermosas; entre ellas destacan por su belleza y la celebridad de sus nombres Tiro, Sidón y Beirut y, a su mismo nivel, Homs[94] y

---

[91] *Nicator:* «vencedor».

[92] Sobre Hierápolis, cf. XIV 7, 5.

[93] Laodicea era el nombre de Seleuco I; Apamea el de su primera esposa. Apamea, en el valle del Orontes, era un centro importante de cultura neoplatónica.

[94] Antigua Emesa.

Damasco, fundadas en tiempos remotos. A estas provincias, a 10
las que rodea el río Orontes, que, bordeando la falda del famo-
so monte Casio, desemboca en el mar Partemio, las sometió al
dominio romano Gneo Pompeyo, arrancándolas del reino de 11
Armenia tras vencer a Tigranes[95].

La más lejana de las Sirias es Palestina, que se extiende por
amplios espacios, abundante en tierras cultivadas y fértiles y que
tiene algunas ciudades importantes que no ceden una a otra sino
que son mutua y estrictamente comparables: Cesarea, construida
por Herodes en honor de Octaviano[96], y Eleuterópolis y Neápo-
lis e igualmente Ascalona y Gaza, construidas en época anterior.
En estas regiones no se ve por ningún sitio un río navegable, 12
pero en muchos lugares emergen manantiales de aguas termales,
que sirven como variados remedios. También a estas regiones,
de la misma suerte, las convirtió en provincia, asignándoles un
gobernador tras haber vencido a los judíos y tomado Jerusalén[97].

A ésta está unida Arabia, contigua a los nabateos por el otro 13
lado[98], exuberante por la variedad de sus comunicaciones, guar-
necida de plazas fuertes y castillos que la vigilante solicitud de
los antiguos construyó a lo largo de desfiladeros adecuados y
seguros, para rechazar las incursiones de los pueblos vecinos.
Ésta tiene también ciudades muy grandes; entre algunas fortifi-
cadas: Bostra y Gerasa y Filadelfia, sumamente seguras por la

[95] Tigranes, rey de Armenia, fue expulsado en el 64-63 a. C., cuando Siria pasó a ser provincia romana.

[96] Cesarea era la capital de la Palestina Prima. Octaviano es el nombre que tenía Augusto con anterioridad al año 27 a. C., en que asumió este título, equivalente luego al de emperador. A Octaviano le llama Amiano *princeps*.

[97] En realidad, Pompeyo puso a Hircano I, un fariseo, al frente de Judea, Samaria y Galilea, y dejó bajo el control del gobernador de Siria las ciudades costeras de la región de Judea.

[98] Los nabateos ocupaban la región sureste del mar Muerto y tenían como capital la ciudad de Petra.

solidez de sus murallas[99]. Tras imponerle el nombre de provincia y asignarle un gobernador, también a ésta le obligó a someterse a nuestras leyes el emperador Trajano después de aplastar repetidas veces el orgullo de sus habitantes cuando en gloriosas batallas acosó a medos y partos[100].

14 Igualmente, a la isla de Chipre, muy separada del continente y abundante en puertos, entre múltiples municipios la hacen famosa dos ciudades: Salamina[101] y Pafos, la primera célebre por los templos de Júpiter, la segunda por el templo de Venus. Tan grande y tan variada es la rica abundancia de todo en la misma Chipre que, sin necesidad de ninguna ayuda externa, con sus propios recursos, se construyen naves de carga desde la misma base de la quilla hasta los cabos de las velas y se lanzan al mar provistas de toda clase de armamento.

15 Y no me importa decir que el pueblo romano invadió esta isla más por avidez que por causa justa. Pues, siendo su rey Tolomeo aliado nuestro y federado, por razón de las estrecheces de nuestra economía, se ordenó su proscripción sin culpa alguna y por eso murió de muerte voluntaria tras ingerir veneno; y la isla quedó como tributaria, y sus despojos, como si fueran los de un enemigo, se embarcaron y fueron transportados a Roma por Catón[102]. Volvemos ahora al plano de los hechos.

---

[99] Gerasa, en la región jordana; Filadelfia tomó su nombre de Tolomeo III Filadelfo, que la fundó en la primera mitad del siglo III a. C.

[100] Arabia pasó a ser provincia romana en el año 106 d. C. y quedó agregada a Palestina en el siglo IV.

[101] Salamina, famosa por la batalla que se libró allí en las guerras médicas (siglo V a. C.) tenía como legendario fundador al héroe troyano Teucro, hijo de Telamón.

[102] Catón de Utica (años 95-46 a. C.), el famoso oponente de César; el hecho aquí recordado ocurrió en el año 58 a. C.

Constancio Galo, César

9 Entre esta variedad de desastres se hizo venir a Ursicino desde Nísibe, cuya custodia tenía; una orden imperial nos había puesto bajo su mando[103], con el encargo de aclarar las acusaciones de un proceso criminal, a pesar de sus negativas y su rechazo a las multitudes vociferantes de aduladores, ya que era ciertamente un soldado siempre dispuesto a la lucha y un líder, pero muy enemigo de litigios forenses. Él, preocupado por el temor a su propio riesgo, cuando vio que se le unían acusadores e investigadores sobornados, que surgían de los mismos antros, daba noticia a Constancio, por medio de misivas secretas, acerca de todo lo que se tramaba tanto oculta como públicamente, implorando ayudas cuyo temor disipara los bien conocidos arrebatos
del César. Pero su exceso de precaución le hizo caer en peores 2
redes, como diremos después, al acumular sus contrincantes graves intrigas ante Constancio, un emperador moderado por lo demás, pero cruel e implacable cuando un desconocido hacía llegar a sus oídos alguna cosa de este género, y que en este tipo de procesos no parecía el mismo.

Así pues, fijado el día para el fatal interrogatorio, el jefe de 3
la caballería se sentó aparentemente en calidad de juez y rodeado de asesores a quienes ya se había instruido acerca de lo que debía hacerse, asistido de una y otra parte por secretarios encargados de transmitir inmediatamente al César qué se preguntaba y qué se respondía ante sus crueles órdenes y el acicate de la emperatriz que asomaba la cara encubiertamente por el
cortinaje. En consecuencia, los primeros de todos fueron juzga- 4

[103] Ursicino sucedió a Barbación como jefe de infantería para todo el Imperio. Desempeñó una brillante carrera militar: Amiano le acompañó en todas sus campañas. Finalmente tuvo que abandonar su carrera a causa de injustas acusaciones.

dos Epígono y Eusebio[104], detenidos por una coincidencia de nombres. Pues ya dijimos antes que Moncio, en el mismo instante de su muerte, había acusado a unos tribunos de fábricas de armamento que se llamaban así, de haber prometido recursos para una acción que se preparaba.

5 Y ciertamente, cuando compareció Epígono, filósofo sólo por
la capa, tras intentar en vano una súplica, con los costados sur-
cados de azotes, movido por el miedo a la muerte, en una ver-
gonzosa confesión, se declaró cómplice de un atentado y afirmó
cosas que nunca habían existido, aunque dijo que no había visto ni
oído nada por ser profundamente ignorante de las cuestiones
forenses. Eusebio, en cambio, negando las acusaciones con gran
seguridad, permaneció inamovible (en medio de los tormentos)
con el mismo grado de firmeza, gritando que aquello era un asal-
6 to de bandoleros, no un juicio. Y como reclamara insistentemen-
te, como experto en leyes, un acusador y un procedimiento en re-
gla, el César, enterado de ello, y considerando que esta libertad era
arrogancia, ordenó que se le sometiera a suplicio como si se trata-
ra de un atrevido calumniador; y él, maltratado hasta el punto de
que no quedaba ya en su cuerpo una parte sana para sufrir tor-
mento, implorando justicia del cielo, con una sonrisa torva, per-
maneció inflexible en el fondo de su corazón. Sin admitir ni con-
fesarse culpable ni que nadie le acusara y finalmente, ni convicto
ni confeso, fue condenado a muerte junto con su despreciable
compañero de suerte. Y era llevado al suplicio sin temblar, de-
nunciando la iniquidad de su tiempo, a imitación de aquel antiguo
estoico Zenón, que largamente atormentado para que dijera una
mentira, arrancándose la lengua, la arrojó con un ensangrentado
salivazo ante los ojos del rey de Chipre que le interrogaba[105].

---

[104] Cf. el episodio de Epígono y Eusebio, *supra* 7, 18 y ss.

[105] Zenón de Elea, discípulo de Parménides, que vivió a mediados del siglo v a. C. TERTULIANO *(Apologético* L 9) da otra versión.

Tras esto se indagaba acerca del manto real[106], y después 7
de atormentar y hacer confesar a los encargados de teñir la púrpura, y habiendo declarado que se trataba de una pequeña túnica pectoral, tejida sin mangas, fue introducido un tal Maras, diácono como le llaman los cristianos[107]; se presentó una carta suya, escrita en lengua griega, dirigida al jefe de los tejedores de Tiro, en la que se urgía a acelerar un encargo, cuya especie no se precisaba; y finalmente, tampoco él, aun torturado hasta la muerte, fue obligado a confesar nada. Así pues, 8
demorada la cuestión por diversas circunstancias, como ciertos asuntos permanecían sin aclarar y como constaba que en algunos casos se había actuado con excesiva ligereza, tras muchas muertes, los dos Apolinares —padre e hijo—[108], fueron condenados al exilio y cuando llegaron al lugar que se llama Cratera, una finca suya que está a 24 millas de Antioquía, se les ejecutó, según las órdenes recibidas, después de quebrarles las piernas. Sin que se suavizara en absoluto tras la muerte de 9
éstos el cruel talante de Galo, como un león que se alimenta de cadáveres, seguía indagando sobre muchos asuntos de este género[109]. No procede narrarlos uno a uno, para no sobrepasar la mesura propia de la profesión, cosa que debe evitarse absolutamente[110].

A petición de los alamanos, el emperador Constancio les concede la paz

Mientras el Oriente soportaba largo 10
tiempo estos avatares, al comenzar a templarse el clima, Constancio, en su séptimo consulado, que era el segundo del

[106] Cf. XIV 7, 20.

[107] Desconocido. El nombre es frecuente en la región de Siria.

[108] Cf. XIV 7, 19-20.

[109] Nótese el símil épico.

[110] Alude Amiano a los cánones del género, que procura tener muy en cuenta, al menos en teoría.

César[111], partiendo de Arles se dirigió a Valence[112], con la intención de hacer la guerra a los hermanos Gundomado y Vadomario, reyes de los alamanos, cuyas frecuentes incursiones de-
2 vastaban el territorio galo limítrofe con sus fronteras. Y mientras se detenía allí largo tiempo, a la espera del convoy cuyo transporte desde Aquitania se veía obstaculizado por las lluvias de primavera, más copiosas de lo habitual, y la crecida de los torrentes, llegó Herculano, protector palatino de palacio, hijo de Hermógenes, ex jefe de caballería[113], que —como dijimos antes—[114] había sido despedazado tiempo atrás cerca de Constantinopla, en una revuelta popular. Al referir éste con toda veracidad la actuación de Galo y de su esposa, lamentando lo ocurrido e inquieto por el temor al porvenir, refrenó mientras
3 pudo la angustia de su espíritu. Sin embargo, el ejército entero reunido entretanto junto a Châlons[115] se iba irritando, impaciente por la tardanza, y cada vez más furioso porque ni siquiera bastaban los víveres para subsistir, ya que todavía los alimentos
4 no habían llegado como de costumbre[116]. De ahí que Rufino, en ese momento prefecto del pretorio[117], se vio empujado a una situación crítica. Pues se le forzaba a ir en persona a parlamentar

---

[111] Es éste uno de los pocos casos en que Amiano fecha por los cónsules, como era tradicional. Es el año 354; se entiende que es un procedimiento para realzar los hechos ocurridos.

[112] *Arelate; Valentia* es una ciudad gala en la margen izquierda del Ródano.

[113] Sobre los protectores, véase *ad* XIV 7, 9.

[114] Se refiere al propio relato en uno de los libros perdidos.

[115] Antigua *Cabilona*.

[116] La frase —traducida del modo más literal posible— resulta ambigua: entiéndase que —como ya ha dicho Amiano— se había retrasado el momento habitual de la llegada de víveres.

[117] Era el jefe encargado de publicar las constituciones imperiales. Se trata de Volcacio Rufino, que fue prefecto del pretorio de la Galia en el año 354 y de Italia, Ilírico y África entre los años 365-368.

con el ejército —al que acosaban a la par el hambre y la furia, y
por lo demás tenía la inveterada costumbre de mostrarse siem-
pre intratable y cruel frente a las autoridades civiles— para pre-
sentar excusas y explicar qué motivos habían impedido el trans-
porte de los víveres. Esta operación había sido astutamente 5
tramada, para que se viera envuelto en la trampa el tío materno
de Galo, y evitar que, poderoso como era, acrecentara la con-
fianza de su sobrino que tenía funestos planes. Pero él cumplió
su tarea escrupulosamente y, aplazado el proyecto, fue enviado
a Châlons Eusebio, gran chambelán[118], llevando consigo oro
que, distribuido en secreto entre los turbulentos perturbadores
del orden, apaciguó el arrebato de los soldados y quedó a
salvo la vida del prefecto. Después, tras hacerse una abun-
dante distribución de trigo, levantaron el campamento en la
fecha prevista. Así pues, tras superar muchas dificultades y 6
muchos caminos cubiertos de nieve, cuando llegaron cerca de
Augst[119], a las riberas del río Rin, la oposición ofrecida por
una masa de alamanos impedía, con enorme violencia, que los
Romanos construyeran un puente de naves, lanzando sobre
ellos de todas partes armas arrojadizas, como una lluvia de
granizo. Y al ver que no podía lograr su propósito, el general,
enajenado en un mar de dudas, no sabía qué medidas tomar. Y 7
he aquí que inesperadamente llegó un guía conocedor del te-
rreno y, mediante recompensa, le indicó un lugar vadeable de
noche, por donde pudo atravesar el río. Y después de fran-
quear el río, el ejército hubiera podido hacer una devastación
total sin que nadie se opusiera, ya que el enemigo estaba pen-
diente de otras cosas, si no hubiera ocurrido que unos cuantos

[118] Traducimos así el cargo de *praepositus cubiculi*. Se refiere al Eusebio que fue ejecutado en el año 361 (XXII 3, 12).

[119] *Colonia Augusta Rauracorum*, donde se han encontrado abundantes restos de ánforas de aceite procedentes de la Bética.

del mismo país, a quienes se había confiado el cargo de ofi-
ciales del ejército, hicieron saber este proyecto a sus compa-
8 triotas mediante mensajes secretos, según pensaban algunos.
Esta sospecha recaía sobre Latino, jefe de los protectores, Agi-
lón, jefe de las caballerizas, y Escudilón, comandante jefe de
los escutarios, a quienes entonces se honraba como a quienes
9 tienen en su diestra el poder[120]. Pero los bárbaros, tras tomar
una determinación adecuada a las apremiantes circunstancias,
quizá disuadidos por los auspicios o porque la autoridad reli-
giosa les prohibió el combate[121], suavizada la rigidez con la
que resistían intrépidamente, enviaron una embajada de no-
10 bles para solicitar el perdón de sus delitos y la paz. Así pues,
retenidos los legados de ambos reyes[122] y sopesada la cues-
tión en secreto durante largo tiempo, cuando por vía de
acuerdo se aprobó que convenía otorgar la paz que se solici-
taba en condiciones razonables y que era adecuada a las cir-
cunstancias, el emperador convocó una asamblea militar con
la intención de pronunciar unas palabras, como pedía la si-
tuación. Situado en su estrado y rodeado de un grupo de altos
cargos, disertó en estos términos:
11 «Que nadie se asombre, os lo ruego, de que —después de
los laboriosos esfuerzos de interminables marchas y después
de haber acumulado abundantes víveres, cuando, confiado en
vosotros, estaba ya a punto de alcanzar los poblados bárbaros—,
como si de repente hubiera cambiado de idea me haya desviado
12 hacia una actitud más pacífica. Pues, al reflexionar cada uno se-

[120] Latino, Agilón y Escudilón eran de origen alamano. Para los *scutarii*, véase *ad* XIV 7, 9.

[121] La observación del vuelo de las aves —*auspicium*— pudo dar indicios desfavorables.

[122] Ambos reyes: Gundomado y Vadomario, a los que menciona Amiano al comienzo de este capítulo.

gún su categoría y talante, caerá en la cuenta de que en toda circunstancia el soldado, aunque con mayor vigor y fuerza en sus miembros, mira por sí solo y defiende su propia vida; en cambio, el general que conoce su oficio, mientras mira por todos equitativamente, como guardián de la vida ajena y considerando que nada escapa a su tutela, debe aprovechar con prontitud todos los remedios que presenta el estado de la situación, ofrecidos por la voluntad favorable de la divinidad. Así pues, para 13
resumir y mostrar brevemente qué razón me ha movido a reuniros a todos vosotros, mis fieles compañeros de armas, escuchad con oídos benévolos lo que voy a explicar muy sucintamente pues la declaración de la verdad es siempre sencilla[123].
Atemorizados por el elevado nivel de vuestra gloria, cuya fama 14
se ha difundido incluso entre los habitantes de las más lejanas regiones creciendo considerablemente, los reyes y los pueblos de los alamanos, por boca de los embajadores que tenéis ante vosotros en actitud sumisa, solicitan el perdón de lo pasado y la paz. Como persona circunspecta y precavida y consejero eficaz, si vuestra voluntad consiente, considero que se les debe conceder, teniendo en cuenta muchas razones. En primer término, para que cesen las incertidumbres de la guerra[124]; en segundo lugar, para convertir a los adversarios en tropas auxiliares, según sus promesas; además, para mitigar de modo incruento el orgullo de su salvajismo, tantas veces pernicioso para nuestras provincias; y por último, considerando que no sólo quede vencido el enemigo que cae en el combate subyugado bajo el peso

[123] Termina con esta frase sentenciosa la *captatio* del discurso que tiene tres puntos: quiere explicar su cambio de táctica; pone ante la vista la responsabilidad que le corresponde como general del ejército; promete ser breve porque la verdad no necesita rodeos.

[124] Dice Amiano 'Marte': el recurso a la personificación es propio del estilo solemne que corresponde a este tipo de discurso.

de las armas y la violencia, sino que con mucha mayor seguridad quede sometido al yugo, incluso sin sonido de trompetas, el que se entrega voluntariamente y experimenta que a nuestro espíritu no le falta ni fortaleza contra los rebeldes ni indulgencia
15 con los que se rinden[125]. En definitiva, me someto a vuestra decisión como ante jueces, como un príncipe de la paz decidido templadamente a ser moderado cuando le favorece la fortuna. Creedme, lo que se ha decidido bien[126], no se atribuirá a cobardía, sino a moderación y humanidad».

16 Apenas acabó el discurso, toda la multitud, completamente sumisa a la voluntad del emperador, alabó su decisión y aprobó unánimemente la propuseta de paz, movida principalmente por este motivo: que sabía que en sus frecuentes expediciones, su fortuna había velado por él solamente en las contiendas civiles mientras que en cambio, cuando se habían hecho guerras con otros pueblos, la mayoría habían acabado en desastre. Después de esto, firmado el tratado de paz según la costumbre de estos pueblos y acabada la ceremonia, el emperador se retiró a Milán al campamento de invierno.

Constancio Galo César es convocado por el emperador Constancio y decapitado

11 Cuando se hubo desembarazado del peso de otras preocupaciones, puso todo su esfuerzo en proyectar cómo abatir al César, en cierto modo el nudo y el obstáculo más difícil, y, al deliberar con sus

[125] Con este eco virgiliano (cf. *Eneida* VI 853) se cierra el núcleo argumentativo del discurso, que sigue el tradicional principio de la *exaedificatio* retórica: «primero, segundo, después, por último».

[126] En la *conclusio (peroratio)*, el orador mueve al auditorio a tomar una decisión favorable a su parecer como si fuera un discurso judicial —*ut iudices*—; el léxico es el propio del género.

Nótese el uso de *consultum est*. La decisión aún no se ha tomado por parte del auditorio, pero sí por parte del orador.

allegados, en conversaciones secretas y nocturnas, con qué violencia o con qué añagazas se lograría esto antes de que la arrogancia del César le empujara más obstinadamente a provocar un desastre, tomó la decisión de convocar a Galo, mediante cartas sumamente corteses, con el pretexto de tratar un asunto público muy urgente, de forma que, privado de apoyo, se le diera muerte sin ninguna dificultad. Se oponían a esta decisión gru- 2
pos de versátiles aduladores, entre los que se contaba Arbición, agudo y apasionado intrigante, y Eusebio, entonces gran chambelán[127], más proclive aún a hacer daño, argumentando que, al marcharse el César, había que dejar en Oriente a Ursicino, cosa peligrosa si no había nadie que se opusiera a sus excesivas ambiciones[128]. Y a éstos se unieron los restantes eunucos de 3
palacio, cuya avidez por enriquecerse había crecido en este tiempo por encima del nivel humano, y que iban sembrando, mezclándolos con los servicios privados de su ministerio, misteriosos rumores que alimentaban falsas acusaciones; éstos, bajo el peso de un odio feroz, atacaban a este esforzado varón murmurando que sus hijos, ya adultos, habían sido formados para alcanzar el poder, atractivos por su belleza corporal y por su edad, intencionadamente populares por su conocimiento del manejo de toda clase de armas y por la agilidad de sus miembros en los habituales entrenamientos del ejército. Que Galo, cruel por naturaleza, había sido alentado por ciertos subordinados a cometer terribles crímenes, con el fin de que —habiendo conseguido merecidamente el rechazo de todos los estratos sociales— las

[127] Véase XIV 10, 5. Arbición, que aparece con mucha frecuencia a lo largo del relato, empezó como soldado raso, y alcanzó máximo grado militar (*magister equitum*, años 351-361).

[128] Utiliza aquí Amiano la expresión *altiora*, que es usual en él para referirse a la ambición de ocupar el trono imperial; la sospecha es, por tanto, que Ursicino fuera un usurpador en potencia.

insignias del poder imperial se transfirieran a los hijos del jefe de la caballería[129].

4 Como estos rumores y otros parecidos golpearan los ansiosos oídos de Constancio, siempre expuestos y abiertos a comidillas de este estilo, vacilando sus decisiones por diferentes estados de ánimo, finalmente eligió como lo mejor que podía hacerse lo siguiente: primero, ordenó que se le presentase Ursicino, rodeado de todos los honores, con el pretexto de que —en razón de lo urgente de la situación— se decidiera de común acuerdo con qué refuerzo de tropas podría hacerse frente al ata-
5 que armado de los pueblos partos. Y para que no hubiera sospecha de ninguna hostilidad, se envió como sustituto suyo, hasta su regreso, al conde Próspero; después de recibir la carta, y habiéndosenos proporcionado generosamente medios de transporte, nos apresuramos a dirigirnos hacia Milán con urgencia[130].

6 Después de esto, al César no le quedaba más remedio que apresurarse a acudir a la convocatoria y, para borrar todo rastro de sospecha, Constancio animaba a su hermana —esposa del César— con toda clase de amabilidades fingidas a que acudiera al fin a su encuentro, tanto tiempo deseado[131]. Ella, aunque vacilaba por temor a sus frecuentes crueldades, se puso en camino sin embargo, con la esperanza de que podría suavizarlo, al fin y al cabo era su hermano, pero al entrar en Bitinia, en la parada que se llama Cenos Galicanos, murió a causa de un repentino acceso de fiebre[132]. Tras su muerte, Galo considerando que se había hundido la esperanza en la que se sentía apoyado, se

[129] El jefe supremo de la caballería era en este momento Ursicino.

[130] Un año más tarde, Próspero fue nombrado sustituto del jefe de la caballería; Amiano lo describe como avaricioso y cobarde, cf. XV 11, 5. Milán era entonces la sede de Constancio.

[131] Cf. *supra ad* XIV 1, 2.

[132] Cenos Galicanos: situada a 100 estadios de Nicomedia. El estadio corresponde a 125 pasos: 1/8 de milla.

quedó paralizado por la angustiosa duda sobre la decisión que debía tomar. Pues en el conjunto de situaciones difíciles y confu- 7
sas tenía su mente fija en una sola preocupación: que Constancio, reduciéndolo todo a su propia opinión, ni aceptara ninguna disculpa ni perdonara sus errores, sino que según su especial inclinación a acabar con sus parientes[133] tendiéndole lazos ocultos, le castigara con la muerte si lo cogía desprevenido.

Llegado a una situación tan crítica, viendo venir su fin si no 8
estaba atento, aspiraba secretamente al trono imperial, si se le ofrecía la oportunidad, pero a un tiempo temía la deslealtad de sus más próximos, por una doble razón: que le tenían horror por su fiereza y su veleidad y que temían que la suerte de Constancio fuera más favorable tratándose de discordias civiles. Entre 9
esta inmensa mole de preocupaciones, recibía constantemente escritos del emperador que le aconsejaba y le pedía que acudiera a él, haciéndole ver indirectamente que el Imperio ni podía ni debía dividirse, sino que cada uno según sus posibilidades debía proporcionarle ayuda en una situación de peligro, aludiendo probablemente a la devastación de las Galias. A esto añadía un 10
ejemplo no muy antiguo: que a Diocleciano y a su colega, los Césares los obedecían como si fueran su séquito, sin permanecer en una residencia fija sino yendo de acá para allá y que en Siria, Galerio airado había ido a pie delante del carro del irritado emperador, a lo largo de una distancia aproximada de mil pasos, revestido de púrpura.

Llegó después de muchos Escudilón, tribuno de los escuta- 11
rios, astuto experto en el arte de la persuasión[134], bajo la apariencia de un talante rudo. Éste, entremezclando frases adulatorias con falsos juramentos, fue el único entre todos que consiguió

[133] Maliciosa alusión a las matanzas ocurridas a la muerte de Constantino, año 337; cf. *ad* XIV 1, 2.

[134] Escudilón murió poco después de la ejecución de Galo, cf. 11, 24.

empujar a Galo a ponerse en marcha, repitiéndole una y otra vez, con gesto fingido, que su primo hermano ardía en deseos de verle, dispuesto a perdonar si es que se había cometido alguna imprudencia, siendo como era suave y clemente, y que, compartiendo el poder imperial, le llamaría también como asociado a las futuras tareas que reclamaban las provincias del norte, ya desde hacía tiem-
12 po agotadas. Y, como suele ocurrir siempre que intervienen los hados, el sentido común se embota y se ciega cuando, llevado por estas artimañas a esperar una mejora de su situación, partió de Antioquía, guiado por una mala estrella; en resumen: como dice un viejo proverbio, escapando del humo, se metía en las llamas, y a su llegada a Constantinopla, como si estuviera en situación favorable y segura, tras la celebración de unos juegos ecuestres, impuso la corona de vencedor sobre la cabeza del auriga Tórax.

13 Al saber esto, Constancio se encolerizó más allá de los límites humanos; y por si acaso el propio Galo, inseguro de su porvenir, intentaba promover en su camino alguna acción conducente a su propia salvación, fueron retirados de intento todos los soldados que estaban en guarnición en las ciudades que de-
14 bía atravesar en su camino. Y en esta situación, Tauro, enviado como cuestor a Armenia, pasó de largo sin saludarlo ni visitarlo[135]. Aparecieron, sin embargo, algunos por orden del emperador, que, bajo la apariencia de realizar diversos encargos, tenían la misión de vigilarle para que no pudiera desplazarse ni intentar nada ocultamente; entre ellos estaba como cuestor Leoncio, que fue después prefecto de la ciudad, y Luciliano, con título de conde de la casa imperial, y un tribuno de los escu-
15 tarios llamado Bainobaudes[136]. Así pues, tras haber recorrido largas distancias en terreno llano, habiendo entrado en Adrianó-

[135] Tauro, cuestor, fue cónsul en el año 361 (cf. XXI 6, 5).

[136] Leoncio fue probablemente el prefecto de la ciudad, que sucedió a Orfito a finales del año 355 y que volvió a ocupar más tarde el mismo cargo. Luci-

polis, ciudad del Hemimonto, que antes se llamaba Uscudama[137], mientras recobraba fuerzas tras el agotador esfuerzo de doce días, supo que unas legiones tebanas, que invernaban en las ciudades vecinas, habían enviado algunos compañeros suyos para animarle a quedarse, con firmes promesas de lealtad, ya que confiaban fuertemente en su fuerza y estaban además alojados en diversos campamentos vecinos; pero, a causa de la cuidadosa vigilancia de los que le rodeaban, no tuvo oportunidad de ver ni oír su mensaje. Después, como recibía una tras otra cartas 16
que le urgían a salir de allí, utilizando diez vehículos públicos, como se le había ordenado, prescindiendo de toda su corte, a excepción de unos pocos sirvientes de cámara y de mesa, que había llevado consigo, y cubierto de polvo, se veía obligado, con muchas presiones, a acelerar la marcha, y maldiciendo de vez en cuando, lloroso, su propia temeridad que le había sometido, despreciado ya y tenido por vil, al arbitrio de los más bajos. En esta situación, durante la tregua natural del reposo, sus 17
sentidos quedaban maltrechos por el terror que le producían espectros que rechinaban a su alrededor, multitudes de ejecutados, que —precedidas por Domiciano y Moncio— después de apoderarse de él, según le parecía en sueños, lo lanzaban a las garras de las Furias[138]. Pues, el ánimo liberado de las ataduras 18
del cuerpo, siempre capaz de incesantes movimientos, a partir

liano fue enviado a Persia en el 358 y permanecía aún allí en el 359. Bainobaudes era de origen franco. Hay dudas acerca de si debe identificarse con el personaje del mismo nombre que actuó como jefe de caballería a las órdenes de Juliano en la Galia, en el año 357. Véase C. CASTILLO, «Tribunos militares en Amiano», *L'Armée Romaine de Dioclétien à Valentinien I*, Lyon, 2004, págs. 43-54.

[137] Adrianópolis, corresponde a Edirna. Según EUTROPIO (Breviario VI 10), *Uscudama* significa «ciudad de agua» en la lengua indígena (tracia). El Hemimonto era una comarca de Tracia.

[138] En la descripción de la pesadilla que sufre Galo se mezclan personajes reales y figuras mitológicas.

de los pensamientos subconscientes y las preocupaciones que inquietan las mentes de los mortales, crea visiones nocturnas que llamamos fantasías[139].

19 Así pues, al abrir su triste suerte el camino marcado por los hados, según el cual estaba predeterminado que quedara despojado de la vida y del poder, recorriendo el trayecto en línea recta, sirviéndose de relevos de caballos, llegó a Pettau, ciudad de los nóricos[140], donde se hicieron patentes todas las asechanzas ocultas y apareció de repente el conde Barbación[141], que tenía bajo su mando a los protectores palatinos, junto con el agente Apodemio[142], al frente de unos soldados a los que el emperador se había ganado por medio de favores, elegidos con la certidumbre de que no se les podía corromper con recompensas ni mover a compasión.

20 Y ya el asunto se desarrollaba sin disimulo en la sombra. Barbación rodeó con hombres armados toda la zona extramuros del palacio. Y ya al oscurecer entró y despojando al César de sus vestiduras reales le cubrió con una túnica y una capa corriente, mientras afirmaba con reiterados juramentos, como si repitiera una orden del emperador, que después de esto ya no tendría que sufrir ninguna otra cosa. Y le dijo: «levántate inmediatamente», y, tras hacerlo subir inesperadamente a una carroza, lo condujo a Istria, cerca de la ciudad de Pola, donde sabemos que en otro tiempo fue asesinado Crispo, el hijo de Constanti-

---

[139] La descripción corresponde a teorías de la escuela peripatética; Amiano se incluye entre los seguidores de ellas, según se deduce del empleo de la primera persona: «llamamos».

[140] *Petovio*, ciudad de Panonia, sobre la orilla derecha del río Deva.

[141] Sobre los protectores, véase *supra ad* XIV 7, 9. Barbación, cuyo retrato físico y moral da Amiano más adelante, llegó a ser *magister peditum* (jefe de infantería) durante los años 355-359 y murió ejecutado (véase XVIII 3, 6).

[142] Apodemio es descrito por Amiano, poco más adelante, como hombre fogoso y tenaz enemigo de todos los buenos (cf. XV 1, 2).

no[143]. Y estando allí sometido a estrecha vigilancia, ya medio 21
muerto de miedo ante el final que se le venía encima, acudieron Eusebio, entonces gran chambelán, y el notario Pentadio y Malobaudes, tribuno de la guardia armada[144], que por orden imperial debían obligarle a declarar, una por una, por qué causa había hecho perecer a cada una de sus víctimas en Antioquía. Al 22
oír esto, empalideció como Adrasto[145] y apenas pudo decir que a la mayoría los había hecho morir por incitación de su esposa Constantina; ciertamente ignorante de lo que Alejandro Magno contestó prudentemente a su madre cuando ésta le urgía a dar muerte a un inocente, diciéndole —con la esperanza de conseguir su propósito— que ella lo había llevado durante nueve meses en su seno: «Queridísima madre, pídeme otro favor, porque la vida de un hombre no se compensa con ningún beneficio»[146].
Sabido esto, el emperador —hondamente conmocionado y lle- 23
no de una cólera implacable— puso todas las garantías de asegurar la paz en deshacerse de él. Y enviando a Sereniano —del que hemos dicho más arriba que, acusado de lesa majestad, se había librado haciendo equilibrios— y además al notario Pentadio y al agente público Apodemio[147], lo condenó a la pena capi-

---

[143] Nótese la connotación tétrica, y el recuerdo del trágico fin de los descendientes de Constantino; Crispo murió en el año 326. Cf. *ad* XIV 1, 2.

[144] De nuevo, un trío de enviados imperiales (cf. *supra* 11, 14) y la nota correspondiente: ahora, un *praepositus cubiculi*, un *notarius* y un tribuno de uno de los cuerpos palatinos: las *armaturae*. Malobaudes, de origen franco, llegó a ser *comes domesticorum* bajo Graciano en el año 378.

[145] Adrasto es el legendario rey de Argos, uno de los caudillos de la expedición de los Siete, contra Tebas, el único que sobrevivió. La imagen de su palidez procede de VIRGILIO (*Eneida* VI 480). Adrasto palideció ante la muerte de Tideo y Polinices y no volvió a recobrar su color.

[146] Arriano VII 12, 6-7.

[147] Otra vez tres enviados imperiales: Sereniano, Pentadio (notario) y Apodemio *(agens in rebus)*. Sobre Sereniano, véase XIV 7, 7 y la nota correspon-

tal y así, con las manos atadas como si fuera un vulgar ladrón, se le cortó el cuello y —privado de la dignidad del rostro y de la cabeza— quedó desfigurado el cadáver de un hombre poco antes temido en ciudades y provincias.

24 Pero la equidad de la divinidad de lo alto velaba de una y otra parte. Pues si bien sus crueles actos perdieron a Galo, no mucho después perecieron también con una muerte atroz las dos personas que mediante suaves adulaciones acompañadas de perjurio le envolvieron, aunque culpable, en redes mortíferas. Uno de ellos, Escudilón, murió de un ataque de hígado, echando los pulmones por la boca[148]. Barbación, que ya durante largo tiempo había tramado contra Galo falsas acusaciones, cuando al salir del cargo de jefe de la caballería fue acusado por ciertos rumores de tener aspiraciones demasiado altas, condenado por haber causado la perdición del César con sus engaños entregó su alma a los manes sin que nadie llorara su muerte.

25 Cosas como ésta y otras semejantes hace algunas veces Adrastea[149], vengadora de crímenes impíos que recompensa las buenas acciones (¡ojalá fuera así siempre!). A ella la llamamos también con otro nombre: Némesis. Se le atribuye la administración de una cierta justicia sublime, propia de una divinidad con poderes, y habita, según las creencias de la mente humana, por encima del círculo lunar; o bien, como la describen otros, es la Tutela personificada que gobierna con un poder absoluto sobre el destino de cada uno, de la que los antiguos teólogos, teniéndola por hija de la Justicia, dicen que desde una cierta eter-

diente. Pentadio fue *magister officiorum* de Juliano (años 358-360); de Apodemio se habla poco más arriba.

[148] El tenor de este pasaje refleja la común opinión de la época sobre la trágica muerte del tirano, y recuerda la obra *Sobre las muertes de los perseguidores* atribuida a LACTANCIO y escrita en torno al año 320.

[149] Adrastea —Némesis— forma parte de un grupo de divinidades cuyo carácter oscila entre la personificación y el simbolismo abstracto.

nidad escondida ve desde arriba todo lo terreno[150]. Ésta, como 26
reina de las causas y árbitro que discierne los sucesos, regula la urna de la suerte, alternando los turnos del acontecer y tomando pie en nuestras voluntades a veces les da un fin distinto del que pretendían, y hace cambiar de rumbo muchos actos. Es ella la que, envolviendo en las indisolubles redes de la necesidad el orgullo de los mortales, a veces hinchado, y haciendo que se alternen los momentos de gloria y de menoscabo según su parecer, unas veces subyuga y debilita las altaneras cervices de los orgullosos y otras veces hace subir a los buenos, alzándolos de lo hondo a una vida feliz. Por eso la antigüedad, amiga de leyendas, le ha atribuido alas, para hacer ver que acude en favor de todos con veloz rapidez; y le ha puesto en la mano un timón y a los pies una rueda, para que no se ignore que rige el universo atravesando todos los elementos[151].

Con esta prematura muerte, cansado también él de sí mis- 27
mo, dejó la vida Galo a los 29 años, tras haber reinado un cuadrienio. Nacido en Etruria, en la región de Veterna[152], siendo su padre Constancio, hermano del emperador Constantino, y su madre Gala, hermana de Rufino y de Cereal, ennoblecidos por
la púrpura consular y la de prefecto[153]. Destacaba por su buena 28

[150] Llama la atención que Amiano atribuya a *Tutela* rasgos que habitualmente corresponden a *Fortuna*. Es posible que aflore aquí el especial papel que tenía la *Tyche* (Fortuna) como diosa protectora de Antioquía, ciudad natal de Amiano.

[151] Hay ecos horacianos en este pasaje; cf. por ejemplo: «Necesidad en su sorteo / a altos y bajos igual trata; / en la urna caben todos los nombres *(Odas* III.1, 14-16, trad. M. Fernández Galiano), o bien: *Odas* III 29, 49-52.

[152] Veterna corresponde a la *Massa Veterniense* (hay una *Massa Maritima*, a medio camino entre Siena y la costa, en dirección sudoeste).

[153] Vulcacio Rufino había sido *cónsul prior* en el año 347 y fue prefecto del pretorio en Italia, Ilírico y África (años 365-368). Véase XIV 10, 4 y la nota correspondiente.

figura, la conveniente y justa armonía de su cuerpo y sus miem-
bros, de cabello rubio y suave, y aunque su barba incipiente
apuntaba en delicado bozo, le proporcionaba sin embargo una
autoridad prematura. Tan distinto del carácter moderado de su
hermano Juliano como lo fueron los hijos de Vespasiano, Do-
29 miciano y Tito[154]. Elevado a las más altas cumbres de la Fortu-
na, experimentó su versatilidad, que juega con los mortales,
encumbrando a veces a unos hasta las estrellas y otras veces
hundiéndolos en las profundidades del Cocito[155]. Como son in-
contables los ejemplos de esta realidad, citaré de pasada, con
30 suma ligereza, unos pocos. Esta Fortuna, mudable e incons-
tante, convirtió a un alfarero en Agatocles, rey de Sicilia, y a
Dionisio —en otro tiempo terror de los pueblos— lo puso al
31 frente de una escuela primaria en Corinto[156]. Ella condujo a
Andrisco de Adrumeto, nacido en una tintorería, hasta la fama
de Pseudofilipo (un falso Filipo) y enseñó al hijo legítimo de
Perseo el arte de la herrería para que pudiera ganarse el susten-
32 to[157]. Ella es la misma que puso en manos de los numantinos a
Mancino, que había tenido el mando militar, y puso a Veturio en
manos de los atroces samnitas y a Claudio en las de los corsos,

---

[154] Alusión a la dinastía Flavia, anterior al momento en que Amiano comenzaba su historia. Nótese el paralelismo Domiciano-Galo y Tito-Juliano.

[155] El obituario de Galo se convierte en un excurso sobre la veleidad de la Fortuna. El Cocito es uno de los ríos del Infierno, que cruzaba en su barca Caronte.

[156] El tópico de la volubilidad de la Fortuna tiene larga vida en la literatura. Agatocles es el famoso tirano de Siracusa (*circa* 360-289 a. C.), Dionisio es Dionisio II el Joven, también tirano de Siracusa (años 367-343 a. C.) que, vencido por Timoleón, fue enviado a Corinto, donde murió.

[157] Andrisco era un macedonio, de oficio curtidor, que se presentó con el nombre de Filipo y como supuesto hijo de Perseo al rey Demetrio I de Siria para que lo ayudara a establecerse en el trono de Macedonia. En 149 a. C. consiguió usurparlo (cf. *supra),* pero fue vencido por Q. Cecilio Metelo junto a Pidna (año 168 a. C.).

y sometió a Régulo a la crueldad de Cartago. Por su falta de equidad, Pompeyo, después de haber conseguido el sobrenombre de Magno por la grandeza de sus hazañas, fue asesinado en Egipto según decidieron unos eunucos[158]. Y un tal Euno, escla- 33
vo procedente de un ergástulo, condujo a los fugitivos en Sicilia. ¡Cuántos romanos de excelente cuna, con la aquiescencia de esta misma señora de los acontecimientos, abrazaron las rodillas de Viriato o de Espártaco[159]! ¿Cuántas cabezas que hicieron temblar a pueblos han cortado siniestros verdugos? Uno es conducido a prisión, otro, alcanza un poder inesperado, otro es derribado de la más alta cumbre de los hombres.

Si alguien quisiera saber cuán variadas y frecuentes son to- 34
das estas cosas, es como si, perdida ya la cabeza, quisiera averiguar el número de los granos de arena o pesar las montañas.

---

[158] Diversos ejemplos tomados de la Historia de Roma y referidos a jefes del ejército: C. Hostilio Mancino, cónsul del año 137 a. C., fracasó en el intento, y tuvo que rendirse. Dos siglos antes, Vesturio Calvino, cónsul II en el año 321 a.C., se había visto obligado a firmar una paz humillante con los samnitas. M. Claudio Cinea, año 326 a. C., murió según algunas fuentes en la cárcel; según Zonaras *(Epit.* VIII 18), en el exilio. M. Atilio Régulo, cónsul II en el año 256 a. C. sufrió una derrota en la primera guerra púnica y fue capturado; su presencia en el «anecdotario» que transmiten diversos autores se debe a su gallarda actitud: enviado por los cartagineses para proponer la paz a Roma, aconsejó al Senado lo contrario: al regresar a Cartago fue ejecutado. Como es conocido, tras la derrota de Farsalia (año 48 a. C.) Pompeyo huyó a Egipto, donde fue asesinado.

[159] Esta segunda serie de ejemplos apunta a las guerras serviles: la primera, promovida por Euno, un sirio de Apamea (años 139-132 a. C.); la segunda, la revuelta del tracio Espártaco (73-71 a. C.), reprimida por la acción conjunta de Craso, Luculo y el propio Pompeyo. Amiano ha asimilado —o al menos ha asociado— la acción del caudillo lusitano Viriato a estas revueltas, quizá por el carácter de guerrilla que tuvo su actuación, que se sitúa en los años 147-139 a. C.

LIBRO XV*

* La declaración inicial supone que Amiano entra en una «nueva parte» de su obra. El núcleo del libro lo ocupa la elevación de Juliano a la categoría de César y la descripción de la Galia y sus habitantes. Con anterioridad, se narran preferentemente asuntos de Occidente; en el exterior, guerra con los alamanos; en el interior, las intentonas de Africano y Silvano para hacerse con el poder, y otras dificultades en Roma. Se cierra el libro con los asuntos de Oriente; corrupción de Musoniano y Próspero. Hay en el libro un trasfondo de intentos de deslealtad al emperador frustrados: Veteranión, Galo, Africano y Silvano.

SINOPSIS
(diciembre de 354-357)

1, 1 Prefacio: justificación de su obra.
1, 2-4 Occidente: guerra contra los alamanos.
2 y 3 Acusaciones de lesa majestad. Castigos sufridos por los partidarios de Galo (Oriente). El asunto de Africano (Occidente).
4, 1 Continúa la guerra contra los alamanos.
4, 2-6 Excurso sobre el Rin.
5-6 El intento usurpador de Silvano. Fin desastroso.
7 Asuntos en Roma: sedición popular sometida por el prefecto Leoncio; el papa Liberio.
8 Juliano elegido César en las Galias. Discurso de Constancio.
9-12 Largo *excursus* sobre las Galias y las costumbres de sus habitantes.
13 Oriente: asuntos diversos y prefectura de Musonio.

Se anuncia al emperador la muerte de Galo César

1 Hasta donde he podido averiguar la verdad, he narrado, siguiendo el orden de los diversos acontecimientos, los hechos que he podido ver a lo largo de mi vida o bien conocer interrogando minuciosamente a quienes los han vivido; lo restante, que se inicia con el texto que sigue, en la medida de mis fuerzas lo trataré con mayor cuidado sin miedo a los reproches de quienes piensan que la obra es larga. Pues la brevedad debe alabarse cuando, rompiendo con intempestivas demoras, no sustrae nada al conocimiento de los hechos[160].

2 En el Nórico todavía no se había terminado de despojar a Galo de su ropa cuando Apodemio[161], incendiario agitador de multitudes durante toda su vida, llevándose consigo los zapatos de Galo[162], en rápida carrera ecuestre de relevos, que acabó con algunos por forzarlos en exceso, llegó a Milán como primer informante y, habiendo entrado en palacio, los arrojó a los pies de

---

[160] Este prefacio contiene varios elementos tradicionales en el género: búsqueda de la verdad; distinción entre lo que se sabe de oídas y lo que se ha visto; orden cronológico y tópico de la brevedad. Escribe Amiano en una época en que se ha generalizado el gusto por la historia resumida en forma de epítomes. Quizá hay aquí una alusión a esta afición a los breviarios, de la que él se aparta en su obra.

[161] Cf. XIV 11, 19 y la nota correspondiente.

[162] El calzado de la familia imperial era inconfundible: de color púrpura.

Constancio, como si fueran los despojos del rey de los partos muerto[163]; y llegado el rápido mensajero con la noticia de que un asunto inesperado y arduo se había cumplido con total facilidad, de acuerdo con la voluntad imperial, los que ocupaban los puestos más altos de la corte, convirtiendo en adulación, según costumbre, todo intento de agradar, ponían por las nubes el valor y la fortuna del emperador, cuyo designio había destituido, aunque en diversos momentos, a dos príncipes como si fue-
3 ran simples soldados, a saber: Veteranión[164] y Galo. Arrebatado el emperador ante esta refinada manifestación de halagos y pensando confiadamente que a partir de entonces iba a quedar libre de toda dificultad inherente a una vida mortal, rápidamente se desentendió de la justicia, con tal falta de moderación que algunas veces al dictar personalmente había dejado caer «mi Eternidad» y al escribir con su propia mano se calificaba de «Señor de todo el orbe»[165]; cosa que, de haberla dicho otros, de-

[163] Los partos son los persas, el más poderoso enemigo de Roma en la época: el enemigo por antonomasia. El uso de «partos», en lugar del común «persas», quizá encierra una velada alusión al título *Parthicus* que se dio por primera vez a Trajano.

[164] Probablemente Amiano había narrado la historia de Veteranión en los libros perdidos. Su proclamación como emperador por el ejército en marzo del año 350 en el Ilírico fue una maniobra para impedir que las provincias danubianas cayeran bajo el mando de Magnencio. El intento de usurpación acabó enseguida. Veteranión reconoció la autoridad de Constancio y renunció a las insignias imperiales. El emperador le perdonó y le permitió vivir en Bitinia.

[165] *Aeternus* figura en la titulatura de las inscripciones imperiales desde Diocleciano (cf. DESSAU, *ILS* 644 y 5900. Pero en las monedas la leyenda *aeternitas* está ya desde Vespasiano. Constancio figura como *aeternus princeps* en la epigrafía (cf. DESSAU, *op. cit.*, 1234). El primero al que se honra como *Dominus totius orbis* es precisamente Juliano (cf. DESSAU, *op. cit.* 751 y 754). Sobre este tema puede verse: C. CASTILLO, «La propaganda imperial como vehículo y promotor de ideologías en el Tardo Imperio», en *Le vie della Storia*, Roma 2006, págs. 307-317.

bería haber desatado la indignación de un hombre que, según
decía, se esforzaba con especial afán en conformar su vida y
su comportamiento a imitación de los emperadores poco preten-
ciosos[166]. Pues, incluso si hubiera reinado sobre la infinidad de 4
mundos de los que habla Demócrito, como soñaba Alejandro
Magno estimulado por Anaxarco[167], hubiera recapacitado al
leer o al oír que, según dicen de común acuerdo los matemáti-
cos, la amplitud de toda la tierra, que a nosotros nos parece in-
mensa, en relación con la magnitud del universo no es más que
un pequeño punto[168].

Ursicino, jefe de caballería para Oriente, Juliano, hermano del César Galo, y Gregorio, gran chambelán del César, son acusados de alta traición

Y ya, tras el desgraciado final con el 2
que se había eliminado al César[169], sonó
la trompeta de los procesos judiciales; se
acusaba a Ursicino de lesa majestad[170],
mientras crecía por días contra su vida la
envidia, enemiga de todos los buenos.
Pues él se veía desbordado por la difi- 2
cultad de que los oídos del emperador,
cerrados para admitir justificaciones oportunas y aceptables,
estaban abiertos a ocultas murmuraciones insidiosas, según las
cuales —borrado el nombre de Constancio por todas las regio-

[166] *Civilis*: que se comporta como buen ciudadano. Se encuentra aplicado a Augusto en Ovidio *(Tristes* IV 4-13) y en Tácito *(Anales* I 54) y a Trajano en el *Panegírico* de Plinio *(Historia Natural* II 7).

[167] Demócrito de Abdera, conocido filósofo padre del atomismo; Anaxarco era discípulo suyo.

[168] La idea seguramente está tomada de Cicerón (cf. *Tusculanas* I 17, 40) y *Sobre la república* VI 16 (Sueño de Escipión).

[169] El texto dice *deleti Caesaris*: la expresión es inusual, y parece conectar con la *damnatio memoriae*: se borraba materialmente el nombre del emperador descalificado.

[170] Cf. XIV 9, 1 y la nota correspondiente.

nes de Oriente—, tanto en el interior como en el exterior, se tenía al antedicho general por el más temible enemigo del pueblo
3 persa. Pero, frente a las circunstancias, aquel hombre magnánimo permanecía firme, procurando no humillarse excesivamente, doliéndose en sus entrañas de la escasa seguridad que ofrecía la inocencia y especialmente triste por una cosa: que los amigos que antes frecuentaban su trato se habían pasado a otros con más poder, de igual modo que suelen pasarse los lictores, porque así lo exige la costumbre, a quienes suceden en un car-
4 go[171]. Por otra parte, mediante halagos de una fingida buena voluntad, llamándole frecuentemente en público «colega y varón esforzado», le atacaba Arbición[172]: un hombre especializado en tender insidias mortales a una vida sencilla, y con enorme poder en ese momento. Pues, como una serpiente subterránea aposentada en un oculto agujero que observando desde allí uno a uno a los que pasan les ataca en repentino asalto, así él por envidia a la suerte de otro, incluso después de haber recibido el más alto puesto en el ejército sin que nadie le hubiera provocado ni herido en ningún momento, manchaba su conciencia con un insa-
5 ciable propósito de hacer daño. Así pues, en presencia de unos cuantos cómplices de sus secretos, tras discutir la cuestión en oculto largamente con el emperador, había resuelto que la noche siguiente se diese muerte a Ursicino, conducido lejos de la vista de sus soldados y sin previo juicio, como se dice que tiempo atrás cayó en aquellas turbulencias de la época neroniana Domicio Corbulón, fiel y prudente defensor de las provincias[173].

---

[171] Los *lictores* acompañaban a los magistrados y luego al emperador en sus desplazamientos, despejando el camino y haciendo ver el respeto que se les debía.

[172] Cf. XIV 11, 2 y la nota correspondiente.

[173] Domicio Corbulón fue un famoso general que obtuvo importantes victorias bajo Claudio y Nerón. Este último, celoso de su fama, lo incitó al suicidio. Sus campañas fueron ampliamente narradas por TÁCITO (*Anales* XIII 5-9 y 34-41; XIV 23-36; XV 1-17 y 24-31).

Dispuestas así las cosas, mientras los encargados del asunto esperaban el momento previsto, la decisión imperial se inclinó a la clemencia y se ordenó diferir para una segunda deliberación el impío crimen. 6

Después de esto, la maquinaria de las calumnias se puso en marcha contra Juliano, recién llegado a la corte, más tarde emperador memorable[174], implicado, según un juicio inicuo, en un doble crimen: que se había marchado de Macelo, finca situada en Capadocia, en Asia, movido por el afán de una educación liberal, y que al pasar por Constantinopla se había entrevistado con su hermano[175]. Éste, aunque neutralizó las acusaciones y demostró que ninguna de las dos cosas las había hecho sin acatar órdenes, hubiera perecido bajo la presión del nefasto coro de aduladores si no hubiera sido porque gracias a la inspiración de la excelsa divinidad y a la intervención de la Emperatriz Eusebia[176] después de ser conducido a Como, ciudad vecina de Milán, y haber permanecido allí algún tiempo, se le permitió marchar a Grecia, para cultivar su talento, según había deseado ardientemente. Y no faltaron después consecuencias de estos sucesos, que se diría que ocurrieron por auspicios favorables; pues (los acusadores) fueron castigados por la ley y (las acusaciones) se desvanecieron como insignificantes y vanas. Pero algunas veces ocurría que los ricos, llamando a las puertas de los poderosos y pegándose a ellos como la hiedra a los altos árboles, compraban su absolución a precios elevadísimos. Y, en cambio, los pobres, que tenían escasos o nulos recursos para rescatar su vida, eran bru- 7 8 9

[174] Ésta es la segunda anticipación de la figura de Juliano (cf. XIV 11, 28).

[175] Galo, que todavía no era César.

[176] Esposa de Constancio II: el casamiento con Eusebia (que no era la primera esposa) se celebró en el año 352. Eusebia era hermana de Hipacio, amigo y protector de Amiano; el tratamiento que le da el historiador es siempre favorable. Sobre el particular puede verse Barnes, *op. cit.*, pág. 121.

talmente condenados. Y así la verdad quedaba velada por las mentiras y algunas veces lo falso pasaba por verdadero.

10 Fue llevado a juicio en estos días también Gorgonio[177], que tenía el cargo de chambelán del César, y aunque por su confesión quedó patente que había tomado parte en las osadías de éste e incluso que alguna vez las había provocado, salió libre de cargos después de quedar ensombrecida la justicia por las bien tramadas mentiras de una conspiración de los eunucos.

Se castiga a los amigos y servidores de Galo César

3 Mientras ocurría esto en Milán, masas de soldados fueron conducidas a Aquileya[178] con muchos cortesanos, languideciendo entre cadenas, casi sin aliento y maldiciendo la prolongación de una vida tan desgraciada. Pues se les acusaba de haber sido ejecutores de las crueldades de Galo y se creía que Domiciano y Moncio habían sido descuartizados por obra suya y que tras ellos, otros
2 habían sido conducidos a la perdición[179]. Para oírlos se envió a Arbición y a Eusebio, entonces gran chambelán[180]; ambos eran desmesuradamente vanidosos e igualmente injustos y sanguinarios. Éstos, sin hacer ninguna pesquisa detenida y sin distinguir entre culpables e inocentes, a unos tras someterles a azotes y tormentos los condenaron al exilio, a algunos los degradaron y a los restantes les adjudicaron la pena capital; y repletos los sepulcros de cadáveres, volvieron como triunfantes y contaron sus hazañas al príncipe, abiertamente inflexible y severo frente a situaciones
3 como ésta. A partir de entonces y después, Constancio, como si

[177] Gorgonio era amigo de Talasio, mencionado en XIV 1, 10 y 7, 9. Para el cargo de gran chambelán, véase XIV 10, 5 y la nota correspondiente.

[178] Capital de la provincia de Venecia e Istria.

[179] Véase XIV 7 y 11, 9.

[180] Véase XIV 7, 12 y ss.

quisiera invertir el orden establecido por el destino, con mayor
ímpetu daba entrada en su corazón a muchos intrigantes. De ahí
que surgieran de repente muchos cazadores de rumores que ata-
caban con bestiales mordiscos la cumbre misma de los cargos pú-
blicos, y más tarde a pobres y ricos sin discriminación. No como
aquellos cibiratas de Verres que lamían el tribunal de un solo go-
bernador, sino atormentando a los miembros de toda la república
por los males que caían sobre ellos[181]. Entre ellos claramente des- 4
tacaban Paulo y Mercurio: éste de origen persa y aquél nacido en
la Dacia[182], notario aquél[183] y éste un ex jefe de comedor llegado
a tesorero. A Paulo, como se ha dicho más arriba, se le había
dado el sobrenombre de «Cadena» porque era indestructible en el
arte de entretejer calumnias, prodigándose en una asombrosa va-
riedad de inventos, como ciertos maestros de la palestra suelen
excederse en argucias cuando combaten cuerpo a cuerpo. Por su 5
parte, a Mercurio se le llamaba «el Conde de los sueños» porque,
como un perro de entrañas crueles que disimula sus mordeduras
moviendo sumisamente la cola, se introducía con mucha fre-
cuencia en banquetes y reuniones, y si alguno contaba a un ami-
go que durante el sueño, cuando la naturaleza vaga con mayor li-
bertad, había visto algo[184], él, coloreándolo con venenosas artes,

[181] Se refiere a los expertos en obras de arte a los que Verres, gobernador de Sicilia entre los años 73 y 71 a. C., hizo ir desde Cíbira (Frigia) a Sicilia para asesorarle en sus rapiñas. Su corrupta actuación fue públicamente denunciada por Cicerón en los célebres discursos que conocemos con el nombre de Verrinas.

Nótese la audacia del lenguaje figurado en todo este párrafo.

[182] Paulo es Pablo «Cadena», mencionado como de origen hispano en XIV 5, 6; piensan algunos autores que *Dacia* es un error del copista, en lugar de *Baetica*. Filostorgio, *Historia eclesiástica* 7, 6.ª-7.ª confirma que Paulo era hispano. *Mercurius* es una latinización del nombre persa.

[183] Sobre los *notarii*, véase XIV 5, 6 y la nota correspondiente.

[184] Se refiere, sin duda, a «sueños de grandeza», que el emperador no soportaba; véase más adelante XIX 12, 10.

lo vertía, deformándolo, en los oídos siempre abiertos del emperador y, por esta causa, un hombre inocente se veía aplastado por la pesada mole de ser acusado de un crimen imperdo-
6 nable. Y como la fama divulgó estos hechos, exagerándolos, la gente huía tanto de dar a conocer los sueños nocturnos que a duras penas confesaba ante desconocidos haber dormido, y algunos más cultos se lamentaban de no haber nacido entre los atlantes, donde se dice que nadie sueña; dejemos el origen de esta tradición a los grandes conocedores de la naturaleza[185].

7 Mientras ocurría este cruel simulacro de procesos y castigos, surgió en el Ilírico otro desastre, nacido de unas palabras sin importancia, que desembocó en la perdición de muchos. En un banquete ofrecido por Africano, gobernador de la Panonia Segunda, en Sirmio[186], algunos, con unas copas de más, creyendo que no estaba presente ningún espía, criticaban abiertamente al gobierno del momento como algo insoportable; entre ellos, algunos afirmaban, como si tuvieran presagios, que se aproximaba el anhelado cambio de los tiempos, y algunos otros, con increíble locura, lo aseguraban como si hubieran recibido un augurio de grandes co-
8 sas[187]. Entre ellos estaba el agente público Gaudencio[188], obtuso e

[185] Amiano renuncia explícitamente a mencionar fuentes. La noticia procede de HERÓDOTO (IV 184) y se encuentra entre los autores latinos en PLINIO (*Hist. Nat.* V 8, 45) y en el geógrafo hispano POMPONIO MELA (I 8, 43).

[186] *Sirmium* era residencia imperial, metrópolis eclesiástica y sede del prefecto del Ilírico y del gobierno de la Panonia Segunda, parte de la antigua Panonia Superior; el gobernador tenía rango consular. Africano fue ejecutado, cf. XVI 8, 3.

[187] Los presagios son predicciones proféticas; los augurios —practicados por los romanos desde el comienzo de su historia— eran predicciones extraídas de la observación e interpretación del vuelo de las aves. Tito Livio habla de ellos en su relato de la fundación de Roma.

[188] Gaudencio fue enviado más tarde a la Galia como notario y ejecutado por orden de Juliano en el año 362, cf. XVI 8, 3.

imprudente, que lo había transmitido como un asunto serio a
Rufino, que entonces estaba al frente de los funcionarios de la
prefectura del pretorio[189], hombre siempre ávido de extremos y
conocido por su arraigada depravación. Éste, inmediatamente, 9
como si tuviera alas, voló a la corte del emperador y a él, tan in-
clinado y accesible a este tipo de sospechas, lo excitó con tal
fuerza que sin previa deliberación ordenó que se hiciera levan-
tar a Africano y a todos los comensales del mortal banquete[190].
Hecho esto, el funesto delator, deseando con mayor vehemen-
cia lo prohibido, como es habitual en el hombre, recibió orden
de continuar durante un bienio en sus funciones, como había
solicitado. Así pues, Teutomeres, protector palatino[191], que fue 10
enviado junto con un colega para apresarlos, los condujo a to-
dos cargados de cadenas como se le había ordenado. Pero cuan-
do llegaron a Aquileya, Marino, antiguo instructor que en este
momento era tribuno vacante[192], un instigador de lengua vene-
nosa y por otra parte de temperamento apasionado, habiéndose
quedado solo en una taberna mientras se preparaba lo necesario
para el viaje, se clavó en el costado un cuchillo que encontró ca-
sualmente y, afectado en sus órganos vitales, murió inmediata-
mente. Los restantes fueron conducidos a Milán y, después de 11
ser torturados y confesar que en el convite habían dicho algunas
inconveniencias, se ordenó encarcelarlos con alguna esperanza,
aunque incierta, de ser absueltos. Por otro lado, los protectores
contra los que se había dictado condena de exilio, como cóm-

---

189 Cf. XVI 8, 3-7.

190 El relato, que subraya la inmediatez de la delación, hace ver que la orden de detención llega cuando aún los invitados estaban sentados a la mesa.

191 *Protector domesticus*: véase *ad* XIV 11, 19. Posiblemente el mismo que fue en el año 364 *dux de la Dacia Ripensis*, que aparece en el *Codex* Theodosianus (XV 1, 13.ª) como *Tautomedes*.

192 Marino tenía la dignidad de tribuno, pero no estaba en funciones; el pasaje ilustra sobre la promoción en el ejército en esta época.

plices de que se hubiera dejado morir a Marino, alcanzaron perdón gracias a la súplica de Arbición[193].

Los alamanos lentienses son en parte liquidados y en parte puestos en fuga por el emperador Constancio

4 De este modo se puso fin al asunto... y se declaró la guerra a los lentienses, pueblo alamano que con frecuencia hacía amplias incursiones por los territorios romanos limítrofes[194]. El emperador, al frente de esta expedición, llegó a Recia y a los Campos Caninos[195], y, tras una larga deliberación, se decidió que era honroso y práctico que él permaneciera allí mismo con una parte del ejército mientras que Arbición, el jefe de la caballería, con la parte más potente del ejército avanzaba bordeando el lago de Constanza para hacer frente a los bárbaros. Voy a trazar brevemente, en la medida de lo razonable, los rasgos de este lugar.

2 Brotando con enorme ímpetu entre desfiladeros de alta montaña, el Rin discurre por elevados riscos, sin recibir ningún afluente; del mismo modo que el Nilo, se precipita en cataratas y podría ser navegable desde su mismo nacimiento por la exuberancia de sus aguas si no fuera porque corre más como un torren-
3 te que como un río que se desliza. Y ya al discurrir hacia la llanura, erosionando las profundas vertientes de sus orillas, penetra en un lago redondeado y extenso al que los habitantes de Recia llaman Brigantia y, extendiéndose a lo largo de 460 estadios[196] y en una anchura prácticamente igual, se hace inaccesible por el

[193] Arbición se menciona por primera vez en XIV 11, 2.

[194] Repite Amiano esta descripción en XXXI 10, 2.

[195] *Raetia* es una de las llamadas «provincias anonarias», en la diócesis de Italia: comprende el territorio alpino, hasta el lago de Constanza. Los Campos Caninos estaban en torno a Bellinzona.

[196] 460 estadios = 55 millas, distancia que equivale aproximadamente a 83 km, *Brigantia* es el actual lago de Constanza.

horror que producen sus oscuras selvas, excepto en el lugar en
que aquella templada valentía romana logró abrir camino que-
brantando la resistencia de los bárbaros, de la naturaleza del lugar
y de la inclemencia del cielo. Así pues, el río, irrumpiendo en este 4
lago con gran estrépito de espumosos torbellinos y penetrando la
perezosa calma de las aguas, las corta por medio, como estable-
ciendo un límite y, como si el líquido elemento se hubiera sepa-
rado por una discordia interminable, sin que haya aumentado ni
disminuido el caudal que aportó, sale de allí con el mismo nom-
bre y las mismas fuerzas íntegras, y, sin sufrir contagio alguno, se
adentra en el abismo del océano. Y lo verdaderamente asombro- 5
so es que ni el agua estancada se perturba por el paso de la co-
rriente, ni el curso del río se entorpece por el cenagoso lodo y no
pueden confundirse en un cuerpo mezclado; y si el aspecto mis-
mo no mostrara que así ocurre, se creería que ninguna fuerza se-
ría capaz de separarlos. Así el Alfeo que nace en Arcadia, ena- 6
morado de la fuente Aretusa, cortando el mar Jónico, como dice
la leyenda, se precipita hasta la vera de la ninfa amada[197].

Arbición, sin esperar a que llegara el anuncio de la llegada 7
de los bárbaros, aun sabiendo que los comienzos de las guerras
son duros, al verse cogido en una trampa oculta, se quedó in-
móvil, abatido por una repentina desgracia. Pues los enemigos 8
saltaron de improviso de sus escondites y atravesaban sin com-
pasión, con todo tipo de armas arrojadizas, todo lo que se les
ponía por delante; ninguno de los nuestros pudo resistir ni es-
perar otro modo de salvar la vida que no fuera una veloz retira-
da. En consecuencia los soldados, al intentar evitar las heridas,
dispersándose en desbandada por aquí y por allá, ofrecieron sus

---

[197] Cierra Amiano con esta referencia mitológica la digresión sobre el Rin. La metamorfosis de la ninfa Aretusa en agua, con la que se une su enamorado Alfeo, aparece en Ovidio, *Metamorfosis* V 487-508 y 577-641, y en *Epístolas desde el Ponto* II 10, 27-28.

espaldas al ataque. No obstante, la mayoría, dispersos por senderos estrechos y librados del peligro con ayuda de la oscuridad de la noche, cuando volvió a amanecer, se reintegraron cada cual a su propia formación, con las fuerzas recuperadas. En este episodio, tan triste e inesperado, desaparecieron un abundante número de soldados y diez tribunos.

9 Por ello, los alamanos, con los ánimos enardecidos, atacaron al día siguiente con más audacia las posiciones romanas mientras una niebla matinal quitaba la luz, y corrían con las espadas desenvainadas rechinando los dientes y profiriendo petulantes amenazas. De repente, los escutarios que habían hecho una salida, al ser rechazados por la caballería enemiga, invita-
10 ban unánimemente a la lucha a todos los suyos. Pero, mientras la mayoría estaban llenos de terror ante la realidad del reciente desastre, y Arbición, pensando que era poco seguro continuar la lucha, permanecía inactivo, tres tribunos se lanzaron simultáneamente al combate; Arinteo, que sustituía al tribuno de la guardia armada, Seniauco, que estaba al frente del escuadrón de caballería de los condes, y Bapón, tribuno de la guardia impe-
11 rial[198]. Éstos, con los soldados que estaban bajo su mando, sacrificándose por la causa común como por cosa propia, a ejemplo de los Decios de antaño[199], cayendo como un río sobre los

[198] Arinteo, Seniauco y Bapón son tribunos de la guardia imperial. Sobre ellos puede verse C. CASTILLO, «Tribunos militares en Ammianus Marcellinus», en *L'Armée Romaine de Dioclétien à Valentinien Ier*, Lyon, 2004, págs. 43-54. Bapón era tribuno del cuerpo especial de los *promoti*.

[199] Es una alusión a la familia de los *Decii Mures*: *gens* plebeya cuyos miembros destacaron, a lo largo de tres generaciones, en las guerras *samnitas*. Los tres fueron cónsules (año 340 a. C.; año 312 a. C.; año 279 a. C.). A los tres se les atribuye el haber protagonizado el rito de la *devotio* (ofrecimiento de la propia vida a los dioses como medio para asegurar la victoria al ejército Romano); sólo parece históricamente segura la realizada por el nieto (cónsul en el año 279) en la batalla de *Ausculum* contra Pirro, rey del Epiro; pese a todo, el vencedor de este combate fue Pirro.

enemigos, los forzaron a la más vergonzosa fuga, sin entablar un combate regular, sino mediante rápidas escaramuzas. Ellos, dispersos y en desorden, y embarazados por la impedimenta mientras se aprestaban a huir, desnudando sus cuerpos, se expusieron a apretados golpes de espadas y lanzas, y quedaron destrozados. Y muchos yacían muertos junto con sus 12
caballos e incluso entonces parecían ligados a sus lomos; visto esto, saliendo del campamento todos los que vacilaban en adelantarse a combatir con sus compañeros, sin pensar en protegerse, arrollaban a la masa de bárbaros, excepto a aquellos a los que la huida había librado de la muerte, pisoteando los montones de cadáveres y cubriéndose con la sangre de los muertos. Acabado el combate con este resultado, el empera- 13
dor regresó a sus cuarteles de invierno en Milán triunfante[200] y contento.

El franco Silvano, jefe de infantería en las Galias, es proclamado emperador en Colonia y es asesinado a traición el vigésimo octavo día de su reinado

A partir de entonces, en circunstan- 5
cias ya difíciles, se levantó una tempestad de nuevas calamidades, igualmente en perjuicio de las provincias, que hubiera acabado con todo de un golpe si la Fortuna, timonel del acontecer humano, no hubiera puesto fin, con un rápido sucederse de los hechos, a una revuelta realmente terrorífica. Como, a causa de un prolongado descuido, 2
las Galias soportaban sin socorro alguno crueles matanzas, rapiñas e incendios por parte de los bárbaros que atacaban libremente, acudió Silvano al frente de la infantería, por orden del emperador, como hombre capaz de arreglar la situación[201]; Ar-

[200] El texto latino dice *ovans:* la *ovatio* era un triunfo menor.

[201] Alaba Amiano más tarde (XVI 2, 4) la valentía y la audacia de este militar que, como jefe de infantería, fue sustituido a su muerte por Barbación (cf.

bición impulsó con los medios a su alcance esta salida, con la intención de cargar con una peligrosa acusación a su rival ausente, cuya supervivencia le pesaba[202].

3 Un tal Dinamio, intendente de la caballería de carga del emperador, le había pedido unas cartas de recomendación dirigidas a sus amigos para presentarse ante ellos como conocido suyo muy cercano. Conseguido esto, ya que Silvano había hecho el favor sin más, sin sospechar nada, conservaba las cartas para tramar a su tiempo algún perjuicio.

4 Así pues, mientras el mencionado jefe militar recorría las Galias en acto de servicio, haciendo huir a los bárbaros, que ya estaban temerosos y habían perdido seguridad en sí mismos, el citado Dinamio, actuando sin descanso como hombre sagaz y experto en engaños, ideó una malvada astucia tras sobornar como cómplice, según decían inciertos rumores, a Lampadio, prefecto del pretorio[203], y a Eusebio, antiguo conde del patrimonio privado del emperador, al que se había puesto el apodo de Matiocopa[204], y a Edesio, antiguo jefe del registro[205], a quienes el propio prefecto había invitado a la celebración de su consulado como a amigos muy próximos[206]; y después de borrar con

XVI 11, 2 y XVIII 3, 2). El intento usurpador de Silvano se narra poco más tarde (XV 5, 15 y ss.).

[202] Véase XIV 11, 2 y la nota correspondiente. De la mala índole del personaje había escrito Amiano poco antes (cf. XV 2, 4).

[203] Lampadio es el nombre por el que se conocía a G. Ceionio Rufo Volusiano, prefecto del pretorio en las Galias en los años 354-355.

[204] Eusebio «Matiocopa» había sido *comes rei privatae* bajo Constante, en el año 342. No hay acuerdo sobre el significado del apodo, sin duda de origen griego.

[205] Sestilio Agesilao Edesio, que llegó a ser vicario de las Hispanias. Su carrera se desarrolló entre los años 355 y 376.

[206] Respecto a la solemnidad de la celebración del acceso al consulado, es elocuente el hecho de que el Panegírico de Juliano, escrito por CLAUDIO MAMERTINO en el año 362, se hizo precisamente con este motivo *(Panegíricos latinos* III [XI]).

un pincel las líneas escritas, dejando intacta únicamente la fir-
ma, se sobrescribió un texto completamente distinto del origi-
nal: como si Silvano hubiera solicitado con indirectas y hubie-
ra animado a sus amigos que servían en palacio y también a los
particulares —entre los que estaba Tusco Albino y otros mu-
chos[207]— que le ayudaran en su intento de encumbrarse y en un
día no lejano conseguir el acceso al trono. Después de recibir, 5
de parte de Dinamio, este fajo de cartas preparado como un in-
vento destinado a quitar la vida a un inocente, el prefecto lo en-
tregó en secreto personalmente al emperador, hombre habitua-
do a indagar asuntos semejantes a éste, tras haber entrado en sus
habitaciones particulares en el momento oportuno, con la espe-
ranza de que recibiría por ello una recompensa por parte del
emperador como avisado y cauto guardián de su vida. Cuando
se dio lectura en el consistorio a este material astutamente ela-
borado, se ordenó el arresto de los tribunos y se mandó venir de
provincias a los particulares cuyos nombres figuraban en las
cartas. Inmediatamente, Malarico, jefe de los gentiles[208], aper- 6
cibiéndose de la injusticia del asunto, habiendo hecho llamar a
sus colegas, protestaba desaforadamente, gritando que de nin-
guna manera debían ser vejados por bandos partidistas y enga-
ños unos hombres que estaban al servicio del imperio y solici-
taba que, dejando como rehenes a sus parientes y como garante
de su regreso a Malobaudes, tribuno de las *armaturae*[209], se le
permitiera ir personalmente cuanto antes en busca de Silvano,
que no había intentado emprender nada semejante a lo que le
habían achacado unos traidores encarnizados; y si no, compro-

[207] Albino: probablemente perteneciente a la conocida familia de los *Ceionii*.

[208] Cf. XIV 11, 21 y la nota correspondiente. Malarico era de origen franco; más tarde, en el año 365, se le ofreció el puesto de jefe de la caballería, pero rehusó.

[209] Véase XIV 11, 21 y la nota correspondiente.

metiéndose él a hacer lo mismo, pedía que se autorizara a Malobaudes a apresurarse a realizar lo que él se había comprome-
7 tido a hacer personalmente. Pues aseguraba que no tenía duda alguna de que Silvano, que por naturaleza era bastante tímido aun cuando nada le asustara, si se le enviaba a un extraño, seguramente iba a perturbar el orden establecido.

8 Y aunque sus consejos eran útiles y necesarios, sus palabras se las llevó el viento. Pues, por indicación de Arbición, fue enviado para hacerle venir con la orden escrita Apodemio, el perpetuo y potente adversario de todos los hombres de bien[210]. Éste, sin dar importancia a la situación, al llegar a las Galias, apartándose de las órdenes que había recibido al salir, sin saludar a Silvano y sin entregarle la orden escrita de que regresara, se detuvo y, mandando llamar al tesorero, empezó a perseguir con hostil arrogancia a los clientes y esclavos del jefe de la infantería, como si fuera un proscrito y condenado ya a muerte.

9 Entretanto, mientras se esperaba la llegada de Silvano y Apodemio perturbaba la paz, Dinamio, para asegurar la credibilidad de sus impías maquinaciones con un argumento más sólido, había enviado al tribuno de la fábrica de armas de Cremona, en nombre de Silvano y Malarico, una carta compuesta en consonancia con las que había presentado al emperador a través del prefecto, en la que le avisaba, como si fuera cómplice de sus secretos, de que se aprestara a hacer todos los preparativos.
10 Éste, al leer el escrito, después de dudar y pensar mucho qué sería aquello —pues no tenía recuerdo de que aquellos cuya carta había recibido hubieran hablado nunca con él de ningún asunto confidencial—, reenvió a Malarico la carta por medio del mismo correo que la había traído, acompañado de un soldado, con el ruego de que le explicara claramente, y no con tantas ambi-

[210] La apostilla no deja lugar a dudas sobre el concepto en que Amiano tenía a este personaje, del que ya había hablado en XIV 11, 19.

güedades, lo que quería; pues confesaba que, como persona ruda y sencilla, no había comprendido qué era lo que se daba a entender de forma tan complicada. En cuanto recibió el mensa- 11
je, Malarico, ya entonces triste y afligido y lamentando penosamente su suerte y la de su compatriota Silvano, tras convocar a los francos, que en ese momento ocupaban gran número de puestos en palacio, se dirigió a ellos ya con más seguridad y les expuso con gran alboroto que se había descubierto un complot y se había puesto en claro un ardid por medio del cual se atentaba claramente contra sus vidas. Sabido esto, el emperador de- 12
cidió indagar con profundidad el asunto, haciendo que lo examinaran los miembros del consistorio y todos los oficiales del ejército. Cuando los jueces abrieron la sesión, Florencio, hijo del jefe de los agentes públicos Nigriniano[211], que entonces sustituía al jefe de los agentes públicos, repasó cuidadosamente los escritos, y al encontrar como una sombra de los rasgos originales, cayó en la cuenta de que, como efectivamente había ocurrido, el texto original se había falsificado escribiendo cosas muy distintas a las que había dictado Silvano, con la intención de urdir un engaño. Así, una vez disipada la nube de falsedades, el 13
emperador, enterado de lo ocurrido por un informe fidedigno, ordenó que el prefecto, despojado de sus poderes, fuera procesado; pero fue absuelto porque se levantó una protesta multitudinaria. Por su parte, Eusebio, antiguo conde del patrimonio privado, atenazado por el miedo, había declarado que el asunto se había tramado con conocimiento suyo. Edesio, insistiendo perti- 14
nazmente en negar que conocía lo ocurrido, salió libre de cargos, y terminado así el asunto, fueron absueltos todos aquellos a quienes una delación infamante había obligado a comparecer. Por su parte, Dinamio, como ennoblecido por su preclara con-

---

[211] Este personaje se ha identificado, sin seguridad, con otro Florencio que fue más tarde prefecto del pretorio en las Galias.

ducta[212], recibió el encargo de gobernar Etruria y Umbría con la categoría de gobernador provincial[213].

15 Entretanto Silvano[214], que operaba en Colonia y estaba al tanto, por medio de continuas noticias de sus partidarios, de lo que Apodemio tramaba para lograr su perdición, y como conocía el espíritu débil del versátil emperador, temiendo que se le diera muerte sin oírle y sin condenarle, en aquella situación de máximo peligro, estaba pensando en confiarse a la lealtad de
16 los bárbaros. Pero al disuadirle de ello Laniogaiso, entonces tribuno, del que hemos dicho más arriba que cuando servía en el ejército como escolta había sido el único que asistió a Constante en el momento de su muerte[215], que le hacía ver que los francos, de los que procedía, lo matarían o lo entregarían tras recibir una recompensa, considerando que no tenía seguridad alguna en el presente, viéndose arrastrado a decisiones extremas, entabló con los oficiales superiores unas conversaciones cada vez más confiadas, se los ganó con la promesa de grandes pagas y, tras arrancar, según la ocasión pedía, los adornos de púrpura de las insignias de los dragones y de los estandartes, se erigió emperador.

17 Mientras ocurría esto en las Galias, cuando ya el día declinaba, llegó a Milán un inesperado mensajero diciendo abiertamente que Silvano, en un esfuerzo por alcanzar un lugar más alto que el de jefe de infantería, después de ganarse al ejército
18 había sido elevado a la dignidad imperial. Ante este inesperado

[212] Nótese la ironía.

[213] *Corrector*, solía llamarse al gobernador de una provincia pequeña, cf. XIV 7, 17.

[214] Se inicia aquí el episodio de la usurpación de Silvano, que ocupa hasta 5, 34; la fiabilidad de este pasaje ha sido discutida. Véase BARNES, *op. cit.*, pág. 18.

[215] Referencia a un pasaje no conservado correspondiente al año 350. Laniogaiso era de origen bárbaro. El texto dice *candidatus*, tal vez por referencia al color del uniforme; Sabbah traduce «guardia blanco».

y fuerte golpe, Constancio, como herido por el rayo del destino, convocó un consejo en la segunda vigilia de la noche[216], y todos los próceres acudieron apresuradamente a palacio. Y como a ninguno le eran suficientes ni la mente ni la lengua para decidir lo que debía hacerse, en voz baja se iba extendiendo el nombre de Ursicino como el hombre más valioso para decidir en asuntos de guerra y perjudicado sin motivo por una grave injusticia. Se le mandó llamar por medio del maestro de ceremonias —que es la fórmula más honrosa— y, cuando entró en el consistorio, se le dio a besar la púrpura con mucha más amabilidad que antes. Pues fue el emperador Diocleciano el primero que estableció la adoración, costumbre extranjera y propia de reyes[217], cuando hemos leído que antes siempre se saludaba a los emperadores del mismo modo que a
los jueces[218]. Y el que poco antes, con malévolos ataques, era 19
considerado como el torbellino de Oriente que pretendía el sumo poder por medio de sus hijos, era entonces un general prudentísimo y el gran compañero de armas de Constantino, y se le reclamaba únicamente a él para apagar el incendio, con razones ciertamente honradas pero con una segunda intención. Pues se emprendía cuidadosamente la empresa de acabar con Silvano, ya que era un enemigo muy fuerte, pero también se pretendía que, si las cosas iban mal, desapareciera Ursicino, profundamente herido ya, de forma que no sobreviviera un escollo
realmente temible[219]. Así pues, mientras se hacían los prepara- 20

[216] Entre las 9 y las 12: sería cerca de la medianoche, dada la época del año.

[217] La ceremonia era de origen persa. Según SUETONIO, ya Vitelio hizo una *adoratio* a Calígula (*Vitelio* 2, 5). Se sabe que Heliogábalo reprodujo también la ceremonia (*Historia Augusta, Vida de Alejandro Severo* 18, 3).

[218] La potestad judicial la ejercía en Roma el *pretor* urbano, y en provincias los gobernadores.

[219] Esta malévola interpretación reproduce seguramente el modo de ver las cosas que tenía el propio Ursicino.

tivos para apresurar la marcha, anticipándose el emperador a las acusaciones lanzadas contra él que el mismo general se disponía a hacer, se lo impidió con un amable discurso diciendo que no era aquél el momento de emprender la defensa de una causa controvertida, cuando, en cambio, se imponía la necesidad de urgentes cuestiones que era preciso atender antes de que crecie-
21 ran: restituir la primitiva concordia entre los partidos. Así pues, tras una múltiple deliberación, se trataba principalmente de averiguar cómo se explicaba que Silvano pensara que todavía el emperador ignoraba lo ocurrido. Y habiéndose hallado una razón aceptable para reafirmar su confianza, se le hizo saber por un escrito lleno de deferencia que, tras recibir a Ursicino como sucesor, regresara con sus poderes intactos.

22 Después de que las cosas se dispusieron así, inmediatamente se le ordenó partir proporcionándole diez tribunos y protectores, según había solicitado, para asistirle en lo que requiriera su encargo oficial; entre ellos estaba también yo, con mi colega
23 Veriniano[220]; todos los demás eran parientes y amigos. Y, cuidándose cada uno solamente de sí mismo, lo acompañábamos en su salida durante un largo trecho. Y aunque éramos lanzados como bestiarios a fieras salvajes, considerando sin embargo que los acontecimientos dolorosos tienen la ventaja de que les suceden otros favorables, nos deleitábamos en aquel pensamiento tuliano, sacado a luz desde lo íntimo de la verdad misma, que dice así: «Y aunque lo que más se desea es permanecer siempre en una situación lo más floreciente posible, sin embargo esa regularidad en la vida no tiene tanto significado como cuando la suerte llama de una situación desgraciada y perdida a una condición mejor»[221].

[220] Veriniano fue protector de la casa imperial, entre los años 355 y 359.

[221] Este pasaje de Cicerón pertenece a un texto no conservado. El pensamiento, sin embargo, aflora en otros lugares de su obra.

Y así caminamos apresuradamente, a marchas forzadas, 24
porque el jefe del ejército ambicionaba aparecer en el territorio en conflicto antes de que se hubiera extendido por Italia ningún rumor acerca de la usurpación; pero a pesar de la rapidez de nuestra carrera, la fama, como volando por los aires[222], se había anticipado y, al llegar a Colonia, encontramos una situación general que superaba nuestras posibilidades. Pues al haberse reu- 25
nido una multitud de pueblos vecinos de todas partes, apoyando un tímido comienzo, y habiéndose congregado muchas tropas, daba la impresión de que —según estaban las cosas— lo más conveniente era que el general diera un giro como plegándose al modo de ver y a la voluntad del emperador novato que intentaba reafirmarse acrecentando sus fuerzas por medio de ridículos auspicios, de manera que, cediendo su preocupación por la seguridad, se dejara engañar por las diversas simulaciones de aprobación sin temer ninguna oposición violenta.

La consecución de este plan parecía ardua pues había que 26
tener gran precaución para adecuar los deseos a la oportunidad del momento, sin adelantarse ni retrasarse. Porque si salían a luz las intenciones a destiempo, era seguro que todos nosotros seríamos condenados a muerte bajo un solo sumario[223].

Sin embargo, el general, acogido amablemente y forzado 27
por las circunstancias a inclinar la cerviz, se vio obligado a adorar solemnemente al purpurado con pretensiones de reinar, ya que se le trataba como a persona de rango y de confianza; por la facilidad de su acceso y el lugar honorífico en la mesa real quedó tan por encima de otros que incluso se le consultaba en se-

---

[222] El tópico de la rapidez con que se extiende la fama es tradicional y ha pervivido en la literatura del medievo hasta hacerse universal.

[223] Lo que se teme es un juicio único en el que se abarcarían, bajo una sola acusación, las actuaciones de todos los implicados, y por lo tanto la sentencia se les aplicaría a todos.

28 creto acerca de las más importantes cuestiones. Muy mal so-
portaba Silvano el que, habiendo sido elevadas al consulado y a
los más altos cargos personas indignas, solamente él y Ursici-
no, después de laboriosos y abundantes esfuerzos en pro del in-
terés público, hubieran sido tan rebajados que él personalmente
había sido acusado de lesa majestad, cruelmente hostigado en
un innoble proceso en el que se había interrogado a sus propios
amigos, y el otro, violentamente retirado del Oriente, era entre-
gado a los odios de sus adversarios. Y de esto se quejaba fre-
29 cuentemente, en privado y en público. Sin embargo, nos llenaba
de temor el que, mientras se comentaban estas cosas y otras se-
mejantes, surgían de todas partes rumores que se dejaban oír a
nuestro alrededor procedentes del ejército que se quejaba de la
escasez y ardía en deseos de irrumpir con rápida celeridad en
los desfiladeros de los Alpes Cotios.
30 En esta ambigua incertidumbre, buscábamos un plan efec-
tivo indagando secretamente. Tras cambiar muchas veces de
opinión a causa del miedo, finalmente se decidió que, des-
pués de preparar con gran cuidado discretos ejecutores del
asunto y obligarles con juramento a guardar escrupuloso se-
creto, se incitara a sublevarse a braquiatos y cornutos[224], pue-
blos de lealtad insegura y capaces de tornarse a cualquier
31 causa con tal de recibir una generosa recompensa. Así pues,
confirmado el plan por medio de algunos soldados rasos, idó-
neos para consumarlo por su misma oscura condición y ani-
mados por la expectativa de recompensas, cuando ya despunta-
ba el amanecer, irrumpió de repente una multitud de hombres
armados y —como suele ocurrir en situaciones críticas— enar-
decidos tras matar a los centinelas, penetraron en palacio y, des-
pués de hacer salir a Silvano del pequeño habitáculo en el que
se había refugiado, muerto de miedo, introduciéndose en una

[224] Tropas auxiliares de origen bárbaro, principalmente teutones y celtas.

pequeña asamblea de rito cristiano[225], lo mataron a golpes de espada.

Y así, un general no carente de méritos encontró esta clase 32 de muerte por haber recurrido a recursos extremos en un intento de salvar su vida, por miedo a las calumnias en las que una facción de malvados le envolvió durante su ausencia. Pues, 33 aunque mantenía el reconocimiento de Constancio por aquella oportuna traición suya con sus tropas, antes de la batalla de Mursa[226], sin embargo desconfiaba de él como de alguien poco seguro y veleidoso, aunque también tenía presentes las valientes hazañas de su padre Bonicio y, aunque era franco, con frecuencia había favorecido fuertemente los intereses de Constantino en contra de los partidarios de Licinio[227]. Había suce- 34 dido por otra parte que antes de que en la Galias se tramara algo de este estilo, en Roma, en el Circo Máximo, el pueblo —no se sabe si impulsado por alguna noticia o por un presentimiento— había gritado a grandes voces: «Silvano ha sido derrotado»[228].

Así pues, muerto Silvano en Colonia, como se ha dicho, el 35 emperador recibió la noticia con indecible gozo; lleno de arrogancia y orgullo, atribuía también esto a la próspera carrera de su buena suerte, y del mismo modo que siempre había odiado a los que actuaban arrogantemente, como en otro tiempo Domiciano, ansiaba quedar por encima de la parte contraria, fuera

[225] El texto da a entender que Silvano había intentado acogerse al derecho de asilo en un pequeño templo cristiano.

[226] Sangrienta batalla ocurrida el 28 de septiembre del año 351, donde murió Magnencio, en Panonia. El relato estaría probablemente en el perdido libro XIII.

[227] Valerio Leciniano LICINIO, que fue emperador al retirarse MAXIMIANO (308-324), se enfrentó a Constantino por la posesión de Mesia y Panonia, fue derrotado, y finalmente cedió las dos provincias en el año 323.

[228] Para lo referente al Circo Máximo, véase XVI 10, 17 y especialmente XVII 4, 1-23.

36 como fuera. Y estaba Constancio tan lejos de alabar lo hecho con tal habilidad por Ursicino, que incluso llegó a escribir algo acerca de una sustracción de tesoros galos, que nadie había tocado. Y ordenó una minuciosa indagación después de interrogar a Remigio, que era por entonces administrador del jefe del séquito militar, a quien mucho más tarde, en tiempos de Valentiniano, una trampa arrebató la vida en el asunto de la legación tripolitana[229].

37 Después de que todo acabó así, Constancio, como quien ya está cerca del cielo y dispuesto a dominar sobre los acontecimientos humanos, se hinchaba con las grandes loas de sus aduladores a los que él mismo estimulaba, despreciando y humillando a los pocos expertos en el oficio; como hemos leído que Creso expulsó violentamente de su reino a Solón porque no sabía adular y que Dionisio intentó dar muerte al poeta Filóxeno cuando, al recitar él sus propios versos absurdos y mal compuestos entre las alabanzas de todos, fue el único que los oyó
38 sin inmutarse[230]. Esta forma de ser es una perniciosa nodriza de vicios. Pues, en definitiva, la alabanza debe ser grata a los sumos poderes cuando alguna vez deja paso a la crítica de lo que se hace mal.

---

[229] Remigio aparece en otros varios pasajes, más adelante. En XXVIII 6 se relata ampliamente el turbio asunto de la legación de Trípoli al que aquí se alude.

[230] Creso es el famoso rey de Lidia (560-547 a. C.), cuya riqueza se hizo proverbial, que extendió su poderío a casi todas las ciudades griegas; Solón es uno de los siete sabios que habían dotado a Atenas de una nueva constitución, y es considerado fundador de la democracia. Dionisio es el tirano de Siracusa *(circa* 430-367 a. C.); Filoxeno era un poeta de su corte, autor de ditirambos.

Los amigos y cómplices de Silvano son ajusticiados

Tras recuperarse la seguridad, co- 6
menzaron a introducirse procesos según era costumbre, y muchos eran aherrojados y encadenados como culpables. Pues resurgía de nuevo, rebosante de alegría, Paulo, aquel infernal delator, con la intención de poner en práctica, aún más libremente, sus malas artes[231]. Mientras consejeros[232] y soldados investigaban sobre el asunto, según las órdenes, fue conducido al potro de tortura Próculo[233], familiar de Silvano, hombre débil y enfermizo, ante el temor general de que, agotado su cuerpo por la dura violencia de las torturas, provocara que muchas personas de toda condición fueran acusadas de atroces crímenes. Pero ocurrió lo contrario de lo que se
esperaba. Pues como él mismo afirmó acordándose de un sueño 2
que había tenido durante el descanso, en el que se le prohibía acusar a un inocente aunque fuera atormentado hasta los límites de la muerte, ni mencionó ni traicionó a nadie sino que insistentemente defendía la conducta de Silvano demostrando con argumentos claros que éste había concebido su intento no em-
pujado por la ambición, sino a la fuerza. Aducía una razón con- 3
vincente y patente por el testimonio de muchos: que cuatro días antes de ceñirse la corona imperial, al entregar el estipendio a los soldados, se había dirigido a ellos en nombre de Constancio exhortándoles a ser valientes y leales. Por tanto, quedaba claro que, si hubiera intentado asumir la distinción de un puesto más alto, hubiera hecho entrega de tan gran cantidad de dinero en nombre propio.

Tras él, Pemenio, que, como dijimos más arriba, cuando los 4

---

[231] Alude a Paulo Cadena. Véase XIV 5, 6 y 8 y XV 3, 4.

[232] Se trata de los *consistoriani*, que formaban parte del consejo del emperador.

[233] Próculo es conocido sólo por esta noticia de Amiano.

habitantes de Tréveris cerraron las puertas de la ciudad al César Decencio fue elegido para defender a la plebe[234] siguiendo la suerte de los condenados, fue llevado al suplicio y murió. Entonces fueron liquidados los condes Asclepiódoto, Lutón y Maudión y otros muchos[235], en un momento en que con obstinación y doblez se indagaba sobre esta y otras cuestiones similares.

Sediciones del pueblo Romano reprimidas por el prefecto de Roma Leoncio. El obispo Liberio[236] expulsado de su sede

7 Mientras un aciago torbellino provocaba estas calamidades de ejecuciones en masa, Leoncio, que estaba al frente de la Ciudad Eterna, daba numerosas muestras de ser un juez respetable[237]; muy rápido en dar audiencia, justísimo en sus decisiones, benévolo por naturaleza, aunque por mantener su autoridad parecía a algunos severo y excesivamente proclive a condenar.

[234] Quizá se refiera a T. Aelius Poemenius que fue *procurator aquarum* en los últimos años del siglo III; Decencio fue elegido César por Magnencio a finales del 350 o ya en el año 351 y murió en el año 353. Son, por tanto, los momentos inmediatamente anteriores al comienzo del libro XIV.

[235] Asclepiodoto, Lutón y Maudión eran probablemente *comites* militares en la Galia en el año 355.

[236] El texto dice *episcopus*, aunque Liberio era papa, como se ve a lo largo de este mismo capítulo. El vocablo «papa» comenzó a usarse con posterioridad. Libanio ocupó la sede de Roma entre los años 352-366. Su sucesor fue el papa Félix.

[237] Leoncio era prefecto de la ciudad en los años 355-356.

Nótese la designación de Roma como «Ciudad Eterna» (dos veces en este capítulo), que Amiano reitera ampliamente a lo largo de su obra. Al parecer fue el poeta Tibulo el primero que utilizó esta expresión *(Poemas* II 5, 23). Sobre este particular puede verse C. Alonso del Real, «La Roma que vio Constancio», en *Concentus ex dissonis, scritti in onoro di A. Setaioli,* Nápoles, 2006, t. I, págs. 13-24.

Así pues, el primer motivo de que se suscitara una sedición contra él fue insignificante y leve. Pues toda la plebe rodeó al auriga Filómoro, al que se había ordenado arrestar, como si defendiera su propia seguridad, y arremetía con terrible ímpetu contra el prefecto, al que creía apocado; pero él, firme y rígido, lanzó contra ellos a su séquito y a algunos —tras prenderlos y torturarlos— los castigó con el destierro a una isla sin que nadie protestara ni se resistiera. A los pocos días, como de nuevo la 3 plebe se levantara con su acostumbrado apasionamiento, quejándose de la escasez de vino, y se reuniera junto al Septizodio, concurrido lugar en el que el emperador Marco Aurelio había edificado un ninfeo de fastuosa factura[238], se dirigió allí el prefecto de intento, a pesar de que toda su escolta y su séquito le pedían insistentemente que no se lanzara en medio de una multitud enardecida y amenazante, acuciada por la anterior revuelta. Sin ceder al miedo, continuó sin desviarse hasta el punto de que una parte de su escolta le abandonó viéndole irreflexivamente lanzado al peligro. Así pues, sentado en su carruaje, iba 4 contemplando con aparente tranquilidad y con mirada penetrante los rostros de las bandas de sublevados que se movían como serpientes, y después de soportar que se le dirigieran insultos que da vergüenza repetir, reconoció a uno que destacaba entre los demás por su corpulencia y su cabello rojo y le preguntó si era Pedro al que se apodaba, según había oído, Valvomeres[239]; y como éste respondiera con una maldición que sí era él, como lo conocía ya de antes como cabecilla de revoltosos,

2 (margin, beside first line)

[238] *Septizodium* se llamaba el Palacio de los Siete Planetas situado a los pies del Palatino, que había sido construido por Severo en el año 203 (cf. *CIL* VI 1032); la confusión pudo estar favorecida por el aprecio de Amiano hacia el emperador Marco Aurelio.

[239] A Pedro Valvomeres se le conoce sólo por este pasaje. Jones no lo incluye en su *Prosopografía*. El episodio se ha hecho famoso a partir del comentario que hace de él Auerbach *(Mimesis*, Berna, 1964^3, cap. 3).

ordenó que se le apresara con las manos atadas a la espalda,
5 pese a las múltiples protestas. Cuando se le vio levantado en
alto e implorando en vano el auxilio de sus gentes, toda la masa,
poco antes compacta, desapareció dispersándose en distintas
direcciones por la ciudad. Así que el más empecinado instiga-
dor de las turbas, tras ser azotado como en un juicio privado,
fue expulsado al Piceno, donde más tarde, por haberse atrevi-
do a ofender el honor de una doncella de familia conocida,
fue condenado a la pena capital por sentencia del consular
Patruino[240].

6 Bajo la prefectura de Leoncio, Liberio, obispo de la religión
cristiana, recibió de Constancio la orden de presentarse ante su
consejo, bajo la acusación de oponer resistencia a las órdenes
imperiales y a los mandatos de muchos de sus colegas en una
7 cuestión de la que voy a tratar brevemente[241]. Removió de su
cargo a Atanasio, por aquel tiempo obispo de Alejandría, que se
había extralimitado en sus atribuciones intentando averiguar lo
que no le correspondía, según propalaban insistentes rumores,
tras convocar una asamblea de los seguidores de su misma reli-
8 gión a la que llaman 'sínodo'[242]. Pues se decía que, siendo muy
entendido en la interpretación de los oráculos y en los pronósti-

---

[240] Se ha pensado en identificarle con el personaje del mismo nombre que figura en la correspondencia de SÍMACO (*Epístolas* I 22, año 378, y VIII 18-19, año 397).

[241] Reiteradamente aplica Amiano a la religión cristiana la denominación de *lex*. En la concepción de Amiano, el papa es simplemente el obispo de Roma, a quien el emperador trata como súbdito: los «colegas» son obispos de otras ciudades.

S. Liberio, papa (352-366) que fue desterrado por Constancio a Tracia en el año 356 y regresó a su Sede dos años después. Fue el papa Liberio quien bautizó en Roma a S. Jerónimo, llegado a la urbe en el año 360 como estudiante.

[242] Se refiere a los Sínodos de Arles (año 353) y Milán (año 355), convocados por el propio Constancio, que ya había conseguido apartar de su sede a Atanasio en el año 340.

cos augurales de las aves, alguna vez había predicho el futuro; además se le achacaban prácticas que se apartaban de las reglas de la religión que representaba[243].

Liberio, invitado por orden escrita del propio emperador a 9
deponerlo de la sede episcopal, aunque pensaba como los demás, se resistía con obstinación declarando abierta y repetidamente que era el peor crimen condenar a un hombre sin verle ni oírle: es decir que se oponía a las claras al parecer del emperador[244].
Pues éste, siempre hostil a Atanasio, aunque supiera cumplidas 10
sus órdenes, ardía en deseos de que se confirmaran también por la autoridad del obispo de la Ciudad Eterna. Al no conseguir esto, el emperador a duras penas pudo hacerle salir en plena noche por temor al pueblo que era fervoroso seguidor de Liberio.

Juliano, hermano de Galo, es nombrado César por su primo, el emperador Constancio, y puesto al frente de la Galia

Esto ocurría en Roma, como muestra 8
el texto precedente. Pero a Constancio le inquietaban persistentes mensajes que indicaban que las Galias estaban ya en situación desesperada sin que nadie hiciera frente a la destrucción producida por los bárbaros que lo devastaban todo; largo tiempo indeciso acerca de las fuerzas con las que iba a repeler estos desastres, si residía en la misma Italia, según era su deseo, pues consideraba peligroso retirarse a una zona muy alejada, encontró por fin una solución

---

243 El interés por las prácticas de adivinación hacía furor en la época, y eran frecuentes las acusaciones por esta forma de superstición a la que era especialmente adicto Juliano el emperador.

244 Aparece aquí, contra lo que Amiano viene diciendo, la autoridad del papa sobre los obispos y también la defensa que Liberio hace de Atanasio. En uno de sus escritos, la *Apología contra los arrianos* (caps. 89-90), este último menciona el destierro que sufrió el papa Liberio por defender su causa.

La prohibición a la que se refiere el papa Liberio estaba ya en las XII Tablas: se apoya por tanto en la más antigua tradición jurídica romana.

razonable y andaba pensando en asociar al poder imperial a su
primo Juliano, al que había hecho llamar no hacía mucho de la re-
2 gión de Acaya, y que todavía llevaba el *pallium*[245]. Cuando co-
municó esta decisión a sus allegados, acuciado por la magnitud de
los males que amenazaban, diciendo claramente, cosa que nunca
había hecho, que él solo no podía hacer frente a tantas y tan fre-
cuentes dificultades, ellos —educados en el hábito de adular— lo
envanecían diciendo una y otra vez que no existía nada tan difícil
que no pudiera ser vencido, como de costumbre, por su valor y su
suerte tan próxima a los astros[246]. Y añadían muchos, movidos
por la memoria de anteriores perjuicios, que se debía en adelante
tener precaución con el nombre de César, volviendo sobre lo ocu-
3 rrido bajo Galo[247]. A su obstinada resistencia se oponía solamen-
te la Emperatriz, bien fuera por temor a la inseguridad de un lar-
go viaje, bien porque, por innata prudencia, miraba por el bien
común, diciendo que se debía anteponer a todos los demás un pa-
riente[248]. Y después de muchas discusiones a lo largo de vacilan-
tes deliberaciones, dejando a un lado vanas disputas, se tomó la
4 firme decisión de asociar a Juliano al trono. Cuando llegó, des-
pués de recibir orden de llamada, en el día señalado, convocado
todo el ejército que estaba allí, y después de levantarse un estra-
do, erigido como elevada tribuna a la que rodearon águilas e in-
signias, el emperador, tomándole por la mano derecha, pronunció
a continuación en tono apacible las siguientes palabras[249]:

---

245 Destaca Amiano que Juliano iba vestido al modo de un filósofo griego: *pallium* es el nombre de la túnica. La provincia de Acaya es Grecia; Juliano residía en Atenas.

246 Es común en la época la asociación de la divinidad con los astros, especialmente el dios solar.

247 El trágico final de Galo se narra en XIV 11.

248 La emperatriz era Eusebia, que defiende los derechos de su sobrino.

249 El comienzo del discurso del emperador al ejército no tiene el tono que corresponde a una arenga militar, sino el de una consulta al senado. Una vez

«Estamos ante vosotros, excelentes defensores de la repú- 5
blica, para defender una causa común como con un solo ánimo;
a punto de iniciarla, voy a exponerla sucintamente como ante
jueces justos. Después de la aniquilación de rebeldes tiranos a 6
los que el delirio y la locura movieron a poner por obra sus pro-
yectos, los bárbaros, como si ofrecieran un sacrificio de sangre
romana con sus manos impías, invaden las Galias tras romper el
pacto sobre los límites, animados por la confianza de que a no-
sotros nos estrechan arduas dificultades por territorios muy dis-
tantes. Así pues, si a este mal que se desliza ya en las regiones 7
limítrofes, le sale al encuentro, en la medida en que las circuns-
tancias lo permitan, el común acuerdo entre nosotros y vo-
sotros, la cerviz de los pueblos bárbaros perderá su arrogancia
y los límites del imperio quedarán intactos. Queda que confir-
méis, secundándola con vuestra acción, la esperanza en el futu-
ro que llevo dentro. A Juliano, este primo nuestro, que, como 8
sabéis, nos es tan querido por su actitud respetuosa como por su
parentesco, a este joven bien considerado y ya de brillante ac-
tuación, deseo otorgarle la potestad de César: un proyecto que,
si os parece factible, debe ser sancionado también por acuerdo
vuestro».

Cuando intentaba continuar hablando, la asamblea se lo im- 9
pidió muy discretamente, interrumpiéndole y proclamando,
como si conociera el futuro, que ésta era una decisión de la di-
vinidad suprema, no de una mente humana. Y el emperador, 10
permaneciendo en pie inmóvil hasta que se hizo silencio, expu-
so lo restante con mayor confianza: «Puesto que vuestro clamor
indica que también tengo vuestra aprobación, que este joven
bien dotado de una serena energía, cuyo comportamiento mo-
derado es más digno de imitación que de elogio, se alce a reci-

aclamado por el ejército, sí es una arenga la exhortación que el emperador hace al César electo, revestido ya de la púrpura.

bir un honor prácticamente esperado; sus excelentes dotes, desarrolladas por una buena educación, pienso que han quedado manifiestas por el hecho mismo de haberle elegido yo. Por tanto, con la voluntad favorable de la divinidad celestial, voy a cubrirlo con el manto imperial».

11 Inmediatamente después de haber terminado su discurso, revistió a Juliano con la púrpura de sus antepasados y, cuando el ejército lo proclamó César gozosamente, se dirigió a él, que estaba algo triste y con el rostro contraído, con estas palabras:

12 «A muy temprana edad has recibido la brillante distinción que te corresponde por tu origen, hermano queridísimo para mí por encima de todos. Confieso que se ha acrecentado mi gloria al conferir con justicia un poder casi igual al mío a una persona próxima a mí en nobleza y me siento más elevado de lo que es-
13 toy por ese mismo poder. Hazte partícipe, pues, de mis trabajos y peligros y toma sobre ti el encargo de defender las Galias, intentando aliviar con toda clase de buenas obras a estas regiones abatidas. Y si fuera preciso entrar en combate con el enemigo, permanece con pie firme entre los mismos abanderados, exhortando prudente y oportunamente a la audacia y encendiendo cautamente a los combatientes yendo tú por delante, apoyando con tu auxilio a los desanimados e increpando moderadamente a los indolentes, siendo testigo veraz para los esforzados y
14 para los cobardes. Por tanto, ante la apremiante magnitud de la situación, ¡adelante, valiente, destinado a conducir a hombres igualmente valientes! Nos protegeremos mutuamente con una robusta lealtad, lucharemos a la par, dispuestos a gobernar a un orbe pacificado —si la divinidad atiende nuestra súplica— con igual moderación y piedad. Por todos lados se te verá presente conmigo y yo no te faltaré a ti, hagas lo que hagas. Asciende a la cumbre, ¡marcha! Apresúrate, como si con los votos unánimes de todos la república en persona te hubiera asignado un puesto que debes defender con vigilante cuidado!».

Nadie permaneció en silencio al finalizar este discurso, sino 15
que todos los soldados golpearon con horrendo fragor sus escudos contra sus rodillas, lo que es señal segura de aprobación; pues cuando, por el contrario, se golpean los escudos con las lanzas, es indicio de cólera y dolor; la sorprendente decisión del emperador fue aprobada, con enorme gozo, con pocas excepciones y acogían con la merecida admiración al César, que resplandecía con el fulgor de la púrpura imperial. Contemplando 16
intensa y largamente sus ojos, terribles en su belleza, y su rostro amable animado por la excitación, iban calculando quién iba a ser, como escrutando en viejos libros cuya lectura deja al descubierto a través de los signos del cuerpo el interior del espíritu. Y para guardar el respeto debido, ni lo alababan desmesuradamente ni tampoco menos de lo conveniente, de modo que sus palabras resultaban más propias de censores que de soldados. Cuando finalmente fue llevado al asiento de su carroza y reci- 17
bido en el palacio real, iba susurrando el siguiente verso del poema homérico: «Lo ha tomado consigo la muerte de purpúreo manto y el destino poderoso»[250]. Esto ocurrió el día octavo antes de las idus de noviembre, en el año en que desempeñaban el consulado Arbición y Loliano[251].

Pocos días después, la joven Helena hermana de Constancio 18
le fue dada en matrimonio al César[252] y después de hacer los preparativos que permitía la urgencia de la marcha, tomando una pequeña comitiva, salió el día de las kalendas de diciembre y fue conducido por el emperador hasta el lugar famoso por sus dos co-

[250] HOM., *Ilíada*, V 83.

[251] El día 6 de noviembre del año 355. Amiano resalta el hecho mediante a la datación tradicional, por los cónsules epónimos, que eran Flavio Arbición y Q. Flavio Mecio Egnacio Loliano Mavorcio.

[252] Elena era hija de Constantino y Fausta; hermana por tanto de Constancio II, Constante y Constancia, otras veces llamarada Constantina. Precisa el historiador el día de la salida de Juliano: el 1 de diciembre.

lumnas que está entre Laumelo y Ticiano, llegó en línea recta a Turín[253], donde fue sorprendido por una grave noticia que —llegada recientemente a la corte imperial— se había silen-
19 ciado a propósito para no deshacer los planes. Anunciaba que Colonia Agripina, ciudad de renombre situada en la segunda Germania[254], tras un pertinaz asedio de los bárbaros, había
20 sido tomada y destruida por una tropa considerable. Desconcertado por la triste noticia, que aparecía como un primer auspicio de los males que se acercaban, se le oía decir a menudo en un murmullo de queja que no había conseguido más que morir más ocupado.

21 Y a su llegada a Vienne, gentes de todas las edades y categorías acudían para recibir con honores al que llegaba deseado, y al verle de lejos el pueblo entero, con los pueblos vecinos, aclamándole como general clemente y fausto, iba delante celebrándole con un concierto de alabanzas y apreciando con mirada ávida la pompa real de un príncipe legítimo que con su llegada ponía remedio a las desgracias de todos, pensando que había aparecido un genio salvífico en una situación desespera-
22 da[255]. Entonces, cierta anciana sin vista, cuando, al preguntar quién había entrado, supo que era Juliano César, gritó que él restauraría los templos de los dioses[256].

---

[253] En la vía que va de Milán a Arles pasando por los Alpes Cotios; Laumelo era una simple etapa de descanso *(mansio)*, mientras que Ticiano era una ciudad en la provincia de Liguria. En la misma provincia está *Augusta Taurinorum*, actual Turín.

[254] La Germania Inferior.

[255] Sobre la entrada solemne del emperador *(adventus)* véase XVI 10, 1 y la nota correspondiente.

[256] Nótese la acumulación de referencias que realzan la llegada de Juliano, al que se recibe como a un brillante salvador, rodeado de un halo «divino», del que se «profetizan» grandes logros; las últimas palabras anuncian la restauración del paganismo como una de sus principales «hazañas».

Acerca del origen de los galos, y de dónde procede el nombre de celtas y gálatas; y acerca de sus maestros

Así pues, puesto que, como ya dijo el 9
excelso vate mantuano, «doy vida a un gran proyecto y me nace un más importante orden de cosas»[257], considero que es oportuno mostrar ahora la extensión y la situación de las Galias no vaya a ser que, al moverme entre ardientes luchas y variados azares de combates ocurridos en lugares desconocidos para algunos, parezca que imito a esos marineros negligentes que se ven obligados a recomponer con cables en medio del oleaje y de las tempestades las velas desgastadas que convendría haber dispuesto en un momento más seguro. Dudosos 2
acerca del primitivo origen de los galos, los escritores antiguos dejaron una incompleta noticia del asunto; pero más tarde, Timágenes, griego por su lengua y por su exactitud, recogió de múltiples libros noticias que durante mucho tiempo habían sido ignoradas[258]. Siguiendo su testimonio y removida la oscuridad, expondremos la cuestión con claridad y precisión. Algunos 3
afirmaron que los primeros habitantes conocidos en estas regiones se llamaron celtas por el nombre de un rey querido, y gálatas por el nombre de su madre: así llama a los galos la lengua griega; otros opinan que los dorios, siguiendo al viejo Hércules, poblaron los territorios costeros del Océano. Los druidas afir- 4
man que, en realidad, una parte del pueblo era autóctona pero que otros habían acudido de islas lejanas y de las regiones transrenanas, expulsados de su sede por la frecuencia de las

---

[257] Las variantes respecto al original de VIRGILIO (*Eneida* VII 44) hacen pensar que Amiano cita de memoria.

[258] Timágenes de Alejandría fue un escritor que llegó a Roma en el 55 a. C., muy apreciado, y luego odiado por Augusto. De sus obras quedan sólo los títulos, pero se sabe que fue utilizado como fuente por varios historiadores; entre ellos, Tito Livio, Apiano y el propio Amiano; aunque no se sabe con certeza qué es exactamente lo que tomó de Timágenes.

guerras y por las inundaciones producidas por la bravura del
5 mar. Dicen algunos que unos pocos griegos huidos tras la caída
de Troya, dispersos por doquier, ocuparon estos lugares enton-
6 ces deshabitados[259]. En cambio, los habitantes autóctonos ase-
guran a todos lo que también nosotros hemos visto grabado en
sus monumentos: que Hércules, el hijo de Anfitrión, había con-
seguido destrozar a los crueles tiranos Gerión y Taurisco, uno
de los cuales causaba estragos en las Hispanias, y el otro en las
Galias; y que, tras vencer a ambos, se había unido en matrimo-
nio con mujeres de alcurnia y había tenido muchos hijos que
dieron sus propios nombres a las regiones sobre las que gober-
7 naban[260]. Pero un pueblo asiático, procedente de Focea, tratan-
do de evitar la crueldad de Hárpalo, prefecto del rey Ciro, llegó
por mar a Italia. Una parte de éste fundó Velia en Lucania y otra
Marsella en la región de Vienne; y que después, en sucesivas
etapas, establecieron no pocas ciudades, al crecer sus recur-
sos[261]. Pero es preciso renunciar a esta diversidad que muchas
veces produce hartazgo.

8 Por estos lugares, estos hombres se fueron civilizando poco
a poco y surgió con vigor la afición por los loables conoci-
mientos ya iniciados por los bardos, los vates[262] y los druidas.

---

[259] El río *Gallus* discurría en las proximidades de Troya, según testimonian OVIDIO (*Fastos* IV 363) y PROPERCIO (*Elegías* II 13, 48).

[260] Estos datos concuerdan con los que proporciona DIONISIO DE HALICARNASO, *Historia Romana* XIV 1.

[261] Esta referencia de carácter histórico a la colonización griega en Occidente (cf. AULO GELIO, *Noches Áticas* X 15, 4) se contrapone a las anteriores, basadas en leyendas, entre las que destacan las relacionadas con Hércules. Elea, al sur de *Paestum*, fue fundada en el 540 a. C.; la fundación de Marsella por los foceos se remonta al 600 a. C.

[262] *Eulages* es palabra celta, que suele identificarse con los *ouáteis* mencionados por ESTRABÓN (IV 4, 4). El geógrafo habla de bardos, *eulages* y druidas; los bardos eran poetas y cantores que se acompañaban con una especie de lira;

Los bardos compusieron cantos a las hazañas de héroes ilustres, compuestos en verso heroico y acompañados con el dulce son de la lira. Los vates, por su parte, investigando sobre las cosas de lo alto, intentaban poner en claro las maravillas de la naturaleza. Entre ellos, los de más claro talento, los druidas, unidos en comunidades como señaló la autoridad de Pitágoras, se elevaron a la investigación de las cosas ocultas y profundas y, despreciando lo humano, declararon que las almas son inmortales.

Acerca de los Alpes galicanos y de los distintos caminos que los atraviesan

Esta región de las Galias, por razón 10
de la elevada mole de sus montañas siempre cubiertas por la temible nieve, apenas era conocida anteriormente para los habitantes del resto del mundo, excepto por la zona próxima a la costa; está rodeada de defensas
por todas partes, como cercada por la naturaleza. Y por la parte 2
del sur la bañan el Tirreno y el mar Gálico[263]; por donde mira al Carro Celeste[264] queda separada de los pueblos bárbaros por el curso del Rin; donde se aproxima a la región occidental, está protegida por el océano y los montes Pirineos; desde donde se alza hacia el Oriente, deja paso a las elevaciones de los Alpes Cotios; tras ocultarse en ellas el rey Cotio[265], después de sometidos los galos, solo en sus desfiladeros, confiado en lo inacce-

---

eulages y druidas eran sacerdotes; los primeros estaban probablemente dedicados al culto de Zeus, según suele deducirse del significado de esta palabra celta.

[263] Llama así al Golfo de León.

[264] La constelación llamada el Carro, no mencionada por Ovidio. Se refiere al Norte.

[265] Marco Julio Cotio era hijo de un jefe de tribu en la región de los Alpes a finales del siglo I a. C.; su pacto con Augusto debió de ocurrir antes del 27 a. C. si se tiene en cuenta la referencia del historiador a Octaviano. El nombre de *Alpes Cottiae* lo recibió esta región en tiempo de Nerón, cuando fue anexionada al Imperio.

sible y abrupto de aquellos lugares, y finalmente suavizado su orgullo y recibido en la amistad del príncipe Octaviano, construyó, por medio de imponentes obras, a modo de servicio digno de memoria, unos pasos más asequibles y cómodos para los caminantes que cruzaban entre los Alpes, otros ya viejos sobre
3 los que enseguida expondremos lo averiguado[266]. En estos Alpes Cotios, que arrancan de la ciudad de Susa, se levanta una altísima sierra, prácticamente inaccesible sin peligro de muerte.
4 Pues, a los que vienen desde la Galia se les presenta una pendiente relativamente suave desde la otra vertiente de imponente vista por sus acantilados, especialmente en tiempo de primavera, al producirse el deshielo y deshacerse la nieve por el cálido soplo de los vientos, cuando en un descenso titubeante a través de desfiladeros abruptos a ambos lados y de lagunas ocultas por la acumulación de hielo, hombres, caballerías y carretas caen al precipicio. Para impedir este desastre se ha encontrado un único remedio: atados la mayor parte de los vehículos con gruesas cuerdas y retenidos por detrás por el vigoroso esfuerzo de hombres y bueyes, casi arrastrándose, descienden rodando con alguna mayor seguridad. Y esto, como hemos di-
5 cho, ocurre en primavera. En cambio, en invierno, la tierra cubierta con una costra de hielo y como pulida, y por tanto resbaladiza, provoca caídas en la marcha; y extensos valles, poco de fiar por sus heladas superficies lisas, se tragan de vez en cuando a los que los atraviesan. Por esta razón los conocedores del terreno clavan altos palos de madera a lo largo de los lugares más seguros de forma que su alineación conduzca al caminante sin que sufra daño; en el caso de que éstos queden cubiertos por las nieves o abatidos por la corriente de los ríos de montaña, difícilmente se pueden seguir los senderos aun con la guía de los
6 indígenas. Por otra parte, desde la cumbre de esta subida por la

[266] Cf. XV 10, 8-9.

parte de Italia, se extiende una llanura a lo largo de siete millas hasta el puesto que lleva el nombre de Marte[267] y, a partir de allí, otra elevación aún más alta y difícilmente superable se extiende hasta la cima del Matrona, al que dio nombre la caída de una dama noble[268]. Desde allí, un camino ciertamente empinado pero más accesible, se abre hasta la fortaleza de Briançon. 7
La sepultura del reyezuelo que hemos dicho que construyó los caminos está próxima a las murallas de Susa y se ofrece culto religioso a sus manes por una doble razón: porque había gobernado a los suyos con justa moderación y porque, tras asociarse al pueblo romano, proporcionó a su pueblo una paz perdurable.
Y aunque esta vía de la que hemos hablado sea la central y la 8
más corta y la más conocida, sin embargo también se construyeron otras con anterioridad en diversos momentos. La primera 9
la estableció el tebano Hércules cuando para abatir a Gerión, como se ha dicho, y a Taurisco, avanzando con paso tranquilo, alcanzó los Alpes marítimos y les dio el nombre de *Alpes Griegos*[269]; de modo semejante consagró la fortaleza y el puerto de Mónaco a su perenne memoria. Más tarde, transcurridos muchos siglos, se inventó el nombre de Alpes Peninos por el siguiente motivo[270]. Publio Cornelio Escipión, padre del Africa- 10
no el Mayor, en su marcha en auxilio de los saguntinos, dignos de recuerdo por su desgracia y su lealtad, sitiados por la perti-

[267] La milla romana equivale a algo menos de 1,5 km. A la fortaleza de Marte corresponde el actual Oulx.

[268] Es el trayecto de empinada pendiente entre Susa y Salbertrand en la vía de Mont-Génévre.

[269] Es el décimo trabajo de Hércules según el orden establecido por Apolodoro, que es el generalmente admitido. Pero este itinerario del viaje de regreso debe de proceder de otra fuente.

[270] El transcurso de siglos marca el paso de la leyenda a la historia; Amiano narra a su modo los episodios de la segunda guerra púnica que conocemos por el famoso relato de Livio (libros XXI-XXX).

naz determinación de los africanos, hizo pasar a Hispania una escuadra cargada de un potente ejército; pero destruida la ciudad por un Marte más poderoso, no pudiendo perseguir a Aníbal, que tres días antes había pasado el Ródano en dirección al territorio de Italia, tras recorrer un espacio marítimo no largo en rápida navegación, observaba al enemigo que tenía que bajar de los montes junto a Génova, ciudad de Liguria, para, si se le ofrecía la oportunidad, trabar combate en la llanura con el enemigo agotado por las dificultades del camino.
11 Mirando, sin embargo, por el bien común, encargó a su hermano Gneo Escipión dirigirse a las Hispanias para impedir que Asdrúbal hiciera desde allí una salida semejante. Aníbal, enterado de esto por unos tránsfugas, como era de mente rápida y astuta, con la guía de los indígenas taurinos[271], recorriendo el país de los tricastinos y la costa extrema de los voconcios, llegó al desfiladero de Tricorios. Y, partiendo de allí, hizo otro camino hasta entonces imposible; abriendo un paso en una roca enormemente grande, que disolvió quemándola con un gran incendio provocado por la infusión de vinagre y, atravesando el río Durante, peligroso por sus ondulantes remolinos, llegó a salvo a la región de Etruria. Hasta aquí el relato sobre los Alpes. Vayamos ahora a las restantes regiones.

División y breve descripción de las Galias; el curso del Ródano

11 En remotos tiempos, cuando estas regiones eran desconocidas, por ser bárbaras, se creía que estaban divididas en tres partes: los celtas, que son los mismos galos, los aquitanos y los belgas[272]; difieren en lengua, costumbres y leyes.

[271] De la región de Turín.

[272] Así comienza César su relato de la guerra de las Galias, aunque la enumeración tiene el orden inverso.

Y ciertamente, a los galos, que son los celtas, los separa de 2
los aquitanos el río Garona, que nace en los montes Pirineos, desembocando en el océano después de atravesar muchas ciudades. A este mismo pueblo lo separan de los belgas el Marne 3
y el Sena, ríos de importancia pareja, que fluyendo a través de la Lugdunense, después de rodear formando una isla la fortaleza de París, llamada Lutecia, se unen y, prosiguiendo su curso en línea recta, desembocan en el mar cerca del Campamento de Constancio[273]. De todos ellos, los antiguos tenían a los belgas 4
por los más esforzados, y eso porque muy alejados de la civilización, y sin debilitarse por los atractivos llegados de fuera, se habían enfrentado largo tiempo con los germanos de la otra orilla del Rin. Los aquitanos, a cuyas costas por ser cercanas y 5
tranquilas llegan las mercancías del extranjero, cayeron en la molicie de costumbres y fácilmente quedaron sometidos al poder de Roma. Por otra parte, todas las Galias, a partir del mo- 6
mento en que, presionadas por las constantes guerras, se rindieron al dictador Julio, eran gobernadas con un poder dividido en cuatro partes: una de ellas, la Narbonense, contenía en sus territorios la Vienense y la Lugdunense; una segunda controlaba a todos los aquitanos; por aquel mismo tiempo, estaban establecidas dos jurisdicciones sobre la Germania superior e inferior y sobre los belgas. Pero ahora se cuentan entre las provincias que 7
abarca el ámbito de las Galias las siguientes: la Germania Segunda, y la primera que se presenta por la parte occidental dotada de ciudades grandes y ricas: Colonia y Tongres. Después, 8
la Germania Primera, donde —además de otros municipios— están Maguncia y Worms y Spira y Estrasburgo, famosa por el

273 Para facilitar la comprensión, hemos dejado el nombre original, *Castra Constantia*, que parece hacer referencia a una fundación de la época de Constancio Cloro; el lugar se suele identificar con *Caracotinum*, cerca de la desembocadura del Sena.

9 desastre sufrido por los bárbaros. Después de éstas, la Bélgica Primera comprende Metz y Tréveris, espléndida sede imperial.
10 Junto a ésta está la Bélgica Segunda, en la que se encuentran Amiens, ciudad que destaca entre otras, Châlon-sur-Marne y
11 Reims. En el territorio secuano, vemos Besançon y Augst, más importantes que otras muchas ciudades. Lyon da realce a la Lugdunense primera y también Châlon-sur-Saône, Sens, Bour-
12 ges y la vetusta grandeza de las murallas de Autun. A la Lugdunense segunda le dan notoriedad Rouen y Tours, Evreux y Troyes. Los Alpes Griegos y Peninos, dejando a un lado otras más oscuras, tienen Avenches, ciudad ciertamente abandonada, pero que no fue insignificante en otro tiempo, como todavía ahora muestran sus edificios semiderruidos. Éstas son las pro-
13 vincias y las grandes ciudades de las Galias[274]. En Aquitania, que mira hacia los montes Pirineos y a la parte del océano que corresponde a los hispanos, la primera provincia es la Aquitania, altamente civilizada por la importancia de sus ciudades: dejando aparte otras muchas, destacan Burdeos, Clermont,
14 Saintes y Poitiers. Auch y Bazas engrandecen la Novempopulonia. En la Narbonense, las principales ciudades son Eauze[275], Narbona y Toulouse. La Vienense se enorgullece por la belleza de sus muchas ciudades, entre las que sobresalen la propia Vienne y Arles y Valence; a ellas se une Marsella, en cuya alianza y fuerzas leemos que algunas veces se ha apoyado
15 Roma en situaciones críticas[276]. Cerca de éstas están Aix, Niza,
16 Antibes y las islas Hyères. Y ya que la cadena del relato nos ha traído a estas regiones, sería incongruente y absurdo pasar en silencio el Ródano, el río más famoso. Fluyendo el Ródano de los Alpes Peninos con abundante caudal de agua, y bajando a la

[274] Es decir, de la región habitada por celtas (cf. el comienzo del capítulo).

[275] Eauze corresponde a Novempopulonia, no a la Narbonense.

[276] Cf. LUCANO, *Farsalia* III 308-310.

llanura en empinado curso, cubre las riberas con su propia corriente y desemboca en un lago que se llama Lemán y, al atravesarlo, no se mezcla en ningún lugar con otras aguas sino que resbalando por la superficie con un flujo más lento, consigue abrirse camino buscando una salida con su impetuosa corriente. Desde allí, sin menoscabo de su caudal, corre entre la Sa- 17
boya y los secuanos, y, avanzando un largo trecho, baña por su margen izquierda la Vienense y por la derecha la Lugdunense y tras un recorrido sinuoso recibe las aguas del Arar, al que llaman Saona, que atraviesa la Germania Primera; este punto es el comienzo de las Galias. Y desde allí las distancias ya no se miden en millas sino en leguas[277]. Después, el Ródano, enri- 18
quecido con las aguas afluentes del Isère, se hace capaz de transportar enormes naves, hechas a sortear el soplo de vientos contrarios, y, acabado el recorrido que la naturaleza le ha señalado se incorpora espumeante al mar Gálico por un amplio golfo al que llaman Graus, a una distancia aproximada de dieciocho millas de Arles. Ya está bien de geografía. Ahora voy a bosquejar el aspecto exterior y las costumbres de los habitantes.

Acerca de las costumbres de los galos

Casi todos los galos son de estatura 12
bastante alta y blancos, pelirrojos y terribles por el aspecto torvo de su mirada, amigos de querellas y presuntuosos en extremo. Y a ninguno de ellos, entrado en pelea, le podría hacer frente una tropa de extranjeros si llama en su auxilio a su mujer, mucho más fuerte que él y de ojos verdes, que con el cuello henchido, rechinando los dientes y balanceando sus níveos y gruesos brazos, acomete con pies y manos lanzando golpes como proyectiles de catapulta disparados por

[277] *Leuga:* término de origen celta.

2 la tensión de las cuerdas. Las voces de la mayoría son temibles
y amenazadoras, tanto si están tranquilos como airados; todos
están, sin embargo, cuidadosamente arreglados y limpios, y en
aquellas regiones, especialmente entre los aquitanos, no puede
verse a una mujer o a un hombre, por muy pobres que sean, cu-
3 biertos de sucios harapos como en otros sitios. Cualquier edad
es buena para la milicia, y con similar coraje acuden al comba-
te el anciano y el de mediana edad, endurecidos sus miembros
por el hielo y por el constante esfuerzo, dispuestos a despreciar
muchos y temibles riesgos. Y ninguno de ellos, como ocurre
en Italia, se corta nunca el dedo pulgar para ofrecerlo a Marte,
movido por el miedo: los que en ciertos lugares llaman «muti-
4 lados»[278]. Es una raza aficionada al vino, que busca afanosa-
mente diversas bebidas que se le parezcan; y entre ellos, algu-
nos de humilde condición, con los sentidos embotados por el
continuo estado de embriaguez, que definió la sentencia cato-
niana como una especie voluntaria de locura, se dejan llevar
con pasos tambaleantes, de forma que parece verdad lo que
dijo Tulio en la defensa de Fonteyo: «que después de eso los
galos iban a beber más aguado lo que ellos creían que era ve-
neno»[279].

5 Estas regiones, principalmente las limítrofes con las itálicas,
poco a poco y sin mucho esfuerzo se sometieron al poder de
Roma; primero, por los intentos de Fulvio[280]; después, quebran-
tadas a base de pequeños combates por Sextio[281] y finalmente

---

278 Con el dedo cortado no se podía lanzar la jabalina.

279 CICERÓN, *En defensa de Fonteyo*, discurso del que se conservan sólo fragmentos. Fonteyo fue gobernador de la Galia Narbonense en los años 74-72 a. C. La defensa de Cicerón fue en el 69 a. C.

280 M. Fulvio Flaco, cónsul del año 125 a. C.; partidario de C. Graco y tribuno de la plebe en el año 122 a. C.

281 C. Sextio Calvino, cónsul del año 124 a. C. Fundó en la Galia la colonia de *Aquae Sextiae*.

dominadas por Fabio Máximo: a éste la plena consecución del empeño, tras vencer al rudo pueblo de los alóbroges[282], le mereció este sobrenombre. Pues a todas las Galias, a excepción de 6
las zonas pantanosas que fueron inviables, las sometió César, como enseña la autoridad de Salustio[283], después de desastres sufridos por unos y otros a lo largo de diez años de guerra y los ligó a nuestra comunidad con tratados perdurables. Me he dejado llevar demasiado lejos, pero regreso finalmente a mi propósito.

Acerca de Musoniano, prefecto del pretorio para Oriente

Liquidado Domiciano con una muerte cruel[284], su sucesor Musoniano gobernaba el Oriente en calidad de prefecto del pretorio, hombre ilustre por su elocuencia en las dos lenguas. De ahí que 13
llegara más alto de lo que se esperaba. Pues cuando Constanti- 2
no indagaba minuciosamente sobre las sectas supersticiosas, como la de los maniqueos y similares, y no se encontraba un intérprete idóneo, eligió a uno que le habían recomendado como competente; y quiso que éste, que antes se llamaba Estrategio, por desempeñar su oficio hábilmente, se llamara Musoniano y, tras recorrer a partir de entonces muchos escalones en la carrera de honores, lo ascendió a la prefectura[285]. Era por otra parte prudente y soportable para las provincias, suave y persuasivo pero, cosa abominable, tenía la mezquindad de que —tomando ocasión de todo y especialmente de los litigios— aprovechaba

[282] Q. Fabio Máximo, cónsul del año 121 a. C., que recibió el sobrenombre de Alobrógico.

[283] El texto mencionado es: SALUSTIO, *Historias* I 11.

[284] Cf. XV 3, 1.

[285] El sobrenombre que le dio Constantino quizá está basado en el nombre de Musonio Rufo, filósofo estoico amigo de Plinio, romano pero que escribió en lengua griega.

para lucrarse, como —entre otras muchas ocasiones— se hizo evidente en las indagaciones hechas en torno a la muerte de Teófilo, consular de Siria[286], acusado de traición al César Galo, y despedazado por la furia de una multitud confusa cuando, habiéndose condenado a unos pobres que constaba que estaban fuera cuando ocurrió el hecho, los ricos promotores del cruel crimen fueron absueltos, tras ser despojados de su patrimonio.

3 Muy semejante a éste era Próspero[287], que por entonces ejercía en funciones de jefe de caballería en las Galias al mando de un ejército abyecto, cobarde y que, como dice el cómico, despreciando el arte del hurto, robaba abiertamente[288].

4 Puestos ambos de acuerdo, se iban enriqueciendo procurándose negocios mutuos; entretanto, los jefes persas, asentados en las proximidades de los ríos[289] devastaban nuestro territorio sirviéndose de bandas de saqueadores que confiadamente hacían incursiones unas veces en Armenia, otras en Mesopotamia, mientras que su rey se ocupaba en las cuestiones de los confines extremos de su reino[290], y los jefes romanos se ocupaban de recoger los despojos de sus súbditos[291].

---

[286] El gobierno de Siria estaba confiado a un senador de rango consular.

[287] Véase XIV 11, 5 con la nota correspondiente.

[288] La cita es de PLAUTO, *Epidico* 12; hay una expresión similar en CICERÓN, *Contra Pisón* 27.

[289] Tigris y Eufrates.

[290] Cf. XIV 3, 1.

[291] La descripción no carece de ironía.

LIBRO XVI

SINOPSIS
(años 356-357)

1 Elogio del César Juliano.
2 Juliano en la Galia.
3 Recuperación de Colonia.
4 Asedio de Sens.
5 Virtudes de Juliano.
6 Acusación y absolución de Arbición.
7 Elogio de Euterio.
8 Delaciones varias.
9 Tanteos para un tratado de paz con los persas.
10 Segunda Prefectura de Órfito y entrada solemne de Constancio II en Roma.
11 Segunda guerra alamánica.
12 Batalla de Estrasburgo.

Elogio del César Juliano

Mientras el decurso concatenado del 1
destino[292] hacía girar estos acontecimientos a lo largo del mundo romano, en Vienne, el César, incluido en los fastos consulares[293] por el Augusto —cónsul por octava vez—, a impulsos de su energía innata soñaba con el fragor del combate y con matanzas de bárbaros, mientras se disponía ya a reunir los fragmentos de la provincia, si le asistía ⟨la fortuna⟩ con aliento al fin favorable.

Así, debido a que los grandes hechos que realizó a lo lar- 2
go de las Galias por su valor y buena estrella descuellan por encima de muchas valerosas hazañas de los antiguos, los expondré uno a uno en orden sucesivo, dispuesto a poner en juego todos los recursos de mi modesta inteligencia, si acaso dan
abasto. No obstante, todo lo que se va a relatar —que no es 3
producto de una falsedad ingeniosa, sino que lo ha narrado la

[292] En el texto se unen las ideas del sucederse de los acontecimientos concatenados según la necesidad interna de la ley inscrita en la naturaleza, de origen estoico, con la tradición legendaria de la rueca de las parcas, que tejen el destino. En el ámbito latino tal concepto está presente en textos como Cic., *Sobre la adivinación* 1, 125: «llamo destino a lo que los griegos llaman *heimarméne*, esto es, a una serie ordenada de causas, de tal modo que una causa, al añadirse a otra que le precede, produce de por sí una consecuencia». (Véase también Cic., *Sobre el destino*, frag. 2. y Liv., XXV 6, 6).

[293] Véase XV 8.

total fidelidad a los hechos, basada en documentos dignos de crédito— casi corresponderá al género del elogio.

4 Pues parece que una cierta exigencia de llevar la vida más elevada acompañó a este joven desde su noble cuna hasta el último suspiro. En un rápido progreso, brilló en la vida civil y en la militar, de tal manera que fue considerado un segundo Tito[294], hijo de Vespasiano, por su prudencia; exactamente igual a Trajano[295], por sus gloriosas campañas militares; clemente como Antonino; en la búsqueda de la contemplación del bien y la perfección, a la altura de Marco[296], a cuya imitación plasmaba sus actos
5 y tenor de vida. Y porque, como enseña la autoridad de Cicerón, « la elevación de todas las grandes artes nos deleita como la de los árboles, mas no del mismo modo sus raíces y su tronco[297]», así también estaban escondidos, por hallarse ocultos entonces por tantas circunstancias, los primeros pasos de su preclara índole, que deberían anteponerse a sus numerosas y admirables hazañas posteriores. Porque este joven, en sus primeros años, como Erecteo[298] educado en el retiro de Minerva, desde las tranquilas sombras de la Academia —no desde el campamento militar— fue arrastrado a la polvareda de Marte y, tras abatir la Germania y pacificar el helado curso del Rin, acá vertió sangre de reyes que respiraban crueldades, allá cargó de cadenas sus manos.

---

[294] Comparación presente también en JULIANO, *A Temistio*, 1.

[295] Trajano y Antonino son términos de comparación en la alabanza de Claudio II el Gótico en *Historia Augusta*, *Claudio* 2, 3. Esta biografía mantiene que a él se remonta el origen de Constancio Cloro *(ibid.* 1, 1 ; 9, 9 y 13, 2), y a través de él, de la dinastía constantiniana.

[296] Es decir el emperador Marco Aurelio Antonino.

[297] Cita no literal de CIC., *El Orador* 43, 147.

[298] Eco de *Ilíada* II 546 y ss. Enlaza con la reminiscencia, más cercana al tenor literal, de CIC., *Bruto* 9, 37: «Pues había salido al sol y a la polvareda, no desde el campamento militar, sino de la sede sombreada de Teofrasto, el hombre más culto», que alude a Demetrio de Falero. Véase también XV 8, 1.

El César Juliano ataca a los alamanos, los bate, hace prisioneros

Así pues, mientras pasaba un trabajoso invierno junto a la ciudad fortificada antes mencionada, entre los continuos rumores que flotaban en el aire, supo que las murallas de la antigua ciudad de Autun —de amplio perímetro, pero inservibles por el desgaste del tiempo—, habían sido asaltadas por los bárbaros en un ataque repentino; y que, mientras el destacamento de los soldados que estaba al frente quedaba paralizado, las habían defendido los veteranos en una intervención conjunta llena de celo, como muchas veces la desesperación extrema suele conjurar los mayores peligros[299]. 2

Por tanto, sin abandonar sus preocupaciones, con menos- 2
precio de la adulación servil con que sus allegados le invitaban a una vida fácil y lujosa, tras hacer todos los preparativos convenientes, el día octavo de las calendas de julio[300] llegó a Autun, como un experimentado general, eminente en fuerza física y prudencia, dispuesto a atacar a los bárbaros que vagaban dispersos, cuando la fortuna le diese la oportunidad. Así pues, tras 3
una deliberación, a la que asistieron buenos conocedores del territorio, sobre qué camino se eligiría como más seguro, se sostenían muchas opiniones acerca de si por un lugar o por otro, mientras afirmaban unos que se debía ir atravesando Arbor[301]*,

---

[299] Más ampliamente expone la idea el *Epítome* de JUSTINO sobre las *Historias Filípicas* de TROGO POMPEYO (XX 3, 4-6), con ocasión de la batalla de La Sagra *(circa* 530 a. C.) entre crotonenses y locrios: «perdida toda esperanza (scil. los locrios), deciden de común acuerdo ir a una muerte a ellos destinada; y fue tan grande el ardor que por la desesperación se apoderó de cada uno, que se consideraban vencedores si morían no impunemente. Pero mientras buscaban morir con honor, vencieron felizmente y la causa de la victoria no fue otra sino su desesperación». En cuanto a la intervención de los veteranos, es enfatizada por LIBANIO en su *Discurso* XVIII 43.

[300] 24 de junio.

[301] Lugar no conocido hoy.

4 otros que por Saulieu[302] y Cora. Pero como algunos insinuaban
que Silvano, poco antes jefe de la infantería, había pasado entre
penalidades con ocho mil auxiliares por unos atajos, a pesar de
ser inseguros —porque están cerrados a la luz por una tupida
oscuridad—, el César con la mayor seguridad puso gran empe-
ño en imitar la audacia del esforzado varón.

5 Y para que no mediase demora alguna, únicamente con los
catafractarios y los ballesteros[303] —poco apropiados para pro-
teger al comandante— tras recorrer el mismo camino, llegó a
6 Auxerre[304]. Cuando se rehízo junto a los soldados con un breve
descanso, como era su costumbre, se puso en camino hacia Tro-
yes, al tiempo que vigilaba a los bárbaros —que caían sobre él
divididos en pequeños grupos—, reforzando sus flancos, pues
temía que fueran muy numerosos; tras ocupar los lugares más
idóneos en una fácil marcha aniquiló a algunos; a otros, que se
entregaron por miedo, los hizo prisioneros; los restantes, que
cifraban todo su poder en la velocidad, decidió que se marcha-

---

302 *Sedelaucae*, hoy en el Departamento de Côte D'Or en Francia. Según el *Itinerario Antoniniano*, la primera *mansio* después de Autun en la vía de Lyon a Reims. *Cora* corresponde a un pequeño lugar en las cercanías de Autun, donde hoy se conservan restos de fortificaciones; actualmente es Saint-More, en el departamento de L'Yonne, entre Avalon y Auxerre.

303 Sobre los catafractarios, el lugar clásico es XVI 10, 5 (véase texto y nota, así como XVI 10, 8; cf. *Historia Augusta, Aureliano* 34, 4, y 11; *Alejandro Severo* 56, 5; *Claudio* II 16, 2). Eran soldados de caballería protegidos, así como sus monturas, por coraza o cota de malla, que habían sido introducidos en el ejército romano en época de Adriano, a imitación de la caballería persa. En cuanto a los ballesteros, cuya competencia era manejar las *ballistae* (cf. XXIII 4, 1-3), fueron organizados como cuerpo independiente en el ejército del siglo IV (véase el *Elenco de los cargos..., occ.* VII 97, *or.* , IX 43, 47 y 57, VIII 46-47), aunque desde el siglo II había ballesteros en cada legión, con un jefe propio al frente.

304 *Autesiodurum*, restituido por Sabbah. Otras versiones dan *Autosudorum* o *Autesidorum*.

sen indemnes, puesto que, impedido por el peso del armamento, no estaba en condiciones de perseguirlos. Por tanto, con una 7
esperanza ya más afianzada de resistir las acometidas, a través de muchos peligros llegó a Troyes, tan inesperadamente que, casi nada más llamar él a la puerta, se abrió la entrada de la ciudad, no sin una angustiada reserva por miedo a las hordas bárbaras que merodeaban . Después de detenerse un poco, en tan- 8
to que velaba por el ejército fatigado, y estimando que no había tiempo que perder, se dirige a la ciudad de Reims, donde había ordenado que el ejército aguardase su presencia concentrado y llevando los víveres ⟨de un mes⟩; estaban al frente Marcelo[305], el sucesor de Ursicino, y el propio Ursicino, que había recibido la orden de permanecer en el mismo lugar hasta el fin de la expedición.

Así pues, después de oír muchos pareceres diferentes, como 9
se había decidido dar alcance al pueblo alamano por Diez Cantones[306], el ejército se puso en marcha en formación cerrada hacia allá con más entusiasmo del habitual. Y debido a que el día 10
lluvioso y grisáceo impedía ver incluso de cerca, los enemigos, favorecidos por su conocimiento del lugar, y pasando por un atajo lateral, en un ataque a las dos legiones que cerraban la formación, casi las habrían deshecho, si un clamor súbito de los aliados no hubiera agrupado rápidamente a las tropas auxiliares. De entonces en adelante, pensando que no se podrían pasar sin 11
emboscadas ni los caminos ni los ríos, era precavido y circunspecto, importante cualidad en los grandes generales, que suele proporcionar protección y seguridad a sus ejércitos.

---

[305] Jefe de la caballería los años 356-357; posteriormente negó su auxilio a Juliano, cuando se encontró asediado (XVI 4, 3). Fue depuesto por Constancio, que lo sustituyó por Severo. A su vuelta en la corte presentó acusaciones contra Juliano que no prosperaron. Se vio obligado a retirarse a su patria de Sérdica.

[306] Hoy Tarquimpol, cerca de Dieuze.

12 Así, al oír que los bárbaros que tenían en su poder las ciudades de Estrasburgo, Brumath, Rheinzabern, Seltz, Spira, Worms y Maguncia[307] vivían en los campos —pues evitan las propias ciudades fortificadas como sepulcros rodeados de trampas—, ocupó Brumath la primera de todas, y ya a su llegada le salió al encuentro una tropa de germanos dispuesta a la lucha.
13 Cuando, con la formación dispuesta en media luna, se hubo comenzado la lucha cuerpo a cuerpo y los enemigos se vieron abocados a la muerte por los dos frentes, después de que algunos cayeron prisioneros y otros fueron abatidos en el ardor del combate, los restantes se retiraron protegidos al amparo de su velocidad.

El César Juliano recupera Colonia, tomada por los francos, y allí hace la paz con los reyes de los francos

3 Por tanto, después de esto, sin que nadie se le opusiera, quiso marchar a recuperar Colonia, perdida[308] antes de la llegada del César a las Galias. A través de estas extensiones no se contempla ninguna ciudad ni fortaleza, salvo la que hay junto a Coblenza[309] —lugar así llamado, donde el río Mosela confluye con el Rin—, la ciudad fortificada de Remagen[310], y una sola torre cerca de la propia Colonia.

---

[307] *Argentoratum, Brotomagum, Tabernae, Saliso, Nemetae, Vangionae, Mogontiacum.* Teniendo en cuenta que la enumeración de lugares siguen la margen derecha del Rin, entiendo que el lugar aquí denominado *Tabernae* debe entenderse como el lugar hoy conocido por Rheinzarbern, en el Palatinado. Me aparto, por tanto, de las interpretaciones de Rolfe, Seyfarth, Sabbah y Harto, que lo identifican con Saverna (véase XVI 12, 1) y tengo en cuenta los argumentos de De Jonge y Sabbah.

[308] Véase XV 8, 19.

[309] *Confluentes* en el texto; de ahí la explicación que sigue.

[310] *Rigomagum*, a 50 km de Coblenza.

Por consiguiente, tras entrar en Colonia no se fue de allí hasta que —al ser atemorizados los reyes de los francos según se fue calmando su furor— firmó una paz que iba a ser de provecho en ese momento para la patria, y recuperó la bien fortificada ciudad. Satisfecho de estas primicias de victoria, se retiró por Tréveris con intención de pasar el invierno en Sens, ciudad fortificada bien situada para la ocasión. Allí, llevando sobre sus espaldas, como se dice[311], el peso de guerras desbordantes, se hallaba desgarrado por múltiples cuidados[312], tales como que los soldados que se habían apartado de sus destacamentos fuesen reconducidos a lugares de riesgo; que fueran dispersados los pueblos que habían conspirado para el mal de Roma; y proveer que no faltasen víveres al ejército, que debía batir diferentes lugares. 2

El César Juliano es asediado por los alamanos en la ciudad de Sens

Mientras pondera con solicitud estos problemas, le ataca una masa de enemigos arrebatada por la esperanza de tomar la ciudad, confiados porque habían tenido noticia por los prófugos de que no le asistían los escutarios ni los gentiles, distribuidos como estaban por los municipios con el fin de que se aprovisionasen con más facilidad ⟨que antes⟩. Por tanto, una vez cerrada la ciudad y fortificada la parte desguarnecida de las murallas, él en persona se dejaba ver de día y de noche junto a sus soldados entre los parapetos y las almenas, bramando de desbordante ira, puesto que frecuentemente, al intentar efectuar una salida, se veía impedido por la escasez de tropa disponible. Al fin, des- 4 2

[311] VALERIO MÁXIMO, II 8, 5, refiréndose a P. Escipión y a C. Marcelo, emplea una expresión similar: «llevaban sobre sus hombros la salvación de la patria».

[312] La misma expresión en LUCRECIO, *La Naturaleza* III 992.

pués de treinta días, los bárbaros se marcharon abatidos, murmurando que habían planeado en vano y sin reflexión el asedio a la ciudad.

3 Y, cosa que debe señalarse como una vergonzosa realidad, Marcelo[313], el jefe de la caballería, que operaba en posiciones próximas, difirió auxiliar al César en peligro, cuando debería haber hecho frente a las penalidades del asedio de la masa hostil, incluso si la ciudad hubiera sido atacada en ausencia del príncipe.

4 Libre de este temor, con constante solicitud el enérgico César proveía que al prolongado esfuerzo de los soldados siguiese algún descanso, que, aunque breve, fuera sin embargo suficiente para restaurar sus fuerzas, a pesar de que las tierras, descuidadas por un abandono extremo y a menudo devastadas, suministraban
5 unos frutos exiguos a efectos de abastecimiento. No obstante, cuando incluso esto estaba dispuesto con vigilante diligencia, difundida una fecunda esperanza de acontecimientos prósperos y con la moral alta, se aprestó a múltiples empresas.

Virtudes del César Juliano

5 Antes que nada, pues —y es difícil de hacer—, se impuso la templanza[314] y se atuvo a ella, como si viviese sujeto a las leyes suntuarias. Éstas fueron traídas a Roma de los *retra*[315] de Licurgo —es

[313] Según Zósimo, *Nueva Historia* III 2, 2, Constancio «desconfiado por naturaleza, sin seguridad aún de que fuera a serle fiel, lo hace acompañar (scil. a Juliano) de Marcelo y Salustio, siendo a éstos, y no al César, a quienes confía el gobierno de la zona». Para un juicio sobre el asunto, es necesario tener en cuenta las opiniones marcadamente favorables a Juliano de este autor.

[314] El propio Juliano subraya este rasgo en su autobiográfico *Discurso XII, Discurso de Antioquía o «el enemigo de la barba» (misopogon)*, 5 (340 b).

[315] Los *retra* son las leyes orales que la tradición mantenía que Licurgo había recibido del oráculo de Apolo en Delfos, para el gobierno de los lacedemo-

decir, los áxones—, fueron observadas por largo tiempo y cayeron en desuso poco a poco; las reparó Sila[316] el dictador, pues pensaba, según la sentencia de Demócrito[317], que la fortuna sirve a la mesa ostentosa y la virtud a la sobria. Puntualizándolo 2
también Catón de Túsculo, al que un tenor de vida severísimo puso el sobrenombre de el Censor, dijo: «gran cuidado del alimento, gran descuido de la virtud»[318]. Finalmente, como había 3
leído asiduamente un librito que Constancio había escrito de propia mano, en el que disponía con gran liberalidad qué debería servirse en un banquete del César, como si enviara a estudiar a su descendiente, él prohibió que se hiciese y se sirviese faisán,

nios (Plutarco, *Vida de Licurgo* 5, 4-5 y 13, especialmente 5). Los *áxones* son, literalmente, los pivotes que sujetaban las tablillas en que habían sido grabadas y expuestas las leyes atenienses promulgadas por Solón (Plutarco, *Vida de Solón* 25). Para el significado de ambos términos, véase *Suidae lexicon* I, 1, 2833 y n. I, 4, 154. El texto utiliza ambos términos como sinónimos. Las lecturas de los manuscritos más importantes son coincidentes, de manera que el texto suele interpretarse como una confusión de Amiano.

316 L. Cornelio Sila (138-78 a. C.), el famoso dictador romano enfrentado a Mario (Cf. Plutarco, *Vida de Sila* 35). Como se sabe, es larga la tradición jurídica romana en materia de leyes suntuarias. La primera ley de este tenor que consta es la *Lex Oppia* del 215 a. C., seguida de la ley *Valeria Fundania* del 181 a. C. Según Aulo Gelio II 24, el primer testimonio fue un senadoconsulto de año 161 a. C., dado en el consulado de C. Fanio y M. Valerio Mesala, en el cual se promulgó también una *Lex Fannia*, sobre la misma materia. Sucesivamente, y con anterioridad a Sila, se promulgaron una *Lex Aemilia* (115 a. C.) y una *Lex Licinia* (104 a. C.). El texto de Amiano tiene un tenor cercano al de Gelio (II 24, 11) respecto a Sila.

317 Filósofo del siglo v a. C., fundador del atomismo; según Diógenes Laercio (IX 46) escribió ocho tratados de ética, entre los cuales consta un tratado sobre la virtud y otro sobre la felicidad. Sobre la sobriedad de su tenor de vida, véase también Valerio Máximo, VIII 7, (2) 4, y sobre su rectitud moral, Cic., *Tusculanas* V 39.

318 Catón, *Dicta*, 78. Por otra parte, Juliano personalmente hace gala de esta virtud en el *Discurso XII* o *Discurso de Antioquía*, especialmente 6-8.

vulva[319] y tetilla de cerda, contento con el alimento barato y
poco selecto del soldado de faena.
4 A eso se debía que para sus ocupaciones dividía las noches
en tres partes, una para el descanso, otra para el gobierno, otra
para la cultura; esto hemos leído que frecuentemente lo hacía
Alejandro Magno; pero él con mucho más rigor. Pues Alejan-
dro[320], tras colocar una concha de bronce junto a su lecho, sos-
tenía una bola de plata con el brazo tendido fuera de la cama,
para que cuando el sueño, al dominarlo, relajase la tensión de
sus nervios, el tintinear de la bola en la caída quebrase su sue-
5 ño. En cambio Juliano, sin ningún artilugio, se despertaba cuan-
tas veces quería, y, levantándose siempre en mitad de la noche,
no de cobertores de plumas o de sedas con brillo tornasolado,
sino de una yacija de sísira[321] —que la simplicidad del vulgo
llama *sisurna*— en secreto elevaba súplicas a Mercurio[322]; la
ciencia sobre los dioses enseña que él es la inteligencia más pe-

---

[319] En el texto *uulua* y *sumen*, alimentos considerados en la época especialmente delicados.

[320] Lugar común del ascetismo pagano, narrado por DIÓGENES LAERCIO, V 16, respecto a Aristóteles y por DIÓN CASIO, LIII 8, 4, sobre Ulpio Marcelo, el general de Cómodo.

[321] *Sisyra* y *sisurna* las dos variantes que designan una manta basta confeccionada con pelo o cuero de animal. Son términos griegos de antigua tradición (ARISTÓFANES, *Aves* 122; *Ranas* 1.459). Véase JULIANO, *Discurso XII* o *Discurso de Antioquía* 6, donde se refiere también a la rudeza de su lecho. En el mismo sentido insiste MAMERTINO, *Discurso de acción de gracias a Juliano* 11, y LIBANIO, *Discurso* XVIII 269, enfatiza el dato, cuando narra que el emperador fue llevado herido de muerte a su tienda y tendido en este lecho.

[322] Referencia al componente hermetista de la concepción filosófico-religiosa de Juliano bajo el patronazgo del Hermes Trimegisto greco-egipcio, es decir el Hermes helenístico identificado con el dios egipcio Toth, escriba de los dioses, divinidad de la invención, dominador de la palabra, de la sabiduría y de la fuerza mágica de las palabras. En un cuerpo doctrinal heterogéneo funde también elementos de la filosofía neopitagórica y neoplatónica, de la gnosis

netrante del mundo, que suscita el movimiento de las mentes. Y en medio de tanta escasez de medios ⟨se ocupaba escrupulosamente de todas sus obligaciones públicas⟩.

Después de terminar estos asuntos como más arduos y pesados, se disponía a forjar su talento; y es increíble con qué y cuánto ardor, indagando sobre el elevado conocimiento de los principios del mundo y recolectando —por así decirlo— cierto sustento[323] para su espíritu, que ascendía a lo más sublime, recorría en prudentes disputas todas las partes de la filosofía. 6
Pero, sin embargo, aun cuando las atesoraba consumada y plenamente, tampoco despreció lo más sencillo, ⟨haciendo⟩[324] poesía y retórica en un estilo medio[325], como muestra la limpia ele- 7

monoteísta. Al propio Hermes Trimegisto (tres veces grande, en un calco de la aclamación triple de la religión egipcia a sus dioses) se atribuyó una compilación de 18 libros y una amplia colección de fragmentos de variada índole, cuyos documentos más antiguos se remontan al siglo II a. C. Algunos de ellos tienen forma dialógica entre los diferentes dioses egipcios, entre los cuales comparece el *Nous*.

[323] En el texto, además de otros ecos de afirmaciones de Cicerón sobre la adquisición del conocimiento de la filosofía (cf. *Sobre la vejez,* 14, 49; *Sobre la naturaleza de los dioses* I 4, [9]; *Sobre el destino,* 18), está presente el sentido explícito de *Acad.* II 41, 127: «la consideración y contemplación de la naturaleza es, por así decir, un cierto sustento natural de las almas y las inteligencias».

[324] Distintos editores introducen en este lugar diversos términos, no documentados en los manuscritos, ni tampoco la laguna correspondiente. Se ha optado por introducir un verbo de semántica muy amplia, acorde con el cultivo de estas disciplinas, pero no con la teorización sobre ellas. En la actualidad conservamos documentación importante de los discursos de Juliano, así como de su epistolografía, mientras de la poesía tenemos solamente fragmentos. Hay también noticias de una historia de las campañas de la Galia, pero el texto se ha perdido.

[325] Traduzco por «en un estilo medio» el término latino *mediocriter*, de acuerdo con la división de géneros recogida en la *Ret. a Heren.* IV 9, 13 —*mediocris est quae constat ex humiliore neque tamen ex infima... uerborum dignitate*—, y con las características que Amiano les atribuye a renglón seguido (cf. Cic., *De orat.* 3, 212; *Gell.* VI; 14, 1 *Fortun. rhet.* III 9).

gancia y la gravedad de sus discursos y cartas, y su compleja historia de los acontecimientos nuestros y ajenos. A esto añadía la capacidad de expresarse adecuadamente también en latín[326].

8 Así pues, si es verdad —cosa que recuerdan varios autores— que el rey Ciro[327], el lírico Simónides, e Hipias de Élide, el más penetrante de los sofistas, habían gozado de excelente memoria, debido a que la habían buscado en ciertas bebidas medicinales, hay que creer también que él, apenas llegado a la edad adulta, había apurado el tonel de la memoria, si es que pudo encontrarse en algún lugar. Éstas son las señales nocturnas de su integridad y sus virtudes[328].

9 Por otra parte, las cosas que a la luz del día dijo con belleza y gracia, las que realizó en la preparación o en los mismos enfrentamientos bélicos, o hizo mejorar en la vida civil con magnanimidad y liberalidad, se mostrarán, una a una, en el lugar
10 oportuno. Puesto que, siendo filósofo, se vio obligado a realizar en tanto que príncipe los ejercicios del entrenamiento militar y aprendió la destreza de marchar al ritmo de la pírrica[329] al son

---

[326] En el mismo sentido, pero con cierto menosprecio de la lengua latina, véase Libanio, *Discurso XVIII* o *Discurso fúnebre* 21.

[327] La misma colección de ejemplos en Quint., XI 2. Ciro, hijo de Cambises, fundador del imperio persa en el siglo vi a. C. ; sobre su memoria, véase Plinio, *Hist. Nat.* VII 24. Simónides, el lírico del siglo vi a. C., entre los antiguos fue considerado un gran sabio, y pasa como fundador de la mnemotecnia (Cf. *ibid.* y Marciano Capella, V 538). Hipias de Élide fue un sofista contemporáneo de Sócrates. La calificación de «el más penetrante de los sofistas» se encuentra en Gelio, V 3, 7, pero aplicada a Protágoras.

[328] Se cierra la unidad expositiva comenzada en XVI 5, 4.

[329] La pírrica era una danza guerrera de adiestramiento militar (véase Juliano, *Discurso I, Elogio del emperador Constancio* 8 b) realizada por soldados armados, que tuvo origen en Grecia. En ella los danzantes, armados de casco, venablos y escudos, imitaban diferentes movimientos de ataque y defensa, al son de la música. Utilizada en Esparta en la educación militar, también se ejecutaba con carácter ritual en Atenas con ocasión de las Panateneas y en otras

de la flauta, comentaba continuamente, citándolo, aquel proverbio de Platón: «al buey le ponen la albarda; no es cosa nuestra la carga»[330].

En cierta celebración por una orden suya habían hecho pasar al consistorio del emperador a los agentes públicos para recibir oro; alguno de este cuerpo lo recogió, no como es costumbre, con la clámide extendida, sino formando un hueco con las dos manos. Y el emperador dijo: «los agentes públicos no saben recibir, sino arrebatar». 11 Habían recurrido a él los padres de una joven violada, y dispuso que el violador convicto sufriera la confinación[331]. 12 Cuando ellos se quejaron de que se le aplicaba una pena insuficiente, porque no había sido condenado a muerte, respondió más o menos así: «que ponga pleito el derecho a la clemencia, pero es conveniente que un emperador indulgente se halle sobre las demás leyes». 13 A punto de salir él para una expedición, muchos hacían apelaciones por ultrajes; encomendó

ciudades griegas; Platón (*Leyes* 815 b) la recomienda como reflejo de la armonía del cuerpo y del alma. En Roma fueron introducidas por César (SUETONIO, *César*, 39) y utilizadas también como exhibición militar, a modo de un simulacro de guerra (cf. VEGECIO, II 23; *Historia Augusta, Adriano*, 19, 7); CLAUDIANO describe este tipo de pírrica en el *Panegírico al sexto consulado del emperador Honorio*, 621-630. El término fue utilizado también para designar mimos de carácter erótico. Por otra parte, en Roma se usó además en ritos funerarios, en ajusticiamientos de malhechores (PLUTARCO, *Obras morales* 554b) y en espectáculos con elefantes (PLINIO, *Hist. Nat.* VIII 2). La idea de que Juliano tuvo que cambiar el cultivo de la inteligencia por el ejercicio de las armas también está subrayada por LIBANIO en su *Discurso XVIII, Discurso fúnebre*, 36 y 37.

330 El proverbio se encuentra en CIC., *Cartas a Ático* V 15, 3. Reproduzco la traducción del M. Rodríguez-Pantoja Márquez, CIC., *Cartas, I, cartas a Ático* (cartas 1-161D). Madrid, Gredos, 1996.

331 En el texto, *relegatio*, supone la condonación de la pena capital por una confinación en un territorio alejado del propio domicilio. A este delito correspondía, según el derecho, la pena capital, que desde antiguo fue condonada en ocasiones por la *relegatio*.

la vista de estas causas a los gobernadores de provincias; y a la vuelta, tras preguntar qué había pasado con cada uno, fue suavizando los correctivos con su innata benignidad.

14 Por último, exceptuadas las victorias, en que con inflexible firmeza dio muerte a menudo a los bárbaros derrotados, destaca sobre todo el provecho que supuso para los galos ahogados por una extrema penuria el que, al entrar por primera vez en aquella región, encontró que se apremiaba con veinticinco áureos[332] por cada cabeza[333] a título de impuesto, mientras que, cuando se marchó, cumplían todas las cargas sólo con siete; por ello celebraban con alborozo y danzas que para ellos había res-
15 plandecido como un claro sol tras espesas tinieblas. Finalmente sabemos que él se atuvo con provecho hasta el final de su reinado y de su vida a no perdonar los atrasos tributarios por las llamadas indulgencias. Pues era consciente de que por este procedimiento habría dado un cierto trato de favor a los ricos, puesto que es evidente que en todas partes los pobres se ven forzados a pagar todo sin excepción en los propios inicios de la indicción[334].

16 A pesar de todo, en medio de estos procedimientos de ejercer el poder y gobernar, dignos de imitación para los buenos príncipes, la furia bárbara se había inflamado de nuevo hasta el
17 extremo. Así como los animales salvajes, acostumbrados a vivir de rapiñas por el descuido de los vigilantes, no se ahuyentan

[332] *Aureus solidus*. Desde César, la unidad de la moneda en oro. Equivalía a 100 sestercios en la época del relato.

[333] *Capitatio*, término fiscal antiguo en latín (Livio, II 9, 7). En el texto, se trata de la unidad fiscal por cabeza propia de la Galia.

[334] En contra véase Libanio, *Discurso XVI, A los antioquenos sobre la cólera del emperador*, 19, y Juliano, *Discurso XII, de Antioquía o el enemigo de la barba (misopogon)*, 367 d. La *indictio* estrictamente hablando es la base imponible fiscal. El texto emplea el término cercano, *indicta*, propio del autor, utilizado aquí en el sentido de período fiscal (15 años para esa fecha).

ni siquiera con el cambio de éstos y su reemplazo por otros más fuertes, sino que, acuciados por el hambre, sin mirar por su vida se lanzan sobre ganados y rebaños, así también ellos, después de consumir todo lo que habían robado, con el acicate del hambre, unas veces conseguían su presa, otras sucumbían antes de tocarla siquiera.

El consular Arbición es acusado y absuelto

A lo largo de este año se iban produciendo en las Galias estos aconteci- 6
mientos de dudosas expectativas y, no obstante, de buenos resultados. Por el contrario, en la corte del Augusto la animadversión montaba una algarabía con la acusación de que Arbición, como si fuera a obtener pronto el poder supremo, había dispuesto de antemano lo que corresponde al atavío imperial; y el conde llamado Verísimo[335] le acosaba murmurando enormidades, mientras en público le recriminaba que, ascendido de soldado raso al puesto más alto del ejército, incluso no contento con esto, como si fuera poco, pretendía el trono. Pero de 2
modo particular le perseguía un tal Doro[336], quien hemos dicho que, promovido de médico de los escutarios a centurión de las obras de arte[337] en Roma bajo Magnencio, había acusado de tener excesivas aspiraciones a Adelfio[338], prefecto de la Urbe.

---

[335] Sólo mencionado en este lugar.

[336] Única mención documentada.

[337] Sólo Amiano menciona el cargo de centurión de las obras de arte. El *Elenco de los cargos...*, 4, 17, habla de un tribuno con estas competencias, como subordinado del prefecto de la Urbe. Respecto al término empleado para su cometido *(res nitentes)*, A. CHASTAGNOL, en *Les fastes de la préfecture de Rome au Bas-Empire*, París, Nouvelles Éditions Latines, 1962, págs. 49-50, las interpreta como posibles obras de arte del palacio imperial del Palatino.

[338] *Clodio Celsino Adelfio.* Prefecto de la Urbe bajo Magnencio entre junio y diciembre de 351. Su esposa fue la poetisa (Faltonia Beticia) Proba.

3 Cuando se había llegado a la instrucción del proceso, y una vez que se obtuvo lo necesario para la causa y se esperaba la prueba de las acusaciones, como si se hubiese dado una ley *per saturam*[339] por una votación de chambelanes —como la llamaba un comentario persistente—, por una parte fueron liberadas de sus cadenas las personas detenidas como implicadas; y por otra, Doro se esfumó, y Verísimo cerró la boca en el acto, como cuando baja el telón de la escena[340].

El César Juliano es defendido por su chambelán Euterio ante el emperador contra Marcelo; elogio de Euterio

7 Por los mismos días, al difundirse el rumor, Constancio, informado de que Marcelo no había llevado auxilio al César, asediado en Sens, le ordenó abandonar el ejército, rescindiendo su juramento militar. Éste, como quien ha sufrido una grave injusticia, andaba maquinando contra Juliano, confiado en que los oídos del emperador estaban abiertos a cual-
2 quier acusación. Por ello, en cuanto se marchó, el gran chambelán Euterio[341] fue enviado inmediatamente tras él, con el fin de rebatirle si llegaba a urdir algo. Así, aquél, sin saberlo, se presentó enseguida en Milán con revuelo y embrollos, charlatán y próximo al delirio como era. Recibido en el consistorio,

---

[339] Se llamaba *lex per saturam* a la compuesta de asuntos diversos, que se votaba en una sola consulta. Expresión presente en SALUSTIO, *Guerra de Jugurta* XXIX 5, y así interpretada por DIOMEDES, III, pág. 486. El término *satura* se emplea frecuentemente de forma semejante a la expresión «cajón de sastre». En consecuencia, el rumor que corre es que se trata de una ley miscelánea de baja categoría, fruto del acuerdo de los sirvientes de palacio.

[340] Donato da noticia del uso del telón en las representaciones teatrales en Roma, como una técnica importada del palacio de Átalo III, rey de Pérgamo, que en 133 a. C. entregó su reino a Roma. *(Comentario a Terencio*, prol., VIII 7).

[341] Este pasaje es el que aporta más conocimientos sobre el personaje. Llegó a ser gran chambelán imperial bajo Juliano los años 356-361 (véase XX 8, 19).

acusa a Juliano de petulante y de estar ya fortaleciendo sus alas para volar más alto. Hablaba en estos términos con ademanes exagerados. Mientras hacía él estas invenciones con gran des- 3
preocupación, Euterio, ya admitido como solicitó y con orden de exponer lo que desease, explica respetuosa y mesuradamente que la verdad se está ocultando con embustes; pues mientras el jefe del ejército se quedó inactivo, a propósito según se creía, con energía vigilante el César sitiado en Sens había rechazado por largo tiempo a los bárbaros; y respondía, comprometiendo su cabeza, de que Juliano iba a ser un servidor leal a su señor mientras viviese.

El tema requiere incluir unas palabras sobre el propio Eute- 4
rio, que quizá no se van a creer, porque aunque Numa Pompilio[342] o Sócrates hubieran dicho algo bueno de un eunuco y hubieran acreditado sus palabras con juramentos, se les reprocharía haberse apartado de la verdad. Pero entre las zarzas nacen rosas y entre las fieras, algunas se amansan. Así pues, voy a exponer, en una selección, los datos principales que se han comprobado de él. Nacido en Armenia de familia libre, apresa- 5
do por unos enemigos fronterizos, emasculado siendo aún niño y vendido a comerciantes romanos, fue conducido al palacio de Constantino; allí, ⟨a medida que crecía⟩, iba mostrando progresivamente su rectitud moral y su talento, al ser instruido en las letras en cuanto estaba al alcance de tal condición, distinguiéndose por su extraordinaria agudeza de pensamiento y de invención para las cuestiones dudosas y las objeciones, dotado, como estaba, de una memoria sin límites, solícito en prestar servicios y repleto de consejos acertados; si, tiempo atrás ⟨desde que llegó a adulto y era un hombre ya maduro⟩, el emperador

[342] Al segundo rey de Roma atribuían los antiguos muchas instituciones religiosas. Las leyendas tardías lo presentan como discípulo indirecto de Pitágoras (véase Livio, I 19-21, y Plutarco, *Vida de Numa).*

Constante le hubiese prestado oídos, cuando le aconsejaba una conducta honesta y justa, no habría cometido ninguna culpa[343] o en todo caso alguna disculpable.

6 Él, siendo chambelán, corregía en ocasiones incluso a Juliano, educado en las costumbres asiáticas, y por ello falto de gravedad[344]. Al fin, una vez retirado y posteriormente agregado a palacio, siempre ponderado, y, sobre todo, dueño de sí, cultivó la lealtad y la sobriedad, nobles virtudes, de tal modo que no fue acusado de haber revelado nunca un secreto, salvo para asegurar la salvación ajena, ni de haberse dejado poseer, como
7 otros, por la pasión de enriquecerse. Por ello sucedió que cuando se retiró a Roma, mientras envejecía ya en domicilio estable, y llevando consigo como cortejo su buena conciencia, fue frecuentado y amado por todos los grupos sociales, mientras que los hombres de esta condición, tras obtener riquezas por medios inicuos, suelen conseguirse escondrijos desconocidos, como los lucífugos[345], que evitan la visión del pueblo.

---

[343] Aurelio Víctor *(Libro de los Césares* XLI 23-24) y Zósimo *(Nueva Historia* II 42) le atribuyen homosexualidad y Zonaras *(Epit.* XIII 5-6) añade un tenor general de vida disoluto.

[344] Amiano desarrolla la misma idea en XXV 4, 16.

[345] En latín *lucifugae*. Con el mismo significado el *Diccionario de la Real Academia* registra: «adj., que huye de la luz». En general se aplica a todo animal que vive en la oscuridad: plagas domésticas, peces, aves o mamíferos. Cicerón *(De supremo bien y del supremo mal...* I 61) y Séneca *(Epístola* 122) la aplican a conductas éticas negativamente caracterizadas. Esta carta realiza una pormenorizada pintura de este modo de vida, en la que se incluye que «la luz es insoportable para su mala conciencia» *(ibid.*, 14). En época más cercana a Amiano, Minucio Félix *(Octavio,* VIII 4) se hace eco del insulto dirigido a los cristianos «nación de los escondrijos y lucífuga» y Rutilio Namaciano, I 439, se refiere a los monjes de la isla de Capraria de este modo: «Siguiendo por el mar se alza enseguida Capraria, desolada isla de hombres que huyen de la luz. Ellos se llaman a sí mismos "monjes", porque desean vivir solos sin testigo alguno».

Revolviendo entre gran cantidad de relatos de la antigüe- 8
dad, no he podido hallar a cuál de los eunucos del pasado habré de compararlo; pues entre los antiguos los hubo —aun muy pocos— leales y honrados, si bien manchados por algunos defectos. Pues, en medio de las cualidades sobresalientes que todos poseyeron por su dedicación o su inteligencia, uno fue dado al robo, u otro muy despreciable por su crueldad, o bastante inclinado a hacer daño, o ⟨excesivamente adulador con sus superiores⟩, o demasiado pagado de la ostentación del poder: confieso que no he conseguido ni leer ni oír sobre ninguno así dotado en todos los sentidos según el rico testimonio de nuestra época. Y 9
si, por casualidad, un puntilloso lector de antigüedades nos presentara a Menófilo[346], el eunuco del rey Mitridates del Ponto, que recuerde esta puntualización: no nos ha llegado nada sobre él, excepto lo que sólo demostró honrosamente en el momento de su muerte. El rey mencionado, vencido por los romanos y 10
por Pompeyo en la enorme batalla, en su huida hacia los reinos de la Cólquida, dejó en la fortaleza de Sinorio[347], a cargo de Menófilo, a una hija suya ⟨en edad casadera⟩ llamada Dripertina, afligida por graves dolencias. Dado que Manlio Prisco[348], legado del general, comenzó a sitiar la fortificación en que estaba

[346] La narración nos ha llegado sólo a través de este texto. Se podía datar en los años 66-65 a. C. Dipertina es mencionada en VALERIO MÁXIMO, I 8, extr. 13, donde se da cuenta de su enfermedad: le afeaba extraordinariamente el tener una doble fila de dientes.

[347] En las fronteras entre la gran Armenia y la pequeña Armenia, cerca del mar. Construida, al tiempo que otros sesenta y cuatro fuertes, por Mitrídates Eupator el Grande para guardar sus tesoros, según ESTRABÓN, XII 3, 28, en cuya obra aparece con el nombre de Sinoria. Véase PLUTARCO, *Vida de Pompeyo* 32 y 36. La localización probablemente corresponde a la actual Sunnur.

[348] Los manuscritos oscilan entre las lecturas *Manlius* o *Mallius*. Por otra parte, no consta un legado de Pompeyo con tal nombre, como señalan los comentarios de Amiano al uso. Es posible que se trate de una confusión entre A.? Manlio Torcuato (pretor alrededor del año 76 a. C.), que fue legado de Pompe-

custodiada, y los defensores eran de la opinión de pensar en la rendición, él, que guardaba para su padre con las mayores medidas de seguridad a la joven, ya completamente curada con todo tipo de remedios, por temor a que la noble doncella, para vergüenza de su padre, sobreviviese cautiva y deshonrada, tras darle muerte, inmediatamente se clavó la espada en las entrañas. Volveré ahora al lugar del que me aparté.

Delaciones y calumnias en la corte de Constancio y rapacidad de los cortesanos

8 Después de la derrota de Marcelo, del modo que he narrado[349], y ⟨su vuelta⟩ a Sérdica[350] —de donde procedía—, en la corte del Augusto se seguían perpetrando fechorías numerosas e innombra-
2 bles so capa de proteger su majestad imperial. Pues si alguien había consultado a un experto sobre el chillido de un ratón[351] o el hallazgo de una comadreja, o cualquier otra señal semejante; o si había recurrido al encantamiento de una vieja para

---

yo el año 67 a. C. para la costa oriental de Hispania y las Baleares, al que se prorrogó el mandato por tres años más, y C. Manilio (¿Crispo?) tribuno de la plebe del 66, al que se debió la ley Manilia, por la que se adjudicó a Pompeyo el mando de las provincias de Cilicia, Bitinia y Ponto, y la guerra contra Mitrídates. Para la datación y cargos, véase T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of the Roman Republic*. Nueva York, American Philological Association, 1952, vol. II, págs. 149-156.

349 Cf. *supra* XVI 7, 1-3.

350 La actual Sofía, en Bulgaria.

351 Dice PLINIO, *Hist. Nat.* VIII 221: «este animal (scil. el ratón) no se ha de menospreciar en los presagios, incluso los relativos al Estado», añadiendo ejemplos históricos (véase también *ibid.* VIII 222). Asimismo, afirma VALERIO MÁXIMO, I 1, 5: «el oír el chillido de una rata de campo fue razón suficiente para que Fabio Máximo abandonara su dictadura y Gayo Flaminio cediera el mando supremo de la caballería». A su vez, CICERÓN en *Sobre la adivinación* I 99 y II 59 se hace eco de la creencia. Estos datos implican una intención marcada en la afirmación de Amiano, que aparentemente ridiculizaría el exceso de

calmar un dolor —cosa que incluso la autoridad médica admite[352]—, delatado y arrastrado a juicio, reo de lo que no podía ni sospechar, era castigado con la muerte.

⟨Más o menos por este mismo tiempo, a cierto siervo llamado 3
Dano[353]⟩, sólo por asustarle, su mujer ⟨le había acusado⟩ de unos delitos leves. ⟨El que le tendió un lazo a ella⟩ —⟨a la que conocía no se sabe de qué⟩— fue Rufino, todavía entonces jefe de los empleados de la prefectura del pretorio por su servilismo. Hemos recordado[354] que Africano, gobernador en Panonia entonces, había sufrido la muerte, junto con sus invitados, cuando él lo denunció de ciertas cosas conocidas a través del agente público Gaudencio. Él mismo —según relataba con la mayor jactancia—, tras 4
un vergonzoso adulterio, arrastró a un arriesgado engaño a esta mujer ligera. La convenció con una sarta de mentiras de acusar del crimen de lesa majestad a su marido, inocente, y de fingir que ocultaba con la complicidad de algunos un paño púrpura[355] roba-

celo en los procesos, pero contiene una referencia más profunda a la prohibición de los cultos paganos. Por otra parte, en el *Código Teodosiano* IX 16, 4 y 5 se prohíbe consultar a los adivinos y realizar conjuros contra terceros, bajo la pena máxima. Estas leyes se dieron en el noveno consulado de Constancio Augusto y el segundo de Juliano César, el año 357. Hay constancia, además, de procesos por magia muy anteriores, tan claros como el que dio lugar a mediados del siglo II d. C. a la *Apología* de Apuleyo, cuya acusación se habría basado en la silana *Lex Cornelia de sicariis et ueneficiis*, del año 81 a. C.

[352] «Los médicos de los antiguos tiempos conocían incluso ciertos encantamientos como remedios para curar heridas», dice APULEYO en *Apología* XL 4, donde remite a *Odisea* XIX 456 y ss: «vendáronle hábilmente la herida, restañaron la negruzca sangre con un ensalmo y volvieron todos a la casa paterna».

[353] En otras ediciones Davo o Daco.

[354] Cf. XV 3, 7-11.

[355] Con la mención del paño púrpura se alude al poder imperial. El féretro solía cubrirse con tejidos ricos; S. JERÓNIMO, *Ep. 39 a Paula sobre la muerte de Blesilla*, 1: «según es costumbre, se preparan las exequias, y precedida de un cortejo de nobles, se cubre el féretro con un paño dorado». Cf. Amiano, XXVIII 4, 8.

5 do del sepulcro de Diocleciano[356]. Pergeñado así el plan para perdición de muchos, él en persona vuela al campamento del emperador con sus aspiraciones a un poder mayor, a fin de levantar las acostumbradas calumnias. Y, conocido el hecho, se da orden a Mavorcio, entonces prefecto del pretorio y hombre de extraordinaria fortaleza, de juzgar el delito con una información rigurosa, en unión de Úrsulo[357], conde del tesoro, igual-
6 mente persona de severidad indiscutible. Así pues, exagerado el proceso, según el gusto del tiempo, cuando no se había encontrado nada, depués de someter a tormento a mucha gente, y los jueces dudaban indecisos, la verdad sofocada tuvo por fin un respiro; en el abismo de la necesidad, la mujer confiesa que Rufino es el promotor de toda la maquinación, sin omitir la bajeza del adulterio; e inmediatamente, ⟨después de consultar las leyes, aquéllos, concordes en el amor a la rectitud y a la justicia⟩,
7 condenaron a los dos a pena de muerte. Al saberlo, Constancio, alterado y como si llorase la desaparición de un defensor de su vida, con jinetes enviados a toda velocidad, ordenó mediante amenazas que Úrsulo volviera a la corte. ⟨Éste, cuando hubo llegado allí y solicitó audiencia para ver al príncipe, encontraba

[356] «Diocleciano envejeció, como un ciudadano común, en una villa que no está lejos de Salonas» (EUTROPIO, IX 28). Como es sabido, el retiro se produjo el año 305 y su muerte posiblemente en 313. La villa, de carácter monumental, fue construida en un emplazamiento llamado *Aspalathos*, según el esquema de un campamento miltar. Sobre sus ruinas se construyó la actual Split, en Croacia. Fue la más importante colonia de la zona en la época. Cuenta con importantes excavaciones que muestran restos cuya datación más antigua se remonta a época de César, fundador de la *Colonia Martia Iulia Salona*, y se extienden a lo largo de todo el período romano.

[357] Conde del tesoro entre los años 355-361. Más tarde fue juzgado y condenado a muerte por la comisión de Calcedonia, por la animadversión de una parte del ejército. Su muerte es presentada por Amiano como una ingratitud de Juliano (véanse XX 11, 5 y XXII 3, 7-9), en lo que coincide con LIBANIO, *Discurso* XVIII 152.

obstáculos en los cortesanos para poder comparecer[358]⟩ a defender la verdad; pero él, tras rechazar a los que se lo impedían, forzó el paso sin inmutarse y, tras entrar en el consistorio, con libertad de palabra y de espíritu dio a conocer lo ocurrido; y ya tapadas las bocas de los aduladores con esta seguridad, libró al prefecto y a sí mismo de un grave peligro.

Entonces sucedió entre los aquitanos algo que la fama di- 8
fundió ampliamente. Un viejo astuto fue invitado a un elegante y refinado banquete, como hay en gran número en estas regiones; al ver las bandas ⟨de púrpura⟩ de los cobertores de lino de los lechos tan largas que, por la destreza de los sirvientes, se unían entre sí y la mesa revestida con unos paños semejantes, llevando la parte delantera de la clámide[359] hacia adentro con las dos manos, dispuso todo el aparato como si fuese un manto imperial. Este asunto arruinó el patrimonio del acaudalado.

Cierto agente público con parecida mala intención, en His- 9
pania, invitado igualmente a una cena, al oír que los esclavos que llevaban las luces al caer la tarde exclamaban, según la costumbre, «venzamos»[360], ⟨interpretó los términos en sentido de amenaza⟩, e hizo desaparecer la noble casa.

---

[358] Pasaje muy discutido. Sigo a Rolfe y Sabbah, que mantienen la propuesta de Novak.

[359] La antigua capa de los guerreros griegos, convertida en el tardo Imperio en distintivo de los dignatarios imperiales; teñida por completo de púrpura, era símbolo del poder del emperador. Por otra parte, el pasaje es considerado oscuro de forma unánime por los comentadores, que coinciden en que no está claro de qué forma exacta se organizan los paños, aunque sí que se les da la forma de manto imperial al unirlos entre sí.

[360] Es decir, «venzamos la oscuridad». Una fórmula utilizada al encender las luces. VARRÓN recoge una costumbre similar (*Lengua Latina* VI 4: «también los griegos cuando se traen las luces suelen decir *phós agathón* [*scl.* 'buena luz']»). Indudablemente, el grito es interpretado en el sentido de vencer en una conjuración.

10 Sucesos de semejante cariz se prodigaban progresivamente porque Constancio, ⟨temeroso de un ataque y preocupado por su vida, siempre sospechaba que iba a sufrir un atentado⟩ como Dionisio[361], aquel tirano de Sicilia, que por el mismo defecto hizo a sus hijas aprender el oficio de barbero, para no confiar a un extraño su rostro para que se lo afeitasen; rodeó de un profundo foso la pequeña estancia en que solía descansar y le puso un puente desmontable, cuyos postes y traviesas se llevaba consigo cuando iba a descansar, y volvía a ensamblarlo para salir al
11 comienzo del día. Asimismo los poderosos de palacio pregonaban al son de las trompetas estos peligros públicos, con el fin de reunir los codiciados bienes de los condenados y de que hubiese materia para instruir sin impedimentos procesos por las fin-
12 cas colindantes con las suyas. Pues, tal como ha revelado de modo trasparente la documentación, el primero de todos, Constantino[362] abrió las fauces de los de su entorno, pero Constancio
13 los cebó con los tuétanos de las provincias[363]. Bajo éste, los jefes de cada rango se inflamaron en una ilimitada ambición de riquezas sin discernimiento de la justicia y de la rectitud: Rufino, prefecto del pretorio, entre los jueces civiles; y entre los militares Arbición, jefe de la caballería; el chambelán Eusebio;

[361] Véanse notas a XIV 11, 30 y XV 5, 37. Cuentan versiones similares PLUTARCO, *Vida de Dionisio* 9; DIODORO, XX 63, 3; CICERÓN, *Tusculanas* V 58-59 y VALERIO MÁXIMO, IX 23, 4.

[362] «Todo habría parecido semejante al orden de los dioses si él (scil. Constantino) no hubiera facilitado a personas poco dignas el acceso a los cargos públicos» (AURELIO VÍCTOR, *Libro de los Césares* XLI 20).

[363] Bastante más moderada es la expresión de AURELIO VÍCTOR, *Libro de los Césares* XLII: «Estas cualidades, tan grandes y tan brillantes, han sido oscurecidas por su escaso interés en controlar a los gobernadores de provincias y los jefes militares, al mismo tiempo por las inadecuadas costumbres de la mayor parte de los funcionarios [...] Para decirlo en pocas palabras, como nadie es más preclaro que el propio emperador, nadie es más cruel que la mayoría de sus subordinados».

⟨...⟩ano[364] el cuestor; incluso en la ciudad los Anicios[365] ⟨cuya descendencia⟩, inclinada a la emulación de sus antepasados, jamás pudo saciarse con posesiones mucho mayores.

Negociaciones de paz con los persas

Entretanto, en Oriente los persas intentaban conseguir botines de hombres y ganados por medio de hurtos y pillajes más que por escaramuzas, como antes solían; a veces los lograban por sorpresa; otras, superados en número por los soldados, los abandonaban; en ocasiones ni siquiera les era posible atisbar lo que pu- 9
diera robarse. A su vez, el prefecto del pretorio Musoniano, 2
hombre muy versado en buenas artes, como he dicho[366], pero venal y dispuesto a apartarse de la verdad por dinero, estaba averiguando los planes de los persas mediante algunos espías expertos en mentir y envolver, después de captar a Casiano[367],

[364] Después del nombre del chambelán el texto presenta una laguna. Se han mantenido diversas hipótesis —Luciniano y Veriniano—, sin poderse concluir nada definitivamente.

[365] Familia conocida por inscripciones ya de época republicana. La misma aversión hacia ellos está presente en Zósimo: «sólo a la casa de los llamados Anicios afligía aquello que a todos en común parecía contentar, pues al detentar ellos solos las riquezas de, por así decirlo, todos, soportaban de mal grado la prosperidad general» (VI 7, 4). Durante los siglos IV y V la familia gozó de gran riqueza y poder. En la época de Amiano pertenecen a ella, entre otros, los prefectos de la ciudad Q. Clodio Hermogeniano Olibrio, el año 369-370, que merece un juicio muy favorable de Amiano (XVIII 1, 8), y Anicio Auquenio Baso, el año 382, cristiano de influencia notable. Respecto a esta familia, las posiciones son encontradas: mientras los autores paganos, como los dos citados, hacen gala de una enemistad patente hacia ella, los cristianos la alaban, precisamente por la antigüedad de su fe cristiana (Prudencio, *Contra Símaco* I 553; Casiodoro, *Varia* X 11).

[366] Cf. XV 13, 1-2.

[367] Ocupa el cargo los años 356-363. Posteriormente presente en Nísibe (véase XIX 9, 6).

jefe de Mesopotamia, hombre endurecido en campañas y peli-
3 gros varios. Cuando por las afirmaciones unánimes de los observadores, éstos llegaron a saber claramente que Sapor[368], en las fronteras más lejanas de su reino, después de un abundante derramamiento de sangre de los suyos, estaba rechazando con dificultad a los pueblos enemigos, tantearon a Tamsapor[369], gobernador del territorio que limita con el nuestro, en conversaciones secretas a través de soldados desconocidos, para que, si la fortuna lo favorecía, convenciese al rey por carta de que firmase por fin la paz con el emperador romano; así, conseguido esto, en paz por el flanco occidental, caería sobre sus eternos
4 enemigos. Tamsapor se avino y, convencido por ellos, dice al rey que Constancio, implicado en durísimas guerras, solicita la paz por emisarios[370]. Mientras llegaron estas noticias al territorio de los quionitas y a los eusenos[371], en cuyos confines invernaba Sapor, pasó un largo período de tiempo.

---

368 Rey de Persia entre los años 309-379. Fue elevado al trono por los nobles, tras la deposición de su hermano Adanarses. En guerra con Roma desde el año 336, de forma discontinua, recuperó parte de Armenia y Mesopotamia y concluyó las conquistas párticas de Asia Menor y Tracia (véanse XIX 2-9, XX 7, 6-8, 1; XXV 1-3 y 5-10 ; XXVII 12; XXIX 1, 4, y XXX 2).

369 General persa del año 356 al 359. Identificado como Sabur tam Sabur, con rango de príncipe y cuyo sobrenombre significa 'el fuerte'. El texto latino habla de él como *dux*, sin duda para referirse a su autoridad de sátrapa (véase XVII 5, 1 y XVIII 5, 3).

370 Véase nota a XVII 5, 11-12.

371 Pueblos limítrofes de los persas (véase XVII 5, 1). Los quionitas participaron junto a éstos y bajo las órdenes de Grumbates en el asedio de Amida (véase XIX 1, 7). Los eusenos (según Seyfarth, cusenos) han sido relacionados con la ciudad de Eusena en la costa de Paflagonia, entre Halisos y Halis (véase XVIII 6, 22).

Entrada militar y con aire triunfal de Constancio Augusto en la ciudad de Roma

Mientras en las regiones de Oriente y 10
en las Galias se toman estas disposiciones según lo permiten las circunstancias, Constancio, *como si* estuviera cerrado el templo de Jano[372] y la totalidad de los enemigos sojuzgada, estaba impaciente por efectuar su entrada[373] en la Ciudad, para celebrar sin derecho a ello el triunfo[374] tras la muerte de Magnencio a costa de la sangre de los romanos[375]. Pues por sí mismo no había dominado a ningún pueblo 2
en guerra, ni lo había declarado vencido por el valor de sus ge-

[372] La clausura de las puertas del templo de Jano significaba que todo el Imperio estaba en paz. Se trataba de un pequeño edificio, situado en el foro, el *Ianus Geminus*, que consistía en un pasaje de arcos con puertas en sus lados Este y Oeste.

[373] El emperador entra solemnemente en Roma en una ceremonia que en la época recibe el nombre de *aduentus* y es análoga a la antigua celebración del triunfo. Amiano indica sarcásticamente la ausencia de las condiciones que debían acompañarla. Además de los motivos aducidos por él, se han subrayado otros: éxito sobre los alamanos, mejora de las relaciones con la Iglesia y celebración de los *vicennalia* de Constancio como Augusto. La ceremonia ha sido muy estudiada principalmente por S. MacCormack. El propio Amiano da las líneas maestras de hasta qué punto estos acontecimientos se consideraban normales: en XV 8, 21 sobre el *aduentus* en Vienne de Juliano, todavía César, y en Sirmio, ya Augusto en XXI 10, 1-2. Todo ello puede ayudar a matizar el juicio sobre el presente texto. El discurso de recepción que se ofreció a Constancio II se nos ha conservado en TEMISTIO, *Discurso* III.

[374] Se refiere al desfile en Roma de la máxima celebración de un general victorioso, para el cual era necesaria una gran victoria sobre un enemigo extranjero, con, al menos, 5.000 enemigos muertos. El triunfador, vestido con la toga, coronado, y sobre un carro, partía del campo de Marte y pasaba por el arco de triunfo, el circo Flaminio, el circo Máximo y la vía Sacra, hasta llegar al templo de Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio, donde depositaba la corona y el cetro de marfil. Al desfile se unían senadores y magistrados.

[375] La misma idea se encuentra en XXI 16, 15, en el elenco de virtudes y vicios de Constancio II.

nerales, ni incorporó territorio alguno al Imperio, ni en el más grave peligro se le vio en lugar alguno el primero o entre los primeros[376], salvo para hacer ostentación[377] de un larguísimo cortejo de estandartes bordados en oro y del esplendor de su guardia personal ante el pueblo que vivía totalmente en paz y que jamás tuvo ni la esperanza ni el deseo de ver tales ni se-
3 mejantes cosas. Quizá ignoraba que algunos de los antiguos emperadores ciertamente durante la paz se contentaban con sus lictores[378], pero cuando el ardor de los combates no podía tolerar la inactividad, uno[379] bajo el rabioso soplo helado de los

[376] En el mismo sentido Eutropio, X 10, 1. En contra, Festo, *Breviario*, 27: «Constancio combatió contra los persas con variado y difícil desenlace. Aparte de las escaramuzas menores de frontera, hubo guerra nueve veces en confrontaciones más graves; actuó en siete ocasiones por medio de sus generales, dos estando él presente». Indica el mismo número de guerras S. Jerónimo, *Crónica*, a. 348, incluyendo una referencia a la batalla de Síngara del año 348. Dice Juliano, *Discurso I, Elogio del emperador Constancio,* 17, 22 c : «tras haber atravesado muchas veces aquel río (scil. el Tigris) con las tropas y haber pasado largo tiempo en tierra enemiga, volviste triunfante con los trofeos levantados sobre la infidelidad, falta de hombría de bien y cobardía de los partos» (véanse también 18-20, 22d- 26a, Amiano XVII 5, 13, Libanio, *Discurso XLIX, Elogio de los emperadores Constancio y Constante* 73-78 y 99-121, S. Jerónimo, ann. 348 y Orosio, VII 29, 61).

[377] De manera muy diferente se expresa Juliano, al hablar de la batalla de Síngara del año 348, en el *Discurso I, Elogio del emperador Constancio*: «tú permaneciste en armas todo el día y toda la noche, compartiendo la lucha con los vencedores y llevando ayuda rápidamente a los que estaban en dificultades» (24d-25a).

[378] Como se sabe, son asistentes que precedían, portando los *fasces*, a los magistrados dotados de *imperium*. Se subraya aquí que se trata de una institución propia de las funciones civiles de los magistrados temporales. Por otra parte, es significativo que Marco Aurelio, I 17, 5, en una enumeración de dones de los dioses y de la fortuna incluye «hacerme comprender que en la corte se puede vivir sin guardia personal», entre otras muestras de sobriedad, muy relacionadas con su vida de emperador filósofo.

[379] Véase Lucano, *Farsalia* V 537 y ss; Plutarco, *Vida de César* 38, 2-3.

vientos se había confiado a la barquilla de un pescador, otro[380], conforme a los ejemplos de los Decios, había ofrecido la vida por la patria, otro[381] había explorado el campamento enemigo por sí mismo con unos soldados del más bajo rango, finalmente algunos habían brillado por magníficas hazañas, de forma que encomendaron ⟨sus alabanzas⟩ al recuerdo célebre de la posteridad.

Así pues, tras haberse realizado grandes gastos en el cortejo 4
⟨regio y haberse concedido recompensas a cada cual según sus méritos, en la segunda⟩ Prefectura de Órfito, después de atravesar Ocrículo[382], ensalzado por grandes honores y escoltado por temibles escuadrones, fue conducido como en formación de combate con la mirada de todos fijamente clavada en él en un prolongado espectáculo. Según se aproximaba a la ciudad, con- 5
templando con rostro impasible las ceremonias del Senado y las venerables efigies del linaje patricio no consideraba, como aquel Cineas[383] enviado de Pirro, que se encontraba allí una multitud de reyes aunada, sino un refugio de malhechores del mundo entero. Cuando después volvió la vista a la plebe, se 6
asombraba de la ⟨multitud⟩ de gentes de toda raza y procedencia que habían confluido en Roma. Y como para intimidar con

---

[380] Véase AURELIO VÍCTOR, *Libro de los Césares* XXXIV 3-4: se refiere a Claudio II el Gótico.

[381] Galerio Maximiano, antes de atacar y vencer al rey persa en la gran Armenia, había reconocido las posiciones enemigas en persona y acompañado por dos jinetes (véanse EUTROPIO, IX 25 y FESTO, 25).

[382] Pequeña localidad al norte de Roma en la vía Flaminia, última localidad umbra antes del Lacio.

[383] Véase PLUTARCO, *Vida de Pirro* 23, que califica al senado de «asamblea de muchos reyes». Dice CICERÓN, *Sobre los deberes* II 8 (26): «mientras el Imperio romano mantenía su señorío con beneficios, no con injusticias, las guerras se emprendían o para defender a los socios o para mantener la supremacía; el Senado era el puerto y el refugio de reyes, de pueblos y de naciones».

el brillo de su armamento al Eufrates o al Rin, precedido de una doble fila de insignias, iba sentado él solo en un carro de oro, que relumbraba con los destellos de la pedrería multicolor, con cuyo resplandor parecía confundirse cierto fulgor discontinuo.
7 Tras otros muchos que le precedían, le rodeaban los dragones[384] tejidos en hilo púrpura, sujetos a puntas de lanzas doradas y adornadas con gemas, dispuestos para inflarse al viento por sus anchas fauces, de modo que emitían silbidos como agitados por
8 la ira, dejando ondear al aire los anillos de sus colas. Después también desfilaba a continuación una doble hilera de hombres armados de rodelas[385] y cascos con crestón, que relucían con brillo centelleante, cubiertos por resplandecientes corazas; y, entremezclados, los jinetes catafractarios[386], a los que llaman

[384] El tipo más frecuente de estandarte en el siglo IV, posiblemente introducido en el siglo II en el ejército romano por la caballería auxiliar sármata. Consistía en la imagen metálica de la cabeza de un dragón con la boca abierta, fijada sobre una pica alta; a la cabeza se unía un largo tubo de tejido. CLAUDIANO, en *Panegírico al tercer consulado del emperador Honorio* (año 396), los describe del siguiente modo: «Unos alzan aladas águilas, otros levantan bordados cuellos de dragones. A través de las nubes se irritan numerosas serpientes enfurecidas por el Noto que las excita; viven tras recibir los soplos del viento y con sus múltiples ondulaciones imitan los silbidos verdaderos» (vv. 141 y ss.).

[385] Traduzco *clipeati* por «armados de rodelas», por referirse al escudo redondo *(clipeus)*. «Cascos de crestón» corresponde a *cristati*. LIVIO, IX 40, 3, observa: «[...] los cascos con crestón, que daban la impresión de mayor estatura».

[386] Éste es el lugar clásico para la descripción de este cuerpo de la guardia imperial juntamente con JULIANO, *Discurso I, Elogio del emperador Constancio*, 37c (30): «Estabas al frente de una infinita muchedumbre de caballeros que avanzaban sobre sus caballos como estatuas a las que se han añadido los miembros a imitación de la naturaleza humana. Desde el extremo de los puños hasta los codos, y desde allí hasta los hombros, una coraza de mallas se adapta al pecho y a la espalda, y un casco de hierro que cubre el propio rostro proporciona el aspecto de una estatua brillante y reluciente, ya que, además, ni las piernas ni los muslos ni las extremidades de los pies han quedado desprovistos de esta armadura. Y al ir articulados a la coraza por una especie de tejido de

clibanarios, con cascos provistos de máscara[387], protegidos por lorigas y ceñidos con cinturones de hierro, de tal forma que parecían estatuas talladas por la mano de Praxiteles, no hombres. Iban cubiertos por una malla de ligeros anillos de metal, adaptados a los movimientos del cuerpo y extendidos por todos sus miembros, de forma que si se veían en la necesidad de mover las articulaciones en uno u otro sentido, la vestimenta se adaptaría adecuadamente en un perfecto ajuste.

Así pues, el Augusto, aclamado con vivas de buenos augu- 9
rios[388], no se estremeció por el fragor tonante ⟨de montes⟩ y ri-
beras, mostrándose inmóvil tal como en sus provincias. Pues ya 10
inclinaba su minúsculo cuerpo al entrar por las altas puertas, ya, dirigiendo su mirada al frente, como con el cuello guarnecido, no volvía el rostro a derecha ni a izquierda, como una efigie humana; ni se le vio nunca hacer un gesto cuando le sacudían las ruedas, ni toser ni secarse o limpiarse la boca o la nariz, ni mo-

delgados anillos, ningún miembro del cuerpo podría ser visto desnudo, puesto que están protegidas incluso las manos por este tejido, de forma que también permiten la flexión de los dedos», etc. (Véase también nota a XVI 2, 5).

387 En XXV 1, 12, describe Amiano: «llevaban una especie de cascos que les cubrían la cara y que estaban [...] perfectamente adaptados a su cabeza». Amiano se refiere a los persas, pero en el texto citado en la nota anterior Juliano habla de ellos dentro del ejército romano. Se conservan ejemplares de estos cascos romanos con máscara, por ejemplo, en el Museo Regional de Würtemberg en Stuttgart (un ejemplar de la segunda mitad del siglo II d. C.), en el Arqueológico de Estambul (principios del siglo I d. C), en el Museo provincial G. M. Kam de Nimega (segunda mitad del siglo I d. C.) y en el Museo Real de Escocia en Edimburgo (finales del siglo I d. C.).

388 Se expresa en parecidos términos CLAUDIANO, *Panegírico al sexto consulado del emperador Honorio*, 611 y ss: «la púrpura imperial devuelve los saludos al pueblo reunido en las gradas del circo, cuando resuena, elevado al cielo con el apoyo del cóncavo recinto, el estrépito de la plebe tras haber sido saludada y el eco repite al unísono por todas las siete colinas el nombre del Augusto».

11 ver la mano[389]. Cosas que, aunque eran afectadas, realmente éstas y algunas otras de su vida posterior eran muestras de una resistencia no pequeña, sólo a él concedida, según se podía pensar[390].
12 Porque durante todo el tiempo de su mandato no admitió que nadie se sentase junto a él en el carruaje, ni asoció a ningún ciudadano en la trábea[391], como hicieron príncipes divinizados, y, con un inaccesible aire de arrogancia, observó muchas reglas semejantes como justísimas leyes —las omito, al recordar que las he mencionado cuando eran del caso.

13 En efecto, después de entrar en Roma, hogar del Imperio[392] y de todo poderío, cuando llegó a los *Rostra*[393], quedó anonadado ante el foro gloriosísimo de la vieja potencia ; y allá donde dirigiese su mirada, deslumbrado por la abundancia de maravillas —cuando hablaba a la nobleza en la Curia[394] y al pueblo desde la

[389] El rasgo aquí descrito es significativo en la descripción que hace Amiano de Constancio II, hasta el punto de incluirlo en el sumario de sus vicios y virtudes del libro XXI, tras el relato de su muerte (véase XXI 16, 7). En sentido laudatorio toca el mismo tópico LIBANIO, *Discurso* LIX 122 a, quien presenta la alteración del rostro como un defecto y un rasgo de locura; más sintéticamente EUTROPIO, X 15, 2, y AURELIO VÍCTOR, *Libro de los Césares* XLII 23.

[390] La misma idea se encuentra en XXI 16, 1.

[391] Materialmente, la vestidura de gala, adornada con una franja de color púrpura. Empleado como una sinécdoque, el término se refiere al consulado, pues este atributo se refería principalmente a esta magistratura. Amiano subraya en XXIII 1, 1 el proceder contrario de Juliano.

[392] La expresión correspondiente en griego se encuentra en HERODIANO, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio* II 19, 9.

[393] Tribuna de los oradores que se alzaba en el *comitium* a partir de 338 a. C., donde se instalaron los espolones *(rostra)* de las naves de los anciates, las leyes de las Doce Tablas y diversas efigies de importantes personajes históricos. Sufrieron desplazamientos de lugar y modificaciones arquitectónicas en las épocas augústea, flavia y severiana. Probablemente en esta época se trata de la última reforma, llamada vandálica.

[394] Sede del Senado, edificio que cerraba al sudeste el área del *comitium* entre el *Argiletum* y el arco de Septimio Severo. En la época del texto se trataría

tribuna, y al ser recibido en palacio con múltiples aclamaciones— disfrutaba de tan anhelado gozo[395]; a menudo, cuando ofreció juegos ecuestres, se divertía con la chispa del pueblo, ni altivo ni desprovisto de su inveterada libertad[396], mientras él, también entonces, mantenía cumplidamente la compostura debida. Pues
14 no hacía, como en otras ciudades, que las competiciones terminasen a su parecer, sino que las prolongaba, según la tradición, de acuerdo con las variadas circunstancias.

Después, dentro del recinto[397] de las siete colinas, al reco-

---

de la *Curia Iulia* que inauguró Augusto el año 29 a. C., después de la demolición de la primitiva *Curia Hostilia*, y que sufrió restauraciones el año 283 y el 303 d. C. Se trata de un edificio en ladrillo de planta rectangular, que puede verse hoy según la reconstrucción de los años 1930.

[395] La expresión de la alegría por entrar en una ciudad es uno de los lugares retóricos específicos del discurso de llegada, según prescribe Menandro el rétor para diferentes partes del discurso (II 378, 381): «y como capítulo exclusivo del discurso de llegada, lo de la alegría; los demás son comunes» *(ibid.* 385). Asimismo, el ensalzamiento de los lugares y construcciones que en ella se encuentran son temas obligados (cf. *ibid.* II 382). En este pasaje, Amiano parece evocar o fingir el discurso de llegada de Constancio. Coincide en la narración del recorrido SÍMACO, *Relatio* III 7: «siguiendo gozoso al Senado por todas las calles de la Ciudad Eterna contempló con agrado los templos, leyó los nombres de los dioses inscritos en las alturas, oyó el origen de los templos, admiró a sus fundadores».

[396] Según TEODORETO, *Historia Eclesiástica* II 16 y 17, 3, Constancio había expulsado al papa católico Liberio (cf. XV 7, 6) y había puesto en su lugar al arriano Félix. Posteriormente repuso al primero, sin quitar al segundo. Así las cosas, en el circo, con motivo de las carreras, el pueblo dividido en dos grupos, según el color de los equipos, coreó: «un solo Dios, un solo Cristo, un solo obispo» *(ibid.* 4), tras lo cual fue depuesto Félix. Expresiones similares a las de Amiano acerca de la actitud de la plebe en NAZARIO, *Panegírico en honor de Constantino* 35, 3.

[397] Literalmente «dentro de las cimas de las siete colinas». La expresión, una variación del término «*septimontium*», se refiere genéricamente a las siete colinas que se considera dieron origen a Roma, incluidas posteriormente en el recinto de la muralla Serviana (véase VARRÓN, *Sobre la Lengua Latina* 5, 41-50).

rrer los sectores de la ciudad situados en las alturas, en las zonas bajas y en los suburbios, se mostraba expectante de que lo presente aventajase a cuanto anteriormente había visto[398]: el santuario de Júpiter Tarpeyo[399], cuanto lo divino supera a lo terreno; las termas[400] construidas con las dimensiones de una provincia; la mole del anfiteatro[401], levantada con piedras de

---

398 La técnica retórica de la comparación es prescrita para la ocasión por MENANDRO EL RÉTOR, II 386. Además, en XIV 6, 1-7 el propio Amiano emplea la comparación, en ese caso *in contrarium*, en un pasaje de naturaleza epidíctica sobre Roma.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que, según Amiano, Constancio II «se apartó de la retórica por tener una inteligencia falta de agudeza» (XXI 16, 4). Por tanto, no puede sorprender que las comparaciones sean un tanto curiosas, como el resto de la actuación personal del emperador, según la imagen del Augusto que traza Amiano.

399 Sobrenombre de Júpiter Capitolino, porque al Capitolio se le daba también el nombre de *Tarpeiana arx*. Se trata del templo de Júpiter óptimo Máximo, dedicado a la tríada capitolina, con tres *cellae*, la central dedicada a Júpiter. Emplazado en el área Sur de la colina del Capitolio. Las fuentes literarias hacen remontarse a Tarquinio Prisco o a Numa Pompilio la decisión de construirlo, y su inauguración al tiempo de la expulsión de Tarquinio el Soberbio. Sufrió diversos incendios, reconstrucciones y enriquecimientos. Como es sabido, era centro de la vida civil y militar de Roma.

400 La comparación de las termas con provincias es hiperbólica y, posiblemente, un sarcasmo de Amiano. La grandiosidad de los edificios termales, especialmente de las termas llamadas imperiales, es cierta. Pueden tomarse como punto de referencia las Antoninianas (vulgarmente conocidas como Termas de Caracalla), con capacidad para 1.500 usuarios; y más aún las de Diocleciano, para 3.000 personas, que poseían un diseño arquitectónico cuidadísimo y complejo.

401 Hoy conocido vulgarmente con el nombre de Coliseo, se trata del anfiteatro Flavio. Iniciado por Vespasiano e inaugurado por Tito, recibió su organización definitiva en tiempo de Gordiano III. Articulado en cuatro órdenes en *opus quadratum* de travertino. Dispuesto en forma elíptica, su eje menor es de 156 m; el mayor, de 188; la superficie de la arena es de 3.357 m^2. La altura del edificio es de 152 m.

Tíbur[402] ensambladas, cuya altura apenas alcanza la vista humana; el Panteón[403], semejante a un distrito[404] de planta circular abovedado a una majestuosa altura; las altas columnas[405] alzadas sobre plintos escalonados, que sostienen las estatuas de los emperadores anteriores; y el templo de la Urbe[406] y el foro de la Paz[407],

---

[402] Es decir, travertino; la estructura, el pavimento del primer orden, los muros del perímetro, los vanos de escalera, las paredes de la galería de servicio y las estructuras hipogeas eran de ese material.

[403] Construido por primera vez el año 27 a. C. por Agripa y dedicado a las doce divinidades mayores, fue reconstruido y modificado en tiempo de Adriano. Ocupaba un lugar central en el *Campus Martius*. En esa época fue organizado de acuerdo con complejas proporciones matemáticas y muy enriquecido por materiales nobles. Al parecer, en época adriánea fue utilizado como aula imperial.

[404] La ciudad se dividió en cuatro *regiones* en tiempo de Servio Tulio (LIVIO, I 43, 13) y en veinticuatro en época de Augusto (SUETONIO, *Augusto*, 30). En la tarda Antigüedad, Roma estaba dividida en nueve *regiones*. Supuestamente, el Panteón sería tan extenso como uno de estos distritos urbanos, en una hipérbole similar a la usada en XXIX 5, 13, en que se dice que un *fundus* había sido construido *in modum urbis*.

[405] Las columnas de Trajano y Marco Aurelio, conservadas hoy junto al Foro de Trajano y en Piazza Colonna. El prototipo parece ser la de Trajano, construida por Apolodoro de Damasco. Consta de 17 bloques circulares de mármol de Carrara sobre un alto basamento, y se remataba con un capitel, que estaba coronado con la estatua del emperador. En su interior se alojaba una urna con las cenizas del emperador y tiene una escalera de caracol, que la recorre hasta arriba. El exterior muestra un relieve continuo en espiral de 23 vueltas con la narración ininterrumpida de las guerras dácicas (101-106 d. C.).

[406] Templo de Venus y Roma, elevado sobre la pendiente de la Velia hacia el Anfiteatro Flavio, en el emplazamiento del vestíbulo de la *domus aurea*. Construido hacia 137, constaba de dos *cellae* contrapuestas destinadas cada una a una de las dos divinidades, la Este a Venus y la Oeste a Roma. Restaurado por Majencio, lo organizó con dos bóvedas contrapuestas, cada una precedida de un pronaos y un próstilo hexástilo.

[407] El conjunto arquitectónico, llamado también templo de la Paz, comenzado por Vespasiano el año 71 d. C. y dedicado el 75 para conmemorar la victoria sobre los hebreos y la conquista de Jerusalén. Era un importante complejo, en el que se hallaba el templo dedicado a la paz, embellecido por

el teatro de Pompeyo[408], el Odeón[409], el Estadio y otras bellezas de la Ciudad Eterna, junto a éstas. Pero cuando llegó al foro de Trajano[410], edificación única bajo el cielo, como pensamos, y admirable incluso en opinión de los dioses, se hallaba sorprendido, atónito, al dirigir su atención a las colosales construcciones, que no es posible expresar de palabra, y que no serán intentadas de nuevo por los mortales. Abandonado todo empeño de proponerse nada semejante, decía que él solamente quería y podía hacer una imitación del caballo de

---

notables obras de arte, y utilizado por los privados como depósito de bienes con objeto de asegurarlos; constaba de diversas aulas, una de las cuales era biblioteca. En otras fuentes recibe el nombre de recinto de la paz (DIÓN CASIO, IXV 15), o foro de Vespasiano (EULALIO ANTIPAPA, *Ep.* a. 418, Migne XVIII 397). En la época de Amiano era una de las sedes de la Prefectura de la Urbe.

[408] Primer teatro construido en piedra en Roma en 55 a. C. (véase TÁCITO, *Anales* XIV 20) y el más importante: situado en el campo de Marte. Había sido levantado por Pompeyo y restaurado por Augusto; Nerón lo hizo embellecer y cubrió la *cavea* con un velo púrpura. Incendiado y restaurado en diversas ocasiones, se consideraba uno de los monumentos más célebres durante toda la época imperial, siendo en realidad un complejo monumental de gran significación en la vida de Roma.

[409] El Odeón fue erigido por Domiciano en el actual emplazamiento del *Palazzo Massimo*, tenía capacidad para 10.600 espectadores; se trataba de un espacio cubierto con forma semicircular en tres lados, y rectilínea en el cuarto, y enriquecido con materiales nobles. El estadio del que se habla refiere al de Domiciano, en el campo de Marte; sobre su estructura se eleva actualmente Piazza Navona.

[410] Construido por Apolodoro de Damasco en las faldas del Capitolio, fue iniciado en tiempo de Trajano y completado en el de Adriano el año 128. Constaba de una plaza, que albergaba la estatua del emperador, y estaba flanqueada por dos pórticos laterales; hacia el sur seguía la monumental basílica Ulpia dividida en cinco naves y en tres planos y con extremos en forma de ábside. A sus espaldas, en un pequeño patio porticado se elevaba la columna. Junto al foro, y separado por una vía, distintas dependencias, antes llamadas mercados de Trajano. Fue el mayor de los foros de Roma.

Trajano[411], que está situado solo en el centro del atrio, y que porta al propio emperador. El príncipe Hormisdas[412], que estaba jun- 16
to a él y cuya huida de Persia hemos dado a conocer anteriormente, le respondió con una sutileza propia de su origen: «Antes, emperador, manda preparar una cuadra a su altura, si te es posible; así el caballo que te propones construir campará tan a sus anchas como éste que vemos». Éste mismo, cuando le preguntaban qué le parecía Roma, decía que sólo le gustaba una cosa, que se había enterado de que también allí los hombres morían.

Por tanto, después de ver multitud de cosas estremeciéndo- 17
se de asombro, se quejaba el emperador de la fama, por incapaz y malintencionada, porque, exagerando mucho todo, se queda atrás en la descripción de lo que hay en Roma; y tras considerar largamente qué haría ⟨allí⟩, decidió añadir a las bellezas de la urbe la erección de un obelisco en el Circo Máximo[413], cuyo origen y disposición daré a conocer en el lugar oportuno.

Entretanto, a Elena, hermana de Constancio y esposa del Cé- 18
sar Juliano, que había sido llevada a Roma so capa de afecto, le tendía asechanzas la Reina[414] Eusebia; ella misma, debido a que

---

[411] Estatua ecuestre del emperador, en bronce, situada en el centro de la plaza del foro. Por representaciones monetales se supone que portaba en la mano izquierda una lanza y en la derecha una victoria alada sobre un globo.

[412] Hermano de Sapor II y de Adanarses, hijos los tres del rey persa Hormisdas (302-309). En el golpe de estado de Sapor II contra el primogénito, Adanarses, él habría huido y se habría refugiado en el Imperio romano. Sobre su fuga véanse Zósimo, II 27 y Zonaras, *Epit.* XIII 6, que presentan variantes. Tuvo un papel importante en la campaña persa de Juliano (cf. XXIV 1, 2 y 8; 2, 4, 11 y 20; 5, 4). Alcanzó la categoría de procónsul (cf. XXVI 8, 12).

[413] Cf. XV 5, 34. Desde época de César se encontraba en este lugar el obelisco de Ramsés II de Heliópolis y desde la de Constantino el de Tutmés III de Tebas; ambos colocados en la *spina* central. Para el obelisco mandado alzar por orden de Constancio II véase XVII 4.

[414] Mantengo la terminología presente en el texto original, *regina,* lo que supone un calco del término griego correspondiente, *basilea.*

no había tenido hijos, la indujo con mentiras a tomar una pócima a tal efecto, para que cuantas veces quedara encinta tuviera abor-
19 tos. Pues antes en la Galia, cuando había dado a luz un varón, lo perdió por el siguiente fraude: la comadrona, sobornada con dinero, mató al niño nada más nacer cortándole el cordón umbilical antes de lo que convenía. Tan gran y diligente esfuerzo dedicaba a que no se produjese descendencia del esforzadísimo varón.

20 En fin, aun deseoso de permanecer más tiempo en la sede más augusta de todas para disfrutar de ocio y gozo perfecto, el emperador estaba aterrado con los frecuentes anuncios y las confirmaciones que indicaban que los suevos hacían incursiones en las Recias, los cuados en la Valeria[415], y que los sármatas —el pueblo más hábil en pillajes— estaban devastando la Mesia Superior[416] y la Panonia Segunda; sobresaltado por todo ello, saliendo de la ciudad el día cuarto de las calendas de junio[417], trigésimo desde que entró, partió aprisa por el camino de
21 Trento hacia el Ilírico. Después, tras enviar al puesto de Marcelo a Severo[418], hombre endurecido en la experiencia bélica y en la veteranía, ordenó que se presentase Ursicino. Y él, tras recibir la carta con agrado, fue a Sirmio en compañía de los suyos, y después de sopesar largamente las decisiones sobre la paz que Musoniano había transmitido que podía establecerse con los persas, es enviado hacia Oriente con el rango de comandante en jefe. Después de ser ascendidos los mayores en edad de nuestro grupo para mandar soldados, los jóvenes recibimos la orden de seguirlo.

---

415 Corresponde a la Panonia oriental. Véase XIX 11, 4.

416 Correspondiente a las actuales Serbia y Bulgaria. Véanse XVII 13, 20 y XXXI 8, 4.

417 29 de mayo.

418 Jefe de la caballería en las Galias los años 357-358, bajo Juliano (cf. XVI 11, 1), estuvo presente en la batalla de Estrasburgo (XVI 12, 27). Se enfrentó a los francos salios (XVII 8, 4-5) y a los alamanos (XVII 10, 1-2).

El César Juliano ataca a los alamanos en la islas del Rin, donde se habían retirado con sus pertenencias, y restaura Saverna frente a ellos

Por su parte el César había pasado el turbulento invierno en Sens, en el consulado noveno del Augusto y el segundo suyo[419]; entre las amenazas de los germanos que bramaban alrededor desde todas las direcciones y alentado por augurios favorables, se dirigió a toda velocidad a Reims, tanto más feliz porque mandaba el ejército Severo, hombre no rebelde ni arrogante, sino de austeridad probada por un largo historial militar, y que le había seguido sin dilación cuando marchaba al frente, como un soldado disciplinado a su jefe. Por otra parte Barbación, pro- 2
movido a jefe de la infantería tras la muerte de Silvano, llegó desde Italia a Augst con veinticinco mil[420] soldados por orden del emperador. Pues se había pensado y preparado con todo 3
cuidado que los alamanos, más enfurecidos de lo habitual y desplegados por una zona más amplia, acorralados por nuestros dos cuerpos de ejército dispuestos en forma de tenaza[421], fueran aniquilados.

Con todo, mientras se aceleran estas operaciones precisa- 4
mente organizadas, los bárbaros letos[422], habituados a rapiñas ocasionales, pasaron ocultamente entre los campamentos de uno

11

[419] Año 357.

[420] Según LIBANIO, *Discurso* XVIII 49, habrían sido treinta mil.

[421] *Forceps* o *forfex*, una formación militar con extremos divergentes para enfrentarse y burlar el *cuneus*. Dice VEGECIO, *Epítome sobre ciencia militar* III 19: «La formación se dispone en forma de V y engloba la cuña, y la encierra por ambos lados».

[422] Con el nombre de letos se designa a los bárbaros asentados desde tiempos de Diocleciano dentro del territorio del Imperio, al norte de la Galia (*Elenco de los cargos...* XLII 33-34), con sus propias instituciones y ciertas obligaciones hacia Roma, principalmente suministrar soldados. ZÓSIMO aplica el nombre a poblaciones galas que viven en estas condiciones (cf. II 54).

y otro ejército; atacaron Lyon inesperadamente y en su repen-
tina carga la habrían reducido a cenizas, después de saquear-
la, de no ser porque, habiendo sido repelidos ante las puertas
cerradas, devastaron cuanto fue posible hallar fuera de la ciu-
5 dad. Cuando se conoció el desastre, el César, enviando con dili-
gente afán tres escuadrones de jinetes ligeros y valerosos, vigi-
ló los tres caminos, consciente de que sin duda los salteadores
habían de precipitarse por ellos; esta tentativa ⟨no quedó sin
6 efecto⟩[423]. Pues fue masacrada la totalidad de los que salieron
por esas rutas y el botín completo fue recuperado intacto; sólo
escaparon a salvo los que pasaron por las empalizadas de Barbación. Se les permitió pasar porque el tribuno Bainobaudes y el después emperador Valentiniano[424] —a quienes se había encomendado llevar a cabo la persecución con los escuadrones de caballería que mandaban— quedaron impedidos de vigilar el camino por donde se sabía que los germanos iban a volver por una orden de Cela[425], tribuno de los escutarios, que había llegado al campo de batalla acompañando a Barbación. No contento con esto, el jefe de la infantería, cobarde y detractor obstinado de la gloria de Juliano, sabiendo que él había mandado esto en contra de los intereses de Roma y de la patria romana —Cela, en efecto, lo confesó cuando fue denunciado— envió a Constancio un informe falso e hizo parecer que los propios tribunos se habían presentado bajo la apariencia de un asunto oficial, para sobornar a los soldados que mandaba; degradados por esta causa, volvieron a sus hogares como ciudadanos particulares.

[423] El texto presenta una laguna suplida por Novak, pero de interpretación no totalmente clara.

[424] Flavio Valentiniano, emperador entre los años 364-375, tras Joviano. Su reinado se narra en los libros XXVI al XXX.

[425] Solamente tenemos noticias de él por este pasaje y por XIX 11, 16, donde se narra su muerte en combate en la campaña contra los sármatas.

Por los mismos días, los bárbaros que habían fijado su domicilio a este lado del Rin, aterrorizados por la llegada de los ejércitos, unos con talas obstruyeron con gran pericia los caminos, dificultosos y empinados de por sí, cortando árboles de un tamaño inmenso, otros, después de tomar las islas diseminadas a todo lo largo del río Rin, hostigaban con insultos a los romanos y al César, lanzando aullidos salvajes y lúgubres[426]. Él, profundamente encolerizado, para llevar a cabo un castigo contra algunos, había pedido a Barbación siete barcas, de aquellas que había dispuesto para ensamblar puentes, como para pasar el río; éste las quemó todas, para que nada se llevase a efecto con su ayuda. Al fin, enterado por la declaración de unos espías, recientemente apresados, de que en la canícula se podía vadear el río, después de una arenga, envió con el tribuno de los cornutos[427] Bainobaudes a la infantería ligera auxiliar, dispuesta a realizar una hazaña memorable, si le asistía la fortuna; ellos, ahora caminando por lo menos profundo, otras veces subidos a los escudos, a modo de barcas, llegaron navegando a una isla cercana, y desembarcando, degollaron como reses a hombres y a mujeres por igual sin ninguna distinción de edad. Encontrando unas lanchas libres y navegando en ellas, aunque eran inestables, desolaron de este modo multitud de lugares; y cuando les venció el hartazgo de matar, cargados con lo mejor del botín, parte del cual perdieron por la fuerza de la corriente, volvieron todos incólumes. 8 9

Al descubrir esto, los germanos restantes, tras abandonar la protección de las islas por no ser segura, se llevaron más allá sus 10

[426] Véase LIBANIO, *Discurso* XVIII 50-51, con diferencias en este aspecto de la narración.

[427] Cuerpo de soldados; según el *Elenco de los cargos*... VI 48 también contaban con tropas de caballería. Posiblemente su nombre proviene de *Cornutum* en el Ilírico.

11 familias, el grano y sus tesoros bárbaros. Juliano se volvió desde este punto para reconstruir Saverna[428] —una fortificación así llamada—, destruida no hacía mucho tiempo por la tenacidad del enemigo: con ella en pie era seguro que se impediría que los germanos se acercasen, como solían, al corazón de las Galias; y no sólo culminó su tarea con más rapidez de lo esperado sino que además, como tenían que instalarse allí las tropas de defensa, almacenó alimento para el consumo de un año entero, recolectado de las mieses de los bárbaros por manos de los soldados[429], aun
12 con temor al riesgo. Y no contento, por cierto, únicamente con esto, también reunió las raciones previstas para veinte días. Pues los soldados consumían con satisfacción lo que habían conseguido con sus propias manos, y aún más, irritados como estaban porque no habían podido recibir nada de un convoy que se les había enviado recientemente, debido a que Barbación, al pasar cerca, prepotentemente, primero se había apropiado de una parte; y los restos que quedaron los quemó, apilados en un montón. Si obraba así por ligereza o falta de juicio, o si hacía una multitud de ataques despreocupadamente por orden del emperador, no
13 se ha esclarecido hasta ahora. Entretanto se propalaba, como un simple rumor, aquello de que Juliano fue elegido no para solu-

[428] *Tres Tabernae*. Es una denominación bastante común en el imperio. En el *Itinerario Antoniniano* se mencionan tres lugares homónimos. Es difícil discernir exactamente si aquí se trata del mismo lugar mencionado en XVI 2, 12, en la ruta de Juliano sobre la margen derecha del Rin hacia Maguncia, o no. El indicado allí, correspondiente a la actual Rheinzabern en el Palatinado, está ciertamente cerca de Estrasburgo, pero también lo está la actual Saverna, a 40 km de esa ciudad, sobre las primeras estribaciones de los Vosgos, en Alsacia. En esta última se encuentran, entre otros hallazgos arqueológicos, importantes restos de fortificaciones de la época. Por otra parte, la de Saverna parece una posición estratégica más adecuada para evitar la penetración de los enemigos en las Galias.

[429] Véase LIBANIO, *Discurso fúnebre...* 52.

cionar los conflictos de las Galias, sino para que se ofreciera la posibilidad de eliminarlo en los más encarnizados combates, inexperto además —como se le consideraba— e incapaz de soportar ni siquiera el estruendo de las armas.

Mientras se alzan rápidamente las obras del campamento y 14
una parte del ejército acampa en guarniciones rurales, otra recolecta grano con precaución por miedo a las emboscadas. Entonces una horda bárbara, anticipándose con extraordinaria rapidez a los informes, atacó en una acometida repentina a Barbación junto al ejército que mandaba —como se ha dicho anteriormente— alejado de los atrincheramientos de las Galias[430], llegando a perseguir a los que escaparon hasta Augst y más allá, según fue posible, y después de arrebatarles la mayor parte de los bagajes y de los animales de carga junto con sus acemileros, volvió a su territorio. Y 15
él, como si la expedición se hubiese llevado a término con feliz desenlace, tras distribuir el ejército en las guarniciones de invierno, se volvió a la corte del emperador, dispuesto a montar una acusación contra el César, de acuerdo con su costumbre.

El César Juliano ataca a siete reyes de los Alamanos que oprimían la Galia y derrota en combate a los bárbaros junto a Estrasburgo

Cuando se divulgó este vergonzoso **12**
desastre, los reyes de los alamanos Conodomario[431] y Vestralpo, y más aún, Urio[432],* y Ursicino junto a Serapión[433], Suomario[434] y Hortario[435], después de reunir todo su ⟨potencial bélico en un solo ejército y de que sus trompetas reci-

[430] En el texto *Vallum gallicum;* se refiere al sistema de fortificación consistente en un foso, relleno de tierra y vallado, que aprovechaba los accidentes naturales del terreno de los Vosgos y que incluía depresiones pantanosas. Este atrincheramiento constituía la frontera natural entre las Galias y la Germania Superior.

[431] En otras versiones, Cnodomario (cf. JULIANO, *A los Atenienses*, 279c <8>). La mayor parte de las noticias sobre él se encuentran en esta fuente.

* Ver notas 432-435 en pág. sig.

bieran la orden de tocar a combate, llegaron⟩ junto a la ciudad de Estrasburgo, pensando que el César había retrocedido, al temer lo peor, cuando él en aquel momento se veía apremiado por
2 el afán de acabar las fortificaciones. Por otra parte, levantó la moral de los más arrogantes un escutario desertor que, por temor al castigo de un delito que había cometido, después de pasarse a su bando tras la retirada del general puesto en fuga, declaraba que sólo habían quedado con Juliano trece mil soldados —en efecto tenía tras de sí ese número—, en tanto que la belicosidad bárbara excitaba al furor del combate por todas partes.
3 A raíz de las palabras de éste, que insistía una y otra vez en lo mismo, estimulados a mayores hazañas por la confianza, tras enviar legados, mandaron al César en tono muy imperioso que se alejase de las tierras que habían sido conquistadas por ellos valerosamente y a punta de espada[436]. Él, que desconocía el

---

[432] Vestralpo, Urio y Ursicino solicitaron en 359 la paz con Roma, por medio de Vadomario, y la obtuvieron, una vez que los romanos hubieron arrasado sus tierras (XVIII 2, 18-19).

[433] Llamado originalmente Agenarico (XVI 12, 25), junto con Codonomario era superior en rango al resto de los mencionados *(ibid.)*; posiblemente uno de los jefes que se rindieron después de la batalla, si bien Libanio insinúa que la rendición fue a Constancio; *Discurso* XVIII 67: «también al otro rey que había cruzado en compañía del primero [...] Juliano le infundió tal temor con lo sucedido que lo precipitó en su huida a las manos de Constancio».

[434] Además de su derrota en esta batalla, consta que fue sometido posteriormente por Juliano el año 358 (XVII 10, 3-4) y se vio presionado por otros grupos de bárbaros a enfrentarse de nuevo a Roma el año siguiente (XVIII 2, 8).

[435] En 358 hizo la paz con Roma, en duras condiciones (XVII 10, 5-9), y aparece también en 359 como *foederatus* de Roma al tiempo que en relación de amistad con otros reyes germanos (XVIII 2, 12-14).

[436] Según Libanio, *Discurso* XVIII 52-53, los bárbaros «enviaron un emisario, y mostrando por mediación de aquél las cartas que hacían suya esta tierra, le decían que estaba contraviniendo la decisión del Augusto y que debía mostrarse de acuerdo con estas decisiones o, al menos, respetar los acuerdos tomados; que, en caso de no aceptar ni lo uno ni lo otro, le esperaba la guerra».

miedo, sin inmutarse por la ira ni por las dificultades, sino más bien tomando a broma las fanfarronadas de los bárbaros, tras retener a los legados[437] hasta que estuvieron completas las tareas de fortificación, se mantuvo inflexible en la misma actitud de firmeza.

Por otra parte, el rey Conodomario, con aires de superiori- 4
dad, jactancioso, como es frecuente en circunstancias favorables, agitaba y embrollaba todos los asuntos, prodigándose sin medida en todas partes y a la manera de un caudillo de proezas arriesgadas. En efecto, había triunfado sobre el César Decen- 5
cio, al enfrentarse a él en igualdad de condiciones, y había devastado desde los cimientos muchas y opulentas ciudades. A su voluntad había saqueado durante largo tiempo las Galias sin oponente alguno. A robustecer su confianza había contribuido también la reciente huida del general, mejor dotado en número y fuerzas. Los alamanos, al observar las insignias de los escu- 6
dos, se dieron cuenta de que ése era el ejército que había abandonado el territorio a unos pocos salteadores de los suyos, por temor a los cuales, en ocasiones, antes de enfrentarse, los romanos se habían batido en retirada con importantes pérdidas sin trabar combate. Estas cuestiones pesaban sobre el ya preocupado César, porque se veía obligado a hacer frente a tribus populosas fuertemente presionado, después de la partida de su compañero de peligros y con pocos hombres, aunque valerosos.

Al rutilar los rayos del sol y al toque concertado del clamor 7
de las trompetas, son conducidas fuera las tropas de infantería a

---

[437] «Sin embargo, Juliano, alegando que el emisario había venido para espiar, pues el jefe de los bárbaros no habría llegado a tal audacia, lo hizo detener» *(ibid.* 53). FRONTINO, *Estratagemas* I 1, 10, atribuye una técnica de dilación similar a Temístocles, en la cuestión de la reconstrucción de las murallas de Atenas, con ocasión de las reclamaciones de los espartanos del año 478 a. C. El asunto está narrado en TUCÍDIDES, I 90.

paso lento, y se unen en posición lateral los escuadrones de caballería, entre los cuales había catafractarios y arqueros[438], te-
8 mible cuerpo de ejército. Y puesto que desde el lugar donde comenzaron a moverse las insignias romanas hasta el foso bárbaro se contaban catorce leguas —es decir, veinte mil pasos—, el César, velando oportunamente por la ventaja y la seguridad de su ejército, después de hacer volver a los exploradores que se habían adelantado y una vez dada la orden de silencio con las voces de mando habituales, se dirige[439] a los soldados dispuestos en formación de cuña con su innata serenidad de expresión:
9 «El criterio de salvaguardar el bien de todos, no el del apocamiento —para decirlo en pocas palabras— apremia al César a exhortaros y a arengaros, camaradas míos, a que, confiados en vuestro maduro y vigoroso valor, más bien elijamos la vía más sagaz —no la más precipitada e incierta— para soportar o re-
10 chazar lo que nos aguarda. Pues así como es conveniente que en el riesgo la juventud sea ágil y audaz, del mismo modo, cuando la situación lo requiere, ha de ser disciplinada y cauta. Por tanto, expresaré brevemente qué pienso, si cuento con vuestra
11 aprobación y lo soporta vuestra justa indignación. Ya la jornada se acerca al mediodía y, cansados como estamos por la fatiga de la marcha, nos aguardarán veredas pedregosas y oscuras;

[438] Reciben el nombre de *scutarii sagitarii*, los jinetes de la guardia imperial provistos de arco. PROCOPIO DE CESAREA, *Guerra persa* I 1, 12-16, en época de Justiniano, describe su armamento y modo de hacer la guerra: estaban dotados de coraza y grebas, flechas y arco, espada, lanza, escudo pequeño con que se cubren la cara y el cuello. Son excelentes jinetes, acostumbrados a tensar el arco con toda efectividad incluso al galope.

[439] «Y como tenía en su memoria las arengas que escuchó pronunciar en los libros de historia a aquellos antiguos estrategos y sabía perfectamente que un discurso, como prólogo a la acción, hace que un soldado vaya animoso a la refriega, pronunció uno», dice Libanio en el *Discurso* XVIII 53, para, a reglón seguido citar *Il.* II 453: «al punto, hízoseles la guerra más dulce».

la noche en luna menguante, no nos protegerá con luz alguna; tendremos ante nosotros tierras abrasadas por el calor, sin el alivio de fuente alguna. Aun si se nos concediese poder atravesar estas circunstancias sin contratiempo, cuando caigan sobre nosotros los enjambres de enemigos, descansados y repuestos con alimento y bebida, ¿qué haremos? ¿Con qué vigor presentaremos batalla, con nuestros miembros maltrechos por el agotamiento, la sed y los trabajos? Muchas veces una organización 12
adecuada ha hecho frente incluso a las tareas más arduas[440] y no pocas veces los remedios divinos han restablecido la situación en momentos críticos, después de haber tomado una decisión correcta en el sentido adecuado; por eso os propongo que descansemos aquí rodeados de empalizada y foso, con las guardias distribuidas, y que, repuestos temporalmente por sueño y alimento adecuados, al alba primera —sea dicho con la venia de la divinidad— hagamos avanzar las águilas triunfadoras y los estandartes victoriosos».

Sin esperar a que acabase lo que se estaba diciendo, rechi- 13
nando los dientes, y mostrando su ardor guerrero al golpear los escudos con las lanzas, insistían en ser conducidos contra el enemigo ya a la vista, confiados en el favor de la divinidad celeste, en su seguridad y en el probado valor de su afortunado jefe; y, como mostró el desenlace, la asistencia de cierto genio salvífico les incitaba a luchar mientras estuviera presente. Se 14

[440] Es tradicional en discursos laudatorios de jefes militares hacerse eco de una u otra forma de EURÍPIDES, *Antíope*, frag. 22 «una sabia decisión vale más que muchos brazos; y el peor mal es la ignorancia, acompañante de la masa», como hace en cierto sentido LIBANIO, *Discurso* XVIII 39: «eran dos los factores que hacían que fuese de esa manera: uno la sabiduría, y su conocimiento de que la inteligencia podía más que la fuerza, y el otro, su creencia de que los dioses combatían a su lado», y más cerca del texto de Eurípides en *Discurso* XLIX 106.

unió a esta exaltación el asentimiento pleno de los oficiales superiores, especialmente el de Florencio[441], prefecto del pretorio, quien pensaba que se había de luchar, desde luego con peligro, pero en condiciones favorables, mientras los bárbaros permanecían agrupados. Decía que, en caso de que se dispersasen, no se podría resistir la agitación de la tropa tan propensa a las revueltas, por su natural ardor; mal iban a soportar —pensaba—, que se les arrebatase la victoria sin un recurso
15 extremo. A nuestra confianza se sumaba una doble consideración, porque recordaban que en el año recién terminado[442], cuando los romanos recorrían a sus anchas las zonas transrenanas, ni se vio a ningún defensor de su hogar, ni se interpuso nadie en su camino, sino que, tras cerrar todas las entradas con una espesa tala de árboles, los bárbaros, marchando lejos, vivieron a duras penas bajo el azote del cielo invernal; y que, al entrar el emperador en sus tierras, sin atreverse a resistir ni a aparecer, obtuvieron la paz después de pedirla con súplicas.
16 Pero nadie se daba cuenta de que habían cambiado las circunstancias, porque entonces estaban presionados por un triple riesgo fatal: el emperador los acosaba por las Recias, el César no les permitía escapar por ningún lugar; los pueblos vecinos —a quienes las desavenencias habían hecho enemigos suyos— casi aplastaban la cabeza de los que estaban cercados

---

[441] Flavio Florencio. Cónsul el año 361. Conde de Constancio II el año 345, prefecto del pretorio de la Galia durante los años 357-360, y del Ilírico en 360-361. Apoyó inicialmente en el aspecto militar al César (XVIII 2, 4 y 7) en la Galia, aunque tuvo importantes desacuerdos con él en materia fiscal y económica (XVII 3, 2-6). Más tarde aconsejó a Constancio retirarle las tropas auxiliares (XX 4, 2), en la crisis en que Juliano se proclamó Augusto. Con este motivo cayó en desgracia (XX 8, 20-22). Juzgado y condenado en rebeldía por la comisión de Calcedonia, permanece en la oscuridad (XXII 3, 6 y 7, 5) hasta la muerte de Juliano.

[442] En realidad el año 354 (cf. XIV 10).

por acá y por allá. Pero después, una vez firmada la paz, el emperador se había retirado; ya terminadas las rencillas de sus confrontaciones, los pueblos vecinos mantenían relaciones amistosas con ellos y la bochornosa retirada del general romano aumentó notablemente su innata fiereza. De otra manera, 17
además, se agravó la situación de los romanos por el asunto siguiente: dos hermanos de sangre real ligados por el vínculo de la paz, que habían obtenido de Constancio el año anterior, no se atrevieron ni a amotinarse ni a rebelarse. Pero poco después, cuando en una emboscada fue asesinado uno de ellos, Gundomado[443], que era el más fuerte y de lealtad más firme, todo su pueblo conspiró con nuestros enemigos e inmediatamente ⟨la gente de Vadomario, en contra de su voluntad⟩, según afirmaba, se unió a las filas de los bárbaros que promovían la guerra.

En fin, cuando todos, los superiores y los subordinados, 18
aprobaban que había que atacar justamente entonces y la tensión de los ánimos no se relajaba lo más mínimo, de improviso un portaestandarte exclamó: «Dirígete hacia donde te guía la próspera fortuna, César, el más feliz entre todos, sabemos que el valor y la prudencia combaten por ti. Marcha al frente de nosotros como fausto y esforzado jefe; verás lo que realiza un soldado enfervorecido bajo la mirada de un jefe amante de la guerra, testigo de excepción de las hazañas de cada uno, siempre que nos asista la divinidad de lo alto». Una vez que oyeron estas palabras, como no había lugar a aplazamientos, el ejército 19
en marcha llegó cerca de un collado en suave pendiente, cubierto de mies ya madura, no muy alejado de las orillas del Rin. Partiendo a caballo desde la cima, tres exploradores enemigos corrieron hacia los suyos, con intención de anunciarles que se aproximaba el ejército romano, pero uno de a pie que

[443] Véase XVI 10, 1 para los dos caudillos.

no pudo seguirlos, apresado por la rapidez de los nuestros, de-
claró que los germanos habían pasado el río hacía tres días y
20 tres noches[444]. Cuando nuestros mandos los vieron ya casi or-
ganizándose en formación, tomaron posición, con los de la
vanguardia[445], lanceros y primer rango, a pie firme, como cla-
vados en una indestructible muralla; y con igual cautela los
21 enemigos se mantuvieron formados. Como vieron —de acuer-
do con lo que había declarado el desertor mencionado— toda
la caballería acumulada frente a ellos al lado derecho[446], colo-
caron lo más selecto de su caballería agrupado en el ala iz-
quierda. Unieron a éstos la infantería de choque y ligera, por
22 requerirlo sin duda una razón de seguridad. Pues sabían que
un combatiente a caballo, aun experto, enfrentado a un cliba-

[444] Diferente matiz el que aporta LIBANIO: «Cuando ellos cruzaban el río, el emperador no quiso impedírselo, aunque hubiera podido hacerlo, sino que no deseaba lanzarse y combatir contra una pequeña sección» *(Discurso* XVIII 54).

[445] El texto latino dice *antepilanis hastatisque et ordinum primis*. Propiamente los *antepilani* son soldados de primera línea, pero en la organización tradicional del ejército incluirían a los *hastati*, junto con los *principes* (véase LIVIO, VIII 8, 7; 9, 14 y 10, 5). *Primi ordinis* o *primores*, según esta organización, sería el rango de oficiales inmediatamente inferiores a los tribunos, es decir suboficiales de máximo rango. Los autores están de acuerdo en señalar la falta de exactitud técnica del texto. Parece razonable, no obstante, tomar *antepilani*, en el sentido genérico de vanguardia o soldados de las primeras líneas (cf. XXVIII 1, 46); *hastati* en el sentido de soldados provistos de lanzas, lanceros, como una parte de los anteriormente citados y *ordinum primi* (primer rango) como suboficiales entre centuriones y tribunos, en el sentido mencionado por FRONTINO, *Estratagemas* I 11, 2. Por otra parte, el texto de XXV 1, 8 puede dar pie a interpretar *hastati* como portaestandartes, ya que los draconarios portaban el dragón fijado a un asta larga, como describen XVI 10, 7 y 12, 39; en sentido similar es empleado en XXVI 6, 15.

[446] Coincide en la disposición del ejército ZÓSIMO, III 3, 4, pero no Libanio: «Parecióle que la caballería debía ocupar ambos flancos, que la zona media estuviese en manos de los hoplitas, y que los mejores de una y otra sección rodeasen al emperador» *(Discurso* XVIII 54).

nario[447] nuestro, mientras blande en una mano la lanza, al te-
ner que sujetar las bridas y el escudo, no puede herir a un
contendiente cubierto por la protección del hierro; en tanto
que un infante, en medio del peligro más extremo, como no
está ocupado nada más que de lo que tiene delante, al mover-
se ocultamente pegado a la tierra, tras herir el flanco del ca-
ballo, derriba al desprevenido jinete, al que se puede matar
sin gran esfuerzo. Por tanto, así dispuesto esto, fortalecieron 23
su flanco derecho con trampas ocultas y disimuladas. Por su
parte, conducían a todos los pueblos belicosos y feroces Co-
nodomario y Serapión, los que tenían más poder que los de-
más reyes. Y Conodomario, el infame instigador de toda la 24
guerra, con un penacho color fuego fijado a la parte alta del
casco, marchaba al frente del ala izquierda, donde se preveía
lo más duro del combate, osado y confiado en la ingente fuer-
za de su brazo. Era de estatura enorme[448], más alto aún sobre
su caballo espumeante, erguido sobre una lanza de formida-
bles dimensiones y llamaba la atención frente a los otros por
el brillo de sus armas; valiente soldado y caudillo diestro por
encima de los demás. A su vez conducía el ala derecha Sera- 25
pión[449], joven apenas barbado, y de efectividad precoz para

[447] El término es sinónimo de catafractario. Véanse la nota a XVI 2, 5 y la descripción detallada de Amiano en XVI 10, 8. Por otra parte, la técnica de guerra que describe aquí Amiano se encuentra en el *Panegírico de Constancio y Constante,* 110 de Libanio, con ocasión de la mención de la batalla de Síngara, y en Nazario, *Panegírico de Constantino*, 22-24 *(Pan. Lat.* IV <X>), con ocasión de la batalla de Turín.

[448] «Se trataba de un hombre de gran talla y belleza, que hacía volver hacia sí las miradas de todos, tanto por su cuerpo como por su armamento» (Libanio, XVIII 61).

[449] Véase XVI 12, 1. Respecto al nuevo nombre, Amiano sugiere su relación con los cultos mistéricos del dios Serapis. No obstante, este tipo de denominaciones se generalizó entre todas las capas de la sociedad desde época helenística.

su edad; era hijo de Mederico[450], el hermano de Conodomario, un hombre desleal hasta su muerte; se le nombraba así porque su padre, que había sido retenido mucho tiempo como rehén en las Galias y que había aprendido ciertos arcanos griegos, a este hijo suyo, llamado en su lengua materna Agenarico, le cambió su nombre originario por el de Serapión.
26 Seguían a éstos los reyes próximos en poder, en número de cinco; diez príncipes, una larga lista de nobles y treinta y cinco mil hombres armados reclutados de varios pueblos; parte mediante salario, parte por acuerdos mutuos entre pueblos vecinos.

27 Al vibrar por fin al unísono las trompetas en tono amenazante, Severo, el general de los romanos, que dirigía el ala izquierda, cuando casi llegó a los fosos abarrotados de combatientes[451] —desde donde estaba previsto que saliendo de su escondite produjesen un desconcierto total—, detuvo la marcha impávido y, sospechando una emboscada, no hizo ademán ni de
28 echar el paso atrás ni de seguir adelante. A la vista de ello, el César, animoso ante las mayores dificultades, con doscientos caballeros en torno a él, como requería lo candente del asunto, con sus palabras y ademanes exhortaba a los escuadrones de in-
29 fantería a que se lanzaran a una rápida carga. Y puesto que no le permitirían dirigirse a todos al mismo tiempo ni la longitud de las extensas líneas ni la densidad del ejército reunido en un punto —evitaba, por lo demás, la carga de la más intensa envidia, de modo que no pareciese que se arrogaba lo que el Au-

450 Único texto sobre el personaje.

451 «Los bárbaros... al flanco derecho le asignaron como apoyo un pelotón que ocultaron bajo un canal elevado, pues los hacía invisibles un espeso cañaveral, dado que el terreno era húmedo. Sin embargo no pasaron desapercibidos a los ojos de los romanos situados en la parte del ala izquierda» (LIBANIO, *Discurso* XVIII 56).

gusto consideraba que le incumbía sólo a él—, sin preocuparse de sí mismo, a galope ante los dardos enemigos animaba a comportarse con valentía por igual a conocidos y desconocidos con estas palabras y otras parecidas. «Se presenta, compañeros, el 30
momento preciso de luchar, hace tiempo anhelado por mí y por vosotros, y que, reclamando las armas hasta ahora buscábais con inquietud». En el mismo sentido, cuando llegó junto a otros 31
situados detrás de los estandartes, en la línea más apartada, dijo: «Aquí está ante nosotros, compañeros, el día tanto tiempo esperado, impulsándonos a todos a restituir a la majestad de Roma el honor que le corresponde, después de haber lavado las antiguas mancillas. Éstos son los bárbaros a los que la rabia y una locura sin medida han obligado a luchar para su ruina, que van a ser aplastados por nuestras armas». Asimismo, a otros 32
endurecidos por una prolongada experiencia bélica, mientras ordenaba una formación más adecuada, les alentaba con estas exhortaciones: «Arriba, valientes, rechacemos con el valor preciso las ofensas infligidas a nuestro bando; al contemplarlas acepté, a pesar de mis vacilaciones, el título de César». Y a cuan- 33
tos reclamaban irreflexivamente la señal de combate, y a los que preveía que iban a romper la disciplina con movimientos sin sentido, les dijo: «os ruego que no violéis la gloria de la victoria futura, persiguiendo con excesivo encono a enemigos que no tendrán más remedio que huir, y que nadie se eche atrás antes del último recurso. Pues a quien intente huir sin duda lo abandonaré; junto a quien persiga al enemigo en fuga permaneceré inseparablemente unido, si esto sucede en una medida moderada y prudente».

Mientras iba repitiendo frecuentemente estas y otras pala- 34
bras del mismo tenor, situó la mayor parte del ejército delante del primer frente de los bárbaros; y de repente se oyó un estruendo de la infantería alamana, mezclado con gritos de indignación; vociferaban al unísono que los príncipes, dejando los

caballos, debían marchar junto a ellos, de modo que, si se presentaba algún revés, no encontrasen fácil recurso para alejarse,
35 abandonando a la desgraciada tropa. Al oír esto, Conodomario saltó inmediatamente de su cabalgadura y los demás tras él hicieron lo mismo sin tardanza; pues ninguno de ellos tenía dudas de que su bando sería el vencedor.

36 En fin, una vez dada solemnemente la señal de ambas partes con el toque de los músicos[452], se produjo el enfrentamiento con gran violencia. Por un breve tiempo se estuvieron lanzando proyectiles. Los germanos, tras precipitarse en una carrera más rápida de lo previsto, blandiendo los venablos en la mano, cayeron sobre los escuadrones de nuestra caballería entre brutales bramidos; no sólo causaban temor las ondeantes cabelleras de los hombres, más salvajes de lo habitual; además brotaba de sus ojos una chispa como de delirio. Frente a ellos, nuestros soldados, a pie firme, con la cabeza cubierta por la protección de los escudos, desenvainando las espadas y blandiendo jabalinas que amenazaban de muerte, producían un
37 enorme terror. En el momento decisivo de los enfrentamientos, cuando la caballería formaba valerosamente en escuadrones y la infantería protegía sólidamente sus flancos, enlazando en un frente los escudos compactos, se alzaban densas nubes de polvo; hubo maniobras variadas, puesto que los nuestros ahora resistían, ahora retrocedían; algunos bárbaros, combatientes muy avezados, firmes sobre sus pies, se esforzaban en rechazar al enemigo; pero con extraordinaria tenacidad se llegó al cuerpo a cuerpo y chocaba escudo contra escudo; el cielo resonaba con los grandes gritos de quienes vencían y de

[452] En el texto se mencionan *aeneatores*, músicos del ejército romano, que en la organización serviana fueron asignados a las legiones. Entre ellos se distinguían los *cornicines, tubicines* y *bucinatores* según sus funciones en la marcha, en los campamentos y en combate.

quienes caían; y cuando nuestra ala izquierda, marchando muy compacta, había presionado en formación cerrada a la totalidad de los germanos que la atacaba, y se dirigía a los bárbaros entre clamores, nuestra caballería que ocupaba el ala derecha inesperadamente se desbandó en desorden; mientras los primeros impedían el paso a los últimos que huían, protegidos por el seno de las legiones, detuvieron la marcha, y se restableció el combate. Esto había sucedido porque, mientras se re- 38
hacía la organización de las líneas, los jinetes catafractarios, al ver a su jefe levemente herido y que un compañero suyo salía despedido por la testuz del caballo, agobiados bajo el peso de las armas, habrían provocado una confusión general, intentando escapar por donde cada uno pudiera y pisoteando a la infantería si éstos no se hubiesen mantenido en pie, inmóviles, en formación cerrada y unida, codo con codo. Por tanto, cuando el César observó de lejos que la caballería, mirando en torno, no veía más refugio que el de la huida, espoleando el caballo, los detuvo haciendo de barrera. Al reconocerlo por el estandarte 39
púrpura del dragón[453] —unido a lo más alto de la larguísima lanza y desplegado como la camisa de una serpiente—, el tribuno[454] de un escuadrón se paró y, pálido y sacudido por el temor, corrió a restablecer la línea de combate. Y como le es propio en cir- 40
cunstancias críticas, el César, recriminándoles suavemente, dijo: «¿Adónde vamos, mis valientes? ¿Quizá no sabéis que la huida, que jamás proporciona la salvación, es señal de la necedad de un esfuerzo inútil? Volvamos junto a los nuestros, para, al menos

[453] Véase XVI 10, 7.

[454] A pesar de tratarse de tropas de caballería, el rango de tribuno es coincidente con el texto de JERÓNIMO, *Contra Juan de Jerusalén* 19, que recoge la jerarquía de un *ala* de caballería: «tribuno, primicerio, senador, ducenario, centenario, biarco, *circiter*, jinete, es decir recluta». Esta jerarquía era aplicada a las escuelas palatinas salvo en las tres últimas categorías.

ser partícipes de la gloria, a pesar de que, irreflexivamente, los hemos abandonado mientras se batían por la patria»[455].

41 Diciendo esto con tacto recondujo a todos a cumplir su deber de combatir, siguiendo el ejemplo del antiguo Sila[456] —salvando las distancias—, que tras conducir el ejército contra Arquelao, general de Mitrídates, se agotaba en un duro combate; abandonado por el conjunto del ejército, corrió a primera línea, y tras quitarles el estandarte y arrojarlo al campo contrario, había dicho: «Marchaos, compañeros de peligros que yo elegí; y a quien os pregunte dónde me habéis dejado a mí, vuestro general, respondedle sin mentir: "en Beocia luchando él solo por todos nosotros y dejando su vida"».

42 Entonces los alamanos, después de poner en fuga y dispersar a nuestra caballería, cargaron contra la primera línea de la infantería, con intención de hacerla huir, depuesta toda inten-
43 ción de resistir. Pero, al llegar al cuerpo a cuerpo, se estuvo luchando mucho tiempo en condiciones de igualdad. Pues los cornutos y los braquiatos[457], endurecidos por una larga expe-

---

455 En la narración de Libanio Juliano, comparado en este caso con Áyax, amenaza a los soldados con que «de ser derrotados, las ciudades quedarían cerradas para ellos, y nadie les daría el sustento; añadió como colofón que si tenían resuelto emprender la huida, tendrían que matarle primero» *(Discurso* XVIII 58). Según Zósimo, después de la batalla el César impuso el siguiente castigo a los responsables de la desbandada: «tras vestirlos con ropas femeninas, los hizo desfilar a lo largo del campamento para ser expulsados, reputando que al tratarse de hombres de armas, éste sería el castigo más penoso» (III 3, 5).

456 El pasaje se refiere a la conquista de Beocia realizada por Sila contra Mitrídates VI Eupátor, durante el verano del 86 a. C., que se resolvió un año después con la victoria de Orcómeno. Cf. Plutarco, *Vida de Sila* 21; Frontino, *Estratag.* II 3, 17.

457 Véase XV 5, 30, respecto a braquiatos y cornutos. El grito proferido por ambos se designa en el texto como *barritus*, voz presente también en XXI 13, 15; XXVI 7, 17; XXXI 7, 11, un término técnico para el grito de combate aquí descrito. Según se desprende de los textos antiguos, el grito de origen germano

riencia guerrera, cuando ya propagaban el terror con su actitud, produjeron un enorme bramido —en el punto más álgido de los combates, este clamor, que comienza por un tenue susurro y crece poco a poco, se eleva como las olas que se quiebran contra los arrecifes—; después, mientras de una y otra parte hendía el aire una multitud de venablos silbantes, el polvo, que se levantaba en movimiento parejo y que impedía la visión, impelía arma contra arma, cuerpo contra cuerpo. Mas, en desorden por 44
su violencia y su furia, los bárbaros se inflamaron como una llamarada y cortaban con continuos tajos de sus espadas a la estrecha trabazón de los escudos, que protegía a los nuestros como el caparazón de una tortuga[458]. Al darse cuenta de esto, en 45
veloz carrera se presentaron a auxiliar a sus camaradas los bátavos junto a los reyes[459], tropa temible, dispuesta, si la fortuna le era propicia, a librar de una situación de máximo riesgo al ejército cercado y, mientras los clarines lanzaban su toque amenazante, se luchaba con creciente ímpetu. Pero los alamanos, 46
lanzándose con ardor al ataque, redoblaban sus esfuerzos alentados por una especie de locura, dispuestos a destruir cuanto se les opusiera. Dardos y venablos no cesaban y caía una lluvia de flechas de hierro, aunque también, cuerpo a cuerpo, el filo golpeaba el filo y las corazas eran atravesadas por las espadas; y los heridos, mientras no hubiesen acabado de derramar su san-

(cf. TÁCITO, *Germania*) fue usado no sólo por las tropas auxiliares, sino también por el ejército regular romano (Cf. VEGECIO, *Epítome sobre ciencia militar* III 18).

[458] En el mismo sentido emplea el término «tortuga» LIVIO, X 29, 6: «Así, como los galos, con los escudos ante sí formando un parapeto se mantenían en formación compacta [...] los legados mandaron recoger del suelo las jabalinas [...] y lanzarlas contra la tortuga de los enemigos».

[459] El *Elenco de los cargos...* VI 49 menciona los *reges* entre las tropas no romanas del servicio del emperador *(auxilia palatina)* y a los bátavos *(ibid.* 30) entre los grupos de soldados del servicio palatino *(vexillationes palatinae).*

47 gre, volvían a levantarse a proezas más valerosas Pues en cierto modo se enfrentaban iguales con iguales: los alamanos, fuertes y más altos; los soldados, entrenados en una disciplina extraordinaria; aquellos, fieros y arrebatados, éstos, serenos y prudentes; éstos, fiados en sus ánimos, aquellos, apoyados en su
48 enorme corpulencia. No obstante, de cuando en cuando, resurgía el romano expulsado de su puesto por la presión de las armas enemigas; y el bárbaro, apoyado sobre sus cansadas piernas, se venía abajo doblando la rodilla izquierda, mientras atacaba aún al enemigo, lo cual es muestra de un encarniza-
49 miento extremo. Y así de repente se lanzó impetuoso un grupo de nobles, entre los cuales combatían también sus reyes[460], y con la tropa tras ellos irrumpió en las formaciones de los nuestros antes que los demás; abriéndose paso, llegó hasta la primera legión[461], situada en el centro —esta formación se suele llamar campamento pretoriano[462]—. Aquí el ejército, más compacto, en filas muy apretadas a modo de torres, manteniéndose con estable firmeza, buscó el combate con el mayor denuedo, atento por una parte a parar los golpes; por otra, cubriéndose como un mirmillón[463], con las espadas desenvainadas, penetró

---

[460] Se refiere aquí a los reyes de los pueblos bárbaros, en lucha contra los romanos; no, evidentemente, al cuerpo del ejército romano homónimo.

[461] Según el *Elenco de los cargos...*, VI, se encontraba bajo el *Magister Praesentalis* entre las legiones palatinas.

[462] En el original *castra praetoria*. Las construcciones así llamadas fueron creadas en Roma, en la Región VI, en época de Tiberio a instancias de Sejano (Dión Casio, LVII 19, 6), para reunir los cuerpos pretorianos en un único acuartelamiento. El edificio, del que se conservan restos importantes, tiene planta rectangular y sufrió dos reformas en las que se elevó considerablemente su altura. La denominación de la formación a la que hace referencia Amiano guarda relación con la robustez y la protección del edificio.

[463] Gladiadores que atacaban con espada corta, se protegían con un escudo oblongo grande, elemento que les caracterizaba particularmente, y un casco con visera, en el que llevaban la imagen de un pez (Festo, *De uerborum signi-*

los flancos enemigos, a los que había dejado desprotegidos su excesiva furia. Ellos, por su parte, tratando de entregar genero- 50 samente su vida por la victoria, intentaban deshacer la estructura de nuestra formación. Mas, en una sucesión continua de combatientes aniquilados, que los romanos ya más confiados abatieron, unos bárbaros supervivientes ocupaban el lugar de otros muertos y, a medida que oían el continuo gemir de los que iban cayendo, aterrados, se iban paralizando. Al fin, agotados 51 por tantos desastres y después con coraje únicamente para huir, se apresuraban a salir por diferentes vías a toda velocidad; tal como marineros y pasajeros se apresuran a salir de en medio de las olas del océano enfurecido, en cualquier dirección que les lleve el viento —cualquiera que lo haya presenciado dará testimonio de que esto era más un deseo que una esperanza.

Nos asistía la voluntad clemente de una divinidad propicia. 52
Al golpear las espaldas del enemigo en retirada, cuando a veces los soldados no encontraban a mano instrumentos de combate, dobladas ya sus espadas, clavaban las jabalinas arrancadas a los propios bárbaros en las entrañas. Y ninguno de los atacantes colmó su sed de sangre, ni sació sus manos con la múltiple matanza, ni por compasión se abstuvo de matar a un enemigo suplicante. Así, muchos yacían mortalmente traspasados, pidien- 53 do de una vez el alivio de la muerte; otros medio muertos, mientras se les escapaba el último aliento, con ojos moribundos

ficatu 359). El nombre de mirmillón procede del término griego *mormyros*, un pez teleósteo frecuente en el Mediterráneo, semejante a la mojarra. Se enfrentaban frecuentemente a los gladiadores retiarios, que iban armados con una red, un tridente y una espada, de modo que la lucha representaba una ficción de pesca. Por otra parte, registra FESTO: «llamaban escudos de mirmillón a aquellos con los que luchaban desde la muralla. En efecto, eran apropiados para ello» (p. 131). Lo que hace pensar que la comparación de Amiano es propiciada por el uso militar del término.

trataban de gozar de la luz; las cabezas de algunos, cortadas por picas enormes, y colgando, permanecían unidas al cuello; parte, por el enfangado y resbaladizo suelo, había caído en la sangre de otros más maltrechos, aunque con el cuerpo sin tocar por las armas, y moría aplastada por otros que les caían encima acu-
54 mulados. Cuando estas operaciones se culminaron con el mayor éxito, al presionar el vencedor con gran vigor, las puntas de las armas se embotaban a fuerza de los continuados golpes, los brillantes cascos y los escudos rodaban bajo los pies; al fin los bárbaros, reducidos al último extremo, como los elevados montones de cadáveres les impedían la salida, buscaron el recurso del río —el único que les quedaba—, que ya ceñía sus
55 espaldas. Y debido a que, acelerando la carrera bajo el peso de sus armas, los soldados acosaban infatigables a los fugitivos, algunos, pensando que con su destreza para nadar podrían verse libres de peligro, confiaron sus vidas a la corriente. Por esto, previendo con sagacidad lo que iba a suceder, el César, junto con los tribunos y los jefes, prohibió con gritos conminatorios que, en una persecución excesiva del enemigo, alguno de los nuestros fuera a parar a los turbulentos remolinos.
56 En efecto, esto se acató[464], de modo que, de pie en las márgenes,

[464] Puede verse una alusión al desarrollo contrario de los sucesos en Síngara, con el ejército al mando de Constancio II. De esta batalla se habían hecho eco los panegíricos dedicados a él por Libanio *(Discurso* LIX) y por JULIANO *(Discurso I, Elogio del emperador Constancio),* donde alaban la perspicacia del emperador, que dio orden de suspender la persecución del enemigo persa en fuga, pero incluyen el dato de que los soldados no obedecieron, cosa que impidió la victoria romana, aunque ambos autores mantienen que ninguno de los dos bandos resultó vencedor: «pese a ordenarles que permanecieran en sus puestos, corrían irritados con sus armas con toda la fuerza y la velocidad de que eran capaces», dice Juliano en 24a. Véase LIBANIO, *Discurso* XLIX 106-109. Hay que añadir que la situación táctica es similar, pues en ambos casos la presencia de un río es parte del escenario de la batalla, en aquel caso el Tigris; aquí el Rin.

acribillaron con todo tipo de venablos a los germanos; si la velocidad había arrebatado a la muerte a alguno de ellos, por el propio peso del cuerpo en la caída se hundía en lo más profundo del río. Y como en un espectáculo teatral, cuando al abrirse 57
el telón muestra mil maravillas, era posible, ya sin temor, ver que se agarraban a los buenos nadadores los que no sabían, que otros flotaban como troncos, al abandonarles los más rápidos y que algunos, como si la corriente del río mantuviese un combate con ellos, eran tragados envueltos por las aguas; algunos, subidos[465] sobre los escudos, esquivando la mole impetuosa de las olas que se les echaban encima y tomando la corriente de través, llegaban a la orilla opuesta después de muchos lances peligrosos. En fin, espumeante de sangre bárbara, demudado, el cauce se hallaba atónito por la insólita crecida.

Mientras esto sucede, el rey Conodomario, al encontrar una 58
oportunidad de marcharse, escapando entre el amontonamiento de cadáveres con unos pocos de su guardia, se apresuraba en una rápida carrera hacia el campamento que audazmente había levantado entre las fortificaciones romanas de Tribunci[466] y Concordia[467], para, tras embarcar en unas naves preparadas de antemano para casos de necesidad, retirarse a un refugio secreto. Como no podía llegar a sus territorios más que atravesando 59
el Rin, se alejó lentamente, cubriéndose el rostro para no ser descubierto. Cuando, para pasarlo, ya se acercaba a la orilla bordeando una laguna alimentada por aguas pantanosas, el caballo lo tiró, al pisar la tierra blanda y pegajosa. Inmediatamente, aunque era muy pesado debido a su corpulencia, escapó refugiándose en una colina cercana. Al reconocerlo —pues no

[465] La misma táctica se describe con mayor claridad en XVI 11, 9; en este caso son los soldados romanos los que utilizan los escudos a modo de esquife.

[466] Lugar cercano a Estrasburgo.

[467] Posiblemente la actual Wissemburg, a 42 km al norte de Brumath.

pudo ocultar quién era, traicionado por la grandeza de su anterior fortuna—, una cohorte con su tribuno lo siguió con toda rapidez en una carrera sin respiro; tenía rodeada la elevación boscosa en un cerco armado, sin atreverse a atacar, para no caer en
60 una emboscada oculta entre las oscuras sombras del ramaje. Al verlo, impulsado a un miedo extremo, se rindió voluntariamente, saliendo solo; y los doscientos hombres de su séquito junto con sus tres amigos más íntimos, se entregaron prisioneros por considerar una deshonra[468] sobrevivir a su rey o no morir por su
61 rey, si así lo requería la ocasión. Y como los bárbaros, por costumbres ancestrales son humildes en la adversidad y arrogantes en el éxito, se le llevaba esclavo de la voluntad ajena, descompuesto y pálido, pues le cerraba la boca la conciencia de sus culpas, sobremanera distinto de aquel que, pisoteando las cenizas de las Galias después de producir terribles y mortales horrores, profería múltiples y crueles amenazas[469].

62 Una vez concluido todo esto con la ayuda de un poder de lo alto, al caer el día, los soldados, llamados a retirada muy a su pesar a toque de trompeta, acamparon junto a las riberas del Rin, y, después de poner muchas filas de escudos como protec-
63 ción, disfrutaron de alimento y descanso. Ciertamente cayeron en esta lucha doscientos cuarenta y tres romanos, pero jefes sólo cuatro: Bainobaudes, el tribuno de los cornutos, así como Laipsón e Inocencio[470], que mandaba a los catafractarios, y un

---

[468] TÁCITO, *Germania* XIV 1: «en el campo de batalla es vergonzoso para el jefe verse superado en valor y vergonzoso para la comitiva no igualar el valor de su jefe. Pero lo infame y lo deshonroso para toda la vida es haberse retirado de la batalla sobreviviendo al propio jefe; el principal deber de fidelidad consiste en defender a aquél, protegerlo y añadir a su gloria las propias gestas: los jefes luchan por la victoria; sus compañeros, por el jefe».

[469] Libanio proporciona una versión más breve de la captura y más pormenorizada de la comparecencia del jefe alamano (cf. XVIII 60-61).

[470] Sólo conocidos por este texto.

tribuno vacante[471], de cuyo nombre no dispongo; a su vez, de los alamanos se contaron[472] seis mil cadáveres tendidos en el campo de batalla, y fueron arrastrados por la corriente del río otros innumerables cúmulos de muertos.

Entonces Juliano, como su nobleza era superior a su propia 64
fortuna[473] y mejor dotado de méritos que de mando, habiendo sido proclamado Augusto por aclamación unánime de todo el ejército, reprendía[474] a los soldados por actuar con excesiva ligereza, asegurando con un juramento que él ni aspiraba a tal cosa ni la quería.

Para aumentar la alegría del favorable desenlace, ⟨tras convo- 65
car la asamblea y ante la expectación de todos⟩, ordenó que se le
trajese a Conodomario. Inclinado primero y después postrado en
tierra de forma suplicante, cuando pidió la venia en lengua ex-
tranjera, se le instó a recuperar el ánimo. Pocos días después de 66
esto, conducido a la corte del emperador, y enviado a continua-

[471] Véase nota a XV 4, 10.

[472] Zósimo, III 3 pretende que sean 60.000 los cadáveres en el campo de batalla y otros tantos muertos en el río, mientras que Libanio es más acorde con Amiano, ya que habla de ocho mil en el campo de batalla, sin precisar el número de muertos en el río *(Discurso* XVIII 60).

[473] Por el contrario, según Zósimo, Constancio II era «incapaz de sobrellevar con medida su ventura» (II 55, 1). Estamos, por tanto, una vez más, ante un tópico de la confrontación entre ambos, presente en las letras de la época.

[474] Amiano insiste en la idea de que Juliano no deseaba dar un golpe militar (véase Juliano, *A los Atenienses,* 278 c <7>) y alcanzar el imperio por medio de un motín, a pesar de sus excelentes cualidades. Para comprender más a fondo la insistencia, es interesante comparar el pasaje con XX 4, especialmente 14-22. Por ora parte, la noción de Fortuna-Tyche en el pensamiento de Juliano y en la interpretación de Amiano es una cuestión compleja, ya que junto a los conceptos tradicionales en Grecia y en Roma y a su presencia en la tradición historiográfica se unen las peculiares interpretaciones que hace Juliano sobre el neoplatonismo en el aspecto de la relación entre necesidad y actuación humana.

ción a Roma[475], murió de melancolía en el acuartelamiento de las tropas extranjeras que se encuentra en el monte Celio[476].

67 Tras tantos y tales éxitos, algunos acusaban a Juliano en palacio ante Constancio, para agradar al propio príncipe; incluso le apodaban Victorino[477], porque, aun obrando con prudencia cuantas veces ejercía el poder, frecuentemente comentaba que
68 había vencido a los germanos. Entre la exageración de las alabanzas y la ostentación de lo que brillaba ante los ojos de todos, según su costumbre, adulaban al emperador, vanidoso de suyo, atribuyendo a sus felices auspicios[478] todo lo que se llevaba a

---

[475] «[...] se lo envió cautivo a Constancio, pues pensaba que él mismo debía arrostrar las fatigas y cederle a aquél los laureles de tamaña gesta, cual Aquiles que renuncia a su botín a favor de Agamenón» (LIBANIO, *Discurso* XVIII 66; cf. *Il.* I 149-171), texto que tiene su correspondencia en JULIANO, *Discurso III, Sobre las acciones del emperador o Sobre la Realeza* 49c-50d <1>, precisamente con el pasaje homérico como motivo de inicio y justificación de la actitud de Juliano ante Constancio, y en *A los Atenienses*, 279 c<8>, donde se explaya sobre su derecho a retener al prisionero. Por tanto, la puntualización de Amiano tiene un trasfondo más denso de lo que parece.

[476] Este texto es un *locus classicus* para el asunto de *Castra peregrina.* Se trataba de un acuartelamiento para tropas provinciales con destinos especiales en Roma, como los *frumentarii* (mensajeros, correos, policías) o los *speculatores* (guardia personal del emperador, observadores, espías), de lo cual hay documentación epigráfica hallada *in situ.* Se encontraba en la *Regio II*, en el lugar que actualmente ocupa la iglesia de S. Stefano Rotondo y zona adyacente. Se distinguen bien dos edificios, uno dispuesto en dirección E-O, y otro sentido N-S. La mayor parte del edificio parece haberse construido entre época adriánea y el resto en el siglo tercero, aunque en el cuarto se hicieron modificaciones. Por otra parte, si como afirma AURELIO VÍCTOR *(Libro de los Césares* XXXIX, XLIV), bajo Diocleciano y Maximino los *frumentarii* fueron sustituidos por los *agentes rerum*, en la época de Amiano podría ser la sede de este cuerpo.

[477] Alusión sarcástica al usurpador galo de 268-270, que reemplazó a Póstumo cuando fue asesinado por los soldados, siendo, a su vez, muerto año y medio después en Colonia (cf. *Historia Augusta, Treinta usurpadores* 6, *Victorino).*

[478] Referencia al *ius auspicii* del *imperator* que delega en los ejecutantes, desde el tiempo de la República; en continuidad con ello, desde Augusto, se so-

cabo en el orbe de la tierra. Por lo cual, ensoberbecido por la palabrería de los aduladores, entonces y en adelante, en los edictos expuestos en público, con excesiva arrogancia mantenía muchas falsedades, escribiendo frecuentemente que él solo —aun cuando no había estado presente en las acciones— había combatido y vencido, y había destronado a reyes suplicantes de pueblos extranjeros; y si, por ejemplo, mientras él estaba en Italia, algún general se había conducido valerosamente ante los persas, sin mención alguna de éste a lo largo de un texto muy prolongado, enviaba cartas laureadas[479] para desgracia de las 69

lía atribuir un mérito a la persona del príncipe por las victorias conseguidas por sus generales, como indica SUETONIO, *Augusto*, 21: «sea bajo su mando personal, o sea bajo sus auspicios sometió Cantrabria, Aquitania, Panonia, etc.». En el panegírico de Maximiano II (10-11), constituyen el *leit-motiv* las obras que se realizan en el imperio bajo el auspicio de Maximiano y Diocleciano, así como la concordia entre ambos, comparando los auspicios del emperador con el gobierno de Júpiter sobre las demás divinidades. Expresamente afirma AURELIO VÍCTOR, *Libro*... XLII 17: «y éste (scil. Juliano) en poco tiempo sometió a estos pueblos bárbaros después de capturar a sus ilustres reyes. Aunque estos acontecimientos sucedieron gracias a su valor, también se produjeron por la buena fortuna y los consejos del emperador». Así pues, era práctica consagrada en la tradición política, de modo que la crítica de Amiano es hiperbólica y con probabilidad injustificada. Hay que señalar además que el enfoque de Amiano coincide con el del propio Juliano en *A los Atenienses*, 279b-d, que concluye: «mientras yo había combatido [...] él y no nosotros celebró el triunfo».

[479] Los partes de guerra de los generales victoriosos eran enviados acompañados de laureles (PLINIO, *Hist. Nat.* XV, 134) desde época muy antigua (LIVIO, V 28, 13: «llegan cartas laureadas de parte de Postumio: ha sido derrotado el ejército de los ecuos», año 391 a. C.), posteriormente eran llevadas por el destinatario al templo de Júpiter Óptimo Máximo (PLINIO, *ibid.*; PLINIO EL JOVEN, *Panegírico* 8). En el texto se alude además indirectamente al *aurum coronarium*, impuesto que se recaudaba con ocasión de las victorias de un emperador, a su advenimiento u otras ocasiones, y que llegó a ser una forma irregular de impuesto. Tiene su origen en la costumbre helenística de ofrecer una corona de oro a los generales victoriosos, y que fue adoptada por Roma al final del siglo II a. C. No deja de ser significativo que el *Código Teodosiano*

provincias, diciendo que él se hallaba entre los jefes, en una in-
70 soportable exhibición de sí mismo. Finalmente se conservan sus palabras ⟨guardadas en el archivo público del príncipe, en las cuales está recogido su modo de narrar y de ensalzarse exageradamente⟩ a sí mismo hasta el cielo. Encontrándose alejado de Estrasburgo cuarenta jornadas[480], cuando se dio la batalla, mantiene por escrito falsamente que él había organizado el ejército, que se había mantenido entre los portaestandartes, que había hecho huir en desbandada a los bárbaros, y que Conodomario se le había rendido a él —¡qué ignominia!—, callando sobre los gloriosos hechos de Juliano, que casi habría sepultado en lo más profundo, si la fama no fuera incapaz de dejar pasar en silencio las grandes hazañas, aunque muchas queden ensombrecidas.

XII 13, 1 recoja una disposición de Juliano que mitiga este impuesto y se reserva la potestad de imponerlo, en el año 362. A su vez, LIBANIO, *Discurso* XIV, *A Juliano en defensa de Aristófanes,* 14, se hace eco de los excesos de los recaudadores: «arruinan las ciudades y llevan de regreso en carruajes cargados de oro a quienes aparentemente sirven al estado».

[480] Literalmente, cuarenta *mansiones:* el término se aplica propiamente a las casas de postas construidas y mantenidas por el estado romano, como parte del sistema imperial de comunicaciones; distribuidas por toda la red viaria romana, estaban dotadas de alojamientos y servicios (véase *Código Teodosiano,* 7, 10, 1 y 11, 9). Distaban entre sí unos 37 km, espacio que correspondía a una jornada de viaje. En sentido metonímico *mansio* se aplica también a este significado (véase, por ejemplo, *Peregrinación de Egeria,* 9, 7 y 20, 12).

LIBRO XVII

SINOPSIS
(años 357-358)

1-2 Juliano, tras pasar el Rin, se enfrenta a los alamanos y a los francos.

3 Suavización de los impuestos a los galos.

4 Instalación de un obelisco en el Circo Máximo. *Excursus* sobre obeliscos y jeroglíficos.

5 Tratos de paz con Persia.

6 Alamanos y jutungos son repelidos en las Recias.

7 Terremoto de Nicomedia. *Excursus* sobre los terremotos.

8-10 Enfrentamientos de Juliano con salios y camavos. Reparación de fortificaciones. Insurrección del ejército. Suomario y Hortario obtienen la paz.

11 Murmuraciones en palacio sobre Juliano.

12-13 Victoria de Constancio sobre los sármatas y arenga al ejército.

14 Fracaso de las negociaciones de paz con Persia.

El César Juliano, después de atravesar el Rin, saquea e incendia las aldeas de los alamanos. Repara allí una fortificación de Trajano y concede a los bárbaros una tregua de diez meses

1 Habiendo concluido así las diversas operaciones, que he expuesto, cuando, tras la batalla de Estrasburgo, el Rin fluía en paz, el joven protegido[481] de Marte, a seguro y con desvelo por que las aves no se alimentasen con los cuerpos de los caídos, mandó que todos sin distinción fueran enterrados[482]; y puestos en libertad los parlamentarios, que anteriormente dije[483] que habían presentado insolentes reclamaciones, volvió a Saverna. 2 Ordenó que desde allí se llevase a

---

[481] En latín *Martius*. Se ha relacionado esta denominación de Juliano con el modelo que expresa XVI 1, 4, *Traiani simillimus*, como protegido del dios de la guerra.

[482] Aunque el texto atribuye a la preocupación del César por que los cadáveres no fueran pasto de las alimañas, la cuestión del tratamiento de los cuerpos de los difuntos fue una constante en los principios de Juliano, como queda de manifiesto en su fragmento 136b, un decreto en que se proscriben los enterramientos durante el día (en clara referencia a los cultos cristianos, que «llenaban todo de tumbas y sepulcros» cf. *Discurso* XII 361a, *Contra los Galileos*, 335b-c), precisamente a causa de los cultos diurnos de los dioses paganos, de la impureza en que incurrirían quienes asistían a los enterramientos y de causas similares. En esta misma línea se sitúan la purificación de la fuente Castalia narrada por Amiano en XXII 12, 8 y las disposiciones de *Cod. Teod.* IX 17, 5, de fecha 12 de febrero del 363.

[483] XVI 12, 3.

Metz junto con todos los prisioneros el botín para custodiarlo hasta su regreso, y dispuesto a dirigirse a Maguncia, para —atravesando por un puente previamente tendido— perseguir a los bárbaros en sus tierras, ya que en las nuestras no había dejado ninguno, encontraba trabas en la oposición de la tropa; pero la ganó para su propósito, cautivada por la elocuencia y belleza de sus palabras, pues el amor hacia él, más encendido tras las pruebas, la inclinó a seguirlo de buen grado, camarada como era en todos los trabajos y jefe magnífico en autoridad, habituado a imponerse más fatigas a sí mismo que al ejército, como a todas luces sucedió. Y enseguida se llegó al lugar mencionado. Después de pasar el río por los puentes que se habían tendido, ocu-
3 paron las tierras de los enemigos. A su vez, los bárbaros —que, instalados en una inacción apacible, tenían la esperanza de que entonces poco se les iba a importunar—, aturdidos por la magnitud del problema, viendo venir con angustia, por el desastre ocurrido a otros, la suerte que se les venía encima, con una aparente petición de paz para esquivar el primer golpe del torbellino, enviaron legados con unos discursos bien compuestos, que declaraban unánime lealtad a los pactos. Y no se sabe por qué decisión ⟨tomada repentinamente⟩, tras cambiar de parecer, por medio de otros a los que se mandó venir a toda velocidad, amenazaron a los nuestros con una durísima guerra, si no salían de sus territorios.

4 Al conocer estas noticias de buena fuente, el César, en las primeras horas del descanso nocturno hizo subir en unas embarcaciones pequeñas y rápidas a ochocientos soldados, para que, tras remontar el río veinte ⟨millas⟩, desembarcando, arra-
5 sasen a sangre y fuego cuanto pudieran encontrar. Con tales medidas, al primer rayo del sol, como los bárbaros habían sido avistados por las cumbres de los montes, el ejército enardecido fue conducido a las zonas altas, no hallando a nadie —pensando que quizá sucedería esto, los bárbaros se habían marchado

a toda prisa—; se divisaban en la lejanía columnas de humo de
grandes proporciones que indicaban que los nuestros estaban
saqueando las tierras del enemigo en que habían penetrado.
Esta acción hizo venirse abajo los ánimos de los germanos, y, 6
tras abandonar las emboscadas que habían preparado a los
nuestros en puntos estrechos y sin visibilidad, atravesaron vo-
lando el río llamado Main[484], para proteger a sus familias.
Como suele suceder en asuntos inseguros y turbulentos, ate- 7
rrorizados acá por la carga de nuestra caballería, allá por el re-
pentino ataque de las barcas cargadas de soldados, encontraron
en la huida un rápido recurso de salvación, conocedores como
eran del terreno. Gracias a su retirada, los soldados, marchan-
do sin obstáculos, saqueaban las granjas bien abastecidas de
ganado y de alimento, sin dejar ni una a salvo, y, después de
hacer salir a los prisioneros, entregaban enteramente a las lla-
mas todas las casas, esmeradamente construidas a la usanza[485]
romana. Tras recorrer unas diez millas, una vez que habían lle- 8
gado cerca de un bosque aterrador por su tenebrosa oscuridad,
se detuvo dudando bastante tiempo, al saber por la declaración
de un desertor que bastantes enemigos se ocultaban en hoyos y
trampas engañosas, dispuestos a salir cuando les pareciera
oportuno. Atreviéndose todos, no obstante, a entrar intrépida- 9
mente encontraron las sendas obstruidas con encinas, fresnos
y abetos talados de grandes dimensiones. Por ello, retrocedien-
do con más precaución, se percataban, con una indignación
que apenas les cabía en el alma, de que no podían avanzar más
que con largos y dificultosos rodeos. Y cuando bajo la furia de 10
un viento abrasador se afanan en vano con el mayor riesgo

[484] *Menus*, en latín.

[485] La zona que recorren, entre Rin y Danubio, aunque había sido ocupada por Roma en tiempo de Domiciano, había sido abandonada hacia el 276 d. C.

—como había pasado el equinoccio de otoño, por aquellas regiones las nevadas inundaron por igual montes y llanuras—, se
11 emprendió una memorable hazaña. Y sin que nadie opusiera resistencia, una fortificación[486] que, construida en suelo alamano quiso Trajano que se designase con su nombre, y había sido atacada hacía poco con la mayor violencia, fue restaurada a rebato. Y situados circunstancialmente allí unos defensores, se aprovisionaron de alimentos recolectados de las
12 propias entrañas[487] de los bárbaros. Ellos, viendo que esto había sido organizado para su perdición y congregados a toda prisa por el temor de cuanto se había efectuado, pidieron la paz con unas súplicas de extrema bajeza a través de unos compromisarios que enviaron. Fundamentada ésta en todo tipo de consultas, el César, tras discutir muchas posibilidades a favor y en contra, concedió una tregua de diez meses; concluyendo con gran clarividencia que la plaza que había ocupado sin obstáculo, por encima de lo que pudo haberse esperado, debía ser fortificada con máquinas en las murallas y con
13 un sólido dispositivo. Con esta garantía se presentaron al fin tres reyes muy corpulentos, ya en ese tiempo atemorizados, de aquellos que enviaron ayuda a los vencidos en Estrasburgo, jurando con una fórmula solemne según sus ancestrales costumbres, que no emprenderían rebelión alguna, sino que, sin atacar la fortificación, mantendrían los pactos hasta la fecha fijada, porque así lo habían decidido los nuestros, y que cargarían sobre sus espaldas el aprovisionamiento, si los defensores les comunicaban qué hacía falta; cosas ambas que hicieron, porque el miedo ponía freno a su doblez.

---

[486] Identificado por unos autores con *Lopodunum* (Ladenburg), y por otros con Höchst o con *Nida* (hoy, Heddernheim).

[487] Se encuentran expresiones metafóricas similares, por ejemplo, en Cic., *Cat.* 1, 13; Virg. *En.* III 575 y Ovid., *Met.* I 137-138.

Concluida esta guerra memorable ciertamente comparable a las púnicas y a las teutónicas[488], si bien con muy leves pérdidas para el Imperio romano, el César se gloriaba de ser un jefe de buena estrella y éxito. Y se pudo dar crédito a sus detractores, que inventaban que él había luchado tan valientemente en toda ocasión porque deseaba más bien perecer con gloria en la lucha que recibir la muerte —con el destino de los condenados, al igual que su hermano Galo, como eran sus expectativas—, de no ser porque con la misma conducta, también después de la muerte de Constancio hubo alcanzado la fama por sus admirables hazañas. 14

El César Juliano asedia a seiscientos francos que devastaban la Germania Segunda y les fuerza a entregarse por hambre

Dispuestos los acuerdos con tanta estabilidad como lo permitían las circunstancias, al volver a sus cuarteles de invierno, halló la siguiente prolongación de sus sudores: al dirigirse el jefe de la caballería Severo hacia Reims[489] por Colonia[490] y Jülich[491] tropezó con unos imponentes escuadrones[492] de caballería 2

[488] La hipérbole es evidente. Las guerras teutónicas fueron sostenidas contra cimbrios y teutones entre el 113 y el 102 a. C.; de ellas salió vencedor Mario. De nuevo las menciona Amiano en XXXI 5, 12.

[489] *Remi*. La ruta parece seguir el curso del Rin por Coblenza hasta Jülich (*Itin. Anton*, WESSELING, pág. 375), y de aquí por Tongres y Aquisgrán (*Tabla de Peutinger* II 5-III 1) hasta llegar a Reims.

[490] *Colonia Agrippina*.

[491] *Iuliacum*, en la Germania II (Inferior) en la diócesis de las Galias.

[492] En el texto latino se emplea la terminología utilizada por el ejército romano de la época: la formación de caballería se denomina *cuneus* y los jinetes ligeros *uelites*; el *cuneus*, escuadrón, es una unidad de caballería de época constantiniana de alrededor de 500 hombres, adjudicada a las diferentes zonas de defensa de la frontera, junto con las demás unidades de infantería y caballería convencionales. Los *uelites*, aunque constan en el ejército desde época repu-

franca[493], de unos seiscientos jinetes ligeros[494] —como después se descubrió—, que arrasaban lugares desprovistos de protección; esta ventaja les alentaba a atreverse a la fechoría, porque pensaron que podían hacer acopio de lo mejor de los botines, mientras el César estaba ocupado en la zona de los alamanos y nadie se lo impedía. Pero, por temor al ejército, ya de vuelta, cuando al fin estuvieron ocupadas las dos fortificaciones que antes estaban desguarnecidas, se iban poniendo a salvo en la
2 medida que les era posible. Juliano, sorprendido por la novedad, y tratando de suponer qué consecuencias tendría, si pasaba sin tocarlos, frenando al ejército dispuso dar un rodeo[495]*** el río Mosa baña; y se dilató el retraso del asedio hasta el día quincuagésimo cuarto, es decir, hasta los meses de diciembre y enero, mientras se mantenía persistentemente la actitud de los bárba-
3 ros, que resistían con increíble tenacidad. Entonces el César, con toda previsión, temiendo que los bárbaros, calculando las noches sin luz de luna, atravesasen el río paralizado por las heladas, ordenó que todos los días desde que se ponía el sol hasta el amanecer los soldados navegasen en la embarcaciones de vigilancia[496] río abajo y arriba, para que, al quebrarse las placas

blicana, son también característicos de la época. Así, VEGECIO, *Ins. Milit.* III 24: «los vélites eran jóvenes provistos de armadura ligera y físicamente ágiles, que desde la montura lanzaban con perfección las armas arrojadizas».

493 A pesar de la paz firmada con Juliano en XVI 3, 2.

494 Según LIBANIO, *Discurso* XVIII 70, eran mil y, tras su envío a Constancio, fueron a engrosar las filas del ejército romano. Este aumento del número de los soldados coincide con el adjetivo amiáneo, *ualidissimi*, traducido por «imponentes». En cualquier caso, escuadrones de un número mayor de efectivos del normal.

495 El texto presenta una laguna. Se supone que se produce un sitio de los romanos sobre los francos.

496 *Naues lusoriae*, en latín. VEGECIO, en *Ins. Milit.* IV 46, habla de ellas como «naves que realizan guardias diarias en el campo». El texto se refiere al área del Danubio. En relación al mismo territorio, y ya en época teodosiana, en

de hielo, nadie pudiese llegar fácilmente a romper el cerco. Con esta táctica, desgastados por la falta de alimento, la vigilancia y el desaliento extremo, se entregaron espontáneamente, y de inmediato fueron enviados[497] a la corte del Augusto. Una masa de 4
francos, que había salido para librarlos del peligro, al encontrarse con que habían sido hechos prisioneros y deportados, sin atreverse a más, volvió a sus territorios. Concluido todo esto, el César volvió a París con intención de pasar el invierno.

El César Juliano se esfuerza en aliviar a los galos agobiados por los impuestos

Entonces, como se esperaba que mu- 3
chos pueblos iban a reunir sus gentes en una fuerza mayor, el sagaz comandante, que barruntaba guerras inciertas, se encontraba oprimido por una mole de preocupaciones; y, como creía que durante las treguas —aun laboriosas y breves—, se podían remediar los gravosos recargos[498] de los propietarios, reguló las formas de contribución. Y cuan- 2
do el prefecto del pretorio Florencio[499], tras hacer un cálculo

el *Cod. Teod.* VII 17 se recogen disposiciones sobre reparaciones y manutención de estas embarcaciones.

497 JULIANO, en *A los Atenienses* 280, declara haber enviado a la corte de Constancio nuevos soldados (siete batallones de infantería y dos de caballería).

498 Los contribuyentes no habían podido pagar el montante previsto para el periodo fiscal correspondiente, arruinados por las exigencias de Magnencio y, sobre todo, por las invasiones bárbaras. Florencio pretendió entonces enjugar el déficit con una superindicción (concebida como un impuesto complementario, a pagar en especie y destinado al abastecimiento del ejército). Pero, para autorizar una superindicción se precisaba «un edicto formal suscrito con el autógrafo del emperador» *(Cod. Teod.* XII 12, 2); así Florencio tuvo que solicitar la firma de Juliano, que se negó.

499 JULIANO, *Carta 14 a Oribasio*, expone una cuestión de este tipo, pero no menciona a Florencio. Sí lo hace en *A los Atenienses* 282c en el mismo sentido: «poco después también Florencio se hizo mi enemigo por mi oposición a sus abusos». Por su parte LIBANIO, en el *Discurso* XVIII 84, tacha de venal a Florencio, esta vez con ocasión de un juicio.

completo —según pretendía—, afirmaba que él iba a completar lo que faltase de la capitación[500] a base de requisas, el César, al saber tal cosa, insistía en que antes de que esto sucediera habría
3 de morir. Pues sabía que muy a menudo las heridas incurables de tales provisiones —más bien enajenaciones[501], para hablar con más verdad— habían empujado a las provincias a una miseria extrema; cosa que, como se expondrá más adelante[502],
4 destruyó por completo el Ilírico. Cuando, en vista de esto, el prefecto del pretorio puso el grito en el cielo con que no podía tolerar que de repente se le hubiese retirado la confianza a él, a quien el Augusto había confiado la jefatura de la administración, Juliano, tranquilizándolo amablemente con un cálculo exacto y realista, le hizo ver que el presupuesto de la capitación no sólo era suficiente sino que además quedaría un excedente
5 para disponer lo necesario para la intendencia. Asimismo, por otra parte, un aumento de impuestos que le presentaron bastante después, sin tolerar que se lo leyeran ni firmarlo, lo arrojó al suelo. Amonestado en una carta del Augusto —por un informe del prefecto— a no obrar de modo tan puntilloso que pareciese que desacreditaba a Florencio, contestó que debían felicitarse si los provinciales —atropellados por acá y por allá— entregaban los impuestos ordinarios, no ya los recargos, que ninguna tortura podría arrancar a gentes menesterosas. Sucedió que entonces y en adelante, por la firmeza de ánimo de un solo hombre, en contra de lo habitual, nadie intentó explotar injustamente a los

[500] Véase XVI 5, 14.

[501] En el texto *provisionum,* en el sentido de medidas de previsión o clarividencia en el gobierno; y en caso de guerra, medidas de aprovisionamiento. Es claro el sentido irónico en que está empleado este término en antítesis con *eversionum,* que puede tener el sentido de expulsión con desposesión violenta e ilegal. Los términos, además, hacen un juego de paronomasias muy propio del gusto literario de la época.

[502] Véase XIX 11, 3 y XXX 5, 6.

galos. En un ejemplo sin precedentes, a petición suya, el César 6
había conseguido del prefecto que se le encomendase la administración[503] de la Bélgica Segunda[504], oprimida por males de todo tipo, a condición de que ningún agente del prefecto ni del gobernador apremiase a nadie a pagar. Reanimados con este respiro, todos aquellos a los que había tomado bajo su protección pagaron las contribuciones antes de la fecha fijada, sin que se las reclamasen.

Por orden de Constancio Augusto se instala un obelisco en Roma, erigido en el Circo Máximo. Acerca de los obeliscos y signos jeroglíficos

En este preludio del restablecimiento 4
de las Galias, cuando Órfito[505] administraba aún su segunda[506] prefectura se erigió en Roma un obelisco en el Circo Máximo[507]. Diré unas palabras acerca de
esto, porque vienen al caso. A la ciudad 2
fundada en remotos tiempos, célebre en otro tiempo por la imponente construcción de sus murallas y las cien entradas de sus puertas, sus fundadores la llamaron Tebas Hecatómpylos[508] por este hecho.

---

[503] Los comentaristas a partir de Sabbah *(ad loc.)* coinciden en señalar esta línea de conducta de Juliano como un paso importante en el proceso de independización y distanciamiento respecto a Constancio. Por otra parte, en relación con la venalidad y los abusos de los agentes, en *Cod. Teod.* XII 10, 1 se conserva un decreto de Valentiniano y Valente del año 373 que les pone freno.

[504] Desde la reforma de Diocleciano, una parte de la diócesis de las Galias, que correspondía a la zona ribereña con el mar de Norte y se prolongaba hacia el sur hasta el límite con la *Sequania*. Su ciudad más importante era Augusta Treverorum, la actual Tréveris

[505] Véase XIV 6, 1.

[506] Del 357 al 359.

[507] Como queda anunciado en XVI 10, 17.

[508] Ciudad del alto Egipto emplazada en la zona de las actuales Luxor y Karnak, fundada hacia el 1500 a. C. Véase Estrabón, XVII 27. El sobrenombre que se atribuye a la ciudad se debe a los griegos (Hom., *Ilíada* IX 383). Pom-

Hasta ahora se designa con este nombre a la provincia de Te-
3 baida[509]. Ésta la tomaron los generales púnicos[510] en los inicios de la expansión de Cartago, en un ataque por sorpresa; posteriormente reconstruida, aquel rey de los persas, Cambises[511], ávido de lo ajeno y cruel, como había demostrado en sus victorias, después de vencer a Egipto, la atacó, para llevarse de allí sus envidiables riquezas, sin siquiera exceptuar las ofrendas
4 consagradas a los dioses. Mientras corre agitado[512] de acá para allá entre los saqueadores, trabado por sus amplias vestiduras, cae hacia delante y, herido casi mortalmente con su propio puñal —que lleva sujeto a la pierna derecha y que, para sus desdi-
5 cha, se ha desenvainado en un movimiento brusco—, pudo ha-

PONIO MELA, I 51 da, además de la tradicional, otra: «cien puertas, o como otros dicen, cien salas, cuantas en otro tiempo eran las casas de los príncipes».

[509] La provincia más meridional de la diócesis de Egipto, correspondiente al alto Nilo.

[510] El autor confunde Hecatómpylos de Libia con la ciudad egipcia que llevaba este sobrenombre; aquélla había sido conquistada por el general cartaginés Hanón en 242 a. C. (DIODORO, XXIV 13).

[511] Cambises fue rey de Persia del 530 al 522 a. C. Efectivamente llevó a cabo una campaña egipcia coronada con éxito el año 525, tras derrotar a Psamético III. Gobernó sobre este país.

[512] Según la inscripción de Darío I en Behistán murió «por obra de sus propias manos». Heródoto presenta el accidente cuando, debido a la usurpación de los magos, se dispone a marchar desde Siria a su tierra para hacerles frente, es decir, fuera de situación bélica. En III 64, 3 dice «al saltar a caballo, se desprendió la vaina de la contera de su espada y la hoja, que quedó desnuda, le lesionó en el muslo»; la gangrena causó su muerte veintitantos días después. La ciudad en la que se da el suceso es denominada por el autor Ecbatana (no documentada actualmente, aunque sí una región llamada Batanea, al norte de Palestina) y situada en Siria. Todo ello presenta coincidencias de carácter mántico-religioso, pues había recibido un oráculo de que moriría en Ecbátana y pensaba que sería en la sede de su imperio, Ecbátana de Media; además, se hizo la herida que causó su muerte en el mismo punto en que él había herido a Apis. Cf. ESTRABÓN, 17, 27 y 46; JUSTINO, *Epitome* I 9, 8. CTESIAS DE CNIDO, *Persica* 16.

ber muerto[513]. A su vez, mucho después Cornelio Galo[514], procurador de Egipto durante el gobierno de Octaviano en Roma, despojó la ciudad, apropiándose de muchos objetos. Y al volver, cuando se le acusó de robo y del saqueo de la provincia, por miedo a la nobleza ásperamente indignada, a la que el emperador había confiado la resolución del asunto, se arrojó sobre su espada desnuda. Éste es, si estoy en lo cierto, el poeta Galo, al que canta Virgilio en dulces versos, llorándolo en cierto modo, en la última parte de las *Bucólicas*.

En esta ciudad, entre enormes monumentos y diversas esta- 6
tuas colosales, que representan las imágenes de las divinidades egipcias, hemos visto[515] numerosos obeliscos, algunos caídos por tierra y destrozados; los antiguos reyes, después de dominar pueblos u orgullosos de la prosperidad de su reinado —tras examinar cuidadosamente las canteras de las montañas, incluso entre los más lejanos habitantes del mundo[516]— los habían dedicado piadosamente a las divinidades del cielo, una vez tallados y erigidos.
Un obelisco es una piedra de gran dureza con forma de meta[517], 7

[513] El latín emplea el término *interisset*, tras la utilización de dos presentes históricos. Dado que las fuentes no son concordes acerca de la muerte del rey persa, me parece conveniente mantener en el texto la ambigüedad original.

[514] Fue primer prefecto de Egipto (el texto emplea terminología posterior), del 30 al 26 a. C., bajo Augusto, y, efectivamente, el poeta elegiaco relacionado con los escritores de este entorno. El autor se refiere a la *Égloga* 10 de VIRGILIO. Cf. DIÓN CASIO, LIII 23. 5-24.1.; SUET. *Oct.*, 66: EUTR. 7, 7.

[515] Testimonio personal de Amiano, como el registrado en XIV 4, 6.

[516] En la expresión de Amiano, una vez más, hay una hipérbole. Los obeliscos conservados fueron tallados en granito rosa de Asuán, situado en la margen occidental del Nilo a la altura de la primera catarata, en la zona de Nubia, perteneciente a Egipto desde el Imperio Medio (1990-1630 a. C.).

[517] *Meta*, en latín. Se refiere a cada una de las tres columnas cónicas situadas al final de la *spina* del circo. La referencia que el texto hace al rayo de sol concuerda con la propia tradición egipcia, que desde fecha antigua lo relaciona con el culto de Ra, el dios-sol de Heliópolis.

que se alza progresivamente hasta una gran altura y, como para representar un rayo de sol, se estrecha progresivamente; desde una base de cuatro lados se prolonga hasta un fino vértice, ar-
8 tísticamente tallada. Sobre las formas de los innumerables caracteres que se llaman jeroglíficos[518], que vemos incisos en ellos por todas partes, la antigua autoridad de la sabiduría origi-
9 naria las ha dado a conocer[519]. Pues al esculpir numerosos tipos

[518] Propiamente hablando, la escritura jeroglífica, usada desde el 3000 a. C., empleaba en los textos más antiguos hasta 700 caracteres, combinando ideogramas con fonogramas consonánticos y ciertos determinantes. Su conocimiento común se considera perdido en la tarda Antigüedad, aunque se conserva algún documento de esta época. Fue un sistema propio de textos sagrados y oficiales. Casi desde su origen esta escritura fue utilizada también en su forma cursiva, la escritura hierática, para textos jurídicos, de cancillería, técnicos, mágicos, y correspondencia. Un tercer tipo, el llamado demótico (cf. HERÓDOTO, II 36) se introdujo desde el siglo VII a. C., inicialmente para textos de uso común y cotidiano y posteriormente expandió su predominio progresivamente, llegando en el siglo IV a. C. a ser usada en textos jurídicos, administrativos, religiosos e incluso monumentales, a veces en combinación con la hierática. Su empleo se prolonga en documentos privados hasta fin del siglo III d. C. No obstante, para usos oficiales fue sustituida por el griego en el siglo I d. C.

[519] Según algunas fuentes relacionadas con el neoplatonismo, la escritura de los egipcios se encuentra en un nivel superior, propio de una alta sabiduría, más allá del conocimiento discursivo (cf. PLOTINO, *Enéadas* V 6) y PLUTARCO, *Isis y Osiris* 10, 354 E-F mantiene la relación de los sabios más prominentes de Grecia con Egipto, así como cierta simbología propia para los caracteres; Amiano relaciona también a Egipto con una particular sabiduría en XXII 16, 19-22: «Si alguien quisiera saber en profundidad acerca de las múltiples manifestaciones de la investigación de lo divino, y sobre el origen de la adivinación, descubrirá que este tipo de conocimiento se ha extendido por todo el mundo partiendo desde Egipto». Según Diodoro, la transmisión del conocimiento de los signos corresponde a los sacerdotes: «los sacerdotes enseñan a sus hijos letras dobles, las llamadas "sagradas" y las que son de aprendizaje común» (DIODORO, I 81, 1), e incluye que la interpretación de cada signo no tiene sólo un carácter literal, sino también metafórico *(ibid.* III 3, 5). Amiano, en la interpretación de los signos, está en la línea de de HORÁPOLO DE NILÓPOLIS, *Hieroglyphiká*.

de aves y de animales, también del otro mundo, manifestaban que los deseos[520] de los reyes que los habían formulado obtendrían la más dilatada memoria incluso hasta los tiempos posteriores a su época; y esto tanto los prometidos como los cumpli-
dos. Pues no es como ahora que un número de letras establecido 10
y cómodo expresa todo cuanto puede concebir la mente humana, sino que los egipcios más antiguos no escribieron de este modo, más bien cada uno de los caracteres correspondía a un nombre y a un verbo; y a veces significaba frases completas.
Para que se comprenda, bastarán por ahora dos ejemplos: con 11
un buitre[521] expresan el término «naturaleza», porque la ciencia física mantiene que entre estas aves no hay machos; y con la figura de la abeja, que produce la miel, expresan al rey[522], mostrando con estos signos que el gobernante, junto con la amabilidad, debe estar dotado de aguijones; y muchas cosas semejantes.

Y puesto que los aduladores, como de costumbre, inflando 12
sin medida la vanidad de Constancio, andaban susurrando que,

---

[520] Noticia en contraste con el texto que reproduce en XVII 4, 18-23.

[521] El ideograma del buitre correspondía a la parte central del término «madre»; a partir de la XVII dinastía se emplea también para la diosa Mut, «la Madre», de la que todo tiene origen. Ya en época Ptolemaica fue identificada con Hera y posteriormente el ideograma es usado también para designar a Atenea, identificada con la diosa Neit, divinidades ambas en relación con la representación de la bóveda celeste. Tardíamente asume la función de determinativo de todas las divinidades femeninas. En la obra de Horápolo, el buitre se presenta, junto con el escarabajo, entre los ideogramas que simbolizan seres que no necesitan del sexo opuesto para su reproducción, siendo el ave siempre hembra. Las significaciones que le atribuyen son variadas (cf. I 11 y 12; ELIANO, *Hist. Ant.* II 46).

[522] La abeja en los jeroglíficos antiguos significa «rey del Norte, señor del bajo Egipto»; sólo después de unir su símbolo al de la caña, propio de la realeza del alto Egipto, una vez juntos los dos reinos, viene a expresar «soberano de todo el país».

mientras Octaviano Augusto[523] había llevado dos obeliscos de la ciudad de Heliópolis[524] —de los cuales, uno[525] está colocado en el Circo Máximo, y otro[526] en el campo de Marte—, a éste recientemente traído[527], él, asustado por la dificultad de sus grandes dimensiones, no se atrevía ni a tocarlo ni a moverlo. Sepan quienes lo ignoran que el antiguo emperador, aunque algunos habían sido trasladados, había dejado intacto éste, porque se alzaba como la coronación de todos los demás, dedicado como estaba en especial ofrenda al dios Sol y fijado dentro
13 de un magnífico templo, al que no se podía acceder. Sin embargo, Constantino, considerando el asunto de poca monta, dispuso que esta mole[528] arrancada de su lugar yaciese en tierra

---

[523] El año 10 a. C. El nombre de Octaviano suele reservarse para la época anterior a su designación como Augusto (el año 27 a. C.).

[524] Heliópolis es el calco semántico de la denominación de Per-Ra, ciudad de Ra, que se atribuía a la ciudad de Iunu. Situada a 10 km de El Cairo, al inicio del delta del Nilo, hay noticias de su existencia desde el año 3000 a. C., aunque su esplendor se da alrededor del 1300 a. C. Decae a partir de la fundación de Alejandría. Entre otros edificios, alojaba el gran templo de Ra.

[525] Construido en granito de Asuán y con una altura de 23,9 m., había sido construido por Seti I (1294-1279 a. C.) y Ramsés II (1279-1213 a. C.). Proveniente del gran templo de Heliópolis, se erigió en Roma para celebrar el vigésimo aniversario de la conquista de Egipto. Con su colocación en el Circo Máximo se inicia en Roma la costumbre de asociar un obelisco a un circo, como posteriormente hicieron Calígula y Constancio II. Actualmente se alza en Roma, en la Piazza del Popolo, adonde fue trasladado en 1589.

[526] Originario de la época de Psamético II (594-588 a. C.), con una altura de 29,5 m. Se trata del llamado *Horologium Augusti* (véase PLINIO, *Hist. Nat.* XXXVI 72-73) antiguamente emplazado junto al *Ara Pacis*. Tras diversas vicisitudes, actualmente se encuentra en la Piazza de Montecitorio de Roma.

[527] Véase XVII 4, 1.

[528] Este obelisco, el mayor de los que se encontraban en Roma, fue construido en granito de Asuán por Tutmés III (1505-1450 a. C.) con destino al santuario oriental del templo de Amón en Karnak; transportado a Tebas, fue erigido allí por Tutmés IV (1425-1415 a. C.). Actualmente se encuentra junto a la

durante un largo tiempo, mientras se tomaban las disposiciones necesarias para el traslado, pensando certeramente que no se cometía ningún delito contra la religión, si este prodigio, sacado de un templo único, se consagraba en Roma, templo del mundo entero[529]. Transportado por el lecho del Nilo y desembarcado en Alejandría, se construyó un barco de un tamaño desusado, que había de ser propulsado por trescientos remeros. Ya realizados tales preparativos y tras abandonar la 14
vida el mencionado emperador, la urgente finalización languideció; al fin mucho después, transportado en barco —a través de los mares y del curso del Tíber, que estaba como atemorizado de que aquello que había enviado el casi desconocido Nilo no fuera a traerlo él mismo con riesgo[530] de su cauce al pie de las murallas que custodiaba—, fue llevado al Caserío de Alejandro[531], que está a una distancia de tres millas de la Ciudad; después, colocado sobre rodillos y acarreado con gran cuidado por la Puerta Ostiense[532] y la Piscina Pú-

basílica de San Juan de Letrán, donde fue trasladado en 1588. En su base figura una inscripción romana relativa a Constantino y sus inmediatos sucesores (*Corpus Inscriptionum Latinarum* VI 1163, Dessau, H., *ILS*, 736). Este texto es la base fundamental para conocer su traslado a Roma y su erección.

[529] Antecedentes de la expresión en Ovidio, *Fast.* IV 270 y *Trist.* I 5, 70. Juliano, *Discurso XI, Al Rey Helios* 153d atribuye la fundación de Roma al Sol, y lo relaciona con la titulatura del *Sol invictus.*

[530] Se encuentran antecedentes de la comparación entre los dos ríos en Plinio, *Hist. Nat.* XXXVI 70. Por otra parte en la base misma del obelisco se halla una inscripción de tenor semejante: *(Thybri) mirante*; *Thybridis uelut pauentis.* Dessau, H. *ILS*, 736.

[531] En el texto, *uicus Alexandri.* Se trata de una parte de las instalaciones portuarias en la orilla izquierda del río, en el extremo inferior del meandro de S. Pablo.

[532] Formaba parte de las murallas aurelianas (construidas entre 271 y 279 d. C.), y abría el camino al puerto. Existían dos puertas con este nombre, a ambos lados de la todavía conservada pirámide de C. Cestio; la Occidental, de

15 blica[533], fue traído al Circo Máximo. Después de esto, sólo faltaba erigirlo, cosa que se esperaba que podría concluirse con dificultad o ni siquiera con ella: ⟨con riesgo extremo⟩[534] se atan a unos altos postes —parecía un bosque de máquinas[535]— unas gruesas y largas maromas que ocultaban el cielo en densa trabazón, como si fuese una urdimbre de muchos hilos. Atado con éstas el propio monte[536] esculpido con elementos gráficos, izado poco a poco a través de un impresionante vacío[537] y pendiendo largo rato, fue colocado en el centro de la cávea por muchos miles de hombres, que hacían girar unos cabrestantes como los de los molinos. Y ⟨se le coloca encima una esfera de bronce⟩, resplandeciente de láminas de oro. Golpeada ésta inmediatamente por la fuerza del fuego divino y, por ello, derribada, se puso en lo alto la reproducción de una antorcha de cobre, igualmente recubierta con láminas de oro, como si ardiese con encendidas llamas.
16 Generaciones sucesivas han transportado diferentes obeliscos, de los cuales se levanta uno en el Vaticano[538]; otro en los Jardines

la que habla el texto, constaba de dos torreones defensivos, y fue reformada y enriquecida en diversas ocasiones; actualmente se conserva, aunque sometida a muchas modificaciones.

533 Denominación correspondiente a la región XII.ª de la Ciudad, aunque la piscina había desaparecido en ese momento. La antigua piscina, alimentada por fuentes de la zona y por el agua del acueducto Apio, se encontraba en zona próxima al lado sudeste del Circo Máximo y de la Porta Capena, y efectivamente había sido destinada a baños públicos. Véase Liv., XXXIII 3, 2.

534 El lugar presenta dificultades textuales y diferentes propuestas de lectura.

535 Vitrubio describe máquinas elevadoras e hidráulicas en X 2, a base de complicados mecanismos de poleas y ruedas.

536 La expresión «monte» es empleada ya por Lucano, VIII 695, referida a las pirámides.

537 En el texto latino, *inane*, el término técnico empleado por Lucrecio para expresar el vacío, por ejemplo, en *La Naturaleza* II 217, 221, 226.

538 El obelisco del Vaticano se levantaba sobre la *spina* del Circo Vaticano y procedía de Heliópolis; fue llevado a Roma, por orden de Calígula entre el 37 y el 41 d. C.; hoy se encuentra en la plaza de S. Pedro del Vaticano.

de Salustio[539]; dos en el mausoleo de Augusto[540]. Siguiendo, por lo demás, el libro de Hermapión, reproduzco a continuación, traducido en caracteres griegos, el texto del jeroglífico, que fue grabado en el antiguo obelisco que contemplamos en el Circo[541]: 17

LA INTERPRETACIÓN COMIENZA POR EL SUR.
LA PRIMERA LÍNEA DICE ESTO:

«Helios[542] al rey Ramsés[543]: "te he concedido reinar feliz- 18

---

[539] Construido en granito de Asuán y con una altura de 13,9 m. Fue llevado a la ciudad el año 200 d. C.; actualmente, y después de varios traslados está en la plaza de Trinità dei Monti. Su base fue descubierta el año 1911 entre las vías Sicilia y Toscana. Su inscripción es una copia de época romana de la del obelisco de Augusto del Circo Máximo, como se ha dicho.

[540] Por orden de Vespasiano, el año 79, se colocaron dos obeliscos sin inscripciones ante el mausoleo de Augusto. Actualmente se encuentran uno junto a Santa María Mayor, en el Esquilino; el otro en la plaza del Quirinal.

[541] Amiano recoge la inscripción del obelisco augústeo (cf. XVII 4, 12). No hay noticias ciertas sobre la identidad del traductor. La trasliteración está sometida a debate por los estudiosos. El texto griego está incompleto en el manuscrito *V* (véase Introducción, 7) y presenta incoherencias. Una representación del circo con el obelisco y otra de su erección pueden verse en los relieves de la tumba de los Haterii, en el Museo Vaticano. Una escena similar se representa en la base del obelisco del hipódromo de Estambul, elevado allí en época teodosiana.

[542] La traducción griega emplea en gran parte la terminología del panteón helénico. Cuando sea así, se mantendrá. Por otra parte, Helios corresponde a la denominación del gran dios solar egipcio de Heliópolis, Ra, divinidad anónima y demiurgo; era el símbolo de la luz solar, que da la vida, y del ciclo de la muerte y la resurrección. A principios del Imperio Antiguo, Ra era sólo una de las varias deidades solares; hacia el 2400 a. C. era ya el dios oficial de los faraones, que se consideraban sus hijos y reencarnaciones. Fue fusionado con el dios Amón de Tebas, designándose Amon-Ra. Decae su importancia durante el Imperio Medio por el auge del culto a Osiris. En ámbito helenístico, frecuentemente identificado con Zeus, llegando a la fusión de Zeus-Amón, con culto en Esparta (cf. PAUSANIAS, III 18).

[543] Ramsés II, que reinó entre 1304 y 1237 a. C., sucesor de Seti I.

mente sobre todo el universo, a ti a quien Helios ama". Apolo el poderoso, amante de la verdad, hijo de Herón[544], de linaje divino, fundador del universo: "a quien Helios ha elegido, valeroso hijo de Ares, rey Ramsés, a quien toda la tierra está sometida por tu valor y tu esfuerzo, rey Ramsés, sempiterno hijo de Helios"».

SEGUNDA LÍNEA:

19 «Poderoso Apolo[545], que te fundas en la verdad, señor de la diadema[546], que ha glorificado a Egipto, poseyéndolo, que ha hecho resplandecer la ciudad de Helios y ha fundado el resto del universo, y ha honrado a los dioses erigidos en la ciudad de Helios, a quien Helios ama».

TERCERA LÍNEA:

20 «Poderoso Apolo, hijo de Helios, plena claridad, a quien Helios ha elegido y a quien el valeroso Ares[547] ha obsequiado,

[544] Herón, originariamente un dios caballero, protector de los campesinos tracios, identificado en algunos lugares y épocas unas veces con Zeus, otras con Heracles, o con Asclepio. Fue introducido en Egipto en época ptolemaica y asimilado a *Atum*, forma heliopolitana de Ra.

[545] Apolo fue identificado con Horus. El término es una latinización del griego *Horos*, a su vez adaptación «Hor», el nombre original, que significa «el lejano», «el elevado». La forma es similar a «Her», «cielo, señor del cielo»; de ahí su asimilación a Apolo. Su culto es predinástico, y su mitología sufrió notables modificaciones. Tras adquirir importancia el culto a Osiris, Horus se convierte en el ojo de Osiris, y es identificado con el rey vivo. Se le representa frecuentemente con cabeza de halcón y doble corona.

[546] Es decir, de la doble corona, señor tanto del Bajo como del Alto Egipto.

[547] Ares, el dios de la guerra en la mitología griega, correlato de «Menthu», en la egipcia tardía. Inicialmente significaba los efectos destructores del sol (Menthu-Ra), de donde pasa a ser considerado señor de la guerra. Especialmente asociado por la tradición con la batalla de Kadesh.

cuyos dones permanecerán en toda ocasión; a quien ama Amón, que ha llenado de ofrendas el templo de la palmera, a quien los dioses han concedido la duración de la vida.

»Apolo poderoso, hijo de Herón, Ramsés rey del universo, que ha salvado a Egipto venciendo al extranjero[548], a quien Helios ama, a quien los dioses han otorgado mucho tiempo de vida, Ramsés, sempiterno señor del universo».

OTRA SEGUNDA LÍNEA:

«Helios, gran dios, señor del cielo. "Te he ofrecido la vida de la que no es posible saciarse. Apolo poderoso, señor de la diadema, incomparable, que ha elevado estatuas de los dioses en este reino, señor de Egipto, y ha embellecido igualmente la ciudad de Helios y a Helios mismo, señor del cielo. Ha llevado a término una obra hermosa el hijo de Helios, el rey de vida sempiterna"». 21

TERCERA LÍNEA:

«El dios Helios, señor del cielo, al rey Ramsés: 'te he donado el poder y la autoridad sobre todos, a ti, a quien Apolo, amante de la verdad, señor de los tiempos, y Hefesto[549], el padre de los dioses, han elegido gracias a Ares, rey felicísimo, hijo de Helios y amado por Helios». 22

---

[548] Se trata de los hititas, vencidos por Ramsés II en Kadesh en 1294 a. C.

[549] Hefesto es el correlato griego de «Ptah», divinidad menfita. Se le consideraba dios supremo, que crea a Aton, a la eneada heliopolitana, la tierra y a los hombres. Sus sentidos informan el corazón, centro de la conciencia, y los pensamientos, que dan lugar a la palabra. Llamado también señor de la magia y de la oscuridad y de la verdad. Está considerado también patrono de los artesanos.

PRIMERA LÍNEA DEL ESTE:

23 «El gran dios de la ciudad de Helios, poderoso y celestial Apolo, hijo de Herón, a quien ha amado Helios, a quien los dioses han honrado, el que reina sobre toda la tierra, al que Helios ha elegido, rey valeroso gracias a Ares; al que ama Amón, plena claridad, al que ha elegido como rey sempiterno», etc.

Constancio Augusto y Sapor, rey de los persas, tratan en vano sobre la paz a través de cartas y emisarios

5 Bajo el consulado de Daciano[550] y Cereal, mientras se organizaba todo en las Galias con la mayor atención y el temor de lo pasado entorpecía las incursiones de los bárbaros, el rey de los persas, que operaba en las regiones limítrofes con los pueblos más lejanos, tras concluir un pacto de alianza con los quionitas y los gelanos[551], los guerreros más aguerridos de todos, a punto de regresar a su territorio, recibió cartas de Tamsapor, que le comunicaba que el emperador ro-
2 mano proponía la paz por mediadores[552]. Por eso, sospechando

[550] Daciano fue cónsul el año 358. Senador de Constantinopla, fue notario y después consejero de Constantino I; conde de Constancio II. Formó parte de la corte de Joviano en Ancira; recomendó la elección de Valentiniano. En Antioquía construyó termas, villas y jardines; fue cristiano. Mantuvo relaciones prolongadas con Libanio.

[551] Sólo atestiguados en este pasaje, se supone que estaban localizados en las fronteras del norte del imperio persa (véase XIX 2, 3). Este pasaje continúa el asunto iniciado en XVI 9, 4.

[552] En latín, *pacem precativam*, con la misma denominación que en XVI 9, 4 y de acuerdo con el resto del tenor del texto, en que las negociaciones siempre son promovidas y realizadas por terceros (cf. XVII 5, 12). En los términos jurídicos propios de las disposiciones testamentarias, *precative* se opone a *imperative*. Lo dispuesto *imperative* es el legado que obliga, mientras el que se realiza *precative* corresponde al fideicomiso, «disposición por la cual el testador deja su hacienda o parte de ella encomendada a la buena fe de alguien para que,

que no se harían tales tentativas salvo en el caso de que el Impe-
rio se hubiera fortalecido, y pretendiendo ampliar su propio do-
minio lo más posible, abraza la paz nominalmente y propone
gravosas condiciones. Enviando con obsequios a un tal Nar-
seo[553] como embajador, mandó una carta[554] a Constancio, sin de-
poner su natural altivo, cuyo tenor hemos sabido que era éste:

«Yo Sapor, Rey de Reyes, del rango de las estrellas, herma- 3
no[555] del Sol y de la Luna, saludo cordialmente a mi hermano
Constancio César.

»Me alegro y al fin me congratulo de que hayas vuelto al me-
jor camino y hayas reconocido el veredicto inviolable de la jus-
ticia, al experimentar por la propia realidad, qué desastres ha
provocado tantas veces la obcecada ambición de lo ajeno. Por
tanto, dado que el proceder de la verdad debe ser sin trabas y li- 4
bre, y que a las más elevadas fortunas corresponde hablar y
pensar de este modo, expresaré en pocas palabras mi propósito,
al tiempo que te recuerdo que esto que voy a decir lo he mani-
festado una y otra vez. Que mis antepasados extendían sus po- 5
sesiones hasta el río Estrimón[556] y las fronteras de Macedonia,

---

en caso y tiempo determinados, la transmita a otra persona o la invierta del modo que se le señala» (*DRAE*, s.v.). La propuesta de paz no es, pues, en tono de súplica, como se suele traducir, sino a través de mediadores.

[553] General persa, más tarde derrotado por Juliano cerca de Ctesifonte, el año 363 (XXIV 6, 12).

[554] TEMISTIO, *Discurso IV (Al Emperador Constancio,* o *el amigo de la ciudad)* 57b: «yo mismo he tenido ocasión de ver en la ciudad de Antíoco a unos hombres venidos de Susa y Ecbátana con caduceos y cartas en caracteres antiguos envueltos en lino blanco. Las cartas suplicaban al prefecto la firma de una tregua con los Aqueménidas y el refrendo del Príncipe». En las cartas, 513, 515-18, 551 Libanio menciona el viaje de Temistio a Antioquía.

[555] En XXIII 6, 4 narra la catasterización de Arsaces, y a renglón seguido expresa: «los reyes de este pueblo, llenos de orgullo, permiten que se les considere hermanos del sol y de la luna» (*ibid.* 5).

[556] Actualmente, *Struma*.

lo atestiguan incluso vuestros antiguos documentos[557]: tales territorios me corresponde reclamar —no quisiera que mi afirmación fuera arrogante—, pues aventajo a los antiguos reyes en esplendor y número de insignes virtudes; mas siempre tengo en el corazón el pensamiento, con el que he crecido desde mi primera juventud, de que nunca he cometido acción alguna de
6 la que tenga que arrepentirme. Por eso debo recuperar Armenia junto con Mesopotamia, arrebatada a mi antepasado por un engaño que urdísteis[558], convencido de que entre nosotros jamás

[557] Desde el año 336 Sapor pretendía la recuperación de las antiguas fronteras correspondientes al imperio aqueménida. Las provincias de Mesopotamia y Armenia, así como las cinco provincias transtigritanas (Ingilena, Sofena, Arzanena, Gordiena y Zabdicena) habían sido perdidas por los persas en tiempos del rey Narsés (años 293-302): en la campaña, tras ser derrotado Galerio en Carras y Callinico, Diocleciano acudió en su auxilio y le impulsó a un nuevo intento. En efecto, el César, reforzando su ejército con las Legiones V Macedónica y XIII Gémina marchó sobre la gran Armenia, donde cercó al rey persa y lo puso en fuga, se hizo con un gran botín y apresó a sus mujeres e hijos; después tomó Ctesifonte. Por indicación de Diocleciano, los cautivos fueron conducidos con toda deferencia a Dafne, y se siguieron una serie de tratativas; como consecuencia de ello, en 298 el rey persa recuperó a su familia, y cedió los territorios mencionados en la paz firmada por él y por el secretario imperial Sicorio Probo junto al río Asprudas. Los antiguos documentos pueden referirse a la obra de Heródoto.

[558] La guerra se había desarrollado con normalidad; el engaño probablemente supone una hipérbole sobre los tratos previos a la firma de la paz, y a la intervención del rey de Armenia en la captura del persa. El enviado del rey persa, Apharban, se vio desbordado por el trato cortés y honroso que recibió de parte de Galerio, y hubo de volver junto a su rey únicamente con palabras amables. Finalmente, el rey se vio obligado a ceder en todo, si bien, para mantener la apariencia de cierta honorabilidad, opuso ciertas objeciones acerca de las cláusulas sobre Nísibe. Por otra parte, EUTROPIO, *Breviario* IX 25 mantiene que Galerio venció al rey persa con «gran éxito y no menos cálculo estratégico», y que Diocleciano fue «de natural astuto y sagaz y de muy sutil talento» *(ibid.* 26).

tendría cabida eso que vosotros decís ufanos de que "sin distin-
ción entre valor y ardid, debe alabarse todo desenlace favorable
de la guerra". Por último, si quisieras oír a quien bien te acon- 7
seja, menosprecia una pequeña parte, siempre luctuosa y san-
grienta, a fin de gobernar tranquilo todo lo demás, consideran-
do con prudencia, que también los médicos expertos a veces
cauterizan, sajan y amputan unos miembros del cuerpo, para
poder utilizar los que han quedado sanos[559]; y esto también sue-
len hacerlo los animales, que, como captan por qué se les caza
con tanto afán, se desprenden de esa parte por su propia cuenta,
para poder vivir después sin sobresaltos[560]. En consecuencia, te 8
advierto de que si esta embajada mía regresara sin resultado,
cuando se haya cumplido el periodo del descanso invernal, per-
trechado con todas mis fuerzas, puesto que la fortuna y la justi-
cia de la situación fundan mi esperanza de un favorable desen-
lace, me aprestaré a llegar lo más lejos que el dispositivo lo
permita».

Después de sopesar largamente esta carta, con rectitud[561] 9
—como se dice— y reflexión, se respondió de esta manera:

---

[559] Véase Cic., *Deberes* III 32; *Filípicas* 8, 15; *Cartas a Ático* II 17; Quinto Curcio, V 9, 3; VI 3, 11; Tác., *Hist.* II 28.

[560] Se refiere a los castores. Plinio, *Hist. Nat.* VIII 109: «los castores del Ponto se amputan a sí mismos sus partes cuando les acosa el peligro, sabedores de que se los busca por lo que los médicos llaman castóreo». Se trata de una sustancia medicinal que se produce en dos vejigas situadas junto a los órganos genitales masculinos y femeninos. El mismo Plinio, en *Hist. Nat.* XXXII 3, 13, haciéndose eco de P. Sextio Nigro, da detalles de estos órganos y de las numerosas aplicaciones medicinales del castóreo en la época.

[561] *Recto pectore*, en el original. Aunque ha sido puesto en relación con frases hechas similares, el hecho es que no hay constancia de esta expresión para la época. Se encuentran formulaciones cercanas en Virg., *En.* VI 261 y IX 249-250, y Horac., *Épod.* 1, 14 y *Sát.* I, 6, 64. Para «con reflexión» —*considerate*— cf. XXXI 1, 5.

10 «Yo Constancio, vencedor[562] por tierra y por mar, siempre Augusto[563], envío mis mejores saludos al rey Sapor.

»Celebro tu prosperidad, como futuro amigo tuyo —si lo así lo quieres—, pero te reprocho enérgicamente tu ambi-
11 ción[564], nunca doblegada y cada vez más extralimitada. Reclamas como tuya la Mesopotamia, y asimismo la Armenia; y me aconsejas que de la totalidad del cuerpo ampute algunos miembros, para que su salud al fin se afiance vigorosamente; cosa que puede provocar risa más bien que la firma de ningún acuerdo. Oye, pues, la verdad no encubierta por artificios, sino clara
12 e incapaz de intimidarse por ninguna amenaza huera. Mi prefecto del pretorio[565], estimando que se proponía un asunto de utilidad pública, por medio de ciertas personas de poca monta, sin contar conmigo, ha entablado conversaciones sobre la paz con tu general. No la rechazamos ni estamos en contra. Ha de producirse, no obstante, con decoro y honorabilidad, sin debili-
13 tar nuestra gloria y nuestra majestad. Cuando una sucesión de

[562] Vencedor de los persas en diversa ocasiones (los años 337 y 338, en que obligó a Sapor a renunciar a la conquista de Nísibe; el año 343 se dio la conquista de Adiabene). Entre sus títulos se contaban *Persicus Maximus* y *Adiabenicus*. Cabe también la referencia a las guerras alamánicas y a las germánicas. Las victorias por mar más bien están en relación con el enfrentamiento con Magnencio de 350-353, pues comportaron campañas navales en Sicilia, Norte de África y Tarraconense (cf. JULIANO, *Discurso* I, *Elogio del emperador Constancio*, 40c y 42d; II 74c). No obstante, Amiano pone especial énfasis en rebajar la importancia de sus victorias y subrayar la vanidad de los éxitos que se atribuía. Cf. especialmente XIX 2, 11.

[563] Siempre Augusto, según el título oficial del emperador romano en esta época (cf. DESSAU, *ILS*, 731, 733, 734, 739, 741), en contraposición con el tratamiento que le da Sapor, que únicamente se dirige a él como César; a su vez, Constancio encabeza la carta a Sapor únicamente con el título de «rey» en lugar de «Rey de Reyes», según la titulatura tradicional de los reyes persas.

[564] Cf. *supra* XVII 5, 3.

[565] Flavio Estrategio Musoniano.

hazañas nos ha hecho resplandecer de mil maneras —¡que los
oídos de la envidia permanezcan cerrados!—, cuando, vencidos
los tiranos[566], la totalidad del mundo romano se nos ha sometido,
es absurdo e insensato entregar las regiones que ⟨mantuve in-
tactas⟩, aun estando circunscrito[567] a los estrechos límites del
Oriente. Basta pues, por favor, de esas intimidaciones, que se nos 14
dirigen, como de costumbre, ya que es indudable que nosotros,
hasta ahora, no por indolencia, sino por moderación más bien
hemos hecho frente a la guerra[568], en lugar de emprenderla;
y hemos defendido nuestros intereses, cuantas veces hemos sido
atacados, con un esforzadísimo espíritu de benevolencia, sabien-
do por experiencia y por haberlo leído que la nación de Roma
en los combates rara vez se ha tambaleado, mientras que en la
conclusión de las guerras jamás ha sucumbido a la derrota»[569].

A esta embajada, que volvió sin resultado alguno —pues no 15
era posible responder nada más a la desenfrenada ambición del
rey—, a los pocos días le siguieron el conde Próspero, el tribu-
no y notario Espectato[570] y —a instancias de Musoniano— el fi-

---

[566] Es decir, Magnencio, Veteranión y Silvano.

[567] Se refiere al reparto de poder realizado por Constantino el Grande en 337, en que le correspondió la parte oriental, en desventaja respecto a sus hermanos Constantino y Constante, situación que concluye el año 350.

[568] Véase Juliano, *Discurso* I, *Elogio del emperador Constancio*, donde se marcan las líneas de actuación de Constancio, *sofrosyne*, *frónesis* y *eunoia*.

[569] Tópico presente en muchos lugares de la literatura latina, en el sentido de «a pesar de haber perdido combates parciales, ganar la guerra». Así, por ejemplo, Livio, IX 18, 9: «que el pueblo romano fue vencido en numerosas batallas, aunque no perdió ninguna guerra». El lugar se encuentra en Juliano, *Discurso* II 98 b, presentado precisamente como una idea de Constancio (el discurso posiblemente corresponde al año 358).

[570] Espectato, pariente de Libanio, perteneciente a su círculo y orador. Miembro de una familia ilustre de Antioquía, había participado anteriormente en negociaciones con los persas (años 355-356). Después de la legación mencionada en el texto, vuelve a la corte hasta que en 361 cae en desgracia. En el corpus de cartas de este orador se encuentran 8 cartas dirigidas a él, y es men-

lósofo Eustacio[571], como experto en negociaciones; llevaban escritos del emperador y obsequios para intentar, con cierta diplomacia, que se retrasasen temporalmente los preparativos de Sapor, ⟨mientras⟩ se fortificaban las provincias del Norte[572] con medidas extraordinarias.

6 *El pueblo alamano de los jutungos es masacrado y puesto en fuga por los romanos en las Recias, que estaban asolando*

En medio de esta situación tan incierta, los jutungos[573] —una parte de los alamanos que linda con el territorio de Italia—, dando al olvido la paz y los tratados que habían conseguido a fuerza de ruegos, andaban asolando turbulentamente las Recias, hasta el punto de que en contra de sus costumbres intentaban asediar las ciudades for-
2 tificadas. Para repelerlos, fue enviado con un aguerrido contingente Barbación, promovido a comandante de la infantería en el lugar de Silvano; hombre cobarde pero de palabra fácil, una vez animada con vehemencia la combatividad de los soldados, abatió con dureza a la mayoría, de forma que un mínimo grupo, que por miedo al peligro se había dado a la fuga, volvió a su tie-

cionado frecuentemente en otras. Según Libanio, *Cartas*, 331 y 333 (año 358), en la legación de la que habla el texto dirigió las argumentaciones ante el rey persa con gran brillantez, defendiendo los derechos de Constancio sobre los territorios en litigio. En ambas cartas, paralelamente al texto de Amiano, aparece como tema recurrente en la argumentación el cruce de acusaciones de ambición por parte de ambos emperadores: «mira, no sea que tú mismo, que estás acusándonos de expansionismo, no vayas a hacer lo mismo» (carta 331, 4).

[571] Rétor y filósofo platónico, discípulo de Jámblico, originario de Capadocia. Casado con la profetisa Sosipatra. Durante el imperio de Juliano visitó la corte, invitado por él, quien da muestras de una gran estima por el filósofo (cf. Jul. *Cartas* 34-35). Probablemente comentador de las *Categorías* aristotélicas.

[572] El Ilírico.

[573] Este grupo de alamanos se había mantenido en paz desde el año 271, en que habían sido vencidos por Aureliano.

rra no sin lágrimas y lamentos. Se afirma que estuvo presente 3
en este combate y se comportó valerosamente, como jefe de un escuadrón de caballería Nevita, el después cónsul[574].

Nicomedia destruida por un terremoto; de cuántas formas tiembla la tierra

Esos días a lo largo de Macedonia, 7
Asia y el Ponto, unos horribles terremotos destrozaron muchas ciudades y zonas montañosas con continuos movimientos sísmicos; pero la catástrofe de Nicomedia[575], metrópoli de Bitinia, descuella en la memoria de todo género de desgracias. Voy a narrar con realismo y brevemente cómo ocurrió este desastre.

Recién salido el sol, el día noveno de las calendas de sep- 2
tiembre[576], unas densas aglomeraciones de nubes negruzcas enturbiaron la vista del cielo, poco antes radiante, y, ofuscado el brillo del sol, no se veía lo que estaba cerca, ni siquiera al lado; con la visión de los ojos cegada de esta forma, se pegó a la tie-
rra una polvareda envuelta en una espesa oscuridad. Después, 3
como si la divinidad suprema estuviera blandiendo sus rayos fatales y arrancando los vientos de los puntos cardinales, cayó la avalancha de una furiosa tormenta; a impulso de ésta se oyó un gemir de montes y un fragor de litoral destrozado; tifones y torbellinos de fuego, que siguieron, junto con un aterrador tem-

[574] Flavio Nevita, cónsul el año 362 con Claudio Mamertino, tras una brillante carrera y a pesar de su origen bárbaro. Anteriormente, en 361-362, jefe de la caballería.

[575] Véase sobre el acontecimiento LIBANIO, *Discurso LXI*, que es precisamente un lamento por la ruina de la ciudad. Nicomedia estaba situada en el extremo sudoriental del Bósforo. Actualmente lleva el nombre de Izmit, barrio central de la ciudad turca de Koyaeli. En el siglo IV era sede imperial y se encontraban en ella fábricas de armamentos. Estaba dotada también con una cátedra de retórica, que fue ocupada algunos años por Libanio.

[576] El 24 de agosto.

4 blor de tierra, arrancaron de cuajo la ciudad y los arrabales. Y como la mayor parte de las casas eran arrastradas por las pendientes de las colinas, caían unas sobre otras, mientras todo retumbaba una y otra vez con un inmenso estruendo de derrumbamientos. Entretanto las zonas altas que emergían resonaban con gritos variados de quienes buscaban a sus esposas y a sus hijos y a cuantos les ligaban los fuertes lazos del parentesco.
5 Al fin, después de la hora segunda, mucho antes de la tercia, el cielo, ya despejado y límpido, desveló los luctuosos desastres que habían estado ocultos; pues unos, aplastados por la enorme presión de las ruinas que les habían caído encima, habían muerto por el peso mismo; otros, enterrados hasta el cuello por los escombros, aunque habrían podido sobrevivir si alguien les hubiese socorrido, fallecían por falta de asistencia; otros pendían,
6 atravesados por las puntas de los maderajes en pie. Muertos de un solo golpe muchos, poco antes hombres, entonces aparecían como un cúmulo indiferenciado de cadáveres; a algunos los tejados derrumbados de sus casas les habían arrastrado, sin herirlos, hasta lo profundo, destinados a desfallecer aplastados o de inanición; entre éstos perdió así la vida entre prolongados sufrimientos Aristeneto[577], vicegobernador de la diócesis[578] poco antes conseguida, a la que Constancio había dado el nombre de
7 Piedad en honor de su esposa Eusebia. Otros, alcanzados por la súbita magnitud de la catástrofe aún estaban cubiertos por los propios escombros; algunos con la cabeza destrozada o con los brazos o piernas cortados, en el límite entre la vida y la muer-

---

[577] Originario de Bitinia, se cuenta entre los personajes estrechamente relacionados con Libanio, con quien mantuvo abundante correspondencia y quien a su muerte le dedicó un elogio fúnebre, hoy perdido y citado en LIBANIO, *Carta* 33. Había obtenido su cargo el mismo año 358.

[578] La diócesis Póntica, que comprendía las provincias de Bitinia, Capadocia, Galacia, Paflagonia, Diosponto, Ponto Polemaico y Armenia Menor.

te, mientras imploraban la ayuda de otros que soportaban pare-
jos males, entre grandes juramentos, quedaban abandonados. Y 8
podría haberse salvado la mayor parte de los edificios —tanto
sagrados como privados— y de la población, si un fuego indó-
mito que se expandió en incendios durante cinco[579] días y cinco
noches no hubiera calcinado cuanto podía arder.

Pienso que se presenta el momento de hablar un poco sobre 9
las hipótesis que los antiguos sostuvieron sobre los movimien-
tos sísmicos. Pues no han penetrado hasta los arcanos de la ver-
dad misma ni nuestra vulgar ignorancia ni tampoco las conti-
nuas disputas de los cosmólogos[580], aún no agotadas en largas
noches en vela. Por ello se presta mucha atención a lo que se 10
encuentra en los libros[581] de los rituales y pontificales, vigilan-
do los sacerdotes con todo cuidado que no se cometa una im-
piedad al invocar a un dios en lugar de otro, ya que es un mis-
terio cuál de ellos sacude la tierra. Y se producen —según 11
consideran algunas opiniones, con las que debate y discute

[579] En el número de días que duró el incendio, los manuscritos más autorizados dan *L*, es decir, cincuenta; los editores, sin embargo, coinciden en el número de cinco, a pesar de los tintes de patetismo de las dos descripciones del incendio, la de Amiano y la de Libanio, y de la gran cantidad de edificios de la ciudad que reseña, ya en fecha muy anterior, PLINIO EL JOVEN, X 33 y 40, entre otros.

[580] La posición de Amiano respecto a la certeza en el conocimiento de las causas de los terremotos y su relación con un dios no bien definido reproduce la de AULO GELIO, II 28, 1.

[581] Véase CIC., *Sobre la adivinación* I 33, 72. AULO GELIO, II 28, 2: «los antiguos romanos, muy escrupulosos y precavidos tanto en los deberes de la vida como en la reglamentación religiosa y en la veneración de los dioses inmortales, cuando notaban que la tierra temblaba o se preveía que lo hiciera, disponían las fiestas relacionadas con esto por medio de edictos, pero, en contra de la tradición, se abstenían de concretar y publicar el nombre del dios en cuyo honor había que celebrarlas, para no obligar al pueblo con un culto equivocado, al pronunciar un nombre en lugar de otro».

Aristóteles[582]— o en pequeñísimas cuevas de la tierra que en
griego llamamos *syringai*[583], o por la excesiva presión de
aguas en movimiento[584]; o con certeza, como afirma Anaxágo-
ras[585], por la fuerza de vientos que descienden a lo profundo de
la tierra; que cuando inciden en puntos sólidos, recubiertos, al
no encontrar salida, ponen en vibración todas las partes del
suelo, bajo las cuales se han intentado introducir cargadas de
humedad; por ello muchas veces se observa que, cuando tiem-
bla la tierra, no se percibe ningún soplo de viento junto a nos-
otros, porque las profundidades de la tierra han tomado pose-
12 sión de ellos. Dice Anaximandro que la tierra, agostada por
una extraordinaria sequedad del calor, o cuando está embebi-
da de lluvias, se abre en enormes simas —en las que, desde
arriba, penetra un vendaval tremendamente violento— y se
desplaza de lugar, sacudida en las grietas por el fuerte viento;
por esta causa estos fenómenos pavorosos suceden en medio
de vapores cálidos y de enormes temporales de lluvia; por ello
los poetas antiguos y los teólogos[586] dieron a Neptuno —señor

---

582 Véase Aristóteles, *Meteoros* 2, 8.

583 Es decir, pasajes subterráneos. La teoría expuesta por Aristóteles menciona «pasajes estrechos», subterráneos, donde el aire caliente, es decir un fluido que también se halla en la superficie, es el motor del seísmo, precisamente con la presión que ejerce sobre la tierra, desde dentro y desde fuera. Una posición similar adopta Séneca: «queda claro que los movimientos sísmicos están provocados por una corriente de aire» (*Cuestiones Naturales*, VI 18).

584 Según Aristóteles, *Meteoros* II 7, Demócrito es el autor de la teoría. En el mismo sentido se pronuncia Séneca, *Cuestiones Naturales* VI 20 y 21.

585 Cf. *ibid.* para la exposición de las teorías de Anaxágoras y Anaximandro y su discusión. Sigue el parecer de Anaxágoras Plinio, *Historia Natural* II 79.

586 Cicerón, en *Sobre la naturaleza de los dioses* III 21, 53, utiliza la denominación de *theologi* para quienes se habían ocupado de las estirpes de los dioses. Por otra parte, en fecha más cercana y en sentido similar al del pasaje, *poetae, qui etiam theologi dicuntur* es el giro empleado por S. Agustín en la *Ciudad de Dios* XVIII 14, donde cita a Orfeo, Museo y Lino.

del líquido elemento— el sobrenombre de *Ennosigeo*[587] y *Sisichton*.

Por otra parte, los movimientos de tierra se producen de cuatro[588] maneras: son o *brasmatiae*[589], que, removiendo la tierra desde dentro, lanzan hacia arriba moles descomunales, como en Asia emergieron Delos, Hiera[590], Ánafe, Rodas —originariamente llamada Ofiusa[591]— y Pelagia, en otros tiempos regada por la lluvia de oro[592]; Eleusis[593] en Beocia; Vulcano[594] y muchas otras islas[595] en el Tirreno; o *climatiae*[596], que, propagándose en sentido oblicuo y lateral, allanan ciudades, edificios y montañas; o *chasmatiae*[597], que tragan zonas de tierra, al abrirse de improviso grandes cavidades en una enorme conmoción, como aquella isla[598], más extensa que el territorio de Europa, situada en el mar Atlántico; en el golfo de Crisa[599], Helice y Bura[600]; y en la región de Cimino de Italia, la ciudad de 13

---

587 *Ennosigeo*, el que sacude la tierra (SÉNECA, *Cuestiones Naturales* VI 23; JUV., X 182); *Sisichton*, el que hace temblar la tierra (cf. GELIO, II 28, 1).

588 La terminología de los tres primeros tipos se encuentra enumerada en HERÁCLITO EL RÉTOR, *Alegorías de Homero* 38, quien añade: «por ello sin duda el poeta ha provisto de un arma de tres dientes al dios (scil. Poseidón) autor de los seísmos».

589 Del griego *brázein*, 'hervir, borbotear'; es decir, «borboteo».

590 Cf. APOLONIO DE RODAS, IV 1717.

591 Cf. PLINIO, *Hist. Nat.* V 132 y 151.

592 *Ilíada* II 670; PÍNDARO, *Olímpicas* VII 48 y ss.

593 Parece tratarse de un error del escritor, pues no se trataba de una isla. Fue destruida por una inundación, según ESTRABÓN, IX 2, 18 y PAUSANIAS, IX 24, 2.

594 Una de las islas Lípari en el Tirreno.

595 El pasaje sobre las islas puede estar inspirado en PLINIO, *Hist. Nat.* II 202.

596 Seísmos inclinados o en sentido oblicuo, de *klíma*, en griego.

597 Seísmos de grietas, del griego *chasma*, grieta.

598 Referencia a la Atlántida. Cf. PLATÓN, *Timeo* 24e-25a.; *Critias* 108c y 113b-120d; PLINIO, *Hist. Nat.* II 205.

599 Parte del golfo de Corinto (DIODORO, XIV 48, 499).

600 Cf. ESTRABÓN, VIII 385; OVIDIO, *Metamorfosis* XV 293-295.

Sacumo[601], que ha sido sepultada en profundas tinieblas, desa-
14 parecida en las hondas fauces del Érebo. Junto a estos tres tipos de movimientos de tierra, las *micematiae*[602] se dejan oír con un amenazador ruido cuando los elementos, al quebrarse sus ensamblajes, saltan por los aires y cuando vuelven a caer en el momento de asentarse el terreno; entonces no hay otra posibilidad sino que los fragores y los temblores de tierra hagan un ruido como de mugidos de toros. Pero vuelvo al punto de partida.

El César Juliano recibe la rendición de los salios, pueblo franco. Respecto a los camavos, a unos les da muerte, a otros los hace prisioneros, al resto les concede la paz

8 Por su parte, al César, que invernaba en París, le urgía un enorme afán de adelantarse a los alamanos, aún no reagrupados, pero sí —en la insensatez que siguió a Estrasburgo— intrépidos y enfurecidos[603]; y mientras aguardaba el mes de julio, a partir del cual tienen lugar en la Galia las campañas, se encontraba lleno de ansiedad por tan largo tiempo, pues no podía ponerse en marcha antes de que le llegase el aprovisionamiento desde Aquitania, después de que se pa-
2 sasen los fríos y las heladas con la suavización del clima. Pero, como una inteligencia activa vence todas las dificultades, dando vueltas en la cabeza a muchas y variadas posibilidades, encontró un único camino, salir al encuentro de los bárbaros sin esperar a que se cumpliese la estación. Y una vez decidido, cargó sobre las espaldas de los soldados, conformes con ello, el tri-

---

[601] Lugar no identificado cercano al Lago del Vico.

[602] Literalmente, «que gruñen». SÉNECA (cf. *Cuestiones Naturales* VI 21) registra un tipo que designa con la términos latinos «tremor terrae», es decir, temblor de tierra.

[603] Se trata de la tercera guerra germánica, desarrollada de mayo a agosto del 358. Ocupa aquí de XVII 8, 1 a 11, 4.

go de veinte días, del que se iba a consumir en los acuartela-
mientos, cocido a fuego lento para el caso (el que llaman *buc-
cellatus*[604]). Tranquilo con estas provisiones, marchó como an-
tes, con augurios favorables, calculando que podían llevarse a
cabo dos expediciones urgentes y necesarias durante cinco o
seis meses. Tomadas estas disposiciones, se dirigió en primer 3
lugar hacia los francos —es decir, hacia aquellos que se suelen
llamar salios[605]—, que se habían atrevido hacía tiempo a plan-
tar sus tiendas sin previo permiso en suelo romano cerca de To-
xiandria[606]; cuando había llegado a Tongres[607], le vino al en-
cuentro una embajada de los susodichos —que pensaban que
el general se encontraría incluso entonces en los cuarteles de
invierno—, pretendiendo la paz en estos términos: mientras
ellos se mantuvieran tranquilos, como en sus propios territo-
rios, nadie les haría daño ni les maltrataría. Después de exami-
nar a fondo el asunto y de proponerles a ellos unas comple-
jas condiciones, despidió a los parlamentarios con obsequios,
como si fuera a demorarse por aquellos parajes hasta que ellos
volviesen. Antes de acabar de decirlo, los siguió tras su ida, y 4
después de enviar al general Severo por la orilla del río, ata-
cando de improviso a todo el pueblo, los golpeó como una tor-
menta de rayos; y cuando ya más elevaban súplicas que resis-
tían, dando un giro hacia la oportuna posición de la clemencia,
como resultado de la victoria, aceptó su rendición junto con to-
dos sus bienes y sus hijos. De la misma manera atacó a los ca- 5

---

[604] El término equivalente en castellano sería «pan de munición», una especie de tortas semejantes a las de navegación, de fácil conservación y que transportaban los propios soldados. Mencionado como parte del alimento militar en *Cod. Teod.* VII 4, 6 (correspondiente al año 360 d. C.) y para las distribuciones de alimentos a los pobres en XIV 7, 1 (corresponde al año 369).

[605] Grupo de francos cuyo territorio era el bajo Issel, el actual Salland.

[606] Al oeste del Mosa, cerca de los actuales Brabante y Limburgo.

[607] Cf. XV 11, 7.

mavos[608], que habían tenido osadías semejantes; con la misma rapidez, una parte cayó, otra se defendió, y a los que apresó vivos, los cargó de cadenas. A otros que se lanzaron a una precipitada huida, permitió de momento que volviesen sin daño a sus territorios, para no cansar al ejército con marchas prolongadas. Poco después, cuando los emisarios de estos fueron enviados a hacer las peticiones y a negociar por sus intereses, postrados en tierra ante sus ojos, les concedió la paz, con la promesa de que regresarían incólumes a sus territorios.

El César Juliano reconstruye junto al Mosa tres fortificaciones, que habían sido destruidas por los bárbaros; y es objeto de una insurrección con insultos y amenazas de los soldados hambrientos

9 Mientras todo discurría, por tanto, según sus deseos y él con vigilante afán se apresuraba por todos los medios a asegurar el bienestar de las provincias, pensaba reparar de acuerdo con las circunstancias tres fortificaciones[609] situadas en línea recta a la orilla del río Mosa, recientemente destruidas por la pertinacia de los bárbaros. Y fueron restauradas sobre la marcha, abandonando la campaña por un
2 breve tiempo. Y para que una prudente rapidez asegurase su proyecto, de las raciones de diecisiete días de aprovisionamiento —que transportaban sobre sus espaldas los soldados que continuaban la expedición— reservó en el campamento mismo una porción previamente sustraída, esperando que pudiera suplirse a costa de las mieses de los chamavos lo que
3 se había quitado. Pero sucedió muy de otra manera: sin que hubiese madurado aún la cosecha, los soldados, una vez consumido

[608] Pueblo germano, cuyos territorios se extendían en la orilla oeste del Rin en esta época. De las victorias sobre los francos y los camavos da cuenta también JULIANO, *Al Senado y al pueblo de Atenas* 280d.

[609] Posiblemente Heristal o Lieja, Ombret y Namur.

lo que llevaban, al no encontrar alimentos por ninguna parte, se volvieron contra Juliano con los más graves improperios e insultos, llamándole asiático y griego, mentiroso y mentecato con apariencia de sabiduría; y como suelen encontrarse algunos entre los soldados que se significan por su ligereza de lengua, gritaban las palabras que siguen y muchas otras por el estilo:

4 «¿Adónde se nos arrastra, aniquilando nuestra esperanza de mejores oportunidades? Hemos soportado ya largo tiempo situaciones duras y muy penosas en medio de nieves y terribles hielos punzantes; pero es que ahora —¡qué ignominia!—, desfallecemos de hambre con el más bajo género de muerte, cuando hostigamos hasta su destino final a los enemigos. Y nadie 5 piense que nosotros somos agitadores de masas; damos testimonio de que, sin aspirar al oro ni a la plata —que tiempo hace que no hemos podido ver ni tocar—, sólo alzamos la voz por nuestra vida, que se nos ha negado como a convictos de haber afrontado tantos trabajos y peligros contra la patria».

6 Y había una justa razón para las quejas, pues entretanto correr de los acontecimientos y momentos inciertos de sus misiones, los soldados, exhaustos tras las sudores de la Galia, no habían obtenido recompensa ni soldada, desde que Juliano había sido enviado allí, porque ni nunca había podido disponer de qué darles, ni Constancio, como de costumbre, autorizaba que se distribuyese. Después se descubrió que el obrar así era más por 7 un proceder insidioso que por falta de liberalidad, porque, cuando el mismo César, a uno que le pedía para afeitarse la barba, según la costumbre de la tropa, le dio algo de poco valor, fue infamado con acciones calumniosas por Gaudencio, entonces notario, que se detuvo mucho tiempo en la Galia para espiar sus acciones; a éste él mismo lo mandó matar, como se narrará[610] en el lugar oportuno.

[610] El año 362, en Alejandría; véase XXII 11, 1.

10 *Los reyes de los alamanos Suomario y Hortario, tras devolver los prisioneros, obtienen la paz del César Juliano*

Apaciguada al fin la revuelta no sin varias concesiones, y después de pasar el Rin por el puente de barcas[611], que habían ensamblado, y hollar las tierras de los alamanos, el comandante de la caballería Severo, antes de esto combativo y activo, repentinamente languideció. Y el

2 que con frecuencia animaba a todos y a cada uno a actuar valerosamente, se dejaba ver entonces disuadiendo del combate, inseguro e indeciso —quizá por la intuición de una muerte próxima, como se lee en los libros de ⟨Tages⟩[612] o de ⟨Vegoia⟩[613], que quienes están a punto de ser alcanzados por el rayo quedan hasta tal extremo aturdidos que no son capaces de oír ni el trueno ni otros estruendos mayores—, y llevaba la marcha con una indolencia fuera de lo común, de forma que, a los guías que iban por delante con paso acelerado, los intimidaba con amenazas de muerte para que, puestos de común acuerdo, todos dijesen que desconocían totalmente aquellos parajes; éstos, temiendo la gravedad de tal prohibición, en lo sucesivo nunca se adelantaron.

3 Sin embargo, en medio de estas dilaciones, contra toda ex-

---

[611] VEGECIO, *Los asuntos militares* II 25: «La legión lleva consigo también canoas hechas de un solo tronco con cuerdas muy largas y a veces incluso con cadenas de hierro, pues unidos estos pontones llamados monóxylos, y colocándoles encima unas tablas, pueden atravesar indemnes los ríos sin puentes e infranqueables tanto la infantería como la caballería». Véase CÉSAR, *Guerra de las Galias* VII 58 y *Guerra Civil* I 61.

[612] Etrusco inventor legendario de la haruspicina; también intérprete de las tormentas y de los temblores de tierra (véase CIC., *Sobre la adivinación* II 23, 50 y OVIDIO, *Met.* XV 552-559).

[613] Vegoia (también llamada Vegoe o Begoe), profetisa del arte adivinatorio etrusco. Se le atribuía un libro sobre las tormentas (véase SERVIO, *Comentario a la Eneida* VI 72).

pectativa les salió al encuentro con los suyos Suomario, rey de los alamanos, antes feroz y encarnizado en la destrucción de Roma, pero que entonces consideraba una ventaja a la que ni siquiera aspiraba, que se le permitiera, si acaso, mantener sus propiedades. Y puesto que su semblante y su actitud lo presentaban como suplicante, una vez recibido se le indicó que tuviera buen ánimo y serenidad, y haciendo total dejación de su poder, rogó la paz de rodillas. Y la consiguió, junto con el perdón 4
de lo pasado, bajo estas garantías: devolvernos a los prisioneros, y, siempre que fuera necesario, proporcionar víveres al ejército contra un recibo por las entregas de acuerdo con las condiciones de los recaudadores de tributos de ínfima categoría; y si estas garantías no se presentaban en el plazo, que supiera que de nuevo él ⟨sufriría el apremio[614] de la muerte⟩.

Así se organizó esto, y, realizado sin contratiempos, había 5
que dirigirse al territorio del otro rey llamado Hortario; y como parecía que no faltaba nada, excepto guías, al tribuno de los escutarios Nestica[615] y a Carietón[616], hombre de admirable valor, el César les había mandado que a toda costa le presentasen un rehén, después de perseguirlo y apresarlo; y capturado sin de-

[614] Después de aplicar al rey enemigo el lenguaje propio de los recaudadores de impuestos (Suomario viene a ser como un exactor de impuestos, al que los funcionarios imperiales, *actuarii*, libran un recibo, *pittacum*, contra las entregas), Amiano expresa la amenaza en términos también económicos, como si se le reclamara formalmente, *flagitari*, una deuda de tributos. Véase *Cod. Teod.* XI 7 y XII 6.

[615] Única mención sobre este personaje.

[616] Un franco, mercenario, que operaba alrededor de Tréveris. Sirvió a las órdenes de Juliano. Nombrado *comes Germaniae utriusque*, murió en 365 en combate contra los alamanos. Zósimo, III 7 lo presenta como un hombre corpulento, primero dedicado al saqueo y a la guerrilla contra los pueblos transrenanos, y después empleado por Juliano para combatir los pillajes de éstos. Según Libanio, *Discurso* XVIII 104, se habría dedicado al bandidaje, junto a sus compañeros, después de la derrota de Magnencio, al que habría apoyado.

mora, fue llevado un joven alamano, que juró que, a cambio de
6 conseguir la salvación, él indicaría el camino. Cuando éste marchaba por delante, con el ejército detrás, al cerrarles el paso una tala de altísimos árboles, les era imposible seguir adelante; pero por un recorrido de largos rodeos se llegó al fin a aquel lugar y cada uno de los soldados, con el acicate de la ira, prendía fuego a los campos, saqueaba el ganado y a los hombres que oponían
7 resistencia los masacraba sin freno. Sacudido por estas desgracias, como el rey veía lo numeroso de las ⟨legiones⟩ y los restos de las aldeas consumidos, al contemplar ya los últimos escombros de sus bienes también él suplicó el perdón, dispuesto a hacer lo que se le ordenase; bajo juramento, se comprometió a devolver a todos los prisioneros —pues esto era lo que más interesaba—; y entregó a unos pocos, reteniendo a la mayor par-
8 te. Sabido esto, Juliano, movido a una justa indignación, cuando el rey fue a recibir presentes, según la costumbre, no dejó libres a cuatro condes[617] suyos, en cuya ayuda y lealtad tenía el mayor apoyo, hasta que volvieron todos los prisioneros. No
9 obstante, convocado por el César a una entrevista, prosternado con los ojos llenos de terror, dominado por la mirada del vencedor, se vio oprimido por duras condiciones; a saber —como, después de tantos éxitos favorables, era natural reparar las ciudades dañadas por la violencia de los bárbaros—: suministrar carros y materiales de construcción a su costa y a la de los suyos. Y una vez que juró y rogó que si en algo obraba deslealmente había de expiarlo él con su propia sangre, se le permitió dirigirse de nuevo a sus territorios; pues no se le pudo obligar al abastecimiento como a Suomario, porque, devastados su dominios hasta la aniquilación, no se había podido encontrar nada que aportase.

---

[617] Se mantiene en la traducción la terminología del texto, propia del Imperio romano ya en esta época, y transferida por Amiano al ámbito germánico.

Así, aquellos reyes, antes brutalmente orgullosos y habituados a enriquecerse con las rapiñas de los nuestros, sometieron sus cuellos ya domados al yugo del poder de Roma, y como si hubieran nacido y crecido entre los pueblos tributarios, secundaban pesadas órdenes. Concluidas de tal manera estas acciones, una vez distribuido el ejército en sus guarniciones habituales, el César regresó a los cuarteles de invierno. 10

El César Juliano, después de obtener estos éxitos en la Galia, en el palacio de Constancio Augusto es objeto de burla por envidia; se le considera inactivo y medroso

Al conocerse inmediatamente estos acontecimientos en la corte de Constancio —pues era preciso que el César, como cualquier oficial de la corte[618], informase al Augusto sobre todas sus acciones—, todos los que tenían más influencia en palacio, maestros ya consumados en la adulación, convertían en materia de burla todas sus decisiones acertadas y ejecutadas con éxito, cuchicheando superficialidades como éstas: «nos ha fastidiado con sus victorias una cabra[619], no un hombre», llamando a Juliano barbudo[620] y ponién- 11

[618] El texto emplea el término *apparitor*, registrado en el *Cod. Teod.* VIII 7, y XIV 10, 1 para referirse a los distintos oficiales que cumplen funciones en la corte. En el mismo sentido genérico en *Elenco de los cargos..., occ.* V 6 y 7. Parece más que probable una insinuación de Amiano en el sentido de que Juliano, aun siendo César, era tratado como un funcionario sin especial rango.

[619] Amiano pone en boca del propio Juliano (XXIV 8, 1) en una arenga a sus soldados, la denominación de cabras *(deformes inluvie capellas et taetras)* en tono peyorativo, refiriéndose a un grupo de persas cautivos, y la usa él mismo en la descripción de Persia (XXIII 6, 75) con términos similares *(caprinis oculis torvi)*; puede, pues, tratarse de una alusión velada no sólo a su aspecto, sino también a una cierta semejanza con el enemigo.

[620] Alusión a la costumbre de la época entre quienes se dedicaban a la filosofía. El *Discurso XII* de Juliano lleva por título «Misopogon» (además de «Discurso de Antioquía»), es decir, «el enemigo de la barba». En él se defien-

dole el mote de «topo parlante», «mono purpurado», «maestrillo griego[621]» y varias cosas similares; y a bombo y platillo ante el Príncipe —que se divertía al oír estas cosas y otras parecidas—, se dedicaban a ocultar sus cualidades con palabras insolentes, acusándole de inactivo, medroso e indolente, y de adornar sus acciones con palabras atildadas; cosa que no sucedió
2 entonces por primera vez. Pues, como por lo general la mayor gloria está expuesta siempre a la envidia, leemos que, incluso contra jefes antiguos y magníficos, la malicia inventó vicios y crímenes frente a sus más nobles acciones, en el caso de que no
3 pudieran encontrarse. Así, con anterioridad fue acusado en varias ocasiones Cimón[622], hijo de Milcíades, que junto al río Eurimedonte de Panfilia derrotó a un innumerable ejército persa y obligó a rogar la paz entre súplicas a un pueblo siempre audaz en la insolencia. Igualmente a Escipión Emiliano la malevolencia de los envidiosos le acusó de «dormilón»[623]; él, por cuyo esforzado desvelo fueron aniquiladas dos poderosísimas ciuda-
4 des[624] empecinadas en el mal de Roma. Además, también contra Pompeyo, sus inicuos detractores, tras mucho rebuscar, como no encontraban punto alguno de apoyo para difamarle, inventa-

de en tono sarcástico de las invectivas de los antioquenos, tomando el hecho de su empleo de la barba como un símbolo de su tenor de vida filosófica (cf. DESSAU, H., *ILS*, 751). Fue pronunciado en febrero del año 363.

621 En el texto latino *litterionem*, formación de tipo despectivo, utilizada en ámbitos militares para motejar a alguien a quien se considera excesivamente dado a los estudios (cf. S. AGUSTÍN, *Epistola 118*, 26) El sentido es similar al de XVII 9, 3.

622 Entre las acusaciones que pesaban sobre él se encontraba la connivencia con los persas, a los que derrotó en 468, como alude el texto. Otras acusaciones fueron las de ebriedad e incesto. Véase PLUTARCO, *Vida de Cimón*.

623 POLIBIO XXXI 23, 11, pone el eco de la acusación en boca del propio personaje.

624 P. Cornelio Escipión Emiliano Africano Menor; efectivamente destructor de Cartago (año 146 a. C.) y de Numancia (año 133 a. C.).

ron estas dos calumnias, inseguras y sin valor: que por una especie de costumbre innata se rascaba la frente con un dedo, y que durante algún tiempo, para taparse una úlcera de mal aspecto, se vendaba una pierna con una banda blanca[625]; decían que de las dos cosas, una era habitual en él por ser hombre vicioso, y la otra por aspirar a dar un golpe de Estado, murmurando, con un argumento desvirtuado, que no importaba en qué parte del cuerpo utilizaba la insignia de la realeza ; ¡aquel hombre sin par en la historia, por su valentía y amor a la patria!, como atestiguan brillantes pruebas.

Mientras todo esto sucede, Artemio, que ocupaba la viceprefectura[626] de Roma, también sustituyó a Baso[627], que, promovido recientemente a prefecto de la ciudad, había fallecido de muerte natural; su administración había sido perturbada por turbulentos levantamientos y no tuvo nada memorable, digno de ser narrado.

---

[625] De la acusación de homosexualidad, simbolizada en el gesto según el cual se rascaba la cabeza con un solo dedo, es decir para no descomponerse el peinado, se hacen eco PLUTARCO, *Vida de Pompeyo* 48, 4, y SÉNECA, *Controversias* VII 4, 7, uno en boca de Licinio Calvo y otro en la de Catón. La banda blanca es interpretada como la diadema, insignia propia de los antiguos reyes de Roma, especialmente subrayada como símbolo de autocracia en época republicana. Así se muestra en VALERIO MÁXIMO, II 6, 2: «Favonio, al ver que Pompeyo tenía una pierna cubierta por una banda blanca, le dijo: "No importa en qué parte del cuerpo lleves la diadema", aprovechando así esa pequeña venda para criticar el poder excesivo de Pompeyo». En un sentido similar, véase SUETONIO, *Julio César* 79, 1.

[626] Este cargo es fruto de la reforma de Constancio, que en 357 puso, junto al prefecto de la ciudad, un funcionario de la Administración central, para ayudarle y controlarlo. Ésta es la única mención del personaje. Hay ciertas dificultades para armonizar la sucesión temporal de la muerte de las dos personas citadas en el texto.

[627] Junio Baso *Theotecnio*. Falleció el 25 de agosto del 359, tras una carrera civil bien documentada, así como su inscripción sepulcral (*CIL* VI 32004), actualmente en el Museo Vaticano, de la que se concluye fácilmente que era cristiano.

Constancio Augusto fuerza a entregar rehenes y a devolver los prisioneros a los sármatas —en otro tiempo soberanos, entonces exilados— y a los cuados, que devastaban las Panonias y la Mesia. Y a los sármatas exiliados, después de restituirles la libertad y los territorios, les impone un rey

12 Entretanto al Augusto, que descansaba durante el invierno en Sirmio[628], le llegaban noticias preocupantes y continuas de que los sármatas[629] y los cuados[630], en coalición, y de común acuerdo por la proximidad y la semejanza de costumbres y de modo de hacer la guerra, hacían incursiones en las Panonias y en la Mesia Segunda con grupos de
2 jinetes dispersos. Éstos, más dotados para las expediciones de sorpresa que para la guerra abierta, usan picas largas y corazas de trozos de cuerno[631] pulidos y limados, que dan la impresión de un plumaje, fijadas a las vestiduras de lino; la mayor parte de los caballos están castrados por regla general, o para que no se los roben, o para que no delaten a los jinetes con los frecuentes relinchos en los cuerpos de reserva, por la excitación que se pro-
3 duce al ver a las yeguas. Corren por vastísimos territorios, en persecución de otros o cuando ellos mismos son perseguidos,

---

[628] Véase XVI 10, 20-21. Había abandonado Roma el 29 de mayo, y tras pasar por Trento, había llegado a Sirmio en la Panonia Segunda.

[629] Cf. *ibid.*

[630] Cf. *ibid.*

[631] En VIRGILIO, *Eneida* XI 770, se da la comparación del aspecto de una loriga de láminas de metal con el plumaje de un ave, y el comentario de Servio cita SALUSTIO, *Historias* IV 66, con prácticamente los mismos términos que Amiano (cf. también XXIV 4, 5). PAUSANIAS I 21, 6-7 describe en los siguientes términos la coraza del sármata: «todos crían yeguas [...] reúnen los cascos, los limpian, los cortan y hace con ellos algo parecido a escamas de una serpiente [...] agujereando éstas y cosiéndolas con nervios de caballos y bueyes, las utilizan como corazas [...] las corazas de lino no son tan útiles para los que luchan [...] se pueden ver corazas de lino en otros santuarios de Grineo». Cf. TÁCITO, *Historias* I 79; VEGECIO, *Inst. Mil.* IV 9.

montando caballos veloces y dóciles, al tiempo que llevan consigo otro[632] cada uno —dos en ocasiones—, para que los cambios repongan la fuerza de las monturas, y se rehagan sus energías con descansos alternos.

En fin, cuando pasó el equinoccio de invierno, el emperador, 4
una vez reunido un poderoso contingente de fuerzas, marchando bajo la guía de la más próspera fortuna, cuando llegó al lugar más adecuado, franqueó el río Danubio[633] crecido por la acumulación de las nieves ya disueltas, atravesando por un puente ensamblado sobre pasarelas de barcas, para asolar las tierras de los bárbaros. Ellos, sorprendidos por lo apresurado de la marcha y viendo que sobre sus cabezas caían las tropas de un ejército belicoso, que habían calculado que aún no podía haberse reunido dada la época del año, no atreviéndose ni a moverse ni a mantener las posiciones, tratando de evitar un inesperado desastre, se dispersaron todos ellos en huida. Y una vez derribados la mayor 5
parte, cuyos pasos había paralizado el miedo, aquellos a los que la rapidez había librado de la muerte, escondidos entre las tenebrosas quebradas de los montes, veían perecer bajo la espada a su patria, a la que habrían vengado inmediatamente si hubieran resistido con la energía con que se habían alejado. Estos aconte- 6
cimientos sucedían en la zona de Sarmacia[634], frente a la Pano-

[632] Ya en LIVIO, XIII 29, 5 se da detallada noticia de esta táctica, referida a la caballería númida del ejército de Asdrúbal, en la batalla del año 216 a.C. junto al Ebro: «Pero no situó en el ala derecha a todos los númidas, sino a los que, como los acróbatas, llevan dos caballos y tenían por costumbre saltar armados del caballo cansado al de refresco, muchas veces en lo más encarnizado de la pelea; tal era su agilidad y tal era la docilidad de los caballos de aquella raza»; asimismo en SUETONIO, *Julio César* 39, se da una técnica similar en los juegos. Véase ELIANO, *Táctica* II 4. Como característico de los pueblos de esta zonas: VALERIO FLACO, VI 161.

[633] *Hister*.

[634] Como se había pasado el Danubio, las primeras operaciones se realizan

nia Segunda. Y con igual arrojo en torno a la Valeria el turbión devastaba lo que le salía al paso, quemando y saqueando las propiedades de los bárbaros.

7 Conmocionados por la inmensidad del desastre, dejando atrás el plan de esconderse, los sármatas, bajo la apariencia de solicitar la paz[635], pensaron[636] dirigirse hacia los nuestros, que operaban sin alarma en tres columnas, sin presentar combate; así no esquivarían el impacto de las heridas y —cosa que es el último recurso en el peligro— no podrían batirse en retirada.
8 Por otra parte, prestaban apoyo a los sármatas entonces los cuados, cómplices de sus delitos, que frecuentemente habían sido sus inseparables aliados; pero ni siquiera su resuelta audacia les
9 fue de provecho, al lanzarse a peligros patentes. De hecho, masacrada la mayor parte, el grupo que pudo sobrevivir escapó por los altos que les eran familiares. El ejército, al estimular este éxito sus bríos y sus ánimos, reagrupado en escuadrones más compactos, forzó la marcha hacia los dominios de los cuados. Éstos, temiendo por los acontecimientos anteriores lo que les venía encima, dispuestos a rogar la paz con súplicas, confiados, llegaron a la presencia del emperador, muy indulgente como era respecto a estas o similares cuestiones. Establecido el día de fijar condiciones, también Zizais[637] —un hombre joven de no

---

en el territorio de los sármatas yácigos, entre el Danubio y el Tisza, en las regiones orientadas hacia la Panonia, y más al norte hacia la Valeria.

[635] Son similares la estratagema de guerra y la expresión en XVII 1, 3.

[636] El texto presenta dificultades, que son interpretadas de forma diversa por los editores. La versión que propongo tiene un sentido similar a la de Seyfarth: los sármatas se aproximan a los romanos, fingiendo no presentar combate e ir a pedir la paz; así, éstos no podrían escapar a sus golpes ni retirarse. El hilo del relato se reanuda en 9, donde se narra que el ejército se reagrupa.

[637] Este príncipe, más tarde constituido rey de los sármatas libres, permaneció leal a Roma, según se narra en XVII 12, 20 y XVII 13, 24 y 30.

pequeña estatura, que por entonces era príncipe— para pedir la
paz dispuso las filas de los sármatas como para el combate. Al
ver al emperador, tras arrojar las armas, se postró por completo
tendido sin aliento; y, mudo de terror, precisamente cuando de-
bía exponer las peticiones, provocó una enorme compasión
cuando se le dio licencia para expresar lo que solicitaba, co-
menzando varias veces y entrecortadamente porque los sollo-
zos se lo impedían. Al fin repuesto y cuando se le ordenó le- 10
vantarse, de rodillas, después de recuperar el habla, suplicó que
se le concediese indulgencia y perdón de sus delitos. Es más,
cuando se dio audiencia[638] al ejército, cuyas bocas cerraba un
mudo espanto en el desenlace aún incierto de su jefe —cuando
se le mandó a él alzarse del suelo, y les dio la orden de realizar
sus súplicas tras la prolongada expectación— todos, arrojados
sus escudos y venablos, tendieron las manos en señal de ruego,
ingeniando mil modos de aventajar a su príncipe en la sumisión
de las súplicas. El jefe había llevado, junto a otros guerreros, a 11
los reyezuelos Rumón[639], Zinafro y Fragiledo, y a muchos no-
bles, dispuestos a presentar sus ruegos de parecida forma, con
la esperanza de ser atendidos; estos, aun transportados de gozo
por haberse salvado, juraban compensar sus acciones hostiles
con pesadas condiciones y someterse al poder de Roma, con sus
riquezas, hijos y esposas, y con todo su territorio. No obstante,
prevaleció la benignidad unida a la equidad: después de recibir
la orden de permanecer sin temor en sus territorios, nos devol-
vieron a nuestros prisioneros; presentaron también los rehenes
que se les impusieron y juraron someterse en adelante con toda

---

[638] El original utiliza el lenguaje propio de las audiencias con el emperador: el ejército es admitido, como se admitía a audiencia, pero es evidente que toda la tropa está dispuesta y cuanto ha sucedido con Zizais ha sido en presencia de ella.

[639] Estos personajes constan únicamente en este texto.

12 prontitud a nuestras disposiciones. Incitados por este ejemplo
de clemencia, llegaron volando al frente de las tropas bárbaras
el príncipe Arahario[640] con todos sus hombres, y Usafro, que
sobresalía entre los nobles; de éstos, uno comandaba una parte
de los de más allá de las montañas[641] y a los cuados; el otro a al-
gunos sármatas, muy unidos por la proximidad de sus territo-
rios y por su ferocidad; el emperador hizo apartarse a aquella
plebe, no fuera a ser que, aparentando que aceptaban los trata-
dos, se levantasen de repente en armas. Después de disolver la
coalición, dio orden de que se apartasen temporalmente quienes
presentaban ruegos a favor de los sármatas, mientras se exami-
13 naba el asunto de Arahario y de los cuados. Éstos, que se pre-
sentaron en pie y con la espalda encorvada, según sus costum-
bres, como no podían pagar sus graves fechorías, temerosos de
un desgraciado destino final, entregaron los rehenes que se les
exigieron —¡ellos, que nunca hasta entonces habían sido obli-
14 gados a presentar garantías de un pacto!—. Concluidos estos
asuntos con rectitud y justicia, Usafro fue recibido para expo-
ner sus ruegos, mientras Arahario clamaba a gritos obstinada-
mente que la paz que él había conseguido, debía favorecer
también a éste, como aliado suyo, aunque de condición inferior
15 y habitualmente sometido a sus órdenes. A su vez, después de
examinar el asunto, los sármatas, obligados a emanciparse del
poder extranjero, como clientes tradicionales que eran de los
Romanos, aceptaron de buen grado presentar rehenes como
16 prueba de que mantendrían la paz. Por otra parte, después de
esto se presentó una gran multitud de pueblos y reyes reunidos
sin orden ni concierto, que suplicaba que no cayera sobre sus
cuellos la espada, puesto que se había enterado de que Araha-

[640] Sólo está documentado en este pasaje y los siguientes, así como Usafro.

[641] En el texto *Transiugitani*. Para Sabbah se trataría de un territorio más allá de las montañas de Börszöny. Para Seyfarth, la zona de Vácz (Waitzen).

rio había marchado sin castigo; de manera similar, también ellos, habiendo obtenido la paz que solicitaban, presentaron en prenda a los hijos de los notables del reino —traídos rápidamente desde los puntos más recónditos— con mayor prontitud de la previsible, así como, según las órdenes, a nuestros prisioneros, a los que perdieron con no menores lamentos que a su gente.

Una vez tomadas estas disposiciones, se prestó atención a 17
los sármatas, más dignos de compasión que de odio. Es increíble cuánto provecho les trajo esta causa, hasta el punto de considerarse cierta la opinión de alguno: que el hado había sido vencido[642], o incluso establecido, por el poder del emperador.
En otro tiempo los habitantes de este reino eran poderosos e 18
ilustres, pero una conjuración clandestina armó a los esclavos para un levantamiento[643]. Y como para los bárbaros era habitual que todo el derecho residiera en la fuerza, vencieron a sus señores, al ser iguales en ferocidad y superiores en número. Éstos, 19
al confundir sus decisiones el miedo, se refugiaron junto a los

[642] Se encuentran expresiones similares en Amiano, en boca de los aduladores del emperador (XVI 5, 37 y XIX 12, 16), aunque no son totalmente nuevas en la literatura. Ya están presentes, por ejemplo, en MANILIO: *Astron.* I 391-393 —«tan sólo son superados en un astro, Augusto, que ha tocado en suerte a nuestro hemisferio; ahora el más grande legislador en la tierra, después en el cielo»— y en el *Panegírico XII, a Teodosio* 27, 3 —«un príncipe no puede tener mayor felicidad que hacer feliz, combatir la pobreza, vencer a la fortuna y dar a los hombres un nuevo hado».

[643] La rebelión de los sármatas limigantes o siervos contra los libres o argaragantes había tenido lugar el año 334. Como consecuencia, los limigantes expulsaron de la rica región del Banato (entre el Mures, el Tisza, el Danubio y los Cárpatos) a sus antiguos señores, que se desplazaron hacia el Norte hasta los territorios de los victohalos y poco después hasta la Dacia. Los argaragantes se encontraban presionados por los cuados al noroeste, y los limigantes al este. Constancio los emancipa de ellos y los toma bajo la protección de Roma.

muy lejanos victohalos[644], pensando que, dentro de lo malo, era más deseable someterse a quienes les defendiesen que ser esclavos bajo sus propios siervos; deplorando todo ello, después de haber obtenido el perdón y acogidos bajo nuestra protección, solicitaban amparo para su libertad. A ellos, el emperador, conmovido por la injusticia del hecho, ante la expectación de todo el ejército, tras haberlos convocado y dirigiéndoles la palabra en los términos más amables, les ordenó no obedecer a nadie
20 sino a él mismo y a los jefes romanos. Y como si la restitución de la libertad conllevase la mejora del rango, les puso al frente como rey a Zizais, hombre realmente capaz de recibir los distintivos de una brillante fortuna —como mostró después la realidad—, y leal. Y tras estas gloriosas acciones no se permitió que nadie marchase antes de que volviesen nuestros prisioneros, como se había convenido.

21 Realizadas estas acciones en territorio bárbaro, los campamentos se trasladaron a Szöny[645], para que también allí las lágrimas o la sangre extinguieran los restos[646] de la guerra contra los cuados, que operaban por aquellos contornos. De estos, el príncipe Vitrodoro[647] —hijo del rey Viduario—, el rey vasallo Agilimundo y otros principales y nobles, que estaban al frente de varios pueblos, al ver el ejército en el seno de su reino y su solar natal[648], se echaron a los pies de los soldados y obtenien-

[644] Los victohalos aparecen unidos a los marcomanos, germanos orientales asentados en Eslovaquia, y en el siglo IV en la antigua Dacia.

[645] En el texto *Brigetium* (localidad cerca de la Komorn actual), en la Panonia Primera, a la orilla del Danubio, frente al territorio de los cuados. Cf. *Tabla de Peutinger* V 3. Era una fortaleza y sede de la flota del Danubio.

[646] La misma expresión está presente en CIC., *Familiares* X 25, 1.

[647] Vitrodoro, Viduario y Agilimundo son conocidos únicamente por este texto.

[648] Se encuentra la misma expresión en *Historia Augusta, Aureliano*, 3 2 y VELEYO PATÉRCULO, II 7, 7.

do el perdón, cumplieron lo que se les mandó: entregaron su descendencia en rehenes, como muestra de que iban a someterse a las condiciones estipuladas, y desenvainando las hojas de sus espadas —las veneran como divinidades— juraron que mantendrían su palabra.

Constancio Augusto obliga a los siervos sármatas limigantes, después de infligirles una gran derrota, a abandonar su territorio. Dirige una alocución a sus soldados

Concluidos estos asuntos con feliz 13
desenlace, como se ha narrado, el bien público requería que rápidamente se volviesen las enseñas contra los limigantes, siervos sármatas. Era totalmente injusto que ellos hubieran perpetrado inpunemente una multitud de acciones criminales; en efecto, como olvidados de las anteriores, mientras atacaban los sármatas libres, ellos a su vez, convencidos de que era el momento más oportuno, habían violado la frontera de Roma, coinci-
diendo sólo en esta deslealtad con sus amos y enemigos. No 2
obstante, se decidió castigar a éstos también con menor rigor del que reclamaba la magnitud de sus delitos, hasta que, aplazado el castigo y después que ellos se hubieran trasladado a lugares más alejados, perdiesen la oportunidad de dañar nuestras posesiones —a estos la conciencia de los crímenes cometidos
por largo tiempo les sugería temer el riesgo—. En efecto, sos- 3
pechando que el peso de la guerra iba a volverse contra ellos, preparaban por una parte trampas y espadas y por otra súplicas. Sin embargo, nada más ver al ejército, como alcanzados por el golpe del rayo y pensando lo peor, formularon ruegos por su vida, se comprometieron a un tributo anual, a una leva de la más vigorosa juventud y a la sumisión; estaban dispuestos[649] a

[649] La ambigua disposición de los enemigos coincide con la caracterización que hace Amiano de los bárbaros al inicio del parágrafo.

avenirse, si se les mandaba, a emigrar en otra dirección, según daban a entender con sus gestos y sus rostros, mientras, a pesar de ello, confiaban en la protección que les proporcionaban sus territorios, donde habían fijado sus hogares, a seguro después
4 de expulsar a sus amos. Pues al penetrar en estas tierras en meandros sinuosos, el Tisza[650] se une al Danubio; pero mientras corre solo libremente, bañando con suavidad largos y amplios territorios y cerrándolos en gargantas cerca de su desembocadura, protege a sus habitantes de los ataques de los romanos con el lecho del Danubio, al tiempo que les ofrece amparo de las incursiones bárbaras, al interponerse como una barrera, allí donde casi todo es pantanoso y enmarañado por la naturaleza muy húmeda del terreno y por las inundaciones de las crecidas del río —y por tanto impracticable, salvo para los muy buenos conocedores—. Y además de esto, el río mayor separa de su unión con la tierra, ciñéndola, una península casi contigua a la desem-
5 bocadura del Tisza. Una vez que el Príncipe les exhortó, vinieron a la ribera de este lado del río, con su fasto genuino, no dispuestos a cumplir las órdenes, como mostró el desenlace, sino para que no pareciese que ellos temían la presencia del ejército; y se mantenían en su posición obstinadamente, manifestando
6 así que iban a rechazar lo que se les mandase. El emperador, viendo lo que podía suceder, una vez distribuido el ejército disimuladamente en muchas columnas, cuando se desbandaron a la velocidad del vuelo, los encerró dentro de sus líneas; y, en pie con unos pocos sobre un talud elevado y cubierto por la protección de su guardia, les exhortaba con buenas palabras a no
7 rebelarse. Pero, dudosos por la falta de claridad de sus mentes, vacilaban hacia diversas actitudes y, al mezclarse su feroz índole con su inestabilidad, al mismo tiempo trataban de combatir y de suplicar. Preparando una salida inminente contra los

[650] *Parthiscus.*

nuestros, deliberadamente arrojaron lejos sus escudos, para ganar terreno, adelantándose poco a poco a recuperarlos sin señal alguna de la treta.

Ya a la caída del día hacia la noche, como la luz, al dismi- 8
nuir, aconsejaba acabar con los retrasos, alzadas las enseñas, el
ejército se dirigió contra ellos en un ataque fulminante. Éstos,
reagrupados y unidos en una línea compacta, lanzaron todo el
ímpetu contra el propio emperador, en pie, como se ha dicho,
en posición prominente, atacándole entre miradas y gritos fe-
roces. La cólera del ejército no pudo tolerar la insensatez de 9
esta furia y, cuando ellos, como se ha dicho, se lanzaban vio-
lentamente contra el emperador, el ejército estrechando el
frente de la formación[651] —disposición que la llaneza castren-
se llama «cabeza de cerdo»—, en un ardoroso ataque los dis-
persó. La infantería por la derecha hacía una masacre de las
hordas de la infantería; la caballería por la izquierda se intro-
dujo entre los veloces escuadrones de los jinetes. La cohorte 10
pretoriana[652] frente al enemigo, cerrando filas cuidadosamente
en torno al Augusto, les hería en el pecho cuando se acercaban,
y después en la espalda cuando huían. Y los bárbaros, al caer,
en una obstinación insuperable, manifestaban con horribles
alaridos que no sentían tanto su muerte como la fortuna de
nuestros hombres, y muchos de ellos caídos en tierra —sin
contar los muertos— con las rodillas cortadas, y por ello con

---

[651] VEGECIO, *Inst. Mil.* III 19: «se llama cuña a la formación militar que unida a la primera línea es primero más estrecha y después se ensancha y rompe las formaciones de los adversarios... los soldados lo llaman cabeza de cerdo»; es, pues, la disposición inversa a la tenaza, o *forfex*.

[652] El término «cohorte pretoriana» no corresponde con la época, dado que la guardia pretoriana fue disuelta en la reforma del ejército realizada por Constantino. No obstante, por el contexto podría referirse a la figura aludida por Amiano en XVI 12, 49 como «campamento pretoriano» —*castra praetoria*—, precisamente una formación muy compacta y robusta.

toda posibilidad de fuga anulada, otros con las manos amputadas, algunos sin tocar por las armas realmente, pero arrastrados por el peso de los que les caían encima, soportaban la tortura en
11 un profundo silencio. Ninguno de ellos pidió clemencia en medio de tan variados tormentos, o arrojó la espada, o pidió una muerte rápida, sino que, manteniendo valientemente las armas, aunque abatidos, consideraban menor culpa el haber sido vencidos por las armas ajenas que por decisión de su voluntad. Se les oía murmurar que lo que sucedió se debía más a la fortuna que a su responsabilidad. Así, en el lapso de media hora, cuando se dio por concluido el combate, de pronto yacían por tierra tantos bárbaros, que solo la victoria daba fe de que había habido una batalla.

12 Apenas abatidos los pueblos enemigos, fueron llevados presos en grupo los allegados de los vencidos, arrancados a sus míseras chozas, mezclados en edad y en sexo; y abolida la pompa de su vida anterior, llegaban a lo más ínfimo de la sumisión servil. Transcurrido un mínimo intervalo de tiempo, se
13 veían montones de cadáveres y filas de prisioneros. Así pues, con el estímulo del ardor del combate y los frutos de la victoria, se aprestaron a la aniquilación de los desertores o de los que se ocultaban escondidos en sus chozas. A éstos, cuando los soldados llegaron a este lugar, ávidos de sangre bárbara, después de destrozar las ligeras techumbres, los mataban; y a nadie libró del peligro de muerte una cabaña, ni aun las construi-
14 das con maderos muy gruesos[653]. Finalmente, cuando ya todo ardía y nadie podía ocultarse, segado todo asomo de vida, o

[653] Refiriéndose a los germanos, dice HERODIANO, VII 2, 4: «Hay sin embargo espesos bosques, de donde obtienen abundantes maderos con los que construyen el entramado y la tablazón de sus casas», precisamente en la narración de la campaña germánica de Maximino contra dacios y sármatas (años 235-237 d. C.). Curiosamente este emperador tuvo una intervención sobresaliente en un terreno pantanoso. Por otra parte, el tenor literal del texto contiene resonancias virgilianas (cf. *En.* XII 674-675).

morían con obstinación consumidos por el fuego, o al salir para
evitar las llamas y dejar atrás la muerte, eran abatidos por la es-
pada del enemigo. No obstante, algunos que escaparon a los dar- 15
dos y a la magnitud de los incendios, se lanzaron a los torbelli-
nos del río cercano[654], esperando alcanzar las riberas del otro
lado por ser buenos nadadores; de éstos, la mayor parte murió
ahogada; otros cayeron atravesados por las flechas, hasta tal
punto que la corriente del río espumeaba crecida por la sangre
abundantemente vertida; así, valiéndose de ambos elementos[655],
la cólera y el valor de los vencedores destruyeron a los sármatas.
En fin, se había decidido tras esta serie de acontecimientos, 16
anular cualquier consuelo de esperanza de vida a todos; y, des-
pués de quemar sus casas y esclavizar a sus familias, se mandó
reunir unas embarcaciones para seguir la pista de los que la otra
orilla separaba de nuestra formación. E inmediatamente, para 17
que el entusiasmo de los combatientes no se entibiase, embar-
cada en unas lanchas y pasando por lugares ocultos, la infante-
ría con armamento ligero ocupó los escondrijos de los sármatas,
a quienes engañó el primer golpe de vista, al reconocer las lan-
chas de su pueblo y los aparejos que les eran familiares. Pero 18
cuando se dieron cuenta de que se acercaba lo que temían, al
brillar las armas a lo lejos, se refugiaron en la protección de los
terrenos pantanosos; y los soldados, en una persecución encar-
nizada, después de una gran matanza, encontraron la victoria
allí donde se creía que no eran capaces ni de mantenerse con
cuidado en equilibrio ni de tomar ninguna iniciativa. Después 19
de someter casi y reducir a los acimicenses[656], se dirigieron sin

[654] Hay un paralelismo evidente con la narración de la batalla de Estrasburgo (XVI 12, 55-57).

[655] Agua y fuego.

[656] *Acimicenses*, según Sabbah. Los manuscritos dan *Amicenses*. Tribu sármata limigante fronteriza con *Acimincum*. Véase XIX 11, 8.

tardar hacia los pincenses[657] —así llamados por las regiones
que lindan con ellos—. A éstos les habían hecho más cautos las
desgracias de sus aliados, conocidas por lo continuo de las no-
ticias. Para aplastarlos —pues era arduo perseguir a quienes es-
taban dispersos por varios lugares, y además con la desventaja
del desconocimiento del terreno— se tomó la ayuda de los tai-
20 falos[658] y de los sármatas libres. Como la disposición del terre-
no separaba los cuerpos de tropas auxiliares, el ejército eligió
para sí los territorios contiguos a la Mesia, los taifalos tomaron
los lugares cercanos a sus territorios, y los sármatas libres ocu-
paron las tierras frente a su región.

21 Los limigantes, todavía aterrorizados por el ejemplo de los
pueblos sometidos, y abatidos, dudaban largo tiempo en su in-
terior tornadizo si enfrentarse a la muerte o elevar súplicas,
puesto que tenían razones nada leves para ambas cosas. No obs-
tante se impuso al final la decisión de entregarse, por la presión
del consejo de ancianos. Y se unió a las variadas palmas de
nuestras victorias también la actitud suplicante de quienes ha-
bían arrebatado por la fuerza la libertad. Y los que quedaban de
quienes habían despreciado a sus señores por vencidos e inca-
paces, cuando vieron a otros más fuertes, inclinaron la cerviz
22 entre súplicas. Así pues, una vez que recibieron garantías pú-
blicas, abandonando la defensa de los montes, llegó volando al
campamento romano la mayor parte de ellos, desplegada por

---

[657] *Pincenses*, según Sabbah. La denominación común es *picenses*. Tribu de sármatas limigantes, fronteriza del fuerte romano llamado *Pincus*, sobre la orilla derecha del Danubio y cercana al afluente del mismo nombre.

[658] Pueblo germánico emparentado con los godos y establecidos entonces en la ribera del Danubio, en la zona de la actual Valaquia, como *foederati* de Roma. A partir del 376 d. C. se asentaron en el norte de Italia y en el sur de la Galia como *coloni*. Véase XXXI 3, 7 y 9, 3-5, EUTROPIO, VIII 2, 2, ZÓSIMO, IV 25, JORDANES, *Get.* 91.

los amplios espacios de las llanuras con sus padres, hijos y esposas y con los pobres recursos de que les permitió apropiarse semejante premura. Y los que se pensó que perderían la vida 23
antes que ser obligados a abandonar su tierra, porque consideraban como libertad una locura anárquica, se avinieron a someterse a las órdenes y a asentarse en otros lugares, tranquilos y apaciguados, de modo que no les fuera posible agitarse en guerras ni revolverse en disturbios. Una vez que las aceptaron de buen grado —según se creía—, por un poco de tiempo se serenaron; después, por su innata fiereza se lanzaron a un levantamiento que les perdió, como se explicará en el momento oportuno[659].

En el curso de esta afortunada sucesión de acontecimientos, 24
la protección correspondiente al Ilírico se reforzó doblemente. El emperador, abordando los dos grandes aspectos del asunto, los llevó a término: a los pueblos desterrados por rebeldes, que, aunque proclives a la variabilidad con todo habían de responder con un atisbo de lealtad, sometidos al fin, les asignó el territorio de sus antepasados; y les impuso, en el colmo del trato de gracia, no a un rey sin méritos, sino al que ellos mismos anteriormente habían elegido como caudillo, un hombre eminente por sus prendas de alma y cuerpo. En tal sucesión de aciertos, 25
Constancio, ya por encima de todo temor y con la aprobación del ejército, fue aclamado por segunda vez[660] como *Sarmático*, de acuerdo con el nombre de los sometidos; y cuando se dispo-

---

[659] Véase XIX 11, especialmente 1, 11 y 15.

[660] Constancio había sido aclamado como *Sarmaticus Maximus* con motivo de una victoria anterior sobre el mismo pueblo, cuando todavía ostentaba el título de César, en el año 335 (cf. Dessau, H., *ILS*, 724). Esta titulatura se repite insistentemente entre los emperadores a partir de Marco Aurelio (año 175 d. C.); Diocleciano fue así proclamado por tres veces a partir del año 285, e igualmente todos los emperadores de la dinastía Constantiniana.

nía a partir, una vez convocadas las cohortes[661], las centurias y todos los manípulos, en pie en el tribunal rodeado de las enseñas[662] y de las águilas, y la formación de los múltiples mandos, se dirigió al ejército en estos términos, bien acogido por todos, como es usual:

26 «El recuerdo de las hazañas gloriosas, más grato para los valientes que cualquier placer, me sugiere evocar, dentro de los límites de la modestia, los éxitos que con ardor guerrero hemos alcanzado, por la suerte victoriosa que nos ha deparado la divinidad, tanto antes del combate como en él, defensores fidelísimos del pueblo romano. Pues ¿qué cosa tan hermosa o tan digna del recuerdo de la posteridad se habrá de guardar en la memoria como que el soldado se goce en sus acciones realizadas esforzadamente o el jefe en sus decisiones prudentemente
27 tomadas? Campaba a sus anchas por el Ilírico la furia del ene-

---

[661] Según el comentario *ad loc.* de De Jonge, las denominaciones de los cuerpos del ejército tienen «un aroma arcaico». A partir de las reformas de Diocleciano y de Constantino las unidades del ejército constan de un número menor de hombres del que tenían; la legión pasa de los 5.000 soldados de época tardorrepublicana a 1.000; y la cohorte, de 1.000 a 500 con Diocleciano, y se reduce aún más con Constantino. Con todo, es difícil precisar exactamente la composición de cada una de estas unidades en la época.

[662] Las águilas, signos de la legión a partir de Mario, enriquecidos por Augusto, se mantienen como tal en el tardo Imperio: «ésta (scil. la primera cohorte) es la que lleva el águila, que siempre ha sido la enseña más importante del ejército romano y el distintivo de toda la legión» (Vegecio, *Asuntos militares* II 6; cf. *ibid.* 13). Los *signa* —emblemas de dioses, animales, signos de zodíaco, etc.— corresponden a cada manípulo, así como a la infantería aliada o auxiliar, y también se mantienen en esta época. El *signum* se puede interpretar también en sentido amplio, incluyendo los dragones y los *vexilla*, propios de la caballería romana o aliada, y las *imagines* de los emperadores, correspondientes a cada legión : «ésta es la que venera las imágenes de los emperadores, esto es las enseñas de la presencia divina» (Vegecio, *Asuntos militares* II 6) .

migo, con su vanidad hinchada mofándose de nuestra ausencia, mientras protegíamos a los itálicos y a los galos; y en diversas incursiones, ya con lanchas de roble, ya recorriendo a pie el cauce de los ríos, devastaba los confines de nuestras fronteras, temido por nuestros mayores[663] ya desde que se fundó el pueblo, sin fe en las alianzas ni en sus armas o en sus fuerzas, sino habituado a pillajes furtivos con astucia o variadas trampas; estando nosotros muy alejados, toleramos tales fechorías, en la medida en que se podían soportar, con la esperanza de que la eficacia de nuestros generales pudiera parar los golpes más débiles. Pero cuando, subiendo de punto por la impunidad, se 28
atrevió a provocar catástrofes mortales y continuas en las provincias, una vez que estuvieron fortificados los accesos a las Recias, y que estuvo afianzada la seguridad de las Galias con una protección insomne, sin dejar a la espalda temor alguno, llegamos a las Panonias —así lo quiso la eterna divinidad—, dispuestos a afianzar lo que se tambaleaba. Tras preparar todos los dispositivos, como sabéis, poniéndonos en marcha con la primavera ya avanzada, nos enfrentamos al grueso de los problemas: primero, que una avalancha de venablos no nos obstaculizase la construcción de un puente de maderos ensamblados; una vez realizado esto sin gran esfuerzo, avistadas las tierras del enemigo y ya con el pie en ellas, a los sármatas, que trataban de resistirse con ánimo obcecado hasta la muerte, los derribamos sin bajas de los nuestros; y a los cuados, que con pareja arrogancia se lanzaban contra las formaciones de nuestras ilus-

[663] Podría remontarse a la campaña mitridática de Pompeyo, concluida el año 63 a. C. En las condiciones de rendición, Polibio habla de Gátalo, rey de los sármatas. (cf. XXV 2, 13). En cuanto a la fundación del pueblo, la expresión no es clara; no obstante, puede referirse al reino dacio-sármata, que data del siglo I d. C., situado en el bajo Danubio entre el Aluto y el Tisza. A él se enfrentó y lo venció Trajano en las guerras dácicas contra el rey Decébalo, concluidas en el 102 d. C., y narradas en la famosa columna del emperador.

tres legiones en ayuda de los sármatas, los aniquilamos; éstos, tras
graves pérdidas, en medio de sus correrías y su afán de resistir en-
tre amenazas, al probar la fuerza de nuestro valor, después de
arrojar la protección de sus armas, poniendo a la espalda sus ma-
nos, hechas a combatir, las ofrecieron a las cadenas[664], y, al ver
que sólo les quedaba posibilidad de salvación en las súplicas, se
postraron ante los pies del clemente emperador, cuyas campañas,
según habían comprobado en otras ocasiones, habían obtenido fe-
29 lices desenlaces. Dejados de lado estos asuntos, también someti-
mos a los limigantes, con igual valor, y al ser eliminada la mayor
parte, el apartarse del peligro impulsó a los demás a buscar refu-
30 gio en los escondrijos de los pantanos. Cuando se terminaron es-
tas operaciones con éxito favorable, llegaba el momento de una
oportuna indulgencia. A los limigantes les obligamos a la depor-
tación en regiones muy alejadas, para que en el futuro no pudie-
sen promover agitaciones en perjuicio nuestro, y perdonamos a
los más. Y pusimos al frente de los libres a Zizais, que prometió
sernos afecto y leal, prefiriendo designar como rey al que tenían
los bárbaros que quitárselo, reafirmando con este honor sus dere-
chos[665], puesto que este jefe que se les ha asignado antes también
31 había sido elegido y aceptado por ellos mismos. Por lo tanto, he-
mos conseguido nosotros y el pueblo romano un cuádruple galar-
dón, que ha obtenido una sola campaña: primero, haber ejecutado
la venganza sobre crímenes canallescos; después, que vosotros
tendréis suficiente abundancia de prisioneros enemigos[666], pues

[664] El texto es más terminante en el original: «se ataron las manos a la espalda». Un gesto similar en señal se sumisión se encuentra narrado en XVIII 8, 5, aunque en ambiente persa.

[665] En el original, *sollemnitas*, un término técnico del derecho, que designa lo obtenido mediante un procedimiento o rito conforme a derecho. Cf. *Dig.*, 26.8.19 *Paul.* 9 *resp* y *Dig.* 1.7.25.1, *Ulpianus* 5 *opin.*

[666] DIÓN CASIO, LI 24, 7, da noticia del reparto de prisioneros entre los sol-

es justo que el valor sea satisfecho con lo que ha conseguido con sus sudores y sus manos. Nosotros consideramos como abun- 32 dantes recursos y grandes reservas de bienes el que nuestros trabajos y valor hayan preservado íntegros los patrimonios de todos, pues esto es lo que corresponde al ánimo de un buen emperador, a sus prósperos éxitos. Por último, yo me glorío con 33 el despojo del nombre del enemigo: el título por segunda vez de *Sarmático*, que vosotros, con sentir idéntico y unánime, me habéis dado justamente, dicho sea sin arrogancia».

Al finalizar de esta arenga, el ejército más enardecido de lo 34 habitual por haber aumentado su esperanza de ascensos y de botín, alzando gritos festivos en alabanza del emperador y tomando por testigo al dios —según la costumbre— de que Constancio no podía ser vencido[667], volvió gozoso a sus tiendas; el emperador, tras ser escoltado hasta palacio y restablecerse con un descanso de dos días, regresó a Sirmio con la pompa del triunfo[668], mientras las unidades del ejército alcanzaban los acantonamientos previstos.

---

dados como botín de guerra; además, según AMIANO XIX 11, 2 los soldados quedaron satisfechos del botín de esta campaña.

[667] El apelativo de invencible se remonta a Alejandro Magno, y ya en Roma, lo asumió por primera vez Escipión Africano (cf. DESSAU, H., *ILS*, 7) y más tarde el emperador Trajano; momento a partir del cual es habitual en los emperadores. Para Constancio está muy documentado (cf. DESSAU, H., *ILS*, 731, 732, 733, 738, entre otros lugares). La aclamación que recibe Constancio, habitual en el ejército, se realizaba poniendo por testigo a Júpiter. Así es transmitido literalmente respecto a Macrino y Antonino por la *Historia Augusta, Antonino Diadúmeno* I 7: «Tú lo sabes, Júpiter, Macrino no puede ser derrotado. Tú lo sabes, Júpiter, Antonino no puede ser derrotado». Ecos de la misma aclamación se encuentran en Amiano, por ejemplo, en XXVI 7, 17: «juraron por Júpiter que Procopio jamás sería vencido» o en XXIV 1, 1.

[668] Emplea los términos *pompa triumphalis*, excesivos, y en consonancia con la crítica realizada por Amiano en XVI 10, 4 y ss. El propio Juliano *(A*

Los legados romanos sobre la paz, cumplida su misión, vuelven de Persia, mientras Sapor se dirige a Armenia y Mesopotamia

14 Por estos mismos días, Próspero, Espectato y Eustacio, embajadores enviados ante los persas, como he explicado antes[669], se presentaron ante el rey, que había vuelto a Ctesifonte[670], llevando cartas y obsequios del emperador, y solicitaron la paz, guardando las posiciones respectivas; teniendo presentes sus órdenes, nunca se apartaron del interés de la patria y de la majestad de Roma, manteniendo que debía firmarse el tratado de tal forma que, respecto a alterar la situación de Armenia o
2 Mesopotamia, no se moviese ni un punto. Así pues, después de detenerse allí largo tiempo, volvieron sin completar su misión, puesto que vieron al rey muy obstinado y muy opuesto a abrazar la paz, salvo que se le adjudicase el dominio de esas
3 regiones. Después de esto y para que consiguiesen lo mismo en condiciones igualmente duras, fueron enviados el conde

los Atenienses 279 d) mezcla las dos campañas de Constancio en la zona y reclama para sí la celebración del triunfo, anteponiendo su éxito militar en Estrasburgo del año anterior (cf. XVI 12) a las campañas sarmáticas del emperador.

[669] Véase XVII 5, 15. Los embajadores permanecieron en Ctesifonte entre primeros de mayo y el 25 del mismo mes.

[670] Ciudad de Asiria, en la margen izquierda del Tigris, a unos 30 km al sudeste de la actual Bagdad, capital de los partos y del Imperio persa bajo los Sasánidas, estaba dotada de palacio y edificios importantes; residencia invernal de los Arsácidas. Posteriormente fue tomada y saqueada por los árabes el año 637 para construir Bagdad. Actualmente corresponde a Salman Pak, antes conocido como Madayn. Se conservan las ruinas del llamado Arco de Cosroes (Taki-Kesra). Había sido tomada por Trajano (año 116) y perdida un año después ; saqueada por Septimio Severo (año 197) y por Galerio (año 295). La muerte de Juliano (año 363) se produjo como consecuencia de una grave herida que recibió precisamente en el sitio de Ctesifonte (cf. XXV 3, 6).

Luciliano y Procopio[671], notario por entonces, que después, constreñido por la presión de una imperiosa necesidad, se alzaría en rebeldía.

[671] Originario de Corico, probablemente pariente de Juliano, éste le había prometido la sucesión al trono (cf. XXIII 3, 2), pero después del ascenso de Joviano, él prescindió de sus pretensiones y se retiró a Cesarea de Capadocia. Valentiniano y Valente, nuevos emperadores, sospecharon de él y se vio obligado a buscar apoyos. Con la ayuda de Estrategio, Eugenio y Eunomio, obtuvo el apoyo de ciertos jefes militares y fue proclamado emperador el 28 de septiembre de 365 en Constantinopla. Reducido, fue ejecutado el 27 de mayo de 366, a los 40 años. Véase XXVI 6-9. La versión de Amiano, en parte proclive a Procopio, es diversa a la del *Discurso VII (Del fracaso de los usurpadores)* de Temistio.

LIBRO XVIII*

* El libro XVIII abarca el final del año 358 y gran parte del 359. Los caps. 1 y 2 están protagonizados por Juliano; el tercero es la historia de un proceso de lesa majestad en Roma, que se sirve del contrapunto de la figura de Constancio para insistir indirectamente en la justicia de Juliano. A partir del cap. 4, el relato se concentra en los sucesos de Oriente, que retoman la secuencia de XVII 14. El hilo conductor es el fracaso de la postura pacifista de Constancio y el comienzo de una nueva campaña por parte de Sapor. La comparación entre Constancio y Juliano actúa, por tanto, como trasfondo de todo el libro.

SINOPSIS

(años 358-359)

1 Medidas judiciales de Juliano.
2 Campaña renana de Juliano en el 359.
3 Proceso y ejecución de Barbación.
4-10 Campaña mesopotámica de Sapor.
4 Preparativos.
5 Historia del tránsfuga Antonino.
6 Ursicino vuelve a Mesopotamia.
7-8 Acciones bélicas de ambos bandos.
9 Descripción de Amida.
10 Rendición de dos fortines romanos.

El César Juliano toma medidas para el bienestar de los galos y se preocupa de que en todo lugar la justicia sea respetada por todos

1 Esto es lo que aconteció en los diversos lugares del orbe en un solo y mismo año. Por su parte, cuando la situación en las Galias había mejorado y la dignidad consular honraba a los hermanos Eusebio e Hipacio[672], Juliano, famoso ya por sus ininterrumpidos éxitos, se hallaba en los cuarteles de invierno y, dejando a un lado por el momento las preocupaciones de la guerra, tomaba con no menor cuidado muchas medidas encaminadas al bienestar de las provincias: procuraba con diligencia que la carga de los impuestos no le resultase excesivamente gravosa a nadie y que los poderosos no expoliasen la propiedad ajena; que aquéllos cuyo patrimonio había aumentado gracias a las calamidades públicas, no participaran de la vida política; y que ningún juez se apartase de la justicia impunemente. 2 Esto último lo reformó sin gran esfuerzo, gracias a que, cuando dirimía los litigios personalmente, siempre que la importancia de las causas o

[672] Flavio Eusebio y Flavio Hipacio, eran hermanos de la emperatriz Eusebia, desde el 352-353 esposa del emperador Constancio II (XXI 6, 4). Ambos fueron cónsules en el 359. En el 371 fueron acusados de conspiración para hacerse con el trono y condenados al destierro y a pagar una elevada suma. Sin embargo, fueron pronto rehabilitados e indemnizados (XXIX 2, 9-11). Hipacio era amigo de Amiano (XXIX 2, 16: *noster)*; desempeñó en el 379 el cargo de *praefectus urbi* y en el 382-383 el de *praefectus Italiae*.

de las personas así lo exigía, discernía de modo inflexible lo
3 justo de lo injusto[673]. Y si bien habría que alabar muchas de sus intervenciones en este tipo de controversias, baste citar aquí
4 una, como ejemplo de su modo de decir y de actuar. En el tribunal y públicamente en presencia de todos los interesados, interrogó con inusitada energía propia de un censor a Numerio, poco antes gobernador de la Galia Narbonense, acusado de robo. Dado que él rechazaba las acusaciones negándolas y no conseguían encontrarle culpable de nada, Delfidio, orador impulsivo[674], le atacó vehementemente y exclamó enardecido ante la ausencia de pruebas: «¿Quién podrá ser culpable, florentísimo César, si basta con negar?». Juliano le dirigió sabiamente la siguiente respuesta improvisada: «¿Quién podrá ser inocente, si basta con haber acusado?». Estas palabras, así como muchas otras de este tipo, revelaban en efecto su talante político.

El César Juliano reconstruye junto al Rin las murallas de las plazas que había reconquistado, cruza el río y, después de devastar la zona hostil de los alamanos, obliga a cinco de sus reyes a pedir la paz y a devolver prisioneros

2 Pero cuando Juliano se disponía ya a emprender una campaña urgente, al ver que algunas comarcas de los alamanos eran hostiles y se atreverían a cometer desmanes, si no servían ellos mismos de ejemplo para los demás, calculaba indeciso con qué fuerza y con qué rápido recurso, en cuanto la situación lo permitiera, podría adelantarse a los rumores e invadir por sorpresa sus tierras. Al final, considerando muchas y variadas posibi-

[673] Cf. XXII 10.

[674] Atio Tirio Delfidio, natural de Burdeos, orador y poeta pagano conocido en su tiempo (Ausonio lo menciona con frecuencia), formó parte de la corte de Magnencio.

lidades, decidió intentar lo que los resultados demostraron eficaz. Sin que nadie lo supiera y bajo la apariencia de una emba- 2
jada, envió a Hariobaudes[675], tribuno vacante y hombre conocido por su fidelidad y valentía, ante el rey Hortario, con quien ya había establecido un acuerdo de paz[676], para que desde allí aquél pudiera adentrarse más fácilmente en las zonas limítrofes de aquéllos a los quse iba a atacar de inmediato y averiguar qué se estaba tramando, puesto que dominaba perfectamente la lengua bárbara. Una vez que éste se puso en camino para cumplir 3
fielmente su misión, Juliano reunió efectivos militares de todas partes y marchó en el momento del año oportuno para una expedición, con la idea de que lo más importante era alcanzar a tiempo un objetivo: entrar antes de que se enardecieran los combates en las ciudades hacía tiempo destruidas y fortificarlas una vez recuperadas; y construir, además, graneros que sustituyeran a los incendiados, donde se pudieran almacenar los víveres que suelen suministrar los britanos. Ambas cosas se lleva- 4
ron a cabo antes de lo que nadie había esperado. Efectivamente, se edificaron los graneros en rápida construcción, se almacenaron en ellos suficientes alimentos y se tomaron siete ciudades: Fortín de Hércules, Cuadriburgio, Tricénsima, Novesio, Bonn, Antenaco y Bingo[677], donde, por una feliz casualidad, apareció

[675] De Hariobaudes no se tiene más mención y no debe confundirse con el rey Hariobaudo en XVIII 2, 15. Sobre los tribunos vacantes, véase la nota a XV 3, 10. Por el nombre, sin embargo, está claro que se trata de un germano romanizado.

[676] Cf. XVI 12, 1 y XVII 10, 5.

[677] La primera, *Castra Herculis*, se sitúa entre Leiden y Nimega, en territorio bátavo; las demás son identificables con lugares próximos a las actuales Schenkenschanz, Kellen, Nuys, Bonn, Andernach y Bingen, respectivamente. Todas ellas eran conocidos puestos fronterizos (algunos habían sido tradicionales bases legionarias) y se hallan a lo largo del curso del Rin con una distancia de algo más de 260 km en línea recta desde la más septentrional hasta la más meridional.

de improviso el prefecto Florencio[678] al frente de una parte de las tropas, trayendo consigo provisiones suficientes para largo tiempo.

5 Una vez logrado este objetivo, restaba una necesidad muy
urgente: reconstruir las murallas de las ciudades tomadas, pre-
cisamente mientras nadie lo obstaculizase. Hay indicios evi-
dentes de que entonces los bárbaros se sometieron al interés
6 público por miedo y los romanos por fidelidad a su jefe. Los
reyes, de acuerdo con el pacto del año anterior, enviaron en ca-
rretas gran cantidad de material de construcción y los soldados
de las tropas auxiliares, que siempre se consideraban por enci-
ma de ese tipo de tareas, inducidos por los halagos que Juliano
les dirigía a obedecerle con diligencia, transportaron a hombros
sin quejarse vigas de cincuenta pies e incluso más largas y fue-
ron de gran ayuda en las obras.

7 Mientras esto se llevaba a cabo con diligente eficacia, Hariobaudes terminó su reconocimiento, volvió e informó de lo que había visto. Seguidamente a su llegada marcharon todos, después de obligar a la tropa a marchar con rapidez, se dirigieron a Maguncia. Allí, aunque Florencio y Lupicino[679] (el sucesor de Severo) insistían obstinadamente en que había que pasar por el puente allí construido, el César se oponía a ello con determinación, afirmando que no se debía pisar territorio de pueblos con los que se estaba en paz, no fuera a ser que, como sucede a menudo, los pactos se rompieran bruscamente por la brutalidad de los soldados, que devastan cuanto encuentran a su paso.

---

[678] Véase XV 5, 12 y la nota correspondiente.

[679] Flavio Lupicino, cónsul en el 367, fue destinado como comandante de la caballería en la Galia *(magister equitum per Gallias)* en el 359, como sucesor de Severo; en el 360 es enviado por Juliano a Britania para hacer frente a la invasión de pictos y escotos (cf. XX 1 y ss.). Para su carrera ulterior, véase XXVI 5, 2; XXVI 8, 4; XXVI 9, 1.

Sin embargo, todos los alamanos, hacia quienes se dirigía el 8
ejército, se percataron del peligro y obligaron con amenazas al
rey Suomario[680], con quien se estaba en paz por una antigua
alianza, a impedir el paso a los romanos. Sus comarcas, en efec-
to, colindaban con la orilla opuesta del Rin. Al alegar que él
solo no podría oponer resistencia, se reunió una gran horda de
bárbaros que marchó hasta cerca de Maguncia, con la intención
de evitar que el ejército con todos sus efectivos cruzara el río.
Así pues, la propuesta del César pareció adecuada por dos mo- 9
tivos: no se debían devastar las tierras de pueblos con los que
había un acuerdo de paz, ni, ante la resistencia de una aguerrida
multitud, tender un puente con peligro extremo para muchos,
sino ganar el lugar más apropiado posible para construir un
puente. Después de advertir sagazmente la operación, el enemi- 10
go avanzó con cautela por la ribera opuesta, donde observó en
la distancia que los nuestros montaban las tiendas; ellos tam-
bién pasaban las noches sin dormir, haciendo guardia con el in-
somne afán de que no se intentase franquear el río. Pero, al lle- 11
gar los nuestros al lugar previsto, se entregaron al descanso
amparados por un foso y una empalizada, y el César, consul-
tándolo con Lupicino, ordenó a tribunos de confianza que pre-
parasen cada uno trescientos soldados provistos de estacas, sin
bagaje y por completo ignorantes de qué se pretendía o de adón-
de había que marchar. Y, con la noche ya avanzada, después de 12
reunir y subir a cuantos cabían en las cuarenta barcazas que es-
taban disponibles en ese momento, recibieron la orden de de-
jarse ir corriente abajo por el río, en un silencio tal, que incluso
sostenían los remos, para que el sonido de las aguas no llamara
la atención de los bárbaros. Y gracias a su agilidad de mente y
cuerpo, irrumpieron en la orilla opuesta de la frontera, mientras
el enemigo vigilaba nuestras fogatas.

---

680 Cf. XVI 12, 1; XVII 10, 3; 9.

13 Mientras esto se llevaba a cabo con rapidez, el rey Hortario, que ya antes se había aliado con nosotros, sin pretender un cambio de situación, pero también en buenas relaciones con sus vecinos, había convidado a todos los reyes, príncipes y reyes vasallos entreteniéndolos en un banquete que se prolongó, según costumbre bárbara, hasta la tercera vigilia[681]. Al retirarse de allí, por casualidad los nuestros les atacaron de improviso, sin poderles matar ni apresar de ningún modo, pues las tinieblas y sus caballos los ayudaron a escapar allí donde su indeciso impulso los llevó. Mataron sin embargo a los vivanderos o siervos, que los seguían a pie, salvo a los que la oscuridad libró en el momento decisivo.

14 Cuando al fin se supo que habían cruzado los romanos, que confiaban en que entonces, como en expediciones pasadas, verían aliviar su tarea en el momento en el que el enemigo fuese descubierto, tanto los reyes como sus súbditos, que habían concentrado todo su afán en evitar que se construyera el puente, se batieron en retirada dispersándose despavoridos de miedo. Cuando se tranquilizó su salvaje furor, se apresuraron a trasladar lejos de allí a familiares y bienes. E inmediatamente, sin dificultad alguna y gracias a la construcción del puente, el ejército se adelantó a la convicción de las inquietas gentes y apareció entre los bárbaros, cruzando por los reinos de Hortario que
15 dejaron intactos. En cambio, en cuanto pisaron tierras de reyes enemigos, pasándolo todo a saco y fuego, avanzaron valientemente a través de territorio rebelde.

Después de incendiar las cercas de las frágiles casas, de pasar a cuchillo a una gran cantidad de gente, de ver a muchos caer y a otros suplicar, llegaron a la región llamada Capelaci o Palas, donde unos hitos distinguen los confines entre romanos y

[681] La noche se dividía en cuatro vigilias o turnos de vigilancia de unas tres horas cada uno; los jefes permanecieron, por tanto, hasta bien entrada la noche.

burgundios[682], e instalaron el campamento, precisamente para que fueran recibidos sin temor los reyes Macriano y Hariobaudo, que eran gemelos, quienes al notar que se avecinaba su perdición, habían llegado angustiados a pedir la paz. Después de 16
ellos llegó a continuación también el rey Vadomario, cuya residencia estaba frente a Augst[683]. Tras presentar un escrito del emperador Constancio, en el que era cordialmente recomendado, fue recibido con hospitalidad, como correspondía, pues hacía tiempo había sido admitido por el emperador bajo protección de Roma. Conducido Macriano junto con su hermano al 17
lugar de las águilas y los estandartes[684], se llenó de admiración ante el impresionante aspecto de las armas y de las tropas, que veía entonces por primera vez, e intercedió en favor de su pueblo. Vadomario en cambio, que se había criado junto a los nuestros, vecino como había sido de la frontera, si bien se asombró de la aparatosidad del ostentoso preparativo bélico, recordó, sin embargo, que desde su primera juventud ya había visto a menudo tales cosas. Tras largas deliberaciones se cerró 18
por fin la paz con Macriano y Hariobaudo con el común acuerdo de todas las partes. A Vadomario, en cambio, que había venido para asegurarse su propia posición y también a pedir la paz en nombre de los reyes Urio, Ursicino y Vestralpo[685], en

[682] La identificación exacta del territorio es imposible, puesto que se desconoce la situación de los confines entre romanos y burgundios. *Capellati* o *Palas* son formas latinizadas correspondientes a topónimos célticos o germánicos originales y que probablemente hacían referencia a una empalizada.

[683] Véase XIV 10, 6. El rey Vadomario es atacado por Constancio en el 354 y llega a un acuerdo de paz con él: cf. XIV 10.

[684] El lugar corresponde a los *principia*, o parte central del campamento, que incluía el edificio para los estandartes *(aedes signorum)* y el depósito de armas *(armamentarium)*.

[685] Los tres reyes mencionados tomaron parte en la batalla de Estrasburgo (cf. XVI 12, 1).

calidad de legado, no se le pudo dar una contestación de momento, no fuera a ser que los bárbaros, cuya fidelidad a los pactos es más laxa, se recuperaran tras la marcha de los nuestros y permanecieran en paz poco tiempo, gracias a lo conse-
19 guido por intercesión de otros. Pero cuando éstos, después del incendio de sus mieses y granjas, así como de la captura y matanza de muchos, pidieron igualmente clemencia, como si fueran ellos los que hubiesen cometido tales fechorías contra los nuestros, se hicieron merecedores de la paz en similares condiciones. Entre éstas se dio máxima prioridad a la liberación de todos los prisioneros que habían capturado en numerosas incursiones.

Por qué Constancio Augusto ordenó decapitar a Barbación y a su esposa

3 Mientras la providencia celeste gobernaba estos sucesos en las Galias, se levantó en la corte del Augusto una vorágine de novedades, que de un comienzo banal se fue convirtiendo en luto y lamentos. En casa de Barbación, a la sazón comandante de la infantería[686], unas abejas construyeron una llamativa colmena. Cuando consultó preocupado sobre esto a los expertos en prodigios, se le respondió que se avecinaba un gran desastre. Llegaron a esa conclusión seguramente porque estos insectos, después de construir sus panales y reunir sus víveres, son ahuyentados con humo y estrepitoso ruido de plati-
2 llos[687]. Aquél tenía una esposa llamada Asiria, ni discreta ni

---

686 Véase XIV 11, 19 y 24. Fue en el 354 *comes domesticorum*, ahora como sucesor de Silvano, jefe de caballería en Galia: XVI 11, 2 y 7. El comandante de infantería *(magister peditum praesentalis)* era la dignidad militar más alta del Imperio.

687 En la Antigüedad las abejas eran interpretadas normalmente como presagio funesto, salvo para labradores y colmeneros. Sobre la técnica descrita para librar la colmena del enjambre, cf. VIRG., *Geórgicas* IV 62-64 y 149-152.

prudente. Cuando él marchó a una expedición, angustiado por un temor incierto ante lo que se le había predicho y que no conseguía quitarse de la cabeza, ella, empujada por femenina vanidad, llamó a una sierva experta en claves, que había comprado del patrimonio de Silvano[688], y le escribió a su marido en mala hora rogándole casi entre lágrimas que no la despreciara cuando, tras la inminente muerte de Constancio, alcanzara el trono, como él esperaba, y que no prefiriese el matrimonio con la entonces emperatriz Eusebia, que sobresalía entre muchas mujeres por su belleza. Enviada la carta con el mayor sigilo posible, 3
cuando volvieron todos de la campaña, la sierva, que había escrito al dictado de su señora, huyó en silencio a primera hora de la noche llevándole a Arbición[689] una copia y, después de ser muy bien recibida, entregó la nota. Aquél dio por buena esta 4
prueba, experto como era en plantear acusaciones, y se la presentó al emperador; y como es costumbre, sin dar lugar a la demora ni al sosiego, Barbación, confeso de haber recibido la carta, y su esposa, convicta por la prueba irrefutable de haberla escrito, murieron decapitados. Después de su ejecución, siguió 5
una larga cadena de interrogatorios. Muchos culpables e inocentes fueron perseguidos. Entre éstos estaba también Valentino, antiguo primicerio[690] y tribuno de los protectores de la casa imperial, que entre otros muchos fue repetidamente torturado como presunto cómplice y sobrevivió, aunque ignoraba por completo lo que había sucedido. Por ello, como compensación por la injusticia y el riesgo corrido, mereció el puesto de gobernador militar en el Ilírico.

688 Véase XV 5; XVI 2, 4; XVI 11, 2.

689 Véase XIV 11, 2; XV 2, 4; 3, 2; 4, 1; 8, 17; XVI 6, 1; etc.

690 *Primicerius* es el mayor grado de los oficiales *iuniores*, inmediatamente inferior al rango de *comes* y tribuno, cargo que Valentino desempeña a continuación.

6 El mencionado Barbación era rudo y muy pretencioso. Muchos lo odiaban porque se comportaba como un traidor y un perjuro cuando estuvo al mando de los protectores de la casa imperial bajo el César Galo, y después de la muerte de éste, crecido por el honor de un puesto mejor, urdía cosas semejantes contra el César Juliano[691] y con frecuencia murmuraba acusaciones a oídos del emperador, ante la indignación de los hom-
7 bres de bien. Seguramente ignoraba la antigua y sabia sentencia de Aristóteles, que, cuando envió a su pariente y discípulo Calístenes[692] al rey Alejandro, le aconsejó repetidas veces que, en presencia de un hombre cuya lengua tuviera poder sobre la vida y la muerte, hablase con la menor frecuencia y con la mayor amabilidad posibles.

8 No debe sorprender que el hombre, cuya mente creemos que está emparentada con los seres celestiales[693], distinga a veces lo provechoso de lo dañino y que los animales, al estar desprovistos de razón, generalmente suelan proteger su vida con un profundo silencio, como muestra este conocidísimo ejemplo.

---

691 Véase XIV 11, 19.

692 Calístenes de Olinto *(circa* 348-327 a. C.), sobrino de Aristóteles, escribió una *Historia* de las campañas de Alejandro, de tono propagandístico. Acompañó al hijo de Filipo en su campaña a Oriente. Indignado por la exigencia de la *proskynesis,* cayó en desgracia ante el monarca, que lo mandó encarcelar. Según algunas fuentes, encontró la muerte de un lanzazo que le asestó Alejandro porque Calístenes había sugerido que áquel era tan humano como todos, ya que de su muslo sangraba sangre y no humor divino. La anécdota referida por Amiano es, en cualquier caso, ampliamente conocida en los repertorios retóricos de *exempla.*

693 La afirmación es acorde con las opiniones neoplatónicas de Amiano en general y supone una transición abrupta a una anécdota que precisamente recuerda la base cosmológica que hacía plausibles los distintos modos de adivinación: la participación de una mente divina por la mente humana y por los demás seres (véase sobre todo el excurso sobre la adivinación en XXI 1, 7-14, especialmente 8 y 11).

Cuando por el calor los gansos abandonan el Oriente, dirigién- 9
dose a las regiones occidentales, y comienzan a atravesar la cordillera del Tauro, donde abundan las águilas, se tapan el pico con guijarros por miedo a estas fortísimas aves, de manera que ni la necesidad más imperiosa les arranque un grito. Cuando ya han cruzado estas montañas en veloz vuelo, sueltan las piedrecillas y prosiguen así con total seguridad[694].

Sapor, rey de los persas, se prepara para atacar a los romanos con todas sus fuerzas

Mientras en Sirmio[695] se llevaban a 4
cabo estos interrogatorios con diligencia, el destino del Oriente hacía resonar las terribles trompetas del peligro. Pues el rey de los persas, apoyado en la ayuda de los pueblos salvajes que había sometido, ardía en deseos sobrehumanos de aumentar su reino y estaba preparando armas, soldados y víveres, al tiempo que inmiscuía en sus proyectos a los dioses infernales y consultaba todos los oráculos sobre el futuro. Cuando hubo reunido ya suficientes preparativos, planeó llevar a cabo todos sus planes al comienzo de la primavera.

Al llegar estas noticias primero por rumores y luego por 2
mensajeros fidedignos, a todos los atenazó el miedo, paralizados por las desgracias que se avecinaban, mientras el taller de palacio golpeaba, como se suele decir, día y noche sobre un solo yunque[696] al ritmo dictado por los eunucos, para presentar

---

694 La anécdota es conocida en la Antigüedad y está recogida con ligeras variantes en PLINIO *(Historia Natural* X 51), PLUTARCO *(Obras morales* XXXV 510ab y 63, 967b) y ELIANO *(Sobre el alma* V 29).

695 El proceso de Barbación se llevó a cabo en Sirmio, capital de la prefectura del Ilírico, donde se hallarían el emperador y el propio acusado, como *magister peditum* a la vuelta de la campaña contra los sármatas del 358-359.

696 El refrán latino conocido también por CIC., *Sobre el orador* II 39, 162, vuelve a citarse en XXVIII 4, 26.

a Ursicino como el feroz rostro de Gorgona ante el tímido y suspicaz emperador, repitiendo una y otra vez cosas como ésta: que tras el asesinato de Silvano, enviado a defender la zona oriental, como si no hubiera nadie mejor, aspiraba a algo más
3 grande. Con esta exagerada y vergonzosa adulación muchos trataban de comprar el favor de Eusebio, por entones gran chambelán[697], ante quien, a decir verdad, Constancio tenía gran influencia[698], y que acechaba cruelmente al mencionado comandante de la caballería por una doble razón: porque era el único de todos que no tenía necesidad de su patrocinio como los demás y porque no le quería regalar su casa en Antioquía, que aquél le reclamaba insistentemente del modo más inoportuno.
4 Como una serpiente rebosante de veneno que excita a su numerosa camada a infligir daño incluso cuando apenas saben reptar, enviaba a sus ayudas de cámara apenas adultos para que, durante el servicio en las habitaciones personales, golpearan con insano odio el prestigio de un hombre de honor, ante los oídos del príncipe demasiado atentos a una voz agradable, siempre
5 pueril y lisonjera. Y cumplieron sin tardar sus órdenes. En medio del tedio de estos asuntos y de otros semejantes, es un alivio alabar al antiguo Domiciano que, si bien era diferente de su padre y de su hermano y manchó la memoria de su nombre por su crueldad implacable[699], se hizo sin embargo famoso por una ley que prohibía que nadie emasculase a un niño dentro de los términos de la jurisdicción de Roma[700]. Si esto no hubiese sucedido, ¿quién podría soportar enjambres de ellos, cuando su es-
6 caso número ya es difícilmente tolerable? Se actuó de todos

[697] Para el cargo de gran chambelán *(praepositus sacri cubiculi)*, véase XIV 10, 5.

[698] Nótese la ironía.

[699] Véase XIV 11, 28; XV 5, 35.

[700] SUETONIO, *Vida de Domiciano* VII 1.

modos con extrema cautela, de modo que, cuando se hiciera llamar de nuevo a Ursicino, como estaba planeado, éste, dominado por el pánico, no provocase un escándalo general, sino que, en el momento en que la suerte deparase la ocasión, fuese arrastrado a la muerte.

Mientras ellos ocultaban todo esto y andaban vacilantes en 7
sus planes inciertos, en el poco tiempo que estuvimos estacionados cerca de Samósata[701], antaño famosísima capital del reino de Comagena, comenzaron a oírse de manera inesperada rumores numerosos y fidedignos acerca de nuevos movimientos. De esto dará cuenta la narración que sigue.

Antonino, protector de la casa imperial, deserta junto con todos los suyos al bando de Sapor y lo instiga a la guerra contra Roma, a la que ya se preparaba por propia iniciativa

Un tal Antonino, en tiempos comer- 5
ciante acaudalado y administrador fiscal del gobernador militar de Mesopotamia[702], por entonces protector de la casa imperial, hombre experimentado, prudente y famoso por todas aquellas tierras, estaba cargado de enormes deudas por la avaricia de algunos, y al litigar contra gente influyente se vio cada vez más abatido por la injusticia, puesto que los que examinaban el caso tendían a favorecer al más podero-

[701] Véase XIV 8, 7. Es importante nudo de comunicaciones aproximadamente a 60 km de Edesa y a 150 km de Amida, que desde Vespasiano, que conquista la Comagena en el 74 d. C., hasta Septimio Severo formó parte, como campamento de la legión XVI Flavia Firma, de la línea fortificada que defendía la frontera del Eufrates, junto con Melitene y Zeugma.

[702] El cargo de *rationarius* es equivalente a *numerarius* (cf. XV 3, 36), encargado de las finanzas. Probablemente, como había pasado a ser *rationarius* del gobernador militar, se había asimilado asimismo a un funcionario militar y por tanto puede ser *protector domesticus*, aunque no tuviera carrera estrictamente militar.

so. Para no dar coces contra el aguijón, cedió a la atracción de lo más fácil y confesó sus deudas, que fueron transferidas al fisco de modo fraudulento y, dispuesto ya a atreverse a una locura, escudriñó en secreto los órganos de todo el estado; y como sabía escribir en ambas lenguas[703], merodeaba por los archivos tomando nota de qué ejércitos había, de cuántas fuerzas disponían, dónde actuaban y adónde iban a dirigirse cuando se movilizaran; asimismo sondeaba e indagaba infatigablemente si había suficiente cantidad de armas, suministros y otros equipamientos ne-
2 cesarios para la guerra. Y mientras se ponía al tanto de los asuntos internos de todo el Oriente, y la mayor parte de las tropas y de la soldada se hallaba repartida por el Ilírico, donde el emperador estaba retenido por serias dificultades, cuando estaba ya a punto de vencer el plazo para pagar el dinero, que por la fuerza o por miedo se había visto obligado a confesar como deuda a través de una declaración manuscrita, advirtió que iba a acabar aniquilado por el conjunto de peligros, al tiempo que el conde de la banca pública[704] le apremiaba con creciente severidad en favor de la parte contraria, e intentó la fuga al bando persa con su esposa, hi-
3 jos y todos sus allegados, en medio de una gran angustia. Para pasar inadvertido a los soldados de la frontera, compró no muy cara una finca en Jáspide[705], lugar bañado por la corriente del Tigris; como por este ardid nadie se atrevería a preguntarle, como terrateniente que era, el motivo de irse a vivir con mucha gente al lugar más alejado de los confines romanos, entró en frecuentes y discretas negociaciones con Tamsapor[706], que admi-

[703] Latín y griego, no latín y persa.

[704] Para el cargo de conde de la banca pública *(comes largitionum)*, véase XIV 7, 9.

[705] Ciudad a orillas del Tigris en Mesopotamia oriental, que corresponde posiblemente a la actual Isfis.

[706] Véanse XVI 9, 3; XVII 5, 1.

nistraba entonces toda la zona situada al otro lado con el rango de gobernador[707], a través de siervos de confianza y buenos nadadores; y, como a persona conocida desde hacía tiempo, le enviaron desde el campamento persa la ayuda de soldados ligeros, lo embarcaron ya bien entrada la noche en botes con todos los pertrechos de su hogar y lo pasaron al otro lado, como aquel Zópiro[708], traidor de Babilonia, sólo que con intención opuesta.

A este estado había llegado la situación en Mesopotamia, 4
mientras la cohorte de palacio, que seguía entonando su vieja canción para perdición nuestra, encontró por fin la ocasión de perjudicar al más valiente de los hombres. El promotor e impulsor fue la camarilla de los eunucos, que crueles, amargados y carentes de otros lazos familiares, sólo abrazaban sus riquezas como a encantadoras hijitas. Se tomó la decisión de enviar 5
como gobernador de la zona oriental a Sabiniano[709], un viejo, ciertamente decrépito, pero bien adinerado, falto de experiencia militar y cobarde, que hasta entonces se había visto excluido de vestir la dignidad del cargo por su origen humilde. En cambio, Ursicino habría de regresar a la corte como comandante de la infantería y sucesor de Barbación; y al llegar allí sería acosado por enemigos imponentes y terribles, tildado de agitador y revolucionario, como ellos le reprochaban.

Mientras esto sucedía en la corte de Constancio, como si se 6
tratase de un burdel o un teatro, y los encargados del escrutinio

---

[707] Las provincias persas de Asiria y Babilonia. Amiano dice que Tamsapor desempeña la función de un gobernador militar o *dux*.

[708] El persa Zópiro se pasó a los babilonios con el pretexto de haber sido maltratado por su rey Darío; así se ganó la confianza de aquéllos, para entregarlos a continuación, cf. HERÓDOTO, III 153-158.

[709] Sabiniano es *magister militum per Orientem* en los años 359-360, en sustitución de Ursicino. Véanse otras menciones del personaje en XVIII 6, 1 y 7-8; 7, 7; XIX 3, 1 y 2 y XX 2, 3.

iban distribuyendo entre las casas de los poderosos el precio para comprar de improviso el poder, Antonino, una vez conducido a los cuarteles de invierno del rey, fue recibido con entusiasmo y, distinguido con el galardón de la tiara (un honor que permite participar en los banquetes reales y que entre los persas concede a los que lo merecen la posibilidad de tomar la palabra en las asambleas para hacer propuestas y expresar la opinión), se lanzó contra la patria sin remos ni remolque, como se suele decir (esto es, sin necesidad de circunloquios ambiguos o enigmáticos), sino más bien a toda vela, e incitando al mismo rey, como en tiempos Maharbal, que echaba en cara a Aníbal su lentitud y solía decirle que sabía vencer pero no sacar parti-
7 do de la victoria[710]. Pues, como persona educada en la vida política y con avezada experiencia en todo tipo de asuntos, al encontrar en su público sentidos atentos que apreciaban los deleites del oído y que, más que alabarle, lo admiraban en silencio, al modo de los feacios en Homero[711], iba desplegando la historia de los últimos cuarenta años, y recordaba que después de continuas derrotas (sobre todo la de cerca de Eleya y Síngara[712], donde se peleó en aquella brutal batalla nocturna

[710] El dicho de Maharbal, comandante de caballería de Aníbal, era ya famoso y de uso común en los repertorios retóricos de la época (véase XV 10, 10-11 y LIV., XXII 51, 1-4).

[711] Cf. HOM., *Odisea* XIII 1-2. Los feacios son en la *Odisea* un pueblo dedicado al festejo, la música y la danza, que viven en la isla Feacia o Esqueria. Cuando Odiseo arriba a la isla, escuchan con atención proverbial el relato de sus azarosas aventuras desde la caída de Troya (cantos VI-XII de la *Odisea*).

[712] Hileia o Eleia, donde Constancio II fue derrotado por Sapor II en el 344 d. C. (JULIANO, *Elogio del emperador Constancio* 23b y ss.), cuando las tropas romanas enfervorizadas, después de tener la batalla prácticamente ganada, desoyen las órdenes del emperador y prolongan la batalla por la noche dispersándose (EUTROPIO, X 10, 1), lo que llevó al desenlace de estrago sin medida que menciona Amiano. A juzgar por las referencias que el propio his-

y nuestras tropas fueron descuartizadas en estrago sin medida) los persas no habían llegado a alcanzar victoriosos ni Edesa[713] ni los puentes del Eufrates[714], como si una especie de fecial[715] hubiese separado a los dos bandos en medio del combate. Y habría sido más propio que ellos hubiesen ampliado así su imperio, confiados en su poderío militar y en sus magníficos éxitos; sobre todo en una época en que las continuas discordias de las guerras civiles derramaban en ambos bandos sangre de fuerzas romanas.

Con estos relatos y otros semejantes, el desertor, que per- 8
manecía sobrio en los banquetes, durante los cuales los persas discutían al modo de los antiguos griegos los preparativos de la guerra y asuntos importantes, encendía al rey ya de por sí enardecido para que en cuanto acabase el invierno llamara a las armas confiado en su infalible buena fortuna, a la vez que él prometía también su ayuda leal en todo lo que fuese necesario.

---

toriador hace del relato que seguramente se contenía en los libros perdidos, la batalla de Síngara habría sido un bloque narrativo de gran protagonismo (cf. XIV 7, 21; XVIII 9, 3; XX 6, 5). Hoy en día corresponde a las ruinas situadas en Tell Hajjal, al oeste de Síngara (Beled-Sîngar), cuya conquista narra Amiano en XX 6.

[713] La guarnición fronteriza de Edesa (la actual Urfa) está situada al borde de la cadena montañosa que se extiende al norte de la provincia romana de Mesopotamia y forma la frontera con Armenia; tuvo especial importancia en la guerra de Roma contra los Sasánidas. Más tarde capital de Osdroena, sometida por Lúculo y Pompeyo. Allí fue asesinado Caracala en el 217 d. C.

[714] Los puentes del Eufrates se encuentran en Samósata, Capersana y Zeugma.

[715] Cf. XIX 2, 6.

Se hace venir de Oriente al comandante en jefe Ursicino; cuando ya había llegado a Tracia, es enviado de nuevo a Mesopotamia; a su regreso allí sondea a través de Marcelino la llegada de Sapor

6 Prácticamente en esas mismas fechas, al llegar Sabiniano, ufano por el cargo recién estrenado, a territorio de Cilicia, entregó a su predecesor una carta del emperador, que le ordenaba dirigirse urgentemente a la corte para ser ascendido a un cargo superior, en un momento crítico tal que, aun en el caso de que Ursicino se hubiese hallado en Tule[716], la gravedad de la situación habría exigido hacerlo venir con motivos fundados, por ser perito conocedor de la disciplina tradicional y del modo persa de hacer la guerra, gracias a su dilatada experiencia. Des-
2 pués de que este rumor alborotara las provincias, los magistrados y la plebe de las ciudades redoblaron sus decretos y aclamaciones, y prácticamente le echaban las manos encima para retenerlo como al defensor del pueblo[717], pues se acordaban de que lo habían dejado con una tropa incapaz y negligente para protegerlos y no había sufrido pérdida alguna durante un decenio; a la vez temían por su propia seguridad, al conocer que en esos tiempos inciertos había venido en su sustitución un hom-
3 bre absolutamente incapaz. Yo creo, pues de ello no cabe duda, que la fama vuela como llevada de alas por los caminos del aire; al divulgarse por revelación suya estos hechos, los persas convocaron su estado mayor. Y, después de intercambiar lar-

[716] Tule es una isla legendaria que los romanos situaban en el lejano noroeste, más allá de Islandia, y cuya mención era sinónimo del lugar más remoto de la tierra.

[717] Es probable que se trate de una hipérbole mediante la referencia a la figura legal de la *legis actio per manus iniectionem*, por la cual determinados acreedores podían apoderarse de los bienes de su deudor pronunciando la fórmula correspondiente ante testigos y poniendo la mano encima.

gamente opiniones en uno y otro sentido, tomaron la decisión, por sugerencia de Antonino, de irrumpir por el Eufrates y postergar arriesgados asedios de ciudades, ya que se había alejado a Ursicino y el nuevo gobernador era novato e insignificante, y asimismo de avanzar sin detenerse, de modo que, con una rapidez tal que precediese a la propia noticia del hecho, se podrían ocupar provincias que habían quedado intactas en las guerras anteriores, salvo en tiempos de Galieno[718], y que gozaban de gran prosperidad gracias a un dilatado periodo de paz. Él se comprometía a ser un caudillo apropiado para esta acción, si la divinidad se mostraba favorable. Tras elogiar y aprobar el plan 4
por unanimidad, se centraron en lo que había que disponer con más urgencia: durante todo el invierno se prepararon víveres, soldados, armamento y otros avíos que exigía la inminente campaña.

Mientras tanto nosotros, tras estar estacionados un tiempo a 5
este lado del Tauro, marchamos apresuradamente hacia Italia de acuerdo con las órdenes y llegamos cerca del río Hebro, que baja de las montañas Odrisias[719]. Allí recibimos una carta del emperador con la orden de regresar a Mesopotamia desdeñando toda cautela, para traspasar el mando a otro y hacernos cargo de una peligrosa expedición sin escolta alguna. Esto lo urdieron 6
los insoportables árbitros del imperio para que, si los persas fracasaban y se retiraban a su territorio, se le atribuyese una gran hazaña al nuevo jefe y, en el caso de que se nos viniera encima la mala fortuna, Ursicino fuese reo de traición al estado. Des- 7
pués de dudar largo tiempo dando vueltas así a estas considera-

---

[718] Véase XIV 1, 9. Durante el reinado de Galieno (253-268), hijo de Valeriano, los persas atacaron repetidas veces las provincias orientales; por ejemplo, Antioquía de Siria fue conquistada dos veces, en el 256 y en el 260. Las provincias mencionadas aquí son la Eufratense, Siria y Cilicia.

[719] El río Hebro (Mariza) y las montañas Odrisias se hallan en Tracia.

ciones[720] y de regresar, encontramos a Sabiniano lleno de disgusto, siendo como era un hombre de mediana estatura, de ánimo ruin y estrecho, apenas capaz de soportar, sin vergonzoso miedo, el leve fragor de un banquete y todavía menos el de una batalla.

8 Sin embargo, ante las insistentes afirmaciones de los ex-
ploradores, confirmadas por los desertores, de que los prepara-
tivos del enemigo se hallaban en plena efervescencia, mientras
el hombrecillo dudaba, llegamos a las cercanías de Nísibe para
disponer algo que habría sido de utilidad si los persas, encu-
briendo su ataque, no hubieran caído sobre la ciudad despreve-
9 nida. Y al tiempo que dentro de las murallas se tomaban con
urgencia las medidas necesarias, se podían ver, con más fre-
cuencia que de costumbre, humo y hogueras que resplandecían
desde el Tigris a lo largo del Fortín de los Mauros, Sísara[721] y
el resto de pueblos fronterizos hasta la ciudad, lo que indicaba
claramente que tropas enemigas de saqueadores habían irrum-
10 pido tras cruzar el río. Por este motivo y para que no se hicie-
ran con el control de los caminos, avanzamos en veloz carrera,
cuando a una distancia de dos millas vimos llorando en medio
de la cuneta a un niño bien parecido, que supusimos de unos
ocho años, con un collar e hijo de buena familia, según decía.
Su madre, aturdida por el espanto, lo había abandonado enlo-
quecida de terror, al huir angustiada de los enemigos que se
acercaban. Siguiendo órdenes del general, que se apiadó con-
movido, lo conduje a la ciudad llevándolo montado en el caba-

---

[720] Seguimos la lectura adoptada por Clark: *agitatis itaque rationibus.*

[721] *Castra Maurorum* es mencionada sólo por Aminano y resulta de difícil identificación (por la importancia que tiene podría corresponder a Rabdio, fortaleza montañosa a 30 km de Nísibe); la denominación de lugar hace referencia a la guarnición que la ocupaba. Sísara es la estación Sarbane de la *Tabla de Peutinger,* a una jornada desde Nísibe.

llo delante de mí; mientras tanto, los saqueadores vagaban a sus anchas, después de haber rodeado de una empalizada el perímetro de las murallas. Y puesto que me aterraban los horro- 11
res de un asedio, tras introducir al niño a través de un postigo medio abierto, me dirigí de nuevo veloz y muerto de miedo hacia nuestro destacamento; poco faltó para que me capturaran.
Pues como un ala de caballería enemiga persiguiese a un tal 12
Abdigildo, un tribuno que huía con su palafrenero y, cuando yo cruzaba a galope tendido, le interrogasen al siervo, capturado ante la huida de su señor, acerca de qué general había salido, se enteraron de que Ursicino, que había entrado en la ciudad hacía poco, se dirigía al monte Izala. Mataron al delator y, juntándose unos cuantos, me iban persiguiendo en una carrera sin
descanso. Los dejé atrás gracias a la rapidez de mi montura y, 13
cuando en las cercanías de Amudis[722] me encontré a los nuestros tendidos a resguardo de un endeble atrincheramiento con los caballos dispersos por el prado, les hice saber, mediante las señas acostumbradas, esto es, alargando el brazo extendido y con los bordes del capote enrollados en los antebrazos[723], que el enemigo estaba cerca y, uniéndome a ellos, me iba dejando llevar al paso de todos aunque el caballo ya renqueaba. Nos
aterraba la noche de luna llena y la llanura ligeramente incli- 14
nada de los campos, que no ofrecería escondite alguno en el caso de que nos sorprendiera una circunstancia más apremiante y donde no se veían ni árboles ni espesuras ni otra cosa que
hierba baja. Así pues, tuvimos la idea de dejar marchar hacia la 15
izquierda a uno de los caballos, suelto y sin jinete, con una antorcha encendida puesta encima y atada para que no se cayera,

---

[722] Plaza al pie del monte Izala, hoy Tell 'Amûde.

[723] Gracias al testimonio de Vegecio, *Epítome sobre ciencia militar* III 5 (especialmente 8-12 sobre los signos «mudos»), sabemos que este tipo de señas podían cambiar de significado según la oportunidad.

con el fin de que los persas tomasen más bien esa dirección, creyendo que una tea de sebo precedería a nuestro jefe para que avanzara más fácilmente, mientras que nosotros nos dirigiríamos hacia desvíos montañosos situados a la derecha. Si no hubiésemos urdido esta treta, habríamos caído, rodeados y capturados, en manos enemigas.

16 Libres de este peligro, cuando llegamos a un lugar boscoso con plantaciones de viñas y árboles frutales, llamado Meyacarire, al cual dan nombre sus gélidas fuentes[724], sólo encontramos a un soldado escondido en un refugio apartado, puesto que todos sus habitantes habían huido. Éste, después de ser conducido ante el jefe, de decir cosas contradictorias por miedo y de resultar, por tanto, sospechoso, confesó toda la verdad de la situación, agobiado por el temor que lo atenazaba y explicó que había nacido en París en las Galias y que cuando servía en un escuadrón de caballería, temiendo el castigo por una fechoría, se había pasado a los persas; y como desde entonces había dado muestras de buenas costumbres, había tomado esposa y tenía hijos, lo habían enviado como espía a nuestro territorio y a menudo había transmitido informaciones fidedignas. Pero en esta ocasión había sido enviado por los mandatarios Tamsapor y Nohodares[725], que comandaban los batallones de saqueadores, y regresaba a ellos para dar cuenta de lo que había averiguado. Después de esto, añadió lo que sabía acerca de lo que acontecía en la parte contraria y fue ejecutado.

17 Esto hizo que creciera nuestra preocupación y angustia; por eso, apretamos el paso en la medida en que las circunstan-

[724] Probablemente de raíz semítica: de *my* 'agua' y de *qr* 'frío'. El lugar aparece mencionado como *Aquae Frigidae* en otras fuentes latinas.

[725] Véase XIV 3, 1.

cias lo permitían y llegamos a la ciudad de Amida[726], famosa por las desgracias que más tarde siguieron. Una vez que regresaron allí nuestros exploradores, descubrimos dentro de la vaina de una espada un pergamino escrito con signos en clave que nos había hecho llegar Procopio, el cual, como ya dije antes[727], había sido enviado como legado a los persas, junto con el conde Luciliano, y en el que, para no dar lugar a una calamidad en el caso de que capturasen a los mensajeros y des-
cifraran el sentido del mensaje, se decía de modo premedita- 18
damente oscuro lo siguiente: «Después de enviar lejos a los legados de los griegos, quizá incluso para matarlos, el veterano rey, no contento con el Helesponto, llegará para invadir Asia con naciones numerosas, tras tender puentes sobre el Gránico y el Ríndaco[728]; él, que por naturaleza es de carácter irritable y cruel, ha sido instigado y enardecido por el sucesor
de Adriano[729], el antaño emperador romano. Si Grecia no toma 19
precauciones, está sentenciada y muerta». Este texto significaba que el rey de los persas, tras cruzar los ríos Anzaba y Tigris e instigado por Antonino, pretendía hacerse con el dominio de todo el Oriente. Después de leer esto con sumo trabajo, dada su gran complejidad, se tomó una prudente decisión.

---

[726] Amida, la principal plaza fuerte de Mesopotamia y actualmente Dijârbekr, se encuentra en el sudoeste de Armenia a orillas del curso superior del Tigris (llamada de hecho Ad Tygrem en la *Tabla de Peutinger)*. Desde que Septimio Severo conquistase Mesopotamia a finales del siglo II y situase el *limes* en el Tigris, la ciudad era una de las piezas esenciales en la línea defensiva, en tanto que campamento legionario (cf. la descripción en XIX 9).

[727] Cf. XVII 14, 3.

[728] El Gránico o Grénico (actual Kocabas), río de Misia, nace en el monte Ida y fluye hacia la Propóntide, y se hizo famoso por la victoria de Alejandro Magno en el año 334 a. C. sobre los persas. El río Ríndaco (actual Kirmasti) forma la frontera entre las provincias romanas de Asia y Bitinia.

[729] El sucesor de Adriano fue Antonino Pío, lo que alude inequívocamente al traidor Antonino.

20 En Corduene[730], que estaba sometida a dominio persa, ha-
bía por entonces un joven sátrapa, al que en territorio romano
se le llamaba Joviniano[731], y que en secreto estaba de nuestra
parte, gracias al hecho de que, detenido como rehén por casua-
lidad en Siria y seducido por el atractivo de las artes liberales,
21 ardía en deseos de volver entre nosotros. A él fui enviado yo
junto con un centurión de total confianza, con el fin de conocer
con más detalles lo que se tramaba, y llegué por montañas sin
senderos y por desfiladeros escarpados[732]. Cuando me vieron y
me reconocieron, fui recibido con hospitalidad; únicamente a
él di cuenta de la razón de mi presencia y, acompañado de un
hombre discreto que conocía bien el lugar, me llevaron lejos de
allí a unas rocas elevadas, desde donde, si no te fallaba la vis-
ta, podías ver incluso el objeto más pequeño a una distancia de
22 cincuenta millas. Después de esperar allí dos días enteros, al
amanecer del tercer día pudimos ver a nuestros pies todo el pe-
rímetro del territorio, lo que llamamos *horizonte*, cubierto de
innumerables escuadrones y al rey que los precedía rutilante
por el brillo de su vestidura. A su izquierda avanzaba Grum-

[730] Zona montañosa de Armenia, país de los carducos, que recorren los 10.000 griegos de la *Anábasis* de Jenofonte y que corresponde al actual Kurdistán. Es región fronteriza que cambia numerosas veces de poseedor: aunque es uno de los territorios cedidos a Roma por Narsés en el 297 (véase XVII 5, 5), sin embargo, en el 359 estaba en manos de los persas. Sobre la zona en las campañas de Juliano Joviano del año 363, véase XXIV 8, 4 y ss.

[731] No se conoce más mención de este jefe local persa helenizado. En opinión de algunos estudiosos (dado el detalle del relato amianeo) Joviniano y el historiador latino podrían haber coincidido en Antioquía de Siria e incluso haber sido condiscípulos, cf. SABBAH, *op. cit.*, II, pág. 210, n. 196, MATTHEWS, *op. cit.*, págs. 55-57, y BARNES, *op. cit.*, pág. 60. Asimismo, se puede suponer sobre la base de estos capítulos que Amiano supiera Siríaco (cf. también XIX 8, 5-12).

[732] Recorriendo la parte oriental del Monte Izala a lo largo de unos 200 km.

bates, rey de los quionitas[733], si bien de mediana edad y lleno de arrugas, esclarecido sin embargo por su grandeza de espíritu y por las numerosas insignias de sus victorias; a su derecha, el rey de los albanos[734], de similar categoría y de elevada dignidad. Detrás marchaban jefes eminentes por su prestigio y poder, a los que seguía una multitud de todos los rangos, reclutada de entre
las fuerzas de las naciones vecinas y experta, por largos avata- 23
res, en soportar situaciones difíciles. ¿Hasta cuándo, Grecia fabuladora, seguirás narrando cómo se pasó revista dentro de una empalizada a los ejércitos en orden de batalla, en la ciudad tracia de Dorisco[735]? Mientras que yo, llevado por mi cautela o, mejor dicho, por mi temor, no exagero en absoluto cuanto dieron a conocer testimonios ciertos y fidedignos.

Después de atravesar Nínive, la enorme ciudad de Adiabe- 7
na, y ofrecer víctimas en medio del puente del río Anzaba, los

---

[733] Véase también XVI 9, 4; XVII 5, 1 y XIX 2, 3. Los quionitas (probablemente de la palabra *xiyon*, 'huno' en persa) serían pueblos de origen mongol, es decir, una de las tribus hunas que irrumpen en las fronteras orientales del Imperio persa en torno al 320 a. C. Decenios más tarde, una nueva oleada de pueblos hunos (hunos alconitas) invadieron Bactria y empujaron a los quionitas hacia Gandara. Durante el siglo IV y el V lucharon alternativamente como aliados o como enemigos de los persas. Eran conocidos también como «hunos rojos», como hephthalitas o como kidaritas (identificados estos últimos por algunos con los cusanos, véase XIX 2, 3), por el nombre de su enigmático jefe Kidara.

[734] Los albanos habitaban la Albania caucásica, que se extendía al este de Iberia, la actual Georgia, hasta el mar Caspio. Desde el siglo I d. C., las diversas tribus albanas están unificadas y en cierta medida sometidas administrativa y culturalmente a Persia.

[735] Dorisco es una llanura costera junto a la desembocadura del Hebro en Tracia. Allí erige Darío una fortificación en el año 512 a. C., donde tiene lugar bajo Jerjes I una famosa revista de tropas en el 480 a. C. El recuento se llevó a cabo rodeando un grupo de 10.000 soldados con un círculo y haciendo pasar por él a los restantes efectivos, hasta recontar a todo el ejército (HERÓDOTO, VII 59-60).

Sapor penetra en Mesopotamia con el rey de los quionitas y el de los albanos. Los romanos queman sus propios campos, reúnen a los campesinos en las ciudades y guarnecen nuestra orilla del Eufrates con fortines y defensas

reyes cruzaron el río exultantes por los augurios favorables[736]; nosotros, calculando que el resto de las tropas podría penetrar con dificultad al cabo de unos tres días, regresamos rápidamente junto al sátrapa y descansamos disfrutando de
2 su hospitalaria acogida. Después de regresar allí por lugares igualmente desiertos y solitarios, más rápido de lo que cabía esperar y guiados por el gran consuelo que constituye la necesidad, infundimos valor a los vacilantes, que se habían enterado de que los reyes habían cruzado el río por uno de
3 los puentes de barcazas y sin dar rodeo alguno. Así pues, a toda prisa e inmediatamente se enviaron jinetes a Casiano, gobernador militar de Mesopotamia, y a Eufronio, a la sazón al mando de la provincia, para que obligaran a los campesinos junto con sus familias y todo tipo de ganado a desplazarse a lugares más seguros y a abandonar prontamente la ciudad de Carras, rodeada de débiles murallas; además de esto, deberían quemar todos los campos, para que no quedara provisión de forraje. Cumpli-
4 das las órdenes sin demora y despues de prender el fuego, la enorme fuerza del furioso elemento consumió los prados florecientes y los pastos, cuyas espigas ya amarillas empezaban a madurar, hasta el punto de que no se veía nada verde desde las

736 Se trata de una pequeña imprecisión de Amiano, a pesar de ser relato de hechos de los que el propio autor es testigo, puesto que Nínive se halla de hecho al norte del río Anzaba, por lo que los persas sólo podrían haber atravesado la ciudad después de cruzar el afluyente del Eufrates. El autor volverá a ser inexacto en la descripción de la ciudad de Amida en el cap. XVIII 9. Otros equívocos en estos capítulos narrados en primera persona se deben a la tendencia a la exageración sensacional, especialmente llamativa en el episodio de Ayadalte (XVIII 8, 10) y en su entrada en la fortaleza (XVIII 8, 11-14).

mismísimas márgenes del Tigris hasta el Eufrates. Entonces se
abrasaron muchas fieras, sobre todo los leones que campaban
con una desmesurada ferocidad por aquellos parajes y que con
el tiempo suelen morir o quedar ciegos de la siguiente manera.
Entre los cañaverales y espesuras de los ríos de Mesopotamia 5
vagan innumerables leones, siempre indemnes por la clemencia
del invierno, que allí es muy suave. Pero, cuando el tiempo se
vuelve ardiente por los rayos del sol en regiones abrasadas por
el estío, son atacados por el clima bochornoso y por multitudes
de mosquitos, cuyos enjambres lo llenan todo por esas tierras. Y
como estos insectos atacan los ojos, por ser órganos húmedos y
brillantes, posándose a picotazos en los bordes de los párpados,
los leones, largamente torturados, o bien mueren ahogados en
los ríos, a los que huyen como remedio, o bien pierden los ojos,
al sacárselos por rascarse con las uñas sin parar, lo que los en-
furece terriblemente. Si esto no sucediera, todo el Oriente se
inundaría de fieras de esta especie. Mientras, como se ha dicho, 6
se quemaban los campos, fueron enviados tribunos junto con
protectores de la casa imperial, que fortificaron la orilla occi-
dental del Eufrates con fortines, puntales afilados y todo tipo de
defensas, colocando catapultas en los lugares adecuados, por
donde la corriente no era turbulenta.

Mientras esto se llevaba a cabo con rapidez y en momentos 7
de peligro generalizado que no se podían desaprovechar, Sabi-
niano, el jefe perfecto para dirigir una guerra de exterminio, se
dedicaba negligente a una vida regalada en los sepulcros de
Edesa, sin miedo alguno, como si hubiera cerrado un pacto con
los muertos. A falta de bufones disfrutaba de danzas guerreras
y de melodiosos cantos en la mayor inactividad, lo cual era algo
de mal agüero tanto por el propósito como por el lugar, puesto
que con el paso de los tiempos hemos aprendido que cualquier
hombre de rango debe evitar este tipo de cosas, que son funes-
tas al hacerlas o decirlas y que presagian que se producirán des-

8 gracias[737]. Entretanto los reyes, después de atravesar Nísibe, como si se tratara de una posición sin importancia, al tiempo que aumentaban los incendios por la sequedad de la vegetación, avanzaban por valles herbosos en las faldas de las montañas
9 evitando así la escasez de alimento. Al llegar a la villa de Bebase, desde donde hasta la ciudad de Constantina[738], que se halla a cien millas, todo es árido en perpetua sequía, salvo porque se encuentra un poco de agua en pozos, vacilaron largo tiempo cavilando qué podían hacer; ya estaban a punto de pasar, confiados en la resistencia de los suyos, cuando por las noticias de un explorador digno de confianza se enteraron de que el Eufrates se había desbordado a causa del deshielo, dilatando ampliamente sus cauces, y de que por lo tanto no se podía vadear de
10 ninguna manera. Así pues, se entregaron a lo que una oportuna casualidad permitiera emprender, decepcionados en las esperanzas que habían puesto en su plan, y convocaron un consejo por el estado crítico de la situación. Antonino tomó la palabra cuando se le pidió que expresara su opinión y propuso cambiar el itinerario hacia la derecha, para dirigirse bajo su mando a los

---

[737] El tenor del párrafo es ambiguo, debido a que Amiano mezcla dos aspectos completamente diferentes en su tendenciosa crítica del cristiano Sabiniano: por una parte, éste acudiría a rezar ante los sepulcros de los conocidos mártires de Edesa, y por otra parte, habría llevado a cabo ejercicios militares o paradas, que por la inconveniencia del lugar próximo a los enterramientos le parecerían al historiador pagano de mal agüero y sospechosos de necromancia (sobre la importancia de la adivinación y de los presagios en la narración histórica, cf. sobre todo el excurso de XXI 1, 7-14). Edesa era efectivamente la población más cristianizada de la Osdroena, con conventos y monumentos a los mártires en las afueras de la ciudad; allí se situaban unas rocas donde fueron despeñados los cristianos que fueron víctimas de la persecución, hecho por el cual tanto las rocas citadas como los sepulcros eran considerados dignos de veneración.

[738] La ciudad, mencionada en la *Notitia Dignitatum* XXVI, es llamada Antoninópolis en XVIII 9, 1.

campamentos fortificados de Barzalo y Claudias[739], a lo largo de un amplio rodeo, aprovechando así todos los recursos de regiones fértiles y todavía intactas, en el supuesto de que el enemigo estuviera avanzando en línea recta; allí, cerca de sus fuentes, el río sería de poco caudal, estrecho y todavía no acrecido por las aguas de afluente alguno, y se podría cruzar fácilmente por ser poco profundo. Después de oír estas palabras y de elogiar al 11
que las proponía, se le ordenó que los guiara por donde él sabía; todo el ejército en orden de batalla se desvió del itinerario previsto y marchó en pos de él.

Setecientos soldados de caballería del Ilírico son sorprendidos y puestos en fuga por los persas; Ursicino y Marcelino escapan cada uno en una dirección

Después de enterarnos de esto por 8
informes fidedignos, decidimos marchar a Samósata para cruzar por allí el río, cortar los amarres de los puentes en Zeugma[740] y Capersana[741] y rechazar así el ataque del enemigo, si la fortuna nos ayudaba. Pero sucedió una deshonra 2
atroz, que debería ser sepultada en un absoluto silencio. Pues alrededor de setecientos soldados de dos destacamentos de caballería, cobardes y medrosos, enviados recientemente desde el Ilírico en au-

[739] Es decir, dado que los persas se hallan en marcha desde Bebase hacia Constantina en un punto indeterminado al este de esta ciudad, cambian el rumbo dando un amplio rodeo (más de 120 km) en dirección noreste (su derecha) hacia Barzalo y Claudias, que se hallan en la orilla occidental del Eufrates y, por tanto, ya en la provincia Eufratense y sólo a unos 80 km de Melitene.

[740] Ciudad a orillas del Eufrates frente a Apameya, hoy Biredjik. Ambas ciudades fueron fundadas por Seleuco I y unidas por un puente de barcazas. A ello debe Zeugma su nombre.

[741] La ciudad no se conoce más que por ésta y otra mención de Amiano (XXI 7, 7).

xilio de Mesopotamia con el encargo de vigilar esta zona, cuando llegó el anochecer, momento en el que más había que custodiar todos los caminos, se apartaron demasiado de las calzadas
3 por temor a una emboscada nocturna. Tras advertirlo, unos veinte mil persas al mando de Tamsapor y Nohodares los adelantaron sin que ellos, vencidos por el vino y el sueño, los vieran, y se ocultaron tras unas elevadas colinas cerca de Amida.
4 Entonces, como se ha dicho, cuando ya nos disponíamos a partir hacia Samósata todavía con algo de luz, nos sorprendió el fulgor de las armas que brillaban desde lo alto de una colina. Anunciamos a grandes gritos que el enemigo estaba allí y, dada la señal que suele llamar al combate, nos mantuvimos agrupados, considerando prudente no emprender la fuga, puesto que los perseguidores ya estaban a la vista, y tampoco entablar combate con un enemigo a caballo y más numeroso, por temor
5 a una muerte segura. Cuando por fin la necesidad nos obligó ya a enfrentarnos, mientras dudábamos qué debíamos hacer, mataron a algunos de los nuestros que se habían adelantado imprudentemente. Al entrar en combate ambas partes, Antonino, que iba ostentosamente al frente de las filas, fue reconocido por Ursicino, quien le increpó con tono de reproche y lo llamó traidor y criminal. Aquél se quitó la tiara, que llevaba como signo de honor en lo alto de la cabeza, saltó del caballo y, haciendo una reverencia casi hasta tocar el suelo con el rostro y uniendo las manos a la espalda, lo que entre los asirios[742] indica actitud su-
6 plicante, lo saludó con el nombre de patrono y señor. «Perdóname —dijo— ilustrísimo conde: por la necesidad, no por propia voluntad, me he visto arrastrado a estos crímenes, de los que soy consciente; me hicieron sucumbir acusadores injustos,

[742] Amiano utiliza «asirio» por «persa», puesto que se referiría en sentido lato a la zona de Mesopotamia o a la provincia persa de Adiabena y por tanto a los persas mismos.

cuya avaricia, como sabes, ni siquiera tu noble autoridad pudo someter para evitar mi miseria». A la vez que decía esto se retiró de su presencia sin dar la espalda, retrocediendo respetuosamente de frente hasta que desapareció de la vista.

Mientras esto sucedía en el transcurso de media hora, nues- 7
tra infantería ligera[743], que tenía tomada la parte superior de una
colina, avisó a gritos que habían divisado otra partida de cata-
fractarios[744] a retaguardia, que se acercaba con gran rapidez. Y, 8
como suele suceder en las situaciones difíciles, sin saber a
quién debíamos o podíamos atacar, ante el acoso por doquier
del inmenso gentío, nos disgregamos completamente, cada cual
en la dirección que le resultaba más a mano. Y mientras cada
uno intentaba escapar del gran peligro, nos mezclamos desper-
digados con los comandos[745] enemigos. Así pues, sin esperanza 9
casi de salir con vida a pesar del arrojo de nuestra lucha, nos vi-
mos empujados a las escarpadas orillas del Tigris. Repelidos de
esa posición, algunos se hundieron y quedaron atascados al en-
redarse con las armas, donde el río es poco profundo; otros se
ahogaron tragados por los remolinos de las pozas; unos cuantos
plantaron cara y combatieron al enemigo con suerte desigual;
algunos, aterrorizados por las apretadas tropas persas, se diri-
gieron a las cercanas estribaciones del Tauro. Entre éstos nues- 10
tro propio jefe, que, aun siendo reconocido y rodeado por una
masa de combatientes, escapó sin embargo llevado por la rapi-
dez de su caballo junto con el tribuno Ayadalte[746] y un escu-
dero.

743 Para la infantería ligera, los llamados *postsignani*, véase XVI 12, 30.

744 Véase XVI 2, 5. Amiano describe la armadura de los catafractarios persas en XXIV 2, 10 y a los romanos en XXIV 4, 15; 6, 8 y XXV 1, 12.

745 Amiano menciona a los *concursatores*, soldados preparados para ataques por sorpresa, armados a la ligera.

746 Ésta es la única mención que tenemos del tribuno.

11 Cuando, desviado del camino de mis camaradas, discurría qué podía hacer, me encontré con Veriniano, un protector de la casa imperial, que tenía una flecha clavada en el muslo. Cuando a petición de mi compañero intenté quitársela, me vi rodeado por todas partes de una avanzadilla persa y me dirigí reptando y corriendo sin resuello a la ciudad, que está situada en un lugar escarpado desde el lado por donde nos atacaban y es accesible sólo por una subida angostísima, que unas piedras como de molino, colocadas para estrechar los senderos tras el desmonte de
12 la ladera, hacían aún más trabajosa. Mezclados allí con los persas, que subían corriendo a la vez que nosotros, permanecimos de pie inmóviles hasta el día siguiente, tan apiñados que los cuerpos de los caídos apenas podían encontrar espacio para caer por la cantidad de muertos, hasta el punto de que delante de mí un soldado se mantuvo tieso como una estaca rodeado por todas partes, aunque tenía la cabeza abierta en dos mitades de un for-
13 tísimo golpe de espada. Y aunque catapultas de todo género lanzaban innumerables proyectiles desde los parapetos, la cercanía de los muros nos libraba no obstante de este peligro y, cuando finalmente entré por una portezuela, encontré la ciudad completamente llena por la afluencia de hombres y mujeres de los alrededores. Pues también dio la casualidad de que en aquellos mismos días una muchedumbre de labradores forasteros celebraban en los alrededores una feria que suele tener lugar anualmente.
14 Mientras tanto, el ruido dispar produjo una confusión general[747], en parte por los que gemían llamando a los desaparecidos o por otros que estaban heridos de muerte, o por muchos que llamaban a diferentes parientes, a los que no podían ver por la angostura de las calles.

---

[747] Hay una reminiscencia virgiliana de la caída de Troya que Amiano encuentra especialmente adecuada al contexto (cf. VIRG., *Eneida* II 296-301 y 486-888).

Descripción de Amida y de cuantas legiones y escuadrones de caballería había en la fortaleza

El todavía entonces César Constancio 9
rodeó esta ciudad, antaño pequeñísima,
de grandes torres y murallas, para que sus
habitantes pudieran tener un refugio se-
guro, en los tiempos en que construyó
otra plaza llamada Antoninópolis; colo-
cando allí un arsenal de máquinas de asedio, la hizo temible para
los enemigos y quiso ponerle su propio nombre[748]. Por el lado del 2
Austro[749] está bañada por un meandro del Tigris que nace cerca
de allí; por donde soporta las ráfagas del Euro, domina las llanu-
ras de Mesopotamia; desde donde está expuesta al Aquilón, cerca
del río Ninfeo[750], le dan sombra las cumbres del Tauro, que son
frontera entre Armenia y los pueblos transtigritanos; vuelta hacia
donde sopla el Céfiro, es limítrofe con la Gumatena[751], región
ubérrima y fértil gracias a sus cultivos, en la que hay una aldea
llamada Abarne, famosa por sus baños calientes de aguas medici-
nales. En el mismo centro de Amida, bajo la fortaleza, brota una
fuente generosa que, si bien es potable, de vez en cuando huele
mal por emanaciones gaseosas. Normalmente la plaza tenía asig- 3
nada como guarnición la legión Quinta Pártica, junto con un es-
cuadrón autóctono de caballería nada despreciable. Pero entonces
seis legiones se habían adelantado a marchas forzadas a la aco-
metida del ejército persa y se hallaban apostadas dentro de los
fuertes muros: los soldados de Magnencio y Decencio[752], a los

[748] Se trata de la Constancia o Constantina mencionada en XVIII 7, 9.

[749] Austro, Euro, Aquilón y Céfiro son los vientos del sur, del oriente, del norte y del poniente, respectivamente.

[750] Afluente del Eufrates, actual Kahtaçai.

[751] Región del noroeste de Mesopotamia, apenas atestiguada fuera de esta mención de Amiano.

[752] Ambas legiones son llamadas sólo *Magnentiacae* en XIX 5, 2 y pertenecen a las *legiones palatinae et comitatenses*. Después de su aniquilamiento en el sitio de Amida no fueron refundadas.

que al terminar las guerras civiles el emperador había obligado a ir a Oriente, donde no se teme más que guerras externas, por ser pendencieros y poco de fiar; los de la legión Trigésima y Décima, llamados Fortenses, así como los Superventores y Preventores con Eliano ya como conde[753]; ya he relatado que éstos, cuando aún eran reclutas, hicieron una incursión desde Síngara, a iniciativa del mencionado Eliano, a la sazón todavía protector de la casa imperial, y pasaron a cuchillo a un buen número de
4 persas sorprendidos mientras dormían. Se encontraba también allí buena parte de los 'condes arqueros'[754], es decir, unos escuadrones de caballería denominados así, en los que sirven sólo bárbaros libres de nacimiento, que destacan entre los demás por su fuerza física y su destreza con las armas.

Dos fortines romanos se entregan a Sapor

10 Mientras la vorágine del primer ataque produjo estos sucesos por lo inesperado de las acciones, el rey junto con su ejército y los pueblos que guiaba se desvió desde Bebase hacia la derecha, tal como había aconsejado Antonino, con el fin de dejar atrás Amida a través de Horre, Meyacarire y Charcha. Al llegar cerca de dos fortines romanos, que se llamaban uno Reman y otro Busan[755], se enteró por la delación de unos desertores de que las ri-

[753] Eliano, primero *protector*, luego *comes*, comenzó la batalla de Síngara, narrada en los libros perdidos (véase XVIII 5, 7), fue capturado por los persas en el 359, durante el sitio de Amida, y posteriormente crucificado. Cf. Jones, *op. cit.*, *Aelianus* 4.

[754] En la *Notitia Dignitatum* se menciona una *vexillatio* palatina de *comites sagittarii Armeni* bajo el mando de un *magister militum praesentalis*.

[755] Las dos fortalezas son de difícil identificación o puede ser una imprecisión de Amiano que parece confundir diferentes nombres que tenía la población de Charcha, que podría llamarse *Charcha Roman (castellum Reman)* o *Charcha-Pes (castellum Busan)*.

quezas de muchos se habían trasladado allí para su custodia,
dado que eran murallas altas y seguras. Y se añadió que se en-
contraba en ese lugar, acompañada de su hija pequeña, una bella
mujer con un suntuoso ajuar, esposa de un tal Craugasio de Ní-
sibe[756], hombre respetado en la curia municipal por su alcurnia,
fama e influencia. Así pues, presuroso en su avidez de saquear lo 2
ajeno, se dirigió con denuedo confiado a los fortines, donde los
defensores, aturdidos con súbito abatimiento ante la desigualdad
de fuerzas, se entregaron junto con todos los que habían huido a
la fortaleza. A la orden de salir, entregaron al punto las llaves de
las puertas y abriendo los accesos mostraron a la luz todo lo que
se había amontonado; sacaron a las mujeres atónitas por el mie-
do y a los niños abrazados a sus madres, conocedores de graves
quebrantos en los comienzos de su tierna vida. Cuando al pre- 3
guntar el rey de quién era cada mujer descubrió a la de Crauga-
sio, permitió que se acercara sin miedo, pues ella temía ser tra-
tada con violencia; y al verla cubierta salvo los labios con un
velo negro, la confirmó en su esperanza ya más fundada de vol-
ver a ver a su marido y de guardar sin mancha su honra. Pues,
como había oído que el esposo ardía en encendido amor por ella,
pensaba que con este privilegio podría comprar la rendición de
Nísibe. Por otra parte, encontró también a otras doncellas consa- 4
gradas al culto divino según el rito cristiano y ordenó que se las
custodiase sin daño alguno y atendieran su religión, sin que na-
die se lo impidiera, evidentemente simulando benignidad por el
momento para que todos los que antes habían estado aterroriza-
dos por su dureza y crueldad depusieran su miedo y se le acer-
caran por propia voluntad, convencidos por estos últimos
ejemplos de cómo la grandeza de su buena suerte lo había atem-
perado con humanidad y con un proceder pacífico.

[756] La narración de la historia de Craugasio y su mujer se retoma en XIX 9, 3. La hija no se vuelve a mencionar.

LIBRO XIX*

* La mayor parte del libro XIX (caps. 1-9) está ocupada por el asedio y posterior caída de Amida, que continúa el relato en primera persona de la guerra contra los persas, iniciado en el cap. 4 del libro anterior. Este núcleo central no es una narración exhaustiva de los 73 días que duraron las hostilidades, que habría resultado tediosa, sino que el historiador alterna el curso de la batalla propiamente dicha, descrita con llamativos tonos épicos, con bloques que tienen cierta independencia, sobre todo un excurso sobre la peste y otros episodios menores, los cuales aportan respiro narrativo y engrandecimiento de los hechos. En el cap. 10 la escena vuelve a Roma, para ir cambiando alternativamente en los siguientes. El libro se cierra con sucesos de tono analístico que preparan la proclamación de Juliano como Augusto, a la que se reserva el libro XX. En cuanto a la cronología de los hechos descritos, hay que tener en cuenta que la batalla de Amida se desarrolla entre el 25 de julio y el 5 de octubre del 359, pero la narración de los caps. 9-13 corresponde a diversos momentos de los años 358-361.

SINOPSIS

(años 358-361)

1-8 Sitio y caída de Amida.

1-3 Primeros ataques persas y defensa romana.

4 Excurso sobre la peste.

5 Ataque de los arqueros persas.

6 Incursión de las legiones galas.

7 Asalto final de los persas.

8 Caída de Amida.

9 Ejecuciones en Amida. Historia de Craugasio y su esposa.

10 Revuelta en Roma por temor a la escasez de grano.

11 Campaña contra los sármatas limigantes.

12 Procesos de lesa majestad.

13 Sucesos en Isauria.

Sapor, mientras exhorta a los amidenses a rendirse, es blanco de las flechas y proyectiles de los defensores. Cuando el rey Grumbates hace un intento similar, su hijo es abatido

El rey, lleno de alegría por el suceso 1
de nuestra lamentable cautividad y abrigando la esperanza de éxitos semejantes, partió de allí y en lento avance llegó
a Amida en tres días[757]. En cuanto comen- 2
zó a alborear, todo lo que se presentaba a la vista brillaba de armas refulgentes como estrellas y la férrea caballería cubría llanos y colinas[758]. Montado a caba-
llo y distinguido entre el resto, iba él a la cabeza del conjunto de 3
las tropas, llevando en vez de diadema una cabeza de carnero[759] hecha de oro y piedras preciosas engastadas, distinguido por la majestad de los diversos dignatarios y por el cortejo de diferen-

[757] El capítulo parece entroncarse sin solución de continuidad con el final del libro XVIII, formando una unidad de relato independiente (desde el cap. XVIII 4 como marco general, pero desde el 10 en particular). El rey (véase XVIII 10, 1) parte de Charcha y ha de recorrer 33 km hasta Amida.

[758] Amiano inserta un eco virgiliano (VIRG., *Eneida* IV 98 y ss., y 261 y ss.), tanto en el lenguaje como en el motivo. Se trata de la primera referencia épica en este pasaje que se verá completada con las comparaciones directas con el sitio de Troya de los capítulos siguientes.

[759] La cabeza de carnero en vez de la diadema significa que quien la porta está revestido de una realeza con atributos y prerrogativas divinos —como era propio de la monarquía sasánida— y especialmente del poder guerrero de la divinidad, esperable en un contexto bélico como éste.

tes pueblos. Estaba claro que iba a tentar a los defensores de las murallas mediante negociaciones, mientras se apresuraba a al-
4 canzar otro propósito por consejo de Antonino[760]. Pero el numen celeste[761], para encerrar las desgracias de Roma entera en el espacio de una sola región, le había llevado a ensoberbecerse y a creer que los sitiados, acobardados de miedo nada más ver-
5 lo, acudirían a suplicarle con ruegos; pasaba así, cabalgando por delante de las puertas en compañía de la escolta real, mientras se acercaba con excesiva confianza, de modo que incluso se podía reconocer claramente su rostro. Blanco de flechas y otros proyectiles por lo llamativo de su armadura, lo habrían abatido si no hubiese escapado, gracias a que la polvareda impidió la visibilidad de los tiradores, con un trozo de la vestimenta desgarrada por el disparo de un dardo, para acabar pro-
6 vocando más tarde calamidades sin cuento. Se enfureció por ello contra nosotros, como contra sacrílegos profanadores de un templo, afirmando que el señor de tantos reyes y naciones había sido deshonrado, e instaba con gran empeño a prepararse para destruir la ciudad. Y ante el ruego de los jefes más prestigiosos de que, por dar rienda suelta a su ira, no abandonase unos proyectos que le reportarían gloria, aplacado por la suave petición de los próceres decidió que al día siguiente se les ofreciera la rendición a los defensores.

7 Por eso, en cuanto amaneció, Gumbrates, rey de los quionitas[762], con la intención de manifestar su lealtad, se acercó hacia las murallas acompañado de un grupo decidido de su guardia personal[763], cuando un expertísimo vigía los vio acer-

---

760 El tránsfuga cuya traición se narra en los caps. 5-10 del libro XVIII.

761 Véase XIX 10, 4 y el excurso sobre Roma en XIV 6.

762 Véase XVI 9, 4 y XVIII 6, 22.

763 Como se verá en los capítulos siguientes, el grupo de *stipatores* sería no sólo lo más selecto de entre la guardia imperial, sino también de entre el cor-

carse a tiro de su arma y abatió de un ballestazo, traspasándole la coraza y el pecho, al hijo del rey, un adolescente en su primera juventud que cabalgaba al lado de su padre, destacando entre sus iguales por su esbeltez y apostura. La caída 8
de éste puso en fuga a toda la escolta, que regresó seguidamente, sin embargo, con el fundado temor de que fuera robado el cuerpo, y que con gritos estridentes convocó a las armas a los numerosos pueblos, cuya llegada conjunta desencadenó una lucha atroz con proyectiles que volaban aquí y allá como el granizo. Y después de combates sin pausa que se prolon- 9
garon hasta el final del día, cuando ya comenzaba la noche, el cuerpo a duras penas defendido fue sacado al amparo de la oscuridad entre montones de cadáveres y torrentes de sangre, como antaño junto a Troya[764] los ejércitos confluyeron en cruel contienda por causa del exánime compañero del caudillo tesalio. Entristecida la corte real por esta muerte y cons- 10
ternados todos los nobles junto con su padre por la repentina desgracia, se decretó un luto oficial y el joven, amado y sobresaliente por su nobleza, fue llorado según el modo de su propia nación. En efecto, fue colocado como él se solía armar, elevado en una especie de catafalco largo y ancho; a su alrededor se extendieron diez angarillas que portaban figuras de hombres difuntos, amortajados con tal cuidado que, aun siendo imágenes, parecían cuerpos ya sepultados. Y por espacio de siete días todos los hombres se dieron a los banquetes, repartidos por tiendas y manípulos, mientras lamentaban al joven príncipe bailando y entonando una especie de cantos

tejo de los nobles del rey vasallo Grumbates; véase asimismo XVI 10, 2; 10, 4 y XVII 13, 6.

[764] Amiano se refiere a la lucha de griegos y troyanos por el cadáver de Patroclo, camarada de Aquiles, caudillo del pueblo tesalio de los mirmidones, narrada en el canto XVII de la *Ilíada*.

11 fúnebres[765]. Las mujeres por su parte gritaban con lastimero llanto y con los gemidos acostumbrados, aclamando a la «esperanza de la patria», arrancada en la flor de su vida, como a menudo se suele ver a las devotas de Venus derramando lágrimas en los solemnes misterios de Adonis, lo cual es una especie de símbolo de los frutos maduros, según enseñan los ritos mistéricos[766].

---

[765] En el breve excurso etnográfico a propósito de los ritos funerarios de los quionitas, muy diferentes de los ritos habituales entre los persas, a los que su zoroastrismo no permitiría ni la incineración ni la inhumación, se mezclan términos propios de las tradiciones romanas *(iustitium, naeniae)*, adaptados al oyente. En esa misma línea de acomodación de costumbres, Amiano menciona la estructura manipular de la legión como una frase hecha, puesto que hacía ya tiempo que no estaba vigente en el ejército romano.

[766] Adonis, hijo del rey de Chipre, era un bello joven del que se enamoró Venus. Su muerte y regreso a la vida eran efectivamente celebrados en Alejandría y otros lugares, como paradigma de la muerte de la naturaleza en invierno y de la regeneración de ésta en primavera. Por tanto, Amiano se refiere al culto de Adonis en particular, no al conjunto de las diferentes religiones mistéricas. Entre las interpretaciones mistéricas y neoplatónicas del mito de Adonis al uso en el siglo IV d. C. tampoco había unidad y Amiano se inclina más por una elucidación «racionalista», probablemente dependiente de Porfirio (cf. el paralelo casi literal de PORFIRIO, *Fragmentos* 358, 29-29), que por la mística representada por Jámblico. La glosa del historiador puede tener, sin embargo, una función estructural más sutil, como anticipación de la estancia de Juliano en Antioquía al comienzo de su campaña persa, crucial desde el punto de vista narrativo (XXII 9, 15). Cuando el emperador, obsesionado por los ritos propiciatorios y por los buenos augurios sobre su campaña, llega a la ciudad siria, los habitantes de ésta están celebrando el festival de Adonis; se vuelve a mencionar entonces la interpretación de que los ritos son símbolo de las mieses segadas cuando han alcanzado la madurez. Pero la ocasión, a causa de los llantos luctuosos que acompañaban a las ceremonias, es considerada el primero de los presagios funestos que tienen lugar en Siria y que dominarán la segunda parte del libro XXII, en los caps. 9-16.

Amida es sitiada y atacada dos veces por los persas en el espacio de dos días

Después de incinerar el cuerpo y re- 2
coger en una urna de plata los restos, que el padre había decidido transportar a su patria para la inhumación, se convocó el consejo supremo y se decidió aplacar el espíritu del joven difunto con la destrucción y quema de la ciudad; pues Grumbates no podía soportar más el seguir adelante, mientras la sombra[767] de su único vástago quedara sin
venganza. Concedidos dos días al descanso y enviados grupos 2
a devastar los campos fértiles y cultivados, que se hallaban desprotegidos como en tiempo de paz, se rodeó la ciudad con una quíntuple fila de escudos y, al amanecer del tercer día, los refulgentes destacamentos de caballería llenaron el conjunto de lo que la vista humana podía abarcar en todas las direcciones, mientras que los ejércitos ocuparon los respectivos lugares
asignados por suertes, avanzando a paso tranquilo. Los persas 3
cercaban todo el perímetro de las murallas. La parte que daba al Oriente, en la que había caído el muchacho fatídico para nosotros, les tocó en suerte a los quionitas; los cusenos fueron destinados al lado sur; el lado norte lo custodiaban los albanos[768] y contra la puerta occidental fueron situados los segestanos[769], los guerreros más fieros de todos, junto con los cuales avanzaban

---

[767] Los espíritus del príncipe difunto molestarían a los vivos hasta que su muerte violenta fuera vengada. Amiano parece confundir *umbra* con los *manes* o los *lemures*, que son en realidad conceptos diferentes; además de la *interpretatio Romana* que el historiador hace de la actitud de los quionitas hacia el espíritu del heredero, detrás de la vaguedad de la identificación estaba, sin embargo, la contaminación y sincretismo de ideas religiosas del momento, que añade a la religión romana tradicional elementos nuevos provenientes del gnosticismo, del neoplatonismo y de las religiones mistéricas.

[768] Cf. XVIII 6, 22.

[769] Los segestanos, también vasallos del Imperio Sasánida, poblarían la amplia llanura del Segestán o Sakastán, en la frontera entre Afganistán e Irán.

lentamente, con figura orgullosamente erguida, columnas de elefantes, cargados de soldados y espantosos por sus rugosos cuerpos, temibles más allá de todo lo espeluznante que ofrece un espectáculo macabro, como otras veces hemos relatado[770].
4 Al ver gentes tan innumerables, largo tiempo buscadas para incendiar el orbe romano y reunidas para nuestra perdición, desvanecida toda esperanza de salvación, nos preparábamos en consecuencia para una muerte gloriosa y deseada ya por todos
5 nosotros. Así pues, desde la salida del sol hasta el último momento del día, las formaciones permanecieron inmóviles, como clavadas, sin dar un paso y sin que se oyera sonido alguno o incluso el relincho de los caballos; después de salir para reponerse con alimento y descanso en el mismo orden en que habían venido, cuando restaba poco de la noche, guiados por el clangor de los trompeteros, ciñeron la ciudad en un cerco aterrador, como si estuviese a punto de caer.

6 Y nada más arrojar Grumbates una lanza manchada de sangre según el rito de su pueblo y nuestra costumbre del fecial[771], el ejército se lanzó hacia los muros haciendo resonar las armas, e inmediatamente la vorágine de la deplorable guerra se recru-

---

De acuerdo con las fuentes no romanas, en el siglo IV no serían propiamente vasallos de Persia, sino un pueblo aliado independiente.

[770] Aunque la tradición literaria greco-latina es rica en tópicos sobre el terror de los elefantes, Amiano debe de referirse a su propio relato de las guerras contra los persas que llevaron a cabo Valeriano (253-259), Galieno (253-268) y Aureliano (270-275), contenidas en los libros perdidos.

[771] La referencia del historiador es a un ritual completamente obsoleto en su tiempo. Después de que el Senado decidía emprender una guerra, el fecial (miembro de un colegio de 20 sacerdotes) arrojaba efectivamente desde territorio romano una lanza manchada de sangre hacia territorio enemigo, ceremonia con la cual se significaba el comienzo efectivo de la guerra. Amiano mezcla diversos elementos propios de un excurso erudito y arcaizante, puesto que la guerra ya había comenzado hacía tiempo y el gesto de Grumbates indica sólo el comienzo de un ataque concreto en el conjunto del sitio.

deció por el acelerado avance de los escuadrones, que se dirigían con toda rapidez hacia el recinto, y por la resistencia contraria, enérgica e intensa de los nuestros. Así pues, enormes pie- 7
dras disparadas por los escorpiones[772] acertaron a muchos de los enemigos rompiéndoles la cabeza, otros fueron atravesados por flechas; una parte de los enemigos cubría el terreno con su cuerpos atravesados por jabalinas y otros, heridos, buscaban en precipitada fuga a sus compañeros. Y no eran menores en la ciudad 8
los duelos y las muertes, por la densísima nube de flechas que oscurecía los aires en espesa multitud y por las máquinas de guerra, de las que los persas se habían apoderado en el saqueo de Síngara[773], que provocaban numerosas heridas. Efectivamen- 9
te, después de recuperar fuerzas los defensores, que abandonaban el combate por turnos y que volvían a la defensa con mayor ardor, caían heridos con funestas consecuencias: o mutilados arrastraban consigo al rodar a los que estaban más cerca, o en cualquier caso, todavía vivos, andaban buscando a quienes supieran quitarles los dardos clavados en el cuerpo. Así, ni siquie- 10
ra las tinieblas del anochecer mitigaron la cadena de matanzas prolongada hasta el final del día, puesto que por ambas partes se luchaba con gran tenacidad. En consecuencia, mientras transcu- 11
rrían los turnos de guardia bajo la carga de las armas, las colinas resonaban con clamores provenientes de los dos bandos, puesto

[772] En sentido estricto, los escorpiones son máquinas de asedio que arrojan proyectiles y que se pueden considerar antipersonales. Probablemente, estas máquinas son onagros, que sí disparaban piedras de gran tamaño. Cf. en cualquier caso el excurso sobre las máquinas de guerra en XXIII 4.

[773] Es un tópico en los escritos de la época la superioridad romana en lo que atañe a máquinas de guerra y que los pueblos «bárbaros», entre los que sin duda hay que incluir a los persas, no poseían en principio ingenio bélico alguno. La realidad histórica (como muestra la batalla de Amida relatada por Amiano) es que, tras siglos de confrontación, persas y romanos intercambiarían necesariamente conocimientos y estrategias bélicas.

que los nuestros ensalzaban las hazañas del César Constancio, como señor de Roma y del mundo entero, y los persas llamaban a Sapor *saansaa* y *pirose*, que significa 'rey que gobierna a reyes' y 'vencedor en la guerra'[774].

12 Y antes de que rayara el quinto día, al toque de trompeta se puso en movimiento una innumerable hueste, cual bandada de pájaros, convocada desde todas partes al ímpetu de parejos combates, por lo que a lo largo y a lo ancho no podía verse en campos y vaguadas más que resplandecientes armas de pueblos
13 feroces. Y tras alzarse un griterío, volaron desde los muros enormes cantidades de proyectiles contra el conjunto de los que irrumpían alocadamente y, como era de esperar, ninguno se disparó en vano al caer entre la apretada masa de hombres. Pues al rodearnos tantas desgracias ardíamos no tanto por conseguir salvarnos, como dije, cuanto por el afán de morir valerosamente, y desde el comienzo del día hasta que oscureció se luchó con más fiereza que reflexión, sin que la batalla se inclinara por ninguno de los dos lados. En efecto, se alzaban clamores de los que intentaban aterrorizarnos y de los que estaban llenos de espanto[775], de tal modo que por el ardor del combate apenas nadie
14 pudo resistir sin ser herido. Por fin la noche puso término a la carnicería y el cúmulo de desgracias concedió a ambas partes una larga tregua. Pues cuando se nos ofreció la oportunidad de descansar, el trabajo prolongado unido al insomnio consumió las pocas fuerzas que quedaban, al tiempo que nos llenaban de terror la sangre y el pálido rostro de los moribundos, a quienes la falta de espacio no permitía dar siquiera el consuelo último de la sepultura, dado que dentro del recinto de una ciudad no muy grande estaban encerradas siete legiones y una heterogé-

[774] Cf. XVII 5, 3.

[775] El texto es problemático; aceptamos la corrección de Heraeus *exurgebant enim terrentium pauentiumque*, adoptada por Clark.

nea multitud de extranjeros y ciudadanos de ambos sexos junto con otros pocos soldados, hasta un número de veinte mil en total[776]. Por tanto, cada cual se curaba las heridas en la medida de 15
sus posibilidades y del número disponible de los que podían curar: mientras que los heridos graves por la pérdida de sangre expiraban entre agónicos espasmos, otros yacían en el suelo atravesados por espadas y eran apartados una vez muertos tras exhalar su último aliento; a algunos los expertos impedían que se les curaran los miembros llenos de heridas, para no torturar con molestias innecesarias sus ánimos doloridos; muchos, al querer arrancarse las flechas, se infligían en incierta cura suplicios peores que la muerte.

Durante la noche, Ursicino intenta sorprender en vano a los sitiadores, dada la oposición de Sabiniano, comandante de la infantería

Mientras en torno a Amida se lucha- 3
ba con esta decisión por ambos bandos, Ursicino[777], lamentando depender de una decisión ajena, le propuso repetidas veces a Sabiniano, que entonces ostentaba el rango militar más alto y que incluso entonces seguía metido en los sepulcros[778],

[776] Véase XVIII 8 y 9. Se calcula que en tiempo de Amiano la ciudad de Amida, como destacamento fronterizo, debía de contar con unos 6.000 habitantes. Las siete legiones mencionadas aquí y en el libro anterior junto con «un escuadrón autóctono de caballería, nada despreciable» serían, como mucho, 10.000 hombres (cada legión romana en el siglo IV no supondría más de mil efectivos), a los que se unirían soldados dispersos y habitantes de las comarcas circundantes, probablemente unos 5.000, para completar la cifra de 20.000 que aporta el historiador y testigo ocular.

[777] Estructuralmente, el capítulo supone un breve paréntesis acerca de sucesos políticos propiamente fuera de Amida, pero estrechamente ligados a los acontecimientos militares, con la finalidad de aligerar la narración continuada del sitio de la fortaleza.

[778] Véase XVIII 7, 7. Ursicino y Sabiniano se hallan en Edesa (véase XVIII 5, 5) a unos 160 km en línea recta desde Amida.

reunir a toda la infantería ligera y apresurarse por la falda de las montañas a través de caminos ocultos; en el caso de que la fortuna fuera favorable, después de eliminar los puestos avanzados, atacarían con ayuda de estas tropas ligeras las guarniciones nocturnas del enemigo, que rodeaban las murallas en un enorme círculo, o bien, hostigarían con continuas escaramuzas
2 a los que insistían porfiadamente en el asedio. Sabiniano era reacio a estos planes por considerarlos peligrosos y, si bien mostraba en público cartas del emperador que ordenaban expresamente hacer todo lo posible con tal de dejar en todos lados el ejército intacto, guardaba no obstante secretamente en lo más profundo de su ánimo que en palacio se le había ordenado repetidas veces cercenarle toda oportunidad de conseguir fama a su antecesor, que ardía en deseos de gloria, por mucho que
3 ésta supusiese un bien para la patria. Hasta tal punto se afanaban en que este valiente guerrero no fuese considerado autor o colaborador de una acción memorable, pese a que esto fuera al precio de perder las provincias. Por eso, turbado ante estas desgracias, aunque en repetidas ocasiones envió exploradores que trataron de llegar hasta nosotros, a pesar de que ninguno podía entrar fácilmente en la ciudad por la densa vigilancia, y aunque maquinó numerosas iniciativas de utilidad, parecía no hacer progreso alguno, como un león terrible por la fiereza y envergadura de su cuerpo que no se atreve a librar del peligro a sus cachorros caídos en las redes, porque le han privado de garras y dientes.

La peste surgida en Amida se mitiga al décimo día por una débil lluvia. Sobre las causas y tipos de peste

4 Pero en la ciudad, donde la cantidad de cadáveres tendidos por las calles superaba a los que tenían el encargo de enterrarlos, a tan numerosos males se añadió la peste, alimentada por los humores putrefactos de los cadáveres roídos de gusanos, por el tiempo bochornoso y por las diferentes dolen-

cias de la población. Explicaré brevemente de dónde suelen surgir estos tipos de enfermedades.

Los sabios y médicos famosos nos han enseñado que el ex- 2
ceso de frío o de calor, de humedad o sequedad, produce las pestes[779]. Por eso, los que habitan en lugares pantanosos o húmedos sufren de tos, afecciones oculares y otros malestares semejantes; por el contrario, los que viven cerca de zonas calurosas padecen con la ardentía de las fiebres. Pues lo mismo que el fuego es un elemento más activo que los demás, la sequedad es más rápida en causar la muerte. Por esa razón, al propagar- 3
se una calamidad de este tipo[780], cuando Grecia se agotó en una guerra de diez años para que el extranjero recibiera castigo por romper un matrimonio real, muchos murieron por los disparos de Apolo, al que se considera el Sol[781]. Y, como explica Tucí- 4
dides, aquella famosa calamidad que al comienzo de la guerra del Peloponeso castigó a los atenienses con una forma cruel de enfermedad, se acercó reptando lentamente desde la tórrida Etiopía y se adueñó del Ática[782]. Otros opinan que, como suele 5
ocurrir, tanto el aire como el agua, corrompidos por el hedor de los cadáveres o por elementos semejantes, dañan en grandísi-

[779] La doctrina expuesta no es precisamente opinión común, pero se remite en líneas generales a las opiniones de la medicina de Hipócrates. El auge de los prontuarios de medicina había llevado a una generalización y vulgarización del saber científico en época de Amiano.

[780] Amiano alude a un conocido episodio del ciclo troyano narrado en HOM., *Ilíada* I 8-52: la peste en el campamento aqueo que asediaba Troya durante diez años para vengar el rapto de Helena (esposa de Menelao, rey de Esparta) por parte de Paris ('extranjero' por ser hijo del rey Príamo de Troya).

[781] También es un ejemplo claro de las opiniones de moda en época de Amiano, al interpretar los dardos de Apolo con una perspectiva meramente 'racionalista'.

[782] TUCÍDIDES, II 4, 7 (II 47-53). La guerra del Peloponeso duró casi treinta años (431-403 a. C.) y la peste que asoló Atenas se produjo en el verano del segundo año de la guerra.

ma medida las condiciones saludables, o bien que el cambio
6 repentino del viento produce enfermedades más leves. También aseguran algunos que el aire, espesado por densísimas emanaciones del terreno e impidiendo la necesaria respiración del cuerpo, extermina a muchos. Por esta causa, como enseñan Homero y muchas experiencias posteriores, siempre que se produce una epidemia de este tipo, todos los animales perecen
7 antes que el hombre, al llevar la cabeza cerca del suelo[783]. El primer tipo de peste se llama «pandemia», la cual provoca que quienes viven en lugares áridos perezcan por frecuentes fiebres; el segundo tipo se llama «epidemia», el cual, aunque aparece de modo esporádico, debilita la agudeza de la vista y provoca peligrosos humores; el tercer tipo se llama «contagioso», que es también ocasional, pero mortífero por su alígera rapidez[784].

Quebrantados por esta peste letal y después de la muerte de
8 unos pocos, cuyo número aumentaba el hacinamiento a causa del agobiante calor, en la noche que siguió al décimo día, cuando una tenue lluvia disipó al fin el ambiente cargado y saturado, se restableció la salud corporal.

---

[783] *Ilíada* I 50, «La muerte sorprende a perros y acémilas».

[784] Amiano diferencia entre tres tipos de peste, utilizando términos griegos *(pandemia, epidemia y loemoedes)*, que no eran comunes entre los autores médicos del momento. La división tripartita sí que es, sin embargo, de uso común y se remite a Hipócrates. Las fuentes principales que se han destacado para este excurso (Tucídides, Hipócrates, Aristóteles, Plutarco, Oribasio) muestran que la erudición de Amiano es más literaria que científica.

Amida es atacada tanto desde el perímetro de las murallas, como a través de pasadizos subterráneos, bajo la guía de un tránsfuga

5 Pero mientras tanto, los persas cercaban sin descanso la ciudad con viñas y manteletes[785], comenzaron a levantarse terraplenes y se construían altas torres[786] con la parte delantera acorazada, en cuya parte superior se había colocado respectivamente una balista[787], para arrojar a los defensores de las almenas; no obs-

[785] Los manteletes *(plutei)* son protecciones móviles unipersonales, compuestas de un escudo de mimbre de dimensiones considerables y de tres ruedas que permiten su maniobrabilidad. Eran usadas por los que manejaban las sogas que movían las torres de asedio y por pequeños comandos que intentasen acercarse a las murallas. Las *vineae* son pequeñas máquinas de asedio que consisten en una barraca o cobertizo con techo de madera. Dotadas de ruedas y con capacidad de ensamblarse entre sí, suponen un elemento estratégico importante en el asedio, pues pueden proteger a toda una línea de atacantes. Hemos preferido calcar el término técnico latino a la traducción tradicional de 'parapetos', que nos parece ambigua. Ambos procedimientos de protección se solían recubrir además como las demás máquinas con pieles frescas, follaje y centones o sacos mojados para evitar que fueran incendiadas (cf. VEGECIO, *Epítome sobre ciencia militar* IV 15).

[786] Las torres son máquinas móviles de grandes dimensiones para igualar o superar la altura de las murallas enemigas. Estaban provistas de ruedas en su base y podían valer de soporte para arietes, escalas y puentes que sirvieran de asalto contra la posición sitiada.

[787] Es evidente por el contexto que en éste, como en los capítulos siguientes, Amiano utiliza el término *ballista* de un modo ambiguo, típico de los autores tardíos. Ya no son piezas artilleras de tensión que arrojan piedras de gran tamaño, diferenciadas de las catapultas, que disparaban flechas, sino diversos tipos de máquinas para el disparo de piedras o de flechas, dardos o trágulas de gran tamaño, todas ellas basadas en un innovador mecanismo de torsión dotado de un arco de dos brazos metálicos. Cf. sobre todo E. W. MARSDEN, *Greek and Roman artillery: historical development*, Oxford, Clarendon Press, 1969, pág. 188 y ss., y también MARSDEN, *Greek and Roman artillery: technical treatises*, Oxford, Clarendon Press, 1971, pág. 234 y ss., así como la propia descripción de Amiano en XXIII 4. Preferimos por tanto utilizar el balista castellano, aceptado en el *DRAE* y tan polisémico como el *ballista* de Amiano.

tante, no cesaban ni siquiera por un breve momento las esca-
2 ramuzas con los honderos y los arqueros. Estaban con nosotros dos legiones de Magnencio que, como mencioné más arriba[788], habían sido trasladadas desde la Galia recientemente, compuestas de hombres valerosos y diestros en combates a campo abierto, pero no sólo torpes en el manejo de las técnicas bélicas con las que se nos atacaba, sino además alborotadores en extremo; éstos, como no servían de ayuda ni en las máquinas de guerra ni en la construcción de las defensas, hacían de vez en cuando salidas sin sentido[789] y, después de luchar temerariamente, volvían menguados en número, siendo de tanta utilidad, según se suele decir, como un solo hombre
3 llevando agua a mano en una ciudad en llamas. Por último, al no poder salir por estar bloqueadas las puertas y por las imprecaciones de los tribunos, rechinaban los dientes como animales. Pero su eficacia se demostró en los días siguientes, como relataré más adelante.

4 En un lugar apartado del lado meridional de las murallas, orientado hacia el río Tigris, había una torre que se alzaba hasta gran altura, bajo la cual las rocas se abrían cortadas a pico, de modo que no se podía mirar hacia abajo sin sufrir un vértigo terrible; desde allí unos escalones hábilmente labrados llevaban por pasadizos subterráneos excavados a través del corazón de la montaña hasta la explanada de la ciudad, para poder recoger agua del río a escondidas, como hemos visto en todas las fortalezas de esa zona que se encuentran a orillas de una co-
5 rriente. A través de estos oscuros pasadizos, sin vigilancia por el precipicio y bajo la guía de un tránsfuga del lugar que se ha-

[788] Véase XVIII 9, 3.

[789] Seguimos la lectura *aliquotiens stolidius*, defendida por Clark (basado en G), frente a *aliquotiens studiosius* de Sabbah, por ser aquélla más coherente con la idea mencionada a continuación.

bía pasado al lado enemigo, setenta arqueros persas de las filas del rey[790], distinguidos por su destreza y lealtad, amparados por el silencio que proporcionaba lo apartado del lugar, subieron uno a uno de improviso en medio de la noche hasta el tercer piso de la torre, y ocultos allí, después de enarbolar por la mañana un capote de color púpura[791], que era la señal para comenzar la batalla, cuando vieron que las oleadas de sus tropas rodeaban la ciudad por todas partes, vaciaron las aljabas, arrojaron los proyectiles a sus pies y, en medio de un estallido de clamores horrísonos, los dispararon con gran destreza. Y a continuación, todas las columnas apretadas atacaron la ciudad con
mucho más ímpetu que antes. Nos distribuimos los trabajos en- 6
tre nosotros, vacilantes e indecisos, sin saber a quiénes había que oponer resistencia, si a los que nos acosaban desde arriba o a la multitud que trepando por escalas se apretaba ya contra las almenas, y transportamos y colocamos contra la torre cinco balistas ligeras, que disparaban con gran rapidez proyectiles de madera, traspasando a veces al mismo tiempo a dos enemigos, de los cuales unos caían gravemente heridos, otros se lanzaban de cabeza aterrados por el ruido de la artillería y morían despedazados.
Después de llevar esto a cabo con la rapidez descrita y de 7
volver a colocar las máquinas en sus lugares acostumbrados, se defendieron las murallas cada vez con más seguridad gracias a
la colaboración de todos. Y, como la impía traición del tráns- 8

[790] Es decir, arqueros propiamente persas, no pertenecientes a las tropas de los pueblos aliados.

[791] Amiano utiliza el término *sagum*, un capote militar propiamente romano, tejido de lana ruda y que llegaba hasta la rodilla y que se cerraba con un broche al hombro derecho. El de los oficiales *(paludamentum)* se diferenciaba del de los soldados precisamente porque era de color rojo. Por otra parte, «sacar el capote» *(efferre sagum)* es la señal utilizada para comenzar una batalla o para dejar el campamento (cf. VEGECIO, *Epítome sobre ciencia militar* III 5, 9, y Amiano XVIII 6, 3).

fuga enardecía sus iras[792], los soldados se lanzaban como si bajaran corriendo hacia campo abierto, arrojando todo tipo de proyectiles a fuerza de brazos hasta el punto de que, al acercarse el mediodía, el enemigo volvió a sus tiendas por miedo a caer herido, disgregado por nuestra enérgica defensa y llorando la muerte de muchos.

Una salida de las legiones galas causa bajas entre los persas[793]

6 La fortuna nos insufló cierta esperanza de salvación, al concluir el día sin daño por nuestra parte y con una matanza entre los enemigos; después de dedicar el resto del tiempo al descanso y a reponer fuerzas, al comienzo del día siguiente vimos desde la fortaleza un incontable gentío que era conducido a territorio enemigo tras la caída del fuerte de Ziata[794], lugar en el cual se había refugiado una heterogénea muchedumbre, considerando que era espacioso y protegido, puesto que abarcaba un radio de
2 diez estadios. Pues también esos mismos días fueron tomadas e incendiadas otras fortificaciones, de donde marchaban, arrastradas hacia la esclavitud, millares de personas, muchas de las cuales, hombres débiles por su avanzada edad o mujeres entradas en años y agotadas por el largo recorrido, al faltarles las fuerzas por diversas causas y al perder las esperanzas de vivir,

792 Preferimos *iras* (Clark:) a *curas* (V; Sabbah), por el sentido del párrafo en su conjunto.

793 El episodio de la incursión constituye una unidad independiente dentro del relato del sitio, cumpliendo así una función estructural de respiro narrativo al relato de la batalla.

794 La actual Ammaneh, a unos 40 km desde Amida, en la confluencia entre el Dibene Sou y el Tigris; sería una de las fortificaciones que los romanos habrían establecido a lo largo del río Tigris: Ziata, Amida, Charcha, Hesn Kifa y Bezabde (véase XVIII 10, 1). Los diez estadios supondrían una circunferencia de casi 2 km de diámetro.

eran abandonadas después de cercenarles las rodillas o las
piernas.

Los soldados galos, al ver estas penosas caravanas, en un 3
arrebato ciertamente comprensible, pero inoportuno, pidieron
que se les permitiera plantear batalla al enemigo, amenazando
de muerte a los tribunos que se lo prohibían y a las primeras fi-
las si seguían impidiéndoselo. Tal como las endentadas bestias 4
en sus jaulas, brutalmente excitadas por el hedor de una carro-
ña, dan empellones contra las móviles trancas con la esperanza
de escapar, del mismo modo ellos golpeaban con sus espadas
las puertas, atrancadas como ya dijimos, y absolutamente fuera
de sí, con el temor de que una vez destruida la ciudad murieran
también ellos sin haber llevado a cabo ninguna hazaña digna de
mención, o de que si aquélla quedaba liberada de peligros se re-
cordara que no habían hecho nada que mereciera la pena, pro-
porcionado a la grandeza de ánimo propia de los galos[795]; si
bien es verdad que anteriormente habían salido a menudo y,
provocando algunas bajas en el intento de impedir la construc-
ción de los terraplenes, causaron entre los nuestros pérdidas si-
milares[796].

Sin saber qué hacer y discutiendo cómo se debía hacer fren- 5
te a esa gente enfurecida, al final decidimos lo siguiente como
lo más apropiado y ellos lo aceptaron a regañadientes: que,
dado que no se les podía soportar más, se les permitiría, des-
pués de una breve espera, atacar los puestos de vigilancia del
enemigo, que estaban situados no lejos del alcance de los pro-

[795] Véase el excurso sobre las costumbres de los galos en XV 12, 1-4, especialmente 3.

[796] El texto es oscuro. Entendemos que Amiano se refiere de modo implícito a que los galos provocarían las mismas pérdidas entre los suyos al volver diezmados y también las mismas molestias a los que construían los terraplenes, al haber entorpecido dentro de las murallas los trabajos de edificación.

yectiles, para continuar avanzando, una vez los hubieran franqueado. Pues era evidente que, si lo conseguían, iban a cau-
6 sar grandes estragos. Mientras se hacían estos preparativos, se defendían enérgicamente las murallas con los diversos sistemas de lucha: con trabajos, puestos de vigía y máquinas de guerra dispuestas del tal modo que pudieran disparar por todos lados rocas y proyectiles. Pero las obras para el asalto a la ciudad se iban llevando a cabo lentamente y un destacamento persa de infantería levantó dos altos terraplenes, contra los que el increíble esfuerzo de los nuestros construía también un talud elevadísimo, de la misma altura que el de los enemigos y que era capaz de soportar incluso el enorme peso de los defensores.

7 Mientras tanto, los galos, sin poder soportar más la espera, salieron, armados de hachas y espadas, por un postigo abierto, al abrigo de una noche tenebrosa y sin luna, rogando al auxilio celeste que les asistiera propicio y de buen grado. Y, una vez se hubieron acercado conteniendo hasta la respiración, cargaron rápidamente en formación cerrada, acabando con algunos de los puestos de vigilancia, y después de degollar a los centinelas exteriores que, al no temerse algo así, se habían ido a dormir, abrigaban la secreta esperanza de alcanzar la propia tienda del rey, si les hubiese asistido un desenlace más propi-
8 cio. Sin embargo, como se oyó el sonido, si bien suave, de los que reptaban y muchos se despertaron sacudidos de su sueño por el gemido de las víctimas, llamando cada uno por su cuenta a las armas, nuestros soldados aguantaron a pie firme donde estaban y no se atrevieron a seguir más adelante. Pues no era razonable, después de haberse despertado los que eran objeto de la trampa, lanzarse a un combate abierto, cuando ya desde todos lados tropeles de persas furibundos venían enardecidos a
9 la batalla. Por su parte, inconmovibles en su fortaleza y valentía mientras pudieron, los galos atravesaban a espada a sus ad-

versarios, y cuando, después de que una parte de ellos hubiera
caído o estuviera herida por la cantidad de flechas que volaban
por todas partes, advirtieron que todo el peso del peligro con-
vergía en un solo lugar y que las columnas enemigas venían a
la carrera, se apresuraron entonces a huir sin que ninguno se
diera la vuelta; retrocediendo como al compás, fueron rechaza-
dos poco a poco fuera de la empalizada, al no poder aguantar a
las unidades cada vez más compactas que los acosaban, y se
iban retirando aturdidos por el sonar de las trompetas de la for-
taleza. Y, mientras desde la ciudad resonaba una multitud de 10
clarines, se abrieron las puertas para recibir a los nuestros, en
el caso de que consiguieran llegar hasta allí, y las máquinas de
guerra rechinaban aun sin disparar proyectil alguno, de modo
que los persas que protegían los puestos de vigilancia se reple-
garon, al no saber qué ocurría a sus espaldas después de la
muerte de sus compañeros, dejando desprotegidos los terraple-
nes que estaban frente a las murallas, y los esforzados fueron
acogidos sanos y salvos dentro del recinto. Gracias a esta es- 11
tratagema los galos entraron por la puerta poco antes del ama-
necer menguados en número, algunos grave, otros levemente
heridos; en total esa noche se lamentó la caída de cuatrocien-
tos, que habrían degollado no a Reso y a los tracios que dormían
ante los muros de Troya[797], sino al rey de los persas en su pro-
pia tienda, rodeado de cien mil hombres armados, si la suerte
no se hubiera opuesto con mayor fuerza. Después de la caída 12
de la ciudad, el emperador ordenó que en honor de sus coman-
dantes[798], en tanto que abanderados de valerosas hazañas, se le-

[797] Reso, el rey de los tracios, acaba sus días a manos de Odiseo y Diomedes, que causaron además un importante estrago entre los tracios, sorprendidos mientras dormían: Hom., *Ilíada* X 469-525.

[798] Sobre los *campiductores*, oficiales que han estado al frente de una campaña, diferentes de los *campidoctores*, en principio 'instructores', véase XV 3, 10.

vantaran cerca de Edesa, en un lugar concurrido, estatuas con atuendo militar, que se conservan intactas hasta hoy[799].

13 Cuando el día siguiente puso al descubierto los cadáveres y se encontró entre las víctimas a principales y sátrapas, mientras los gritos disonantes mezclados con lágrimas indicaban la suerte diferente que había tocado en cada lugar, se oían por todos lados el duelo y la indignación de los reyes, que se percataban de que los romanos habían irrumpido a través de los puestos avanzados que daban a las murallas. Por estos hechos se convocó de común acuerdo una tregua de tres días y nosotros también pudimos tener tiempo para reponernos.

Las torres y las demás máquinas de asedio se acercan a las murallas: son incendiadas por los romanos

7 A partir de entonces, los pueblos abatidos y enfurecidos por la novedad del suceso y sin dudarlo más, puesto que mediante la fuerza apenas conseguían algo, decidieron resolver el conflicto por operaciones de asedio, y todos, encendidos en desesperado ardor guerrero, se aprestaron a morir heroicamente o a aplacar a las almas de los caídos con la destrucción
2 de la ciudad. Y con el montaje ya acabado por la diligencia de todos, al salir el Lucero de la Mañana[800] avanzaron diversos ti-

[799] No está claro que Amiano viera de hecho las estatuas y que esta noticia no sea indirecta. El propio Amiano menciona en XXXI 7, 16 que viajó y examinó los escenarios de su obra. Se sabe con seguridad que efectivamente visitó Grecia en torno al 365, Tracia, la costa del mar Negro, los Balcanes después del 377 y Egipto antes de establecerse en Roma en el 380. Amiano trabajaría en las *Res gestae* desde esta fecha hasta el 395. Puede que en uno de sus viajes en torno al 378 viera Edesa y Amida, o bien que participara de hecho en la campaña persa de Juliano en el 363 (cf. XXIII 5, 7), lo que le habría permitido ver la zona el 13 y 14 marzo de ese año.

[800] Con *Lucifer* Amiano no puede referirse al amanecer del sol, que es relatado en el párrafo siguiente, sino a un momento anterior, que tendrá que ser necesariamente la aparición al alba de Venus, Lucero de la Mañana.

pos de artefactos junto con torres acorazadas, en cuyo piso más alto unas balistas instaladas dispersaban a los defensores que ocupaban sus puestos más abajo. Y con el alba, las férreas co- 3 razas de los guerreros eclipsaron el cielo entero[801] y las columnas en densa formación acometieron no desordenadamente como antes, sino bajo la guía del suave sonar de las trompetas, sin que nadie se adelantara, seguros por la protección de las máquinas y llevando por delante manteletes de mimbre[802]. Cuando 4 la infantería persa se acercó poniéndose al alcance de los proyectiles, como apenas podía evitar las flechas lanzadas por las máquinas desde los muros oponiendo los escudos, relajó su formación, sin que prácticamente ningún dardo cayera en vano: incluso la caballería acorazada[803] se mostró impotente y al ceder alentó los ánimos de los nuestros. Sin embargo, como las balis- 5 tas enemigas, colocadas en torres acorazadas y dominando desde lo alto las posiciones inferiores con resultado tan desigual, como dispar era la situación, causaban entre los nuestros una gran carnicería, al caer la tarde, cuando ambas partes descansaban, aprovechamos gran parte de la noche discurriendo sobre qué se podía hacer contra tan atroz matanza.

Y por fin, dándole vueltas a las circunstancias adoptamos el 6 plan, que la rapidez hizo más eficaz, de enfrentar a las balistas cuatro escorpiones; mientras éstos eran colocados después de

---

[801] La expresión es oscura y arcaizante. Una traducción meramente literal («celaron todo el cielo») no tendría sentido. Entendemos que la hipérbole de Amiano, con resonancias épicas, apunta a que el fulgor de las férreas corazas sería tal que haría palidecer el brillo del cielo al amanecer.

[802] Se trata de los *plutei* unipersonales citados más arriba en 5, 1 (cf. asimismo VEGECIO, *Epítome sobre ciencia militar* IV 15), aquí confeccionados expresamente de mimbre.

[803] Cf. XVI 2, 5. Es posible sin embargo que, dada la situación, Amiano no se refiera propiamente a los catafractarios, sino de modo genérico a los soldados (de infantería) que portaban corazas.

trasladarlos con gran precaución desde su emplazamiento, lo cual requiere grandísima destreza, llegó el funesto día que nos mostró las temidas unidades persas junto con columnas de elefantes, cuyo bramido y gigantesco tamaño es lo más terrible
7 que la mente humana puede imaginar[804]. Cuando estábamos acosados por todos lados por la mole de armas, máquinas y bestias, redondas piedras, disparadas sin cesar desde las almenas por las férreas palancas de los escorpiones[805], desensamblaron las torres y precipitaron las balistas y a sus armeros[806] de cabeza, de tal modo que unos murieron sin ser heridos, otros aplastados por el enorme peso, mientras que con gran violencia fueron rechazados los elefantes, a los que sus conductores no pudieron dominar, rodeados en todas direcciones por proyectiles incendiarios y retrocediendo en cuanto eran heridos; y después del incendio de las máquinas no hubo reposo
8 en la lucha. Pues el propio rey de los persas, que nunca está obligado a tomar parte en los combates, encendido por estos turbulentos reveses, saltó en medio de las apretadas filas como un soldado más, de un modo novedoso y antes desconocido, y, al verse atacado por un raudal de proyectiles, pues para los vigías resultaba más identificable desde lejos que la muchedum-

---

[804] Cf. el relato en XIX 2, 3.

[805] Véase la nota a XIX 2, 7.

[806] Estos armeros serían asimilables a los *ballistarii* romanos de XVI 2, 5, pero en el ejército persa. La escena de la que es testigo ocular el propio autor fue sin duda un espectáculo imposible de olvidar: la enorme masa de maderas y planchas acorazadas de la torre de asedio superaba en algunos casos los 35 metros de altura y, como se mencionó más arriba, en el piso superior de los tres o cuatro de que disponía estaban instaladas balistas, cuyo peso oscilaba entre una y tres toneladas, manejadas por sus propios artilleros, a los que acompañaba un buen número de arqueros (MARSDEN, *Greek and Roman artillery: historical...*, págs. 111 y ss., y MARSDEN, *Greek and Roman artillery: technical...*, págs. 89 y ss.).

bre que lo protegía, se retiró pasando por cada fila de sus disciplinadas tropas, tras la caída de muchos de su escolta, y, sin amedrentarse por la sangrienta visión de muertos y heridos, no permitió que se concediera un breve tiempo al reposo hasta el ocaso.

Amida es atacada e invadida por los persas, gracias a altos terraplenes colocados junto a las murallas. Después de la toma de la ciudad, Marcelino escapa por la noche y se dirige huyendo a Antioquía

Pero después de disfrutar del sueño 8
durante una breve pausa, gracias a que la noche puso fin a los combates, cuando comenzaba ya a brillar la luz del día, Sapor espoleaba contra nosotros a sus huestes, rebosando de zozobra e ira y dispuesto a no tener en consideración ley divina alguna para conseguir sus propósitos. Y, cuando después del incendio de las máquinas, como hemos dicho[807], los persas[808] intentaron combatir desde unos elevados terraplenes cercanos a las murallas, en ese momento crítico los nuestros resistían con parejas fuerzas desde unos parapetos construidos en el interior, en la medida de sus
posibilidades. El sangriento combate permaneció largo tiempo 2
equilibrado y nadie por parte de ambos bandos cejaba en su empeño de resistir por miedo a la muerte. Y la contienda llegó a tal punto que la suerte de ambas partes hubo de decidirse por un desenlace ineluctable: aquella mole, en la que los nuestros habían trabajado durante tanto tiempo, se derrumbó como sacudida por un terremoto y dejó descubierto ante los enemigos, como acceso libre de obstáculos, el espacio que se abría entre la muralla y el terraplén construido fuera, nivelado como por una cal-

[807] Véase XIX 6, 7.

[808] Tanto «Sapor» como «los persas» no están en el original latino, pero vienen casi obligados en la traducción por razón de claridad.

zada expedita[809] o un puente superpuesto. Y la mayoría de los extenuados soldados, sepultados o lisiados, abandonó la lucha.
3 No obstante, se acudió de todas partes para hacer frente a la catástrofe tan repentina, y mientras se entorpecían unos a otros en su afán por apresurarse, la audacia enemiga iba cobrando más
4 fuerza con su propio éxito. En consecuencia, convocadas al saqueo todas las fuerzas por orden del rey y empuñadas las armas para luchar cuerpo a cuerpo, como la sangre de ambas partes se derramase en una inmensa carnicería, se llenaron las zanjas de cadáveres y se hizo, por tanto, más ancho el camino. Repleta la ciudad por la enardecida llegada de las tropas y truncada toda esperanza de resistir o de huir, soldados y civiles, sin distinción de sexo, fueron pasados a cuchillo, como si fueran ganado.

5 Así pues, al caer la tarde, cuando, por más que la injusta fortuna nos daba la espalda, gran parte de los nuestros seguía luchando a brazo partido en diversos puntos, escondiéndome con otros dos en un lugar recóndito de la ciudad al abrigo de la oscura noche, me escapé a través de una portezuela en la que no se montaba guardia y llegué al fin a la primera posta[810], ayudado por el conocimiento que tenía de los páramos y por la rapi-

---

[809] La expresión de Amiano *aggere itinerario* no se refiere a un terraplén, sino a la calzada propiamente dicha, dado que *itinerarius* tiene sentido adjetivo a lo largo de su obra.

[810] Seguimos la interpretación de DE JONGE, *Philological and historical...* XIX, págs. 158-159. Amiano dice literalmente *ad decimum lapidem tandem perveni* («llegué al fin al décimo miliario», «al cipo de las diez millas»). Se trata de una distancia más o menos fija en la que se situaba la primera *mutatio* o «posta» del correo; por tanto, no es un puesto de avanzadilla o de vigilancia, ni probablemente una *mansio* en sentido estricto (posada bien pertrechada para albergue y aprovisionamiento, situada cada 40 km de la vía), sino un lugar con lo indispensable para el cambio de tiro, que además, dadas las circunstancias del sitio de la ciudad, estaría abandonado.

dez de mis compañeros. Como, después de reponernos muy 6
poco en esta parada, continuamos la marcha enseguida y me vi superado por el dilatado camino, pues como nacido libre no estaba acostumbrado, me topé con un triste espectáculo que significó sin embargo un alivio realmente oportuno para mí, extenuado como estaba por una horrible fatiga. Un palafrenero, que 7
había montado un caballo fugitivo sin silla ni freno, se había atado muy apretada a la mano izquierda la brida con la que conducía, como es costumbre para no caerse, y luego, al salir despedido de la cabalgadura sin poder romper el nudo de la rienda, fue desgarrado por extravíos y sotos, hasta que, exhausto por la carrera con el peso del cadáver, el animal se detuvo; lo prendimos y, sirviéndome a ratos de sus lomos, llegué a duras penas con estos mismos compañeros a unas fuentes sulfúreas de las que por su propio natural manan aguas termales. Y, mientras 8
nos arrastrábamos en una larga búsqueda de agua por la ardiente sed consecuencia del calor, vimos un pozo muy profundo, pero ni se podía bajar por la hondura ni había provisión de sogas, e inducidos por la necesidad, cortamos en largos jirones las últimas piezas de lino con las que nos cubríamos; después de hacer con ellos una larga cuerda, atamos a uno de los cabos la caperuza[811] que uno de nosotros llevaba debajo del yelmo: arrojada con la cuerda, absorbía el agua como una esponja, y apagó fácilmente la sed que nos devoraba. Desde allí nos dirigimos 9
con rapidez al río Eufrates[812], con intención de cruzar a la otra orilla por un pontón, que por una antigua costumbre estaba co-

[811] Gracias al testimonio de Vegecio (cf. sobre todo *Epítome sobre ciencia militar* IV 14, 1; 15, 4; 17, 1, y 18, 2), sabemos que este *cento* es un retal no tejido, es decir parecido al fieltro, que se usaba debajo del casco o de la coraza en general (también llamado *subarmalis),* y no exactamente un centón o tela hecha de retazos.

[812] La orilla occidental del río, hacia la Armenia Menor.

locado en este trecho para pasar de ribera a hombres y ganados.
10 Pero he aquí que vimos a lo lejos un destacamento romano en
desbandada con estandartes de caballería, al que perseguía una
multitud de persas; no se sabe de dónde surgió un ataque tan re-
11 pentino sobre la retaguardia. Tomando este caso como ejemplo,
yo creo que aquellos famosos terrígenas no surgieron de las
profundidades de la tierra, sino que nacieron con extraordinaria
rapidez; como se les vio inesperadamente en diversos lugares,
12 se les llamaba «sembrados» y se creía que surgían del suelo, de-
bido a una exageración fabulosa, común en los tiempos anti-
guos[813]. Impresionados por este suceso, como todas las espe-
ranzas de salvación residían en nuestra celeridad, nos dirigimos
a través de espesuras y bosques hacia cotas montañosas más al-
tas y desde allí llegamos a Melitene, ciudad de la Armenia Me-
nor[814]; encontramos a nuestro general[815] a punto de marchar y,

[813] Aunque con el término «terrígena» Amiano podría referirse a diversos mitos que mencionaban la generación autóctona (principalmente el de Deucalón y Pirra y el de Jasón y el vellocino de oro), la mención de los *spartoi* (los 'sembrados') sólo puede aplicarse a los guerreros que nacen de los dientes de la serpiente de Ares que siembra Cadmo después de matarla (cf. OVIDIO, *Met.* III 104 ss.). Entendemos que la interpretación racionalista de Amiano, aun revestida de una expresión oscura, resulta evidente: los terrígenas nacieron en la imaginación antigua, gracias a que, por su extraordinaria rapidez, daba la impresión de que surgían por generación espontánea.

[814] Melitene, la actual Malatia, en Capadocia, se halla a unos 8 km del Eufrates. En el siglo IV constituye un importante nudo de comunicaciones en las vías que unen las provincias de las dos Armenias, Eufratense, Osdroena y Mesopotamia. Evidentemente, la vía por la que Marcelino huye de Amida no está recogida como tal en los itinerarios, puesto que, como dice él mismo, discurriría por una cota más alta para separarse del camino principal sin abandonarlo del todo; pero su trazado es fácilmente imaginable, también gracias a las huellas reconocibles hoy en día. Véase asimismo XX 11, 4.

[815] Seguramente se trata de Ursicino, que no había podido acudir en auxilio de los sitiados por culpa de Sabiniano (véase XIX 3), pero que, dejando

acompañándolo, volvimos a ver Antioquía cuando menos lo esperábamos[816].

Algunos oficiales romanos son ejecutados en Amida; otros, hechos prisioneros. El nisibeno Craugasio se pasa a los persas por añoranza de su esposa cautiva

Mientras tanto, los persas planeaban 9
volver a su tierra llevándose los prisioneros y el botín, dado que la inminencia del otoño y la aparición de la poco propicia constelación de los carneros[817] les
vetaba adentrarse más. No obstante, en- 2
tre estas matanzas y las rapiñas que siguieron a la destrucción de la ciudad, después de crucificar como a malhechores al conde Eliano y a los tribunos, cuya eficacia defendió las murallas largo tiempo y multiplicó las pérdidas entre los persas, Jacobo y Cesio, administradores[818] del jefe de caballería, así como otros protectores, fueron trasladados con las manos atadas a la espalda, después de que a los transtigritanos, a

Edesa, podría haber llegado hasta la Armenia Menor, siguiente objetivo de los persas.

816 El texto latino es problemático. A pesar de las posibles variantes que se han propuesto, el sentido está, sin embargo, bastante claro: Amiano y sus compañeros de marcha llegan a Melitene, donde encuentran a un jefe, se unen a sus tropas y reenganchados en el ejército continúan su marcha hasta Antioquía. El regreso de Ursicino se debería precisamente a las noticias que recibe de los fugitivos, algo que Amiano no menciona explícitamente. En cualquier caso, el modo en que relata este inesperado retorno a Antioquía, tras un viaje a pie considerablemente largo (unos 400 km) favorece la común opinión de que era ésta su ciudad natal.

817 La constelación son dos estrellas en el extremo de la constelación del Boyero, que aparecen al final de septiembre o a comienzos de octubre y que anunciarían tiempo tormentoso además del cambio de estación.

818 Cada *magister militum*, de infantería o de caballería, tenía a sus órdenes, además de un *princeps* para asuntos judiciales, dos administradores financieros llamados *numerarii:* cf. XV 3, 36.

los cuales se buscaba con especial interés[819], se les diera muerte a todos hasta al último, sin distinción de rango superior o inferior.

3 Sin embargo, la esposa de Craugasio[820], que era considerada como una noble matrona por guardar intacta su virtud, estaba abatida por tener que vivir prácticamente en un nuevo mundo sin su marido, aunque abrigaba esperanzas de una suerte mejor,
4 a la vista de ejemplos recientes[821]. Así pues, pensando en su propio bien y previendo lo que sucedería a largo plazo, estaba atormentada por una doble angustia, pues detestaba tanto la viudedad como unas nuevas nupcias. Por eso envió a través del monte Izala, entre los dos fortines de Maride y Lorne[822], a un siervo de absoluta confianza y conocedor de las regiones de Mesopotamia para que entrara clandestinamente en Nísibe[823], rogándole a su marido con instrucciones y discretas pruebas de su vida íntima que, una vez oyera lo que había sucedido, regre-
5 sara para vivir felizmente con ella. Aplicado diligentemente a estas órdenes y a paso rápido, como viajero ligero de carga, por sendas frondosas y espesuras, entró el siervo en Nísibe, y alegó

[819] La razón es que los persas reivindicaban Armenia y Mesopotamia y los habitantes de ese lado del río serían considerados por el rey como súbditos traidores, en tanto que nacidos en los distritos cedidos por Narsés a Diocleciano en el 297; cf., sobre todo, XVII 5, 5.

[820] Véase XVIII 10.

[821] Se entiende que ejemplos de benevolencia persa, no dados recientemente, como los de líneas anteriores, sino concretamente los del cap. XVIII 10.

[822] Se trata de *castella praesidiaria,* fortificaciones con guarnición permanente; por eso, están situadas en puestos estratégicos, aquí junto a la ruta principal. Para el monte Izala, Lorne y Maride (o Margdis) véase XVIII 6 y 10. En una cota inferior más cercana al Tigris discurría la vía principal de Nísibe a Amida, que pasaba por poblaciones de mayor entidad como Apadna y Meyacarire. El siervo no tomaría esta vía principal para no ser tomado por desertor y ejecutado.

[823] Esta marcha supondría unos 150 km o más, lo cual sería una distancia muy considerable y además por lugares no fácilmente transitables.

que, dado que no había visto en los últimos tiempos a su ama y ésta quizá había muerto, se había escapado del campamento enemigo cuando se le brindó una oportunidad de huir, y por eso, sin despertar sospechas al ser de condición humilde, puso a Craugasio al corriente de lo sucedido. A continuación, recibió la promesa de que éste iría en busca de su mujer, si podía hacerlo sin riesgos, y escapó llevando la deseada noticia a la esposa, quien al saberlo suplicó al rey por mediación del sátrapa Tamsapor que, si resultaba posible, le hiciese el favor de que su marido fuera reclamado como súbdito suyo, antes de que traspasase las fronteras romanas.

La marcha repentina y por todos inesperada del forastero, 6
que había regresado en virtud del derecho de postliminio[824] y acto seguido se había esfumado sin que nadie tuviera noticia de ello, despertó sospechas en el gobernador militar Casiano[825] y en los otros personajes que regían allí, quienes acusaban a Craugasio, amenazándolo de muerte e imputándole que el sujeto en cuestión ni había llegado ni se había ido sin su consentimiento. Éste, como temía que le acusaran de traición y estaba 7
angustiado ante la posibilidad de que se supiera por la marcha del tránsfuga que su esposa vivía y era tratada con toda consideración, aparentó un proyecto de matrimonio con otra doncella de noble linaje y, partiendo hacia una finca que distaba ocho millas de la ciudad, como si fuera a preparar todo lo necesario para el banquete nupcial, puso el caballo a galope y se unió a

---

[824] La precisión jurídica es tan interesante como exagerada. En virtud del derecho de postliminio, un ciudadano romano que era hecho prisionero por el enemigo y conseguía volver recuperaba su libertad perdida. Pero un esclavo, como es este caso, volvía a ser posesión de su antiguo amo.

[825] Véase XVIII 7, 3; es *dux Mesopotamiae* en los años 356-363; cf. JONES, *op. cit.*, *Cassianus* 2. Nísibis es capital de la provincia de Mesopotamia hasta el 363, cuatro años después de los sucesos narrados, cuando es entregada por parte de Joviano a los Sasánidas en el tratado de paz.

una partida de saqueadores persas, de cuya llegada se había enterado; después de que fuera bien recibido, al saberse quién era por lo que contó, fue entregado a Tamsapor cuatro días después y, luego de ser presentado ante el rey a través de éste y de recuperar su fortuna y su familia, así como a su esposa, a la que había perdido durante unos meses[826], ocupó el puesto inmediatamente inferior a Antonino siendo, como dice el famoso poeta, «el siguiente a larga distancia»[827]. Pues aquél, bien dotado por su talento y por su larga experiencia en asuntos políticos, tenía siempre éxito en todo lo que emprendía gracias a sus acertadas resoluciones; Craugasio, en cambio, era de natural menos sobresaliente, si bien su nombre era igualmente famoso. Estos sucesos tuvieron lugar efectivamente no mucho más tarde.

8

9 Por su parte, el rey, aunque aparentaba seguridad en su rostro y a primera vista estaba eufórico por la caída de la ciudad, se sentía sin embargo gravemente afectado en lo más profundo de su ánimo, considerando que durante las calamidades del asedio había sufrido a menudo estragos deplorables y que había tenido bajas más numerosas que los prisioneros que había hecho entre los nuestros o, al menos, que los que había aniquilado en las diversas contiendas, como sucedió en otras ocasiones en Nísibe y Síngara[828]. Aquí, al sitiar Amida durante setenta y tres días con una ingente cantidad de tropas, perdió treinta mil guerreros, que fueron contados poco después por el tribuno y notario Disce-

---

[826] Aparte de la situación de separación física, desde el punto de vista jurídico, como la mujer de Craugasio es prisionera de guerra, su matrimonio había quedado legalmente disuelto.

[827] Alusión a la carrera organizada por Eneas, en la que Niso queda por delante de Salio (VIRG., *Eneida* V 320).

[828] Nísibis fue objeto de sucesivos e infructuosos asedios por parte de Sapor los años 337-338, 346 y 350. Sobre la matanza de Síngara, cf. XVIII 5, 7.

nes[829], viéndose facilitado este cálculo por el hecho de que los cadáveres de los nuestros nada más morir se pudren y se descomponen, hasta el punto de que al cuarto día no se puede reconocer el rostro de ningún muerto[830]; en cambio, los cuerpos de los persas se secan como si fueran estacas, hasta el punto de que no rezuman, ni cuando sus miembros se descomponen, ni cuando se extiende la purulencia, lo cual se debe a su estilo de vida más sobrio y a la tierra abrasada de calor en donde nacen.

La plebe de Roma provoca revueltas por temor a la falta de grano

Mientras en diversos torbellinos es- 10
tos sucesos se precipitaban en el extremo oriental, la Ciudad Eterna[831] temía la calamidad de una falta de grano que se avecinaba, y la violencia de la aviesa plebe, que veía venir ya el hambre como el peor de todos los males, hostigaba continuamente a Tertulo[832], a la sazón prefecto de la ciudad, de un modo absolutamente insensato: pues tampoco era culpa suya que los alimentos no hubiesen llegado a tiempo en los barcos, que estaban resguardados en una ensenada cercana y a los que el estado de la mar, más complicado que de costumbre, y borrascas de vientos contrarios disuadían de

---

829 Sobre los notarios, cf. XIV 5, 6. Para Discenes, cf. JONES, *op. cit., Discenes.*

830 Como final del capítulo referente a Amida, Amiano introduce un resumen de las reacciones psicológicas del rey y, como colofón, inserta una explicación a modo de pequeño excurso científico en el que vierte opiniones al uso en su tiempo y que están en plena consonancia con la teoría de los humores que había explotado en el excurso sobre la peste capítulos más arriba.

831 Sobre Roma, Ciudad Eterna, cf. XIV 6, 1.

832 Sucesor de Artemio (cf. XVII 11, 5), la prefectura de Tertulo se desarrolló desde otoño del 360 hasta otoño del 361. El prefecto de la ciudad se encargaba desde Constantino del aprovisionamiento de la *Urbs*. Véase JONES, *op. cit., Tertullus* 2.

entrar en el Puerto de Augusto[833], ante la magnitud del peligro
2 que suponía. Por todo ello, el prefecto, al verse insistentemente acosado por las revueltas y privado, en su opinión, de cualquier esperanza de salvación por una plebe cada vez más enfurecida, a la que enardecía el inminente desastre, mostró a sus hijos pequeños ante el pueblo, que aun bravamente amotinado, solía sin embargo considerar estas escenas con sensatez, y en-
3 tre lágrimas dijo: «He aquí a vuestros conciudadanos dispuestos a sufrir lo mismo que vosotros (que los dioses celestiales alejen el mal presagio[834]), si no se nos muestra una suerte más propicia. Así pues, si juzgáis que con su sacrificio ya no podrá suceder nada funesto, aquí están en vuestras manos»[835]. El vulgo, proclive a la clemencia por propia naturaleza, se calmó gracias a esta demostración de patetismo y calló, esperando
4 ecuánime la suerte venidera. Por designio del divino numen, que ha hecho prosperar a Roma desde su cuna y que le ha prometido que será eterna[836], mientras Tertulo sacrificaba en el templo de los Cástores de Ostia[837], una calma aplacó el mar y,

[833] El puerto de Ostia en forma de estrella que, proyectado por Augusto, fue construido por Trajano. En el momento de los hechos Ostia y el Puerto de Augusto estaban administrativamente separados, pero a menudo se intercambian sus respectivos nombres.

[834] El mal presagio se refiere a la mención de la calamidad futura que han de compartir todos los romanos, antes de que de hecho haya sucedido. Los hijos de Tértulo, a juzgar por la situación, no eran todavía estrictamente ciudadanos romanos, por no haber alcanzado la mayoría de edad; se trata por tanto de una exageración dramática, exigida por la propia situación.

[835] Tértulo no está planteando un sacrificio expiatorio, en el que se intercambiara la vida de sus hijos por la de la pleble. Más bien se trata de una respuesta a la actitud de la plebe en los párrafos anteriores, en los que implícitamente se ha de suponer que el acoso al prefecto se extendería a toda su familia.

[836] Cf. XIV 6, 1.

[837] Los Dioscuros, Cástor y Pólux, eran considerados salvadores en el mar y así se les llama en numerosos himnos. Amiano es ambiguo al situar simultá-

después de que el viento cambiara a un plácido Austro, las naves entraron a toda vela en el puerto y llenaron los silos de grano.

Los sármatas limigantes atacan al emperador, engañándole cuando simulaban pedir la paz, con enorme estrago entre los suyos

11 Durante estos sucesos tan confusos, a Constancio, que gobernaba en Sirmio por la pausa invernal, le inquietaban noticias estremecedoras y graves, que anunciaban lo que por entonces más temía: los sármatas limigantes, de quienes hemos narrado antes[838] que habían expulsado a sus señores de sus solares paternos y ancestrales, después de abandonar gradualmente los territorios que en beneficio general se les habían asignado el año anterior para que, tornadizos como son, no maquinaran nada malo, habían ocupado regiones limítrofes y vagaban libremente según su innata costumbre, dispuestos a provocar todo tipo de desórdenes si no se les expulsaba.

2 Pensando que de postergar su intervención esta situación empeoraría de día en día, el emperador reunió de todas partes un buen número de soldados especialmente dispuestos a la lucha e inició la campaña cuando la primavera no había llegado a su plenitud, acuciado por dos razones: porque el ejército, satisfecho por los opulentos pillajes en la estación anterior[839] y confiado en la esperanza de algo semejante, se animaría a empresas exitosas, y porque bajo el mando de

neamente el sacrificio en el templo y el cambio del viento, sin establecer claramente una relación causal entre ambos hechos.

[838] Se retoma en general el hilo de XVII 12-13. La rebelión de los esclavos aludida aquí está narrada en XVII 12, 17-20, y la asignación de territorios durante el año 358, en XVII 13, 23.

[839] Cfr. XVII 13, 31.

Anatolio[840], entonces prefecto del Ilírico, llegaban todos los víveres sin pérdidas para nadie, acopiados incluso antes de lo pre-
3 visto. Pues, como es de todos sabido, nunca hasta el día de hoy las medidas tomadas por otra prefectura hicieron prosperar con riquezas de todo tipo a las provincias septentrionales, las cuales se vieron aliviadas gracias a la benévola e ingeniosa mejora de los que se hallaban agobiados por las ingentes cargas del servicio postal, que ha arruinado a numerosas familias, y gracias a un desahogo fiscal, que constituyó una gran muestra de confianza. Los habitantes de esas zonas vivirían todavía hoy sin daño ni perjuicio, libres de motivos de queja, si más tarde detestables y rebuscadas fórmulas impositivas, abultadas ignominiosamente por parte de recaudadores y recaudados, pues éstos se procuraban el amparo de las autoridades y aquellos otros esperaban quedar protegidos si disminuían las riquezas de todos, no hubiesen acabado en confiscaciones y en el suicidio de las desgraciadas vícimas[841].

4 Así pues, como se dijo, el emperador, con la intención de remediar la urgente situación, se puso en camino con pretenciosos medios llegando a Valeria[842], en otros tiempos parte de Pa-

[840] Anatolio Azutrio, jurista de Beirut conocido de Libanio, fue consular de Siria. Vicario de Asia en el 352, prefecto de Italia, Iliria (357-360) y África, puesto en el que permanecerá hasta su muerte en el 360-361 (cf. XXI 6, 5).

[841] El largo periodo está construido de modo artificioso para enfatizar las nefastas consecuencias que, en opinión de Amiano, habría tenido el hecho de que los motivos de impuesto se multiplicaran. La expresión original es confusa, sobre todo por un anacoluto *(incolae... viverent, ni... nomina... pervenerunt),* que no deja claro cuál es el ignominioso papel de los contribuyentes y de los recaudadores en el progresivo deterioro de la situación. Posiblemente se alude de modo indirecto a que la pasividad de los contribuyentes buscaría en el empobrecimiento generalizado el final de la presión fiscal.

[842] La provincia Valeria abarcaba la parte oriental de Panonia, al sur del Danubio, incluyendo Aquincum. La Valeria mencionada es Galeria Valeria,

nonia, creada y denominada así en honor de Valeria, la hija de
Diocleciano; y, después de distribuir al ejército acampado en
tiendas a lo largo de las márgenes del Danubio, vigilaba a los
bárbaros, que, antes de su llegada y bajo una apariencia amisto-
sa, proyectaban invadir furtivamente las Panonias en lo más
crudo del invierno para devastarlas, cuando las nieves todavía
no fundidas por los calores primaverales habían hecho el río va-
deable en todos sus puntos y los nuestros soportaban con difi-
cultad estar acampados al raso a causa del tiempo glacial. En 5
consecuencia, envió con urgencia a los limigantes dos tribunos
con sendos intérpretes, que tratarían de averiguar mediante
discretas indagaciones por qué razón habían abandonado sus
hogares y, después de haber llegado a tratados de paz a petición
suya, merodeaban de esa manera a sus anchas, amenazando las
fronteras contra lo establecido. Éstos, aduciendo algunas excu- 6
sas vanas y simples, pues el miedo les obligaba a mentir, pidie-
ron perdón al emperador con el ruego de que, como habían de-
puesto su hostilidad, se les permitiera cruzar el río y presentarse
ante él para exponerle las contrariedades que sufrían, dispues-
tos, si esto parecía bien, a aceptar territorios apartados dentro
del Imperio romano, de modo que se someterían a las cargas y
al nombre de pueblo tributario, rodeados de una tranquilidad
estable y venerando a la Paz como diosa salvadora.

Al enterarse de esto el emperador tras el regreso de los tribu- 7
nos, con el entusiasmo de poder acabar sin levantar polvareda
con una situación que creía irremediable, los hizo venir en masa,
ardiente por la codicia, que alentaba la cohorte de aduladores; és-
tos propalaban ostentosamente que, después de dominar pueblos
extranjeros y de establecer la paz en todas partes, ganaría un ma-
yor número de proletarios y que podría reclutar poderosísimos

---

hija de Diocleciano, más tarde esposa de Galerio, que fue condenada junto con su madre por orden de Licinio en el año 314.

contingentes, pues los provinciales iban a aportar su dinero de
mejor grado que sus cuerpos, una esperanza que empeoró a me-
8 nudo la situación de Roma[843]. Como consecuencia, después de
construir una empalizada cerca de Aciminco[844] y de levantar un
terraplén a modo de tribuna, se ordenó que, al mando de Inocen-
cio[845], un agrimensor que había sido promotor de esta idea, naves
de legionarios armados a la ligera patrullasen la zona del río pró-
xima a la orilla, de modo que, si veían alborotarse a los bárbaros,
atacaran de improviso la retaguardia del enemigo, cuya atención
estaría concentrada en otra dirección. Aunque los limigantes no-
9 taron que esto se llevaba a cabo a toda prisa, continuaron, sin
embargo, en su actitud sumisa, sin aparentar nada más que rue-
gos, mientras maquinaban en lo profundo de sus mentes algo
muy diferente de lo que daban a entender con gestos y palabras.
Al ver al emperador dispuesto a pronunciar desde lo alto del
10 terraplén un discurso amigable y pensando en hablarles como a
sus futuros súbditos, uno de ellos, llevado de un furor sangui-
nario, arrojó su calzado contra la tribuna gritando *«marha, mar-
ha»*[846] (que es un grito de guerra entre ellos); una multitud en
tropel le siguió enarbolando de improviso el estandarte bárbaro
y entre feroces alaridos se lanzaron contra la persona del prín-

---

[843] Amiano no se refiere a la financiación, sino a que el reclutamiento de contingentes extranjeros, cuya primera fidelidad no sería precisamente a Roma y a su emperador, sino a su propia tribu, minaba la cohesión y eficacia del ejército.

[844] Cerca de la actual Slany-Kemen (antigua Yugoslavia), situada en la confluencia del Danubio y el Tisza, a unos 55 km en línea recta desde Sirmio; cf. XVII 13, 4.

[845] Cf. JONES, *op. cit.*, *Innocentius* 5: agrimensor, topógrafo o gromático, uno de los técnicos especialistas, su trabajo incluía la delimitación de fronteras y del campamento, así como el trazado de las carreteras. Paradójicamente, está aquí al mando de las tropas, como si fuera un tribuno, aunque su puesto no era estrictamente militar.

[846] Quizá «muerte, muerte», pero no es seguro.

cipe. Éste, como hubiese visto, mirando desde lo alto, que todo 11
el espacio estaba atestado de una turba que corría con proyectiles en todas direcciones y que su destrucción estaba cercana, ante las espadas desenvainadas y las jabalinas, se mezcló entre propios y extranjeros sin que se supiera si era jefe o soldado, pues no había tiempo para la duda o la tardanza, y escapó
montado a caballo en veloz galope. No obstante, unos pocos 12
de la guardia imperial, que intentaban resistir al enemigo desbocado como un incendio, murieron bien al caer heridos, bien al ser arrollados por el empuje de los que embestían, y el trono real con el almohadón de oro fue robado, sin que nadie lo impidiera.

Apenas se supo que el emperador había estado a punto de 13
morir y que seguía en dificultades, el ejército pensó que lo primero de todo era acudir en su ayuda, puesto que todavía no estaba libre de peligro, y lleno de prepotencia, aunque estaba semiarmado por el súbito ataque, se sumergió voceando sonoros
gritos de guerra en las hordas de bárbaros, decididos a morir. Y 14
como nuestras tropas se lanzaron enardecidas con la intención de lavar con su valor la afrenta, desatando sus iras contra el pérfido enemigo, derribaban todo lo que les salía al paso, al tiempo que pisoteaban sin contemplaciones a vivos, moribundos y cadáveres, y antes de que sus manos quedaran saciadas de
muertes sármatas, se hacinaron pilas de muertos. Los rebeldes, 15
en efecto, se veían acosados después de que unos fueran pasados a cuchillo y otros se hubiesen dispersado por el miedo, una parte de los cuales, reclamando injustamente con vanos ruegos una esperanza de salvarse, fue abatida entre reiterados golpes; y después de su completo exterminio, una vez que nuestras trompetas tocaron a retirada, se veían también, aunque escasos, cadáveres de los nuestros, a los que había atropellado el arrollador empuje o había arrebatado una disposición del destino, cuando intentaban resistir al furor enemigo y desguarnecieron sus flan-

16 cos. Destacó entre otros sin embargo la muerte de Cela, tribuno de los escutarios, que en los preliminares de la batalla se lanzó el primero de todos en medio de las hordas sármatas.

17 Después de tan brutales sucesos, Constancio tomó las medidas que le dictaron urgentes consideraciones para asegurar las fronteras y volvió a Sirmio, llevando consigo la venganza sobre un enemigo traidor; y una vez solucionado lo que las necesidades del momento exigían perentoriamente, partió de allí en dirección a Constantinopla, para reparar, próximo ya al Oriente, la derrota sufrida en Amida y, después de restablecer el ejército con refuerzos, contener en paridad de fuerzas los ataques del rey de Persia. Se sabía que éste iba a dejar atrás Mesopotamia y a llevar sus estandartes en amplias ofensivas si un designio celestial o el encarecido empeño de muchos no se lo impedía.

Muchos son acusados y condenados por lesa majestad

12 En medio de estos problemas, como si hubiesen retomado cierta costumbre de antaño, las trompetas anunciaban en lugar de las guerras civiles una serie de supuestas acusaciones de lesa majestad; como su ejecutor y director fue enviado Paulo, aquel notario[847] al que me veo obligado a mencionar con frecuencia y que, experto en artes sanguinarias como si fuera un entrenador de gladiadores que negocia con funerales y espectáculos[848], sacaba ganancias e intereses incluso del potro de tortura o de la ejecu-
2 ción. Pues, como su tenaz y obstinado propósito era el de hacer daño, no se abstuvo ni del robo, inventando funestas acusacio-

---

847 Es el Paulo Cadena mencionado en XIV 5, 8 y XV 3, 4.

848 Amiano dice textualmente «negociando con Libitina y con los espectáculos»; Libitina era la diosa vinculada a los enterramientos en Roma, dando nombre incluso a la puerta del Coliseo; su nombre se generalizó pronto como metonimia de la muerte.

nes contra personas inocentes, con tal de que se convirtieran en fatídicas ganancias.

Una ocasión desdeñable y sin importancia proporcionó el 3
pretexto para prolongar hasta el infinito los interrogatorios. La ciudad de Abido se encuentra en la parte más alejada de la Tebaida. En tiempos revelaba allí el futuro el oráculo del dios Bes[849], como se le llama localmente, al que solían honrar las regiones limítrofes en ancestrales ceremonias. Y, puesto que al- 4
gunos consultaban el parecer de los dioses personalmente y otros a través de terceros, enviando un escrito que manifestara sus deseos y que describiera expresamente sus ruegos, las hojas sueltas de papiro o los pergaminos, que contenían lo que se preguntaba, se conservaban en el santuario durante un tiempo, una vez se había dado la respuesta. De entre éstas, algunas fueron 5
enviadas con perversa intención al emperador, quien, como era de ánimo estrecho, sordo para otros asuntos, por mucho que fueran de gran importancia, pero en esta cuestión más sensible que el fondo del oído[850], suspicaz y mezquino, estalló en violenta cólera. Inmediatamente ordenó a Paulo dirigirse con presteza al Oriente, después de conferirle, como a un jefe militar célebre por su experiencia en estas cuestiones, la potestad de conseguir que se abrieran procesos a su arbitrio. La misión se le 6

[849] Abido de Egipto, situada cerca del Nilo, al sudeste de Ptolemaida. Se trata por tanto de la Tebaida II. Desde mediados del segundo milenio antes de Cristo, Abido se convierte en el lugar principal del culto a Osiris. Bes es un demon, que recibe un difundido culto popular en época tardía, como muestran los numerosos amuletos conservados, que lo representan como un enano de lengua prominente y distintos atributos según el ámbito de la vida para el cual el devoto buscaba protección. Tenía, en efecto, su oráculo dentro del templo de Seti I en esa ciudad.

[850] Cf., sobre todo, XXI, 16, 8: más de la mitad del catálogo de vicios que Amiano hace en la necrología de Constancio está ocupada por la suspicacia y la crueldad de éste en los procesos de lesa majestad.

confió a Modesto[851], todavía conde del Oriente por entonces y apto para estos asuntos y otros semejantes. De hecho Hermógenes Póntico[852], a la sazón prefecto del pretorio, fue excluido por ser de temperamento más suave.

7 Paulo se puso en camino, como se le había ordenado, lleno de funesta furia y de anhelos y, como a muchos se les toleró la calumnia, fueron acusados numerosísimos nobles y plebeyos de casi todo el orbe, de los cuales a algunos los atormentaron
8 los grilletes y otros murieron en los calabozos. Como espectadora de las brutales torturas fue elegida la ciudad de Escitópolis en Palestina[853], que pareció más adecuada que las demás por una doble razón: por estar apartada y encontrarse además a medio camino entre Antioquía y Alejandría, de donde muchos eran trasladados con frecuencia para los juicios.

9 Así pues, entre los primeros fue conducido Simplicio[854], hijo de Filipo, antiguo prefecto y cónsul, procesado porque se decía que había consultado cómo alcanzar el imperio, y, puesto bajo tortura por disposición expresa del príncipe, que en estos casos no mostraba jamás clemencia ante una infracción o un

---

[851] Flavio Domicio Modesto, amigo de Libanio, *comes* de Oriente en 358-362 y prefecto de la ciudad de Constantinopla en 369-377. Apostata de su cristianismo con Juliano, para volver a la fe cristiana en el 365. Bajo Valente será prefecto del pretorio para Oriente, véase XXIX 1, 10-11; 33 y XXX 4, 2 para una caracterización más completa por parte de Amiano.

[852] Hermógenes Póntico, prefecto del Oriente desde 358, era conocido efectivamente por su afición a los estudios filosóficos. Sirvió a los emperadores Licinio y Constantino y, según el propio Amiano, muere en el 360 o 361 (cf. XXI 6, 9).

[853] La diócesis de Oriente incluía en ese momento las provincias de Palestina, Palestina II y Palestina *Salutaris;* la ciudad de Escitópolis (nombre griego común desde época helenística para la antigua Beth Shean, actual Besan) destacaba por la próspera fabricación y exportación textil.

[854] Filipo fue cónsul en el 348 y prefecto del pretorio de Oriente en los años 344-351.

error. Por intervención de los hados fue condenado ileso a un lejano destierro. A continuación Parnasio[855], antiguo prefecto 10
de Egipto y hombre de costumbres sencillas, que llegó a correr el peligro de ser declarado reo de la pena capital, fue igualmente enviado al exilio, pues hacía mucho tiempo se le había oído contar a menudo que cuando dejó Patras, ciudad de Acaya donde había nacido y tenía su casa familiar, para tomar posesión de cierta magistratura, había visto en sueños que le escoltaban numerosos espectros con atuendo de tragedia[856]. Después, cuando 11
fue llevado a juicio Andronico[857], famoso por su dedicación a las letras y por la celebridad de sus poemas, como no podía ser acorralado por ninguna calumnia, al defenderse siempre con gran seguridad, fue absuelto. Igualmente el filósofo Demetrio, 12
conocido como Citras[858], que si bien de edad avanzada, era resistente de cuerpo y de ánimo, fue acusado de haber hecho sacrificios en numerosas ocasiones, sin poder negarlo, asegurando que solía hacerlo desde su primera juventud para propiciar a la divinidad, no para conseguir mejores puestos gracias a las consultas adivinatorias; de hecho, no había conocido a nadie que hubiese intentado algo así. Así pues, después de estar largo tiempo sujeto al potro, declarando valientemente, firme en su

[855] Parnasio fue prefecto de Egipto en los años 357-359.

[856] Amiano no explica exactamente por qué la aparición de actores de tragedia en los sueños de Parnasio son una premonición funesta. Para el público contemporáneo —cf., por ejemplo, la *Interpretación de los sueños* de ARTEMIDORO (I 56 y IV 33 y ss.)— cualquier sueño sobre tragedias augura sucesos violentos; por consiguiente, la camarilla alrededor de Parnasio o bien habría de morir cruelmente o bien provocaría desgracias sin cuento, lo que coincide con la visión de Amiano a propósito de la corte imperial.

[857] Andrónico, curial de Hermópolis, estudia filosofía en Constantinopla con Temistio. Autor de panegíricos y obras en verso. Según Libanio, Símaco recibió una copia de sus poemas y prometió publicarlos en Roma.

[858] Demetrio Citras es de difícil identificación, quizá sea el *Chytron* mencionado por JULIANO en uno de sus discursos (VII 224d).

profunda convicción y sin variar en nada su alegato, pudo volver libre de culpa a Alejandría, de donde procedía.

13 Ciertamente a éstos y a otros pocos los salvó de peligros imprevisibles una suerte justa que colaboró con la verdad; no obstante, como las acusaciones fueron deslizándose mediante embrolladas conexiones extendidas sin fin, unos murieron después de ser descuartizados, otros fueron condenados al castigo supremo una vez confiscados sus bienes, mientras Paulo, convertido en orquestador principal de crueles piezas teatrales, sacaba como de una despensa innumerables argumentos de impostura y perjuicio; de un gesto suyo, casi diría yo, dependía la vida de
14 todos los que caían en esa suerte[859]. Pues si alguien llevaba al cuello un amuleto contra la fiebre cuartana o contra otra dolencia[860], era acusado por malvados testimonios de haber pasado por los sepulcros al atardecer, moría condenado a la pena capital, tras ser declarado envenenador y concitador de horrores sepulcrales y de las vanas figuras de los espíritus que andan errantes por
15 esos mismos lugares. En resumen, el asunto se llevaba de tal forma que parecía como si muchos hubieran consultado a Claros[861],

---

[859] Hay una metáfora intraducible *(ex nutu... pendebat... omnium salus)* que implica con vocabulario inequívocamente religioso que Paulo actuaba como una divinidad de cuyo designio o capricho dependían las vidas de los ciudadanos.

[860] El cercano paralelo de la *Historia Augusta*, *Vida de Caracala* 5, 7, ha hecho suponer un discutible dependencia cercana de ésta respecto al texto de Amiano. En cualquier caso, la expresión es hiperbólica: entre griegos y romanos eran usuales los amuletos fabricados con hojas de determinadas plantas para remediar o prevenir las fiebres (véase, por ejemplo, PLINIO, *Hist. Nat.* XXII 50, donde se menciona que con las hojas de lengua de buey arrancadas con la mano izquierda se pueden elaborar amuletos contra las fiebres tercianas, o también *Papiros Griegos Mágicos* VII 212). Por tanto, Amiano se refiere al tipo de amuletos más inofensivo de todos los que se usaban en la Antigüedad.

[861] Ciudad griega de la costa occidental de Asia Menor, que albergaba un santuario y un oráculo de Apolo, al parecer con cierto renombre en época imperial.

a los árboles de Dodona[862] y a los oráculos de Delfos[863], antaño solemnes[864], para perdición del emperador. Por eso, la cohorte de 16
palacio, urdiendo refinadamente funestas ficciones a base de halagos, le aseguraba que sería invulnerable a todos los peligros, al tiempo que declaraba a grandes voces que su hado tutelar y siempre eficaz había brillado para acabar con sus adversarios[865].

Nadie que esté en su juicio reprochará que se investigue es- 17
trictamente acerca de estos casos. No negamos, efectivamente, que el esfuerzo conjunto de todos ha de salvaguardar la seguridad del legítimo príncipe, protector y defensor de los buenos, del que depende la seguridad de los demás; para preservar ésta con eficacia, cuando se defiende la majestad vulnerada, las leyes Cornelias no eximieron a rango alguno de interrogatorios y torturas[866]. Pero no es apropiado alegrarse sin freno de sucesos tris- 18
tes, no vaya a ser que parezca que los súbditos son gobernados por la arbitrariedad y no por la potestad. Habría que imitar a Cicerón, que buscaba motivos de perdón y no oportunidades de

862 Oráculo de Zeus, situado en el Epiro, al pie del monte Tomaro, que en la Antigüedad gozó prácticamente del mismo prestigio que Delfos. El vaticinio del dios se obtenía mediante la interpretación del ruido de las hojas de un roble sagrado o del de ciertos gorriones que habitaban los árboles del santuario.

863 El oráculo de Apolo más conocido de la Grecia Clásica, en el que la Pitia, intermediaria de Apolo, entraba en trance y pronunciaba su oráculo, como respuesta a las cuestiones que le presentaban los visitantes.

864 Los tres oráculos mencionados por Amiano no tenían el mismo renombre en la Antigüedad. Todos ellos debieron de ser restaurados por Juliano, después de su declive (Delfos fue saqueado ya por Sila, mucho antes de época cristiana) y progresivo desmantelamiento.

865 La camarilla de la corte utilizaba indirectamente una metáfora que llamaba al emperador «astro salvador» *(sidus salutare)* y que luego aparecerá expresamente aplicada a la figura de Juliano: cf. XXI 10, 2 y XXII 9, 14.

866 No está claro a qué leyes se refiere Amiano, puesto que hay varias leyes Cornelias que habrían tratado el uso de la violencia en procesos legales, por ejemplo, la *lex Cornelia de maiestate* o la *lex Cornelia de sicariis et veneficiis*.

castigar, cuando podía ser benévolo o perjudicar, como él mismo afirma[867], lo cual es propio de un juez ponderado y reflexivo.

19 Por entonces en Epidafne[868], aquel agradable y grandioso suburbio de Antioquía, nació un niño monstruoso, horrible de ver o de describir: un niño de dos caras, con dos dentaduras, barba, cuatro ojos y dos orejas pequeñísimas, un engendro contrahecho, que fue premonición de que el estado adquiriría un
20 aspecto deforme[869]. A menudo nacen este tipo de portentos que predicen sucesos varios y que, como no se expían públicamente como hacían nuestros antepasados, pasan inadvertidos y en silencio.

---

[867] Probablemente, Amiano no intentaba una cita textual extraída de un discurso concreto, sino la referencia general a la figura de Cicerón y a su actitud condenatoria de la crueldad, sobre todo después de su consulado.

[868] El suburbio de Dafne o Epidafne (hoy Harbiye), a 6 km al sudoeste de Antioquía, era efectivamente afamado por sus grandes construcciones desde su fundación. Al parecer, la zona es azotada con frecuencia por terremotos que obligaron a distintas reconstrucciones a lo largo de los siglos (cf. G. Downey, *Ancient Antioch*, Princeton, 1963, y J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch: City and Imperial Administration in the Later Roman Empire*, Oxford, 1972). En su *Antióquico*, Libanio *(Discursos* XI 234-248) hace un encendido elogio de las maravillas de Dafne, destacando por una parte el templo de Apolo, el templo de Zeus, un estadio y un teatro de tiempos de Diocleciano, y por otra parte la riqueza acuífera del lugar.

[869] Al final del capítulo sobre procesos de lesa majestad, Amiano inserta una nota erudita de tipo analístico, como alivio dentro de la estrategia narrativa, que sigue la tradición literaria de la historiografía romana y también el propio interés del autor por los augurios (cf., sobre todo, el excurso acerca de la adivinación en XXI 1). Este portento de mal agüero en Dafne es además una anticipación de la llegada de Juliano a Antioquía en julio del 362, durante el festival de Adonis (véase la nota a XIX 1, 11), en el libro XXII, cuyos caps. 12-14 recogen los sacrificios con los que Juliano intenta propiciar su campaña persa, los procedimientos adivinatorios que utiliza para prevenirla y, sobre todo, los funestos presagios que culminan con el incendio del templo de Apolo después de restaurar el oráculo anejo de la fuente de Castalia.

El conde Lauricio reprime los asaltos de los isauros

En esta época, los isauros, largo tiempo tranquilos después de llevar a cabo lo que relatan páginas anteriores y de intentar sitiar la ciudad de Seleucia[870], volviendo a dar paulatinamente señales de vida, tal como las serpientes en primavera suelen salir de sus guaridas, bajaron de las sierras escarpadas e inaccesibles y, agrupados en partidas compactas, hostigaban a sus vecinos con hurtos y asaltos, burlando como montañeses que eran los puestos militares y dispersándose por roquedales y espesuras, con la facilidad que da la costumbre. Para apaciguarlos por la fuerza o 2 por razonamientos, se envió a Lauricio[871], hombre con prudencia política, después de conferirle el rango de conde, quien solucionó muchos problemas con amenazas más que con dureza, hasta el punto de que, mientras gobernó la provincia, no sucedió nada que se considerara criticable.

13

[870] El capítulo resume brevemente la narración de los levantamientos en Isauria, que había comenzado mucho antes en XIV 2 (año 354).

[871] Basidio Lauricio, conocido de Libanio y cristiano (participa en el Concilio de Seleucia), probablemente gobernador militar de Armenia en el año 357, dos años más tarde conde y gobernador de Isauria.

ÍNDICE GENERAL